

A wooden gavel with a brass band is positioned horizontally on a wooden block. In the background, a scale of justice is visible, slightly out of focus. The scene is lit with warm, golden light, creating a professional and legal atmosphere.

# EL CASO DEMICHELLIS

Francisco Marín

# Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[EL CASO DEMICHELLIS](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)  
[31](#)  
[32](#)  
[33](#)  
[34](#)  
[35](#)  
[36](#)  
[37](#)  
[38](#)  
[39](#)  
[40](#)  
[41](#)  
[42](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Créditos](#)

*A mis padres, in memoriam, y a mi hijo, Luca.*

NOTA DEL AUTOR.- Aunque aparecen lugares e instituciones realmente existentes en la isla de Ibiza, esta es una obra de ficción y el autor no se identifica con las opiniones de los personajes.

El portavoz del jurado, bajo la atenta mirada del magistrado que, ataviado con la toga, presidía el estrado, abrió el sobre y extrajo el acta que contenía los hechos declarados probados y, como consecuencia derivada de los mismos, el veredicto. Frente a los nueve miembros que componían el Tribunal del Jurado, al otro lado de la sala, se hallaban la representante del Ministerio Fiscal y el abogado defensor, luciendo también sus respectivas togas negras como vestimenta indispensable del ritual de hacer justicia.

Raúl Ballesteros llevaba la mitad de sus cuarenta y cinco años ejerciendo la abogacía y, aunque había logrado acumular un razonable prestigio acompañado de una considerable fortuna, seguía atendiendo al turno de oficio por una difusa idea de labor social, a pesar de que los emolumentos por este trabajo no se podían comparar ni de lejos con las ganancias que le proporcionaban los clientes de pago. Muchas veces se había preguntado a sí mismo por qué seguía apuntado al turno de oficio, empleando parte de su tiempo en la defensa de chorizos y criminales a cambio de una retribución mínima, en lugar de defender exclusivamente a los delincuentes que pudieran pagar sus elevados honorarios. No albergaba ningún romanticismo en cuanto a su profesión. Él era un abogado criminalista, especializado en la rama penal del Derecho, y la casi totalidad de los clientes que acudían a su bufete demandando sus servicios eran culpables de algún delito. La figura del hombre indefenso, acusado (e incluso condenado) falsa e injustamente, tan extendida por los Estados Unidos y entre la raza negra, era *rara avis* en la práctica de los tribunales españoles. Y precisamente se disponía a oír el veredicto en uno de aquellos extraordinarios casos en los que su cliente había sido juzgado como reo de un delito de homicidio y Raúl Ballesteros estaba convencido, hasta donde podía estarlo un abogado escéptico, de su inocencia. En cierta manera, este caso le había revivido sensaciones ya enterradas en los albores de su carrera, cuando soñaba convertirse en un paladín defensor de la justicia.

En lo que sí nos habíamos asemejado a los estadounidenses, divagaba Ballesteros, era en la institución del Tribunal del Jurado, cuya competencia se extendía al enjuiciamiento de los delitos de homicidio en grado de consumación. La rehostia de la democracia y la demagogia política. Ya en el siglo IV a.C. Platón había planteado que del mismo modo que para dirigir un navío o ejercer la medicina se requerían conocimientos específicos, para gobernar y ejercer la justicia también se requerían conocimientos adecuados que no se hallan al alcance de todo el mundo y por ello, concluía, los gobernantes debían ser filósofos ¿A alguien se le ocurriría dejarse sacar una muela por una persona elegida por sorteo de entre el censo electoral? ¿Alguien dejaría que le arreglase su coche una persona elegida al azar? Seguramente en ambos casos preferiríamos un dentista o un mecánico con experiencia. Sin embargo, la Justicia parecía que la podía impartir cualquiera. Elegimos nueve personas por sorteo cuyo conocimiento sobre el funcionamiento de los tribunales procede de las series de televisión, les explicamos someramente el principio de presunción de inocencia, por si no lo han asimilado con las series, y hala, a decidir si condenan o absuelven a alguien de la comisión de un homicidio.

Sí, aquél era el caso deseado por cualquier abogado criminalista, defender a un cliente inocente, y Raúl hubiera preferido que la decisión estuviera en manos de la objetividad,

conocimientos legales e imparcialidad de un juez en lugar de la maleabilidad, prejuicios e impresiones de nueve personas de presumible buena fe. Para establecer el veredicto de culpabilidad se necesitaba el acuerdo de siete miembros del Jurado, mientras que para declarar la inculpabilidad bastaban cinco votos, con lo cual las probabilidades matemáticas jugaban a favor de la inocencia. La ley también exigía la existencia de una prueba de cargo que sustentase la condena. “Y, de hecho”, pensó Ballesteros, “no existe prueba de cargo, solamente un cúmulo de circunstancias que indiciariamente señalan al acusado”. Miró al hombre sentado en el banquillo con las manos entrelazadas y la expresión ausente. El portavoz del Jurado no lo había mirado, lo que, según la experiencia del letrado, no auguraba nada bueno para el acusado. A pesar de llevar siete meses y medio en prisión provisional y haberse sometido a un tratamiento de desintoxicación, el consumo prolongado de todo tipo de drogas había ido dejando huellas en el rostro de Eduardo Ribas que mostraba un rictus permanentemente constreñido y un tic que le obligaba a parpadear sin ton ni son. Un análisis de cabello, realizado a instancias de su abogado para, llegado el caso, utilizarlo como circunstancia atenuante, había detectado la presencia en su organismo de cocaína, heroína, cannabis, anfetamina y MDMA.

Sin embargo, se repetía Ballesteros, no existía prueba de cargo. Durante la primavera de 2012, se habían denunciado tres robos en casa habitada en una urbanización en la zona de Cap Martinet, en el extrarradio de Ibiza. Un conglomerado de chalés adosados levantados con escasa o ninguna planificación, que habían brotado como un sarpullido de bloques de cemento en las laderas de un grupo de montes de suaves pendientes. El modus operandi del ladrón (según las pesquisas de la Guardia Civil se suponía que era un hombre que actuaba en solitario) no variaba. Entraba en las casas de madrugada, asegurándose de que no se viera ninguna luz en el interior y los vecinos estuvieran dormidos, escalando hasta la terraza del segundo piso y forzando la cerradura de la puerta de acceso. La puerta principal de los adosados era blindada y con cerradura de seguridad, pero la de arriba resultaba sencilla de abrir. Elegía viviendas ocupadas por mujeres que vivían solas. Se suponía que las elegía a propósito para minimizar riesgos. Una vez dentro de la casa, se acercaba con sigilo al dormitorio y con un spray rociaba la cara de sus víctimas con cloroformo. La posibilidad de reacción era mínima, ya que aunque la mujer llegara a despertarse, una vez aspirada la sustancia anestésica tardaba poco más de treinta segundos en producir su efecto somnífero. El resto era pan comido. Sabía que al menos durante una hora, la mujer estaría anestesiada y podía abrir cajones y armarios a sus anchas. Robaba principalmente dinero y joyas, objetos fáciles de transportar. A la mañana siguiente, las víctimas se despertaban con un fuerte dolor de cabeza que solía acentuarse al encontrar rastros de que alguien había desvalijado su casa durante la noche.

El 3 de mayo de 2012, se descubrió el cadáver de una mujer de treinta años que trabajaba de enfermera en el hospital Can Misses. El cuerpo sin vida fue encontrado en su vivienda, una casa de campo sita en el kilómetro 3 de la carretera de Sant Josep. La enfermera no había acudido aquel día al trabajo ni había telefonado para justificar su falta. No contestaba a las llamadas a su teléfono fijo, su teléfono móvil daba el mensaje de apagado o fuera de cobertura y ni sus padres ni sus compañeros de trabajo ni sus amigos conocían el motivo de su ausencia, así que la hermana de la víctima se presentó en su domicilio. Tras reiteradas llamadas al timbre de la puerta sin obtener respuesta, utilizó un duplicado de la llave. En cuanto franqueó el umbral que daba acceso directo al salón, se percató de que las cosas no se hallaban en su lugar, reinaba el desorden, los cajones

estaban desencajados y su contenido esparcido por el suelo formando una mezcla de objetos: discos compactos, películas de vídeo, facturas diversas, clips, paquetes de chicles, un monedero viejo, una grapadora, bolígrafos. Se encaminó despacio hacia la planta superior. Llamó en voz alta a su hermana mientras subía la escalera, sin obtener respuesta. Encontró el cadáver en el dormitorio de la primera planta, sobre la cama.

Aunque la casa de campo en la que se halló a la última víctima estaba seis kilómetros de la urbanización de Cap Martinet, la Policía Judicial de la Guardia Civil sospechaba que el autor del homicidio era el mismo individuo que había cometido los robos en aquella zona durante el mes anterior. El método utilizado para acceder a la vivienda por el asaltante había sido idéntico, forzando una puerta trasera de la casa. La autopsia había revelado, en el organismo de la fallecida, restos de cloroformo y que la causa de la muerte había sido asfixia por estrangulamiento. Se había fijado la muerte entre las 15:00 y las 16:00 horas del día 2 de mayo. La casa había sido saqueada. Tras un minucioso análisis por parte del equipo de la Policía judicial, se habían hallado tres tipos de huellas dactilares, al margen de las de la víctima, pero su cotejo con los ficheros policiales no descubrió ninguna coincidencia. Lógicamente, las huellas encontradas podían pertenecer a familiares o amigos.

El 5 de mayo de 2012, a las 23:45 horas, Eduardo Ribas conducía su motocicleta por la zona de Cap Martinet, en dirección a Ibiza. Iba cubierto con un anorak, bufanda y guantes, además del casco con la visera de plástico bajada que le protegía la cara del frío aire de la noche. Tomó la última curva de la urbanización, dispuesto a enfilar la avenida hacia la rotonda de salida. En ese momento advirtió una presencia inusual en el margen de la glorieta. Unas luces amarillas en forma de bastón que delataban la inequívoca presencia de alguna fuerza policial. Frenó y apagó la luz de la moto, a la vez que giraba hacia el sentido contrario de la calzada. Desde la posición en que se hallaban, a unos escasos cien metros de distancia, los agentes de la Guardia Civil habían advertido la presencia de la motocicleta y su forzado cambio de sentido. Le dieron el alto a voces, a la vez que los dos agentes se introducían en el anticuado Nissan Patrol para iniciar la persecución. Eduardo Ribas hizo caso omiso a los gritos de los policías conminándole a detenerse y giró el puño del acelerador hasta el tope. Era consciente de que conducía una *scooter* de 125 centímetros cúbicos de cilindrada y no alcanzaba a pasar de los noventa kilómetros por hora. Su única opción era zigzaguear en el laberinto de calles que formaban la urbanización y que los policías le perdieran de vista. Dobló la primera esquina a la derecha a toda velocidad, aflojando el puño del acelerador y apretando ligeramente la manija del freno trasero. Por un instante cesaron de perseguirle las ráfagas de luz azulada provenientes del dispositivo situado en el techo del vehículo policial. El rocío cubría el asfalto y al accionar el freno, la rueda trasera de la motocicleta patinó hacia un lado, Eduardo se sobresaltó, soltó la manija del freno y volvió a acelerar, la moto culeó hacia el otro lado. Por un breve instante sintió que controlaba la máquina, un espejismo de victoria antes de sentir la moto deslizándose por el suelo y su rodilla chocando contra el pavimento. Eduardo se vio a sí mismo cayendo durante unos segundos en los que el tiempo se dilató y tuvo tiempo de pensar en cosas variopintas: lo primero que le vino a la cabeza fue que la había cagado, luego pensó que debía intentar proteger su espalda para no chocar contra ningún obstáculo, también le vino una repentina imagen, la falta de droga si lo detenían. Eduardo quedó inmóvil junto a un coche aparcado, se levantó rápidamente e intentó echar a correr. Notó un

fuerte dolor en la rodilla y cómo su pierna derecha se debilitaba completamente, impidiéndole continuar la huida.

Se apoyó en un coche aparcado y vio aparecer por la esquina el todoterreno de la Guardia Civil que se dirigía hacia él llenando la calle de flashes de luz azul. Frenó bruscamente dos metros antes de llegar a la moto que se hallaba tirada en mitad de la calzada. Los focos delanteros enfocaban a Eduardo, que en prueba de buena voluntad o de derrota levantó las manos, formando un ángulo recto con los brazos. Se abrieron ambas puertas del Nissan Patrol y por cada una de ellas salió un agente al exterior. Uno de ellos sujetaba una pistola con las dos manos y apuntaba al fugitivo.

Ballesteros estaba cenando con su amigo de la infancia, Paco Marín, en un restaurante de los que se denominan de cocina de autor. Su mesa se hallaba pegada a una ventana desde la que se podía vislumbrar las barcas del puerto de Ibiza y algunas luces aisladas. Se disponía a llevarse a la boca el tenedor con un trozo de rape cuando sonó el teléfono móvil de la guardia. Lo sacó del bolsillo del pantalón y miró la pantalla antes de descolgar.

–¡Joder! ¡La Guardia Civil!

–No lo cojas –le aconsejó Paco.

–Ya, cojones. Si estoy apuntado al turno de oficio es con todas las consecuencias. Lo mismo es cualquier nadería.

Apretó el interruptor del teléfono móvil para establecer la llamada.

–Diga...

–...

–¿Y no pueden esperar a mañana a primera hora?

–...

–Está bien. Estaré allí en tres cuartos de hora.

–Al menos, podrás acabar de cenar –le dijo Paco con un tono intermedio entre la afirmación y la pregunta.

–Ya, pero le hemos dado bien al vino. No sé si estoy en condiciones de asistir a un detenido. No es normal que nos hagan ir a esta hora. En principio tengo un plazo de ocho horas para presentarme, pero prefiero quitármelo ya de encima.

–¿Te compensa el turno de oficio?

–La verdad es que muchas veces me planteo para qué estoy apuntado. Económicamente no es rentable. Jurídicamente no aporta mucho, todo es sota, caballo y rey. Cogen a un tipo haciendo algo, trapicheando, robando o lo que sea. Si hay pruebas, condena. Si no, absolución. Mi trabajo es mínimo.

–Y encima, te interrumpen las cenas...

–Ya, pero a veces no nos planteamos por qué hacemos las cosas. Por ejemplo, tú ¿por qué haces exposiciones? Entiendo que te guste pintar, aunque no comprenda tus cuadros y tu estilo de pintura, pero ¿exposiciones?, ¿para qué? Económicamente tampoco te hace falta. ¿Por oír halagos y satisfacer tu ego o por sentirte más pintor?

–Bueno, tampoco hace falta que te cabrees porque los picoletos te hayan estropeado la cena. Estábamos hablando de ti y del turno de oficio y hemos acabado hablando de mí y de la pintura. Sí, lo de las exposiciones supongo que encierra algo de vanidad. Lo curioso del caso es que, para la vida que hago, no me haría mucha falta el dinero. Al fin y al cabo mis *hobbies* son pintar, leer, ver alguna película y algún partido de fútbol. No se necesita una gran fortuna para poder dedicarte a esto.

Ballesteros rebaño un poco de salsa con un pedazo de pan y antes de meterlo en su boca, volvió a hablar.

–¡Ya estamos, Paco! ¡Qué bien se ven los toros desde la barrera! Sí, puede que leer sea barato, incluso gratis si se sacan los libros de la biblioteca y que los lienzos y los óleos o acrílicos estén al alcance de casi todo el mundo, pero te olvidas de una cosa esencial: el tiempo. Si no tuvieras cubiertas las espaldas tendrías que hacer algo que hace la mayoría de la gente, o, en estos tiempos, la mayoría de la gente que puede hacerlo y es trabajar. Se acabó levantarse a las nueve, sesión de gimnasio, desayuno en la terraza de tu chalecito y a ver si hoy te apetece pintar o leer o ir a dar una vuelta. ¡Joder, Paco, no te pases! Eso sin contar que si un día te apetece desconectar, te vas a Bali o Nueva York o a la Cochinchina y no pasa nada. O si no te apetece ir solo a la cama, contratas a una modelo que hace horas extras por la noche. No das importancia a esas cosas porque puedes permitirte las. Sí, te gusta pintar y leer, pero con unos cuantos millones en el banco, uno le da menos importancia al dinero.

–Tienes razón, a lo mejor he exagerado un poco. Pero tú también te has pasado. Además, ya casi no viajo y, desde que estoy con Tanya, no he frecuentado la compañía de lo que tú llamas “modelos que hacen horas extras”, cosa que por otro lado he hecho dos veces en mi vida. Por un perro que maté, mataperros me llamaron.

A Ballesteros le agradaba la ritual cena de los viernes con su amigo de la infancia. Se reunían un viernes de cada dos. El otro recibía la visita de su hija Julieta para pasar el fin de semana en su compañía, según los términos del convenio regulador del divorcio. Paco y él habían ido juntos al colegio en Ibiza y habían compartido piso en Barcelona cuando ambos estudiaban la carrera de Derecho. Por aquél entonces, a Paco ya le interesaba más la pintura que las leyes, pero sus padres pensaban que la carrera de Derecho le abriría más puertas que la de Bellas Artes. Al contrario que Ballesteros, Paco no había sido buen estudiante y tras dos años y medio dedicados a *il dolce far niente*, dejó de engañarse a sí mismo y a sus padres y abandonó la carrera. Aquel verano comenzó a trabajar como camarero en un restaurante a pie de playa. El trabajo era extenuante, la jornada duraba doce horas y no disponía de día libre. En el restaurante siempre había algo que hacer y había que ejecutarlo con presteza. Las comidas comenzaban a servirse a la una del mediodía, para adaptarse a los horarios de los numerosos ingleses y alemanes que inundaban la isla y no se adaptaban a los horarios españoles. Paco se encargaba de servir las bebidas. Corría de un lado a otro llevando los pedidos en la bandeja, fingiendo no ver a los muchos clientes que intentaban llamar su atención con gestos y voces en creciente irritación. Por la noche, cuando abandonaban el local los últimos pesados de turno, aún tenían que barrer y fregar el suelo del establecimiento y llenar las cámaras para que las bebidas estuvieran frías a la mañana siguiente. En octubre finalizó la temporada de verano y comenzó a preparar oposiciones al cuerpo de agentes judiciales. Aprobó al año siguiente y, tras una espera de meses, fue destinado a una agrupación de juzgados de paz en Linyola, en la provincia de Lleida. Trabajaba de nueve a dos y tenía ingresos suficientes para vivir sin ninguna clase de lujo, pero pudiendo costearse sus pequeños vicios como la cerveza o el tabaco. Después de su experiencia en el gremio de la hostelería, le parecía increíble poder ganarse la vida trabajando cinco horas al día y con los fines de semana y festivos libres. Y nueve días al año de asuntos propios. Un chollo. Alquiló un apartamento con dos habitaciones por el que pagaba un alquiler moderado y habilitó una de las habitaciones como estudio. Era una vida cómoda y solitaria. Pasaba las tardes pintando y al atardecer salía a tomar una cerveza en uno de los dos bares del pueblo, concurrido únicamente por hombres. No se sabe qué derrotos hubiera tomado su tranquila y rutinaria vida si no hubiera

ocurrido un suceso inesperado. La mañana del 4 de febrero de 1998, al cotejar maquinalmente su boleto de lotería primitiva, como paso previo antes de arrojarlo a la basura, vio con incredulidad una asombrosa coincidencia entre los números que aparecían en el periódico y los de su resguardo. Salió del bar sin acabar su cortado y fue a paso de marcha a un quiosco cercano. Había transcurrido un año y medio desde su toma de posesión. Compró tres diarios diferentes y se sentó en un banco cercano. Los tres diarios repetían la misma combinación ganadora del sorteo de la lotería primitiva. Únicamente había un boleto agraciado y el bote acumulado ascendía a cuatro mil millones de pesetas, que, en el año 2002, se convirtieron en algo más de 24 millones de euros. El corazón le dio un vuelco. Pasó la tarde inquieto, con un torbellino de ideas bullendo en su cabeza. En algunas ocasiones había fantaseado con un hipotético premio en la lotería y el rumbo que tomaría su vida. Entre sus anhelos destacaban el de comprarse una casa en el campo con piscina o un ático, viajar en el Orient Express, recorrer Asia, África y América, y, no menos importante, contratar a una asistenta que limpiara la casa y lavara y planchara su ropa. A Paco le gustaba el orden y la limpieza, tener la casa limpia le producía una sensación tan agradable como desagradable era la tarea de limpiar. Le gustaba cocinar e ir al mercado a comprar, no le importaba poner la lavadora y tender la ropa, pero odiaba limpiar la casa y planchar. Sí, contratar a una asistenta que viniera a su futura casa de campo o a su ático a realizar los quehaceres domésticos no era moco de pavo.

Pensó que no compartiría con nadie la noticia de su suerte, ni amigos, ni sus dos hermanas, ni, por supuesto, su compañero de trabajo. Desde luego, tendría que explicar por qué dejaba su puesto de funcionario, con jornada de 9 de la mañana a 2 de la tarde, pero ya se le ocurriría algo. Además, allí en Linyola apenas tenía amigos íntimos ni, realmente, de ninguna otra clase.

Pasó la tarde intranquilo. Después de la euforia vino la inquietud. ¿Y si alguien le asaltaba y le robaba el boleto? Era una posibilidad remota. Nadie sabía que lo tenía en su poder. También podía ser una hipótesis más plausible que, al depositarlo en el banco, el director tuviese la tentación de guardárselo para sí. A la mañana siguiente pasó por la oficina del juzgado antes del horario de apertura e hizo un par de fotocopias del boleto de lotería, al que previamente había puesto una pequeña marca con un bolígrafo rojo. Se dirigió a la única oficina de la Caixa que había en el pueblo y tras una breve entrevista con el director de la sucursal, al que expresó su deseo de que no trascendiera la noticia de su fortuna, dejó el boleto ingresado en el banco.

“Suelen tardar unos días en pagar”, le dijo el director. “Claro, mi experiencia es de premios mucho menores. No sé lo que pueden tardar en ingresarle esta cantidad, pero en cuanto esté le avisaremos. Si necesita cualquier anticipo o una tarjeta de crédito con un límite amplio, solo tiene que decírmelo”.

“Bueno, de momento, no necesito nada”, respondió Paco. “Todavía estoy pensando qué voy a hacer. A lo mejor sigo trabajando una temporada para que me dé tiempo a meditarlo bien”.

–Tengo que irme, se me está haciendo tarde –dijo Ballesteros apoyando las palmas de sus manos sobre el mantel que cubría la mesa, en ademán de disponerse a levantar–. Supongo que, como mínimo me pasaré una hora en el cuartel de la benemérita, así que la copa la dejamos para el próximo viernes. Dale recuerdos a Tanya.

–Ya se los doy. Bueno, vete ya, que tienes prisa. Yo pago.

–No esperaba menos, pero el próximo viernes me toca a mí, ya sabes que no me gusta ser un mantenido.

–Ya, y tampoco vamos a discutir por eso, sería una ordinariéz.

El taxi dejó a Ballesteros en la entrada del cuartel de la Guardia Civil de Santa Eulalia. Franqueó la entrada y se encontró en un pequeño habitáculo con un agente vestido con el característico uniforme verde oliva sentado detrás de una mesa marrón.

–¿Qué desea? –preguntó el joven uniformado a quien Ballesteros veía por primera vez. Su voz tenía el peculiar tono imperativo que utilizan algunos agentes de las fuerzas del orden para demostrar a los ciudadanos quién está al mando y quién tiene que obedecer. Ballesteros sabía por experiencia que toda esa bravuconería con los ciudadanos de a pie se transformaba en docilidad y servilismo cuando llegaban a los juzgados y se dirigían a su señoría. Actitud que, por otro lado, también adoptaban abogados, procuradores y el común de los ciudadanos cuando se hallaban frente a un juez y que contribuía al endiosamiento de la casta judicial. Ciertamente la Benemérita, en su conjunto, había paliado el autoritarismo por cojones de unas décadas atrás hasta convertirlo en una forzada amabilidad, pero aún quedaban individuos a los que el uniforme les proporcionaba una inyección de poder que manifestaban tratando a los ciudadanos con una dosis de altivez y menosprecio.

–Soy el abogado del turno de oficio. Me han avisado de que tienen un detenido que necesitaba asistencia letrada.

–Sí, hay un detenido, pero el sargento Ferrando me ha dado órdenes de que pase a hablar con él, antes de ver al pollo.

Ballesteros fue escoltado por el agente hasta el despacho del sargento Ferrando, situado al fondo de un corto pasillo. Era un despacho pequeño, con las paredes cubiertas de estanterías en las que se amontonaban papeles amarillentos, cuyos asuntos parecían haber caducado hacía muchos años. El sargento de la Guardia Civil estaba sentado detrás de un escritorio, vestido de paisano, con un traje beis, y los antebrazos apoyados sobre la mesa. Ballesteros lo conocía de vista y sabía que llevaba poco tiempo en la plaza. En la isla era normal el trasiego tanto de guardias civiles como de policías nacionales y todo tipo de funcionarios de ámbito estatal. Llegaban a Ibiza como destino forzoso y cuando, después de uno o dos años de congelación, se publicaba un concurso de traslados, regresaban a la península donde tenían a sus familiares y amigos. Solo un pequeño porcentaje se afincaba en la isla.

El sargento era un hombre de unos treinta y tantos, delgado y de pelo negro con incipientes canas en torno a las sienes. Y si se pudiera definir una cara como cara de mala leche encajaría perfectamente con la del suboficial.

–Usted es Raúl Ballesteros.

–Efectivamente. Y usted el sargento Ferrando.

–¿Sabe por qué le hemos hecho llamar?

–Solo sé que hay un detenido y al parecer no podían esperar hasta mañana a las nueve de la mañana.

–Sí, se trata de un asunto grave. ¿Ha oído hablar de la enfermera que mataron hace un par de días?

–He leído algo en la prensa.

–Pues hemos detenido al presunto culpable... Y quiere hacer una confesión.

–¿Se lo ha dicho él que la mató o supone usted que quiere confesar su culpabilidad?

–Lo ha dado a entender.

–Evidentemente, quiero suponer que no ha declarado sin estar yo presente.

–Como usted bien dice, letrado, no le hemos tomado declaración. Lo mejor será que no enredemos mucho el caso. Si confiesa, nos vamos todos pronto a dormir y el mundo tendrá un hijo de puta menos. Ya he dicho que lo traigan.

Ballesteros se levantó sin decir nada. Ya estaba acostumbrado a que los policías y guardia civiles trataran de convencerlo de la culpabilidad de su cliente. ¿No sabían que estaba obligado a defenderlo igualmente fuera inocente o culpable? ¿No sabían que la instrucción y el juicio tenían por objeto determinar la culpabilidad o inocencia? Desde luego eran unos *tocahuevos*.

Ballesteros se sentó en un banco pegado a la pared, al lado de la puerta del despacho del sargento Ferrando, y vio acercarse al detenido con las manos esposadas, escoltado por un guardia civil. Eduardo Ribas era un hombre enjuto y nervioso, pestañeaba sin cesar, su rostro estaba cubierto por una fina capa de sudor y sus ojos miraban con la expresión impaciente del toxicómano que lleva un tiempo sin su dosis.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Ballesteros.

–Tengo ganas de acabar –contestó Eduardo Ribas.

La vista del juicio oral comenzó el 10 de enero de 2013 a las nueve de la mañana en la sala de audiencias de la Audiencia Provincial de Palma, donde se celebraban los juicios del Tribunal del Jurado. Una borrasca, con fuertes vientos y abundantes precipitaciones, abarcaba la totalidad de las Islas Baleares y Ballesteros se había desplazado en avión, desde Ibiza a Mallorca, la noche anterior, para evitar madrugones y soslayar posibles retrasos o anulaciones de vuelos.

Ballesteros contemplaba, a través de los grandes ventanales de la sala de justicia, la densa masa de agua que caía sobre Palma. Rememoró el interrogatorio al que había sido sometido Eduardo Ribas por los guardias civiles que lo detuvieron. Después de informarle de los derechos que le asistían como detenido y preguntarle nombre, domicilio y otros datos personales, empezaron las preguntas incriminatorias.

–¿Ha estado alguna vez en la urbanización Siesta en la zona de Cap Martinet? –preguntó el sargento de la Benemérita modulando la voz.

–Sí.

–¿Cuántas veces?

–No recuerdo exactamente, dos o tres. –Eduardo Ribas hablaba atropelladamente, como si estuviera ansioso –¿Qué hacía en esa urbanización?

–Entré a robar en un par de casas.

–¿Entró usted el día 3 de mayo sobre las catorce o quince horas en una casa de campo situada a la altura del kilómetro 3 de la carretera de Sant Josep?

–Sí.

–¡Esta no es forma de preguntar! –dijo Ballesteros en voz alta. Había intuido con claridad meridiana que el interrogatorio estaba siendo dirigido, que su cliente estaba siendo totalmente manipulado por aquel sargento más ocupado en encontrar un posible culpable (y apuntarse un tanto ante sus superiores y los medios de comunicación) que en descubrir la verdad. También era consciente de que los agentes de las fuerzas del orden tenían que recurrir a sus estratagemas para conseguir la confesión o descubrir las contradicciones en las declaraciones de los presuntos culpables y, a veces, eso significaba hacer la vista gorda a algunos preceptos constitucionales. El sargento Ferrando clavó sus oscuros ojos en Ballesteros.

–¿Qué quiere decir, abogado? –preguntó en un tono despectivo y amenazante. Ballesteros sintió una rabia repentina hacia aquel hombre que, en teoría, era el encargado de velar el cumplimiento de la ley; no obstante, sabía que la mejor actitud para los intereses de su cliente era vencer los impulsos que le instaban a mandar a la mierda a aquel guardia civil bravucón y mantener una postura comedida.

–Usted está dirigiendo la declaración de este hombre –respondió Ballesteros con voz tranquila señalando a Eduardo Ribas, que estaba sentado a su lado–. Debería preguntarle qué es lo que hizo en tal día y no si tal día a tal hora entro en una casa y él se limite a decir que sí.

–Su cliente es mayorcito y las preguntas son claras. Él puede contestar que sí o que no, o que no lo sabe.

–Sabe lo que se está jugando y cuáles son sus derechos –susurró Ballesteros dirigiéndose a su cliente–. No tiene por qué declarar ahora, ni tiene por qué confesar si es que ha hecho algo ilegal. No le van a dar un premio por confesar un delito, como máximo podría servir de atenuante, pero lo que sí le garantiza es una condena segura.

–Estoy cansado. Solo quiero acabar ya y dormir.

–No me parece buena idea. ¿Está seguro de que quiere declarar aquí y no mañana ante el juez, después de descansar? –insistió el abogado dirigiéndose a Eduardo Ribas, quien mantenía una expresión ausente, como si fuera ajeno a lo que se estaba dilucidando en el despacho de la Guardia Civil.

–¡No! –gritó Eduardo–. ¡Le he dicho que quiero declarar! ¡Si no quiere escucharme, quiero otro abogado!

–Letrado –dijo el sargento Ferrando en voz cortante y con un gesto de paciencia forzada–, parece que su cliente ya sabe sus derechos. Se los hemos leído nosotros y usted se los ha recordado. No puede impedirle que preste declaración si él quiere hacerlo.

–Vamos allá –dijo Ballesteros, con la resignación y el cansancio reflejados en su rostro. También tenía ganas de acabar e irse a dormir.

El resto de la declaración había sido un cúmulo de despropósitos y Ballesteros sentía que, pese a sus años de experiencia, no había estado sagaz y se la habían pegado como a un principiante. Podía ser que tras el vino de la cena con Paco no estuviera al cien por cien de su agilidad mental, pero esto no era excusa. Tenía que haberse negado con todas sus fuerzas a que su cliente declarase o haberse desentendido del caso. Eduardo Ribas reconoció haber estado en la casa de la mujer fallecida en la hora aproximada de la muerte y haberla anestesiado con cloroformo, reconoció haber perpetrado más robos en otros chalés en la zona de Cap Martinet. El sargento preguntó si recordaba haber estrangulado a la víctima y Eduardo Ribas manifestó que no lo recordaba. Al día siguiente comparecieron a presencia judicial y el juez instructor decretó la prisión provisional del detenido y ordenó una entrada y registro en su domicilio, en donde hallaron efectos sustraídos en algunas de las viviendas de la urbanización Siesta. No encontraron ningún objeto que pudiera identificarse como perteneciente a la enfermera muerta, pero había indicios suficientes para incriminarlo.

Un mes y medio después, Eduardo Ribas telefoneó desde la prisión de Ibiza a Ballesteros.

–¡Fue todo una trampa! –le dijo con voz exaltada. Llevaba un mes supuestamente sin consumir droga, pero parecía más excitado que el día que lo detuvieron.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Ballesteros.

–Yo no estuve en la casa de la mujer muerta. Eso ocurrió a las tres de la tarde y yo solo iba por las noches, cuando la gente estaba dormida. El picoletto me dijo que si confesaba me daría algo de droga y yo necesitaba meterme algo. Pero no sabía que quisieran colgarme un asesinato.

–¡Joder! Ahora me sales con estas. –Ballesteros pensó que de nada serviría decirle a su cliente eso de “ya te dije que no declararás”. La metedura de pata estaba hecha y ahora se trataba de ser pragmático–. Vamos por partes: ¿Algo de lo que confesaste era verdad o fue todo inventado para que te dieran la droga por buen chico?

–Lo de los robos era verdad. Pero yo había entrado siempre por la noche y en Cap Martinet. No se me ocurriría ir de día. No sé dónde estaba la casa de la chica muerta y no reconocería a las otras mujeres a las que he robado, yo sólo les echaba el *clorofolmo* y robaba y me iba. Pero a esa hora que dicen que la mataron y por la carretera de Sant Josep, yo no fui.

–¿Recuerdas lo que hiciste el 2 de mayo sobre las tres o cuatro de la tarde?

–No sé, posiblemente estaría *colocao*, echando la siesta.

–¿No viste a nadie más o menos sobre esa hora, o un poco antes o después?

–No sé. No me acuerdo.

–Bueno, tranquilo. El juicio aún no se ha celebrado. –La mente de Ballesteros ahora sí funcionaba al cien por cien, veía el asunto con claridad y eso mismo le hacía ser consciente de que no tenían todas las cartas a su favor–. Evidentemente, el sargento Ferrando va a negar que te ofreciera droga a cambio de tu declaración y lo de los robos ya no te lo quita nadie. Aparte de tu confesión, están todos los efectos que encontraron en tu casa, pero vamos a ver si podemos salvarte del cargo de homicidio. Creo que tal como está el asunto, será mejor que digas toda la verdad. También podíamos alegar que confesaste los robos bajo coacción, pero creo que sería inútil. Además, también está el hecho de que te detuvieron en la zona.

–Sí, claro. No me importa si tengo que pagar por los robos, pero lo de la mujer muerta no me lo tienen que endosar a mí. ¿Cuánto me puede caer por el... el... asesinato?

–Técnicamente no se te acusa de asesinato sino de homicidio. El asesinato requiere que haya un pago o alevosía o ensañamiento. La versión que sustenta el fiscal es que tú entraste a robar, algo se torció y mataste a la chica. Pero te pueden caer de diez a quince años.

–Necesitaba la droga. Por eso dije a los guardias lo que querían oír.

–Ya. No tienes que justificarte conmigo. Y los hay más culpables que tú en tu confesión, pero esto me parece que no se va a poder probar.

Ballesteros contempló a los miembros del jurado, cinco mujeres y cuatro hombres, tratando de calibrar las posibilidades de obtener un veredicto favorable. Tenía que deshacer el entuerto si quería que su cliente tuviera una mínima oportunidad de salir absuelto. Únicamente una joven parecía estar por debajo de los treinta años. La mayoría de los componentes del tribunal pasaban de los cuarenta y alguno rondaba los sesenta. Pensó con desánimo que sería difícil que aquellas personas concedieran mayor credibilidad al acusado, un ladrón toxicómano, que a un sargento de la Benemérita. Hubiera preferido gente más joven, más proclive a dudar de los miembros de las fuerzas del orden. Necesitaba que cinco de los miembros del jurado votaran a favor de la inocencia. Bastaría con poder convencer a cinco de ellos.

El juicio fue breve. Los principales testigos por parte de la acusación habían sido los agentes de la Guardia Civil que detuvieron a Eduardo Ribas y el médico forense. Ballesteros había llamado a declarar al acusado, quien reconoció la autoría de los robos perpetrados en la urbanización Siesta, pero negó haber matado a la enfermera y mantuvo que ni siquiera había estado por la zona en donde ésta vivía. Explicó la contradicción entre sus manifestaciones actuales y sus declaraciones previas ante la Guardia Civil y ante el juez de instrucción, debido a la promesa recibida por parte del sargento Ferrando de facilitarle droga si confesaba su culpabilidad. Ante estas afirmaciones, la fiscal llamó a declarar al sargento de la Guardia Civil, quien con aire de dignidad ofendida, negó haber ofrecido droga al detenido a cambio de su confesión, y precisó que se habían preservado todos sus derechos constitucionales, incluida la asistencia letrada.

Tras un receso de cuarenta y cinco minutos para comer, el juicio se reanudó a primeras horas de la tarde. La fiscal expuso las pruebas en contra del acusado escuetamente. El acusado se había reconocido autor de los robos, por lo que respecto a este delito sólo cabía por parte del jurado el veredicto de culpabilidad.

“Por lo que respecta al homicidio de la señora Ana López Demichellis”, arguyó la Fiscal dirigiéndose a los miembros del jurado, “cuya autoría ha sido negada por el acusado aquí presente, tienen que tener en cuenta que en los delitos en los que únicamente están presentes el autor y la víctima, la determinación se basa en pruebas indiciarias. En este caso, como en muchos otros, no hay un testigo directo que haya visto al acusado cometer el homicidio, pero las pruebas a favor de esta tesis son abrumadoras. En primer lugar está la confesión realizada por el señor Ribas ante la Guardia Civil y ante el juez encargado de la instrucción, en presencia de su abogado, también aquí hoy presente, que después trató de desvirtuar inventando una rocambolesca historia de haber sido objeto de una especie de chantaje, lo cual, a su vez, fue desmentido por el sargento que realizó el interrogatorio. Obviamente, merece más crédito la versión de un oficial de la Guardia Civil, que no tiene ningún interés personal en el asunto, salvo el de hacer cumplir las leyes, que la versión del inculpado. En segundo lugar, el método para entrar en casa de la víctima es idéntico al empleado en los robos que el señor Ribas reconoce haber cometido. En tercer lugar, en el cuerpo de la víctima fueron hallados restos de cloroformo, sustancia que utilizaba el señor Ribas para anestesiarse a sus víctimas mientras cometía los robos. Puede que ustedes se pregunten:

¿Por qué ha reconocido haber cometido los robos y niega haber matado a la señora López Demichellis? La respuesta es muy sencilla. Los robos no podía negarlos. Fue detenido un par de noches después del homicidio en la urbanización Siesta. Cerca del lugar de la detención se halló una mochila que contenía una ganzúa eléctrica y un pulverizador relleno con cloroformo y una mascarilla para evitar inhalar esta sustancia. En la entrada y registro que se realizó en el domicilio del señor Ribas fueron hallados objetos sustraídos en los robos. No ha negado los robos porque no le quedaba otra opción que reconocerlos si no quería que su declaración fuera totalmente increíble, pero sí niega el homicidio porque, al margen de que le supondría una pena considerablemente mayor, piensa que como nadie le vio cometerlo no le pueden condenar. Como les digo, en el derecho español existe el principio de presunción de inocencia, pero esta presunción de inocencia se puede destruir incluso cuando no haya un testigo ocular. Si necesitáramos un testigo ocular de la comisión de cada delito, la mayoría de los delincuentes estarían en la calle. Incluso les digo que estaríamos dando pie al aumento de la delincuencia. En fin, basándonos en la multitud de pruebas que indican que la única persona que pudo haber cometido el homicidio es el señor Ribas, no tengo otro remedio que solicitar de su parte un veredicto de culpabilidad”.

Ballesteros levantó la vista de las notas que tenía sobre su mesa y dirigió la mirada al estrado en el que estaban sentados los nueve miembros del jurado con expresión expectante. Ballesteros había intervenido solamente en cuatro juicios ante el Tribunal del Jurado y había ganado los cuatro. Sabía que debía exponer los hechos favorables a su cliente de una manera sencilla y clara, sin enredarse con tecnicismos legales o cultismos incomprensibles.

Pero tan importante como la diáfana exposición de los hechos era la victoria psicológica, convencer a los miembros del jurado para que votaran a su favor y a favor de su cliente. La fiscal y él eran algo así como dos políticos de partidos opuestos luchando por los votos de los ciudadanos. Valían tanto los argumentos racionales como los emocionales. Ballesteros poseía un porte atractivo y que inspiraba confianza en la gente. Su exmujer le había dicho en cierta ocasión que se parecía a Daniel Day-Lewis, el actor. Cierto que se lo había dicho muchos años atrás, antes de su ruptura.

Ballesteros había decidido comenzar su exposición intentando reducir al absurdo algunas de las manifestaciones de la fiscal, a fin de mermar su credibilidad. Bebió un sorbo de agua directamente de la botella de plástico y volvió a dejar ésta sobre la mesa. Pidió la venia a su señoría y empezó a exponer sus conclusiones con voz timbrada. “Señoras y señores del jurado, antes de comenzar a exponer las evidencias que indican la inocencia de mi defendido, quiero que tengan en cuenta una afirmación que, a mi juicio considero grave, que ha hecho hace unos instantes la señora fiscal. Ha venido a decir más o menos que, para que no aumente la delincuencia, se puede condenar a alguien solo por indicios, es decir, que en lugar del principio de presunción de inocencia vigente en nuestra Constitución y en nuestras leyes, podemos pasar a una especie de presunción de culpabilidad. Esto, señoras y señores, a pesar de que lo haya manifestado la señora fiscal irreflexivamente, no es así. En nuestro ordenamiento jurídico rige un principio que es el de “in dubio pro reo”, es decir, que en caso de duda hay que decidir a favor del acusado”.

“Dejado esto claro, pasaremos a analizar los hechos. Es cierto que el señor Ribas fue detenido de madrugada en la urbanización Siesta. En la entrada y registro realizados en su domicilio se

hallaron objetos que habían sido robados en esa misma urbanización. Y esto es todo. ¿Qué señalan estas pruebas? Pues únicamente una cosa: los robos que el propio señor Ribas ha reconocido haber cometido, pero en ningún caso puede condenársele por la muerte de la señora López Demichellis. En el registro del domicilio del señor Ribas no se halló ningún objeto de la víctima. Mi cliente siempre cometió los robos bien entrada la noche y según el informe del forense a la señora López Demichellis la mataron entre las tres o cuatro de la tarde, es decir, a plena luz del día. Por otro lado, las casas en las que había entrado el señor Ribas se hallan en otra zona, a seis kilómetros de distancia, y no tenían alarma y la de la señora López sí, como podía verse claramente en el cartel pegado en su fachada. ¿Para qué iba mi defendido a arriesgarse a entrar en una casa con alarma y a plena luz del día? Evidentemente, no tiene ningún sentido. Por último, y esta es la razón que considero fundamental, el análisis forense descubrió grandes cantidades de cloroformo en el cuerpo de la víctima. Si ya estaba anestesiada ¿para qué iba a estrangularla? Otro sinsentido. Y con este, ya son varios: en primer lugar la hora a la que se supone que el señor Ribas entró en la casa; en segundo lugar, la casa estaba protegida por alarma y el resto de los robos cometidos por el señor Ribas lo fueron en viviendas que no tenían esta protección y en otra zona; tampoco se encontraron efectos de la víctima en el domicilio del señor Ribas cuando se efectuó la entrada y registro; sí que se encontraron objetos de los robos de los que se ha confesado autor; por último, pregúntense: ¿Por qué si la víctima ya estaba anestesiada, el señor Ribas no se limitó a robar como en otras ocasiones?, ¿qué necesidad tenía de estrangular a la víctima? El señor Ribas tiene antecedentes policiales, es cierto, pero todos por hurto o robo, no existe ningún antecedente que lo implique en delitos violentos. En fin, creo que son muchos puntos que hacen establecer una duda más que razonable sobre la culpabilidad de mi defendido”.

“Ya les hemos dado la explicación de por qué mi cliente confesó haber entrado en esa casa. Simplemente porque le habían prometido droga y mi cliente empezaba a notar el mono, el síndrome de abstinencia, y, para evitarlo, habría firmado cualquier confesión que le hubieran pasado en ese momento. Si se lo hubieran pedido, también habría confesado pertenecer a Al Qaeda y haber sido el autor de los atentados del 11-M”.

“Para acabar, tengo que insistir: en caso de duda, la ley obliga a absolver. Si están plenamente convencidos de que el señor Ribas fue el autor del homicidio, voten a favor de la culpabilidad, pero si tienen una duda, la más mínima, han de votar a favor de la inocencia. Y esto no es una opinión personal mía, la ley les obliga a hacerlo de esta forma”.

Cuando el portavoz del jurado comenzó a leer en voz alta y ligeramente nerviosa los hechos declarados probados, Ballesteros supo cuál iba a ser el veredicto. Eduardo Ribas fue declarado culpable de homicidio por siete votos a favor y dos en contra. Era la mayoría mínima requerida, suficiente para condenarlo. Ahora habría que esperar a que el magistrado redactase la sentencia y estableciera una pena. Posiblemente apreciaría la circunstancia atenuante de drogodependencia. En cualquier caso, Ballesteros tendría que estudiar el posible recurso. Se repetía a sí mismo una y otra vez que no existía una prueba de cargo que señalara la culpabilidad de su cliente.

El abogado comenzó a ordenar los folios que había sobre la mesa, los introdujo en una carpeta de cartón y los guardó en su maletín. El público que había llenado la sala de audiencias había comenzado a salir y apenas quedaba una docena de personas en la sala. Miró de soslayo los primeros bancos y vio a una hermosa mujer vestida con una falda y una americana negras y una blusa blanca. Aún a cierta distancia se podía apreciar que la ropa era de buen tejido y el corte impecable. No se veía ninguna arruga, como si la hubiera comprado aquella misma mañana o la acabara de recoger de la tintorería. El moreno cutis de la mujer era tan terso e impoluto como su traje. Lucía una media melena negra ondulada que enmarcaba un rostro en el que destacaban unos ojos oscuros e intensos (cuyo color no pudo discernir en la distancia) y unos amplios labios carnosos que daban un toque sensual a su semblante. Ella fijó sus ojos en el abogado, como si quisiera hablar con él. Ballesteros sabía que era la hermana de la víctima y supuso que, como suele ocurrir con los familiares de las víctimas, odiaría al abogado defensor a quien consideraban poco menos que cómplice del delincuente.

La mujer y sus padres, los únicos familiares a quien Ballesteros reconocía, se pusieron en camino hacia la salida. Un joven con una grabadora de bolsillo se dirigió hacia ellos. Cruzaron unas breves palabras que Ballesteros no pudo oír y el joven se alejó. Ballesteros pensó que si existía un gremio casi tan odiado como el de los abogados, era el de los periodistas. Quizá pudiera establecerse un escalafón de grupos de profesionales odiados. El primero, Ballesteros estaba seguro, lo ocuparían los políticos. En segundo lugar, banqueros y abogados, aunque no sabría exactamente el orden. En tercer lugar, posiblemente estarían los funcionarios de cualquier Administración pública. Al cuarto y quinto puesto podrían optar los periodistas y taxistas. Luego estaban aquellos sectores que no gozaban de la estima de la opinión pública pero realizaban labores imprescindibles: médicos, policías y profesores. En fin, quizá los únicos que resultasen indiferentes al espectro de la opinión pública, incluso gozaran de su favor, fueran los artistas. Paco había sabido elegir dedicación. Pensó por un momento hacerle una llamada y quedar para tomar una copa, pero eran las seis de la tarde y hasta las nueve no cogería el avión de regreso a Ibiza. Además, aunque le apetecía una copa, no tenía interés en charlar, prefería estar solo con sus pensamientos, repasar mentalmente el expediente de Eduardo Ribas y encontrar los posibles errores y motivos para la apelación.

Cerca de la puerta de salida le sacudió una violenta ráfaga de aire frío proveniente del exterior. Estaba lloviendo copiosamente y las calles estaban inundadas. No había traído paraguas ni un calzado apropiado para pisar charcos. Esperó unos minutos resguardado de la lluvia bajo el

soportal del edificio de la Audiencia Provincial, tratando de decidir qué hacer. Pensó telefonar a radiotaxi e ir hasta el aeropuerto y matar allí las tres horas de espera, pero cambió de opinión y decidió ir caminando hasta un bar cercano, aunque lo suficientemente escondido para no ser frecuentado por gente relacionada con la profesión. Llegó con la ropa mojada y los zapatos y calcetines empapados. Se acercó a la barra, pidió un whisky y se sentó a una mesa con su bebida. Era jueves. Al día siguiente vería a su hija de dieciséis años, que pasaría el fin de semana con él. Según los términos del convenio regulador de su divorcio, le correspondía un régimen de visitas que le permitía ver a Julieta los fines de semana alternos y la mitad de las vacaciones de verano, Navidad y Semana Santa. De un tiempo a esta parte, las relaciones con su hija no transcurrían por los cauces que le hubieran gustado a Ballesteros. Él lo atribuía a la rebeldía de la adolescencia, que la llevaba a contradecirlo y criticarlo. No obstante, no podía dejar de pensar que quizá había hecho algo mal. Julieta poseía grandes cualidades a los ojos de Ballesteros. Era excelente estudiante y destacaba en cualquier actividad que le interesara. Había ganado un par de concursos de fotografía y Paco había elogiado los dibujos que había visto realizados por Julieta e incluso había insistido en que debía asistir a clases de pintura. Sin embargo, del rasgo de carácter de su hija del que más orgulloso se sentía Ballesteros era su desenvoltura y desparpajo. Ella era inmune al efecto amedrentador que ejerce la masa sobre el individuo. Julieta, desde muy niña, no se sentía acomplejada por hablar ante una multitud o por tocar el clarinete por su cuenta en un bar atestado de gente. Ballesteros recordaba una anécdota ocurrida tiempo atrás, cuando su hija contaba diez años. Él y Julieta estaban formando una larga cola ante el mostrador de Iberia, para sacar la tarjeta de embarque del vuelo que los llevaría a Londres para pasar un fin de semana. Un señor bien trajeado y de pelo cano se puso delante de ellos. Julieta tiró de la manga de la cazadora de Ballesteros y le susurró: “¡Papá, se está colando!”. Él no dio mucha importancia a la indignación de su hija y le respondió indolentemente: “Da igual, tenemos tiempo de sobra”. Ella cogió su maleta con gesto decidido y tras afirmar “tenemos que defender nuestros derechos”, se colocó delante del señor que se había colado. Ballesteros la siguió y se situó a su lado. El hombre del pelo cano no dijo nada.

En fin, ese rasgo del carácter de Julieta no lo había heredado de su madre ni de él, quienes admitían haber sido bastante tímidos durante su infancia y hasta bien entrados en la vida adulta. Ballesteros reconocía y apreciaba los méritos de Yolanda, su exmujer, en la educación de Julieta. Desde luego, él no habría tenido la paciencia de ponerse cada día a repasar las lecciones con su hija, como había hecho Yolanda durante años. Él siempre estaba enfrascado en buscar soluciones jurídicas a intrincados casos. En aquellos años le había dedicado más tiempo al puto trabajo que a su hija. Yolanda también trabajaba como intérprete de alemán en su propio despacho, pero siempre sacaba tiempo para atender las múltiples demandas de su hija por agotada que estuviera. Ahora Julieta ya se bastaba por sí sola y rechazaba cualquier ayuda, pero no cabía duda de que Yolanda había fomentado sus hábitos de estudio y también la confianza y seguridad que Julieta tenía en sí misma.

Ballesteros no había empleado mucho tiempo en jugar con su hija o en repasar la lección con ella, pero creía haber aportado su granito de arena en su educación, el granito que se aporta día a día con reprimendas y halagos, con consejos que Julieta no escuchaba y pequeños sacrificios de los que ella no era consciente. Haciendo autocrítica, Ballesteros reconocía que él, a la edad de su hija, era un adolescente egoísta e inconsciente que consideraba que el deber de sus padres

consistía básicamente en satisfacer sus caprichos. Por suerte, Julieta era más madura y juiciosa que lo fuera él. Sin embargo, desde hacía tiempo, su hija no era una mera receptora pasiva y respondía con críticas que a Ballesteros le resultaban pullas dolorosas. Algunos de los reproches que le lanzaba su hija, no le quedaba más remedio que reconocer que tenían fundamento, como cuando le criticaba sus insanos hábitos de fumar y beber, sin embargo otros eran puras y simples ganas de enfrentarse a él. Si cocinaba patatas fritas para cenar, ella no las probaba, si preparaba una ensalada, ella le decía que estaba harta de comer tan sano. No había manera de acertar. Ballesteros pensaba que quizá los hijos de padres divorciados necesitan ponerse del lado de uno de los dos y en aquél caso Julieta se había puesto de parte de la madre. A menudo le invadía el pensamiento de que su carácter chocaba con el de su hija, quizá él fuera demasiado autoritario como le reprochaba su exmujer. Trataba de hacerlo lo mejor posible, lo mejor que sabía, pero no se sentía muy feliz con los resultados. Julieta no era comunicativa, no tenían el grado de confianza que le hubiera gustado. Añoraba aquél viaje a Londres porque era el último en el que había sentido el amor incondicional de su hija, que entonces contaba diez años.

¿Cuándo había dejado Julieta de quererlo? Había sido un proceso lento del que Ballesteros no había tomado conciencia. Los silencios de su hija cuando llegaba a casa y se encerraba en su habitación se habían ido prodigando y convirtiéndose en un reproche más doloroso que los que le dirigía de viva voz. Intentaba consolarse pensando que la adolescencia era una etapa necesaria por la que tenían que pasar los chavales para soltarse del cordón umbilical de los padres y adquirir su autonomía como individuos. Tenían que romper con su anterior sumisión para alcanzar su propia identidad e independencia. Intentó recordar cómo era él a los quince años. Y vio un adolescente tímido con los extraños y arisco con sus familiares. Especialmente con su abuela materna, a la que replicaba en voz de grito. Su actitud, recordó con remordimiento, era mucho peor que la que ahora mostraba Julieta.

Apuró el último sorbo de whisky que se había agitado ligeramente al derretirse los hielos y pidió otro al camarero levantando el vaso vacío. El camarero salió de la barra con la bandeja en la que llevaba un vaso con hielo y la botella de *Glenfiddich*. Retiró el vaso usado y le sirvió una nueva copa. Acababa de llevarse el vaso a los labios cuando vio reflejada en el espejo situado al fondo del bar una figura de mujer que reconoció al instante. La había visto aquella tarde en la sala de audiencias, la hermana de la víctima. La mujer dejó un gran paraguas con calma en el paragüero que había junto a la puerta de entrada y se dirigió hacia la mesa que ocupaba él. Ballesteros no creía en las casualidades; bueno, en algunas sí, en otras no, y aquella era de las que le hacían desconfiar. Seguramente vendría a reprocharle el hecho de haber defendido a un criminal y a decirle las virtudes de la hermana fallecida cuya vida había sido truncada sin motivo. En fin, vendría a echarle en cara el hecho de haber elegido la profesión de abogado criminalista. Sin embargo, pocas veces las reprimendas habrían venido de alguien con aquellas piernas tan bonitas enfundadas en medias negras, cuyo reflejo veía acercarse en el espejo. Decidió fingir no haberla visto. Al fin y al cabo, tampoco estaba completamente seguro de que se dirigiera hacia él, tal vez buscaba el cuarto de baño y se trataba de una de esas casualidades que eran realmente casualidades.

—Buenas tardes —dijo ella cuando estuvo a su lado—. ¿Podría hablar con usted? —Ballesteros fingió una leve sorpresa, enarcando las cejas en un gesto que a él mismo le pareció fingido.

–Sí, claro, siéntese. –Ella ocupó una silla enfrente de él, al otro lado de la pequeña mesa redonda.

–Soy Raquel López, he estado en las sesiones del juicio.

–Sí, la he visto en la sala. Siento lo de su hermana –dijo Ballesteros tratando de mostrar su lado humano, aunque pensó que quizá su condolencia sonaba artificial.

–El caso es que no he quedado muy satisfecha con el resultado del juicio.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Ballesteros con una expresión de asombro, que esta vez era auténtico.

–Después de ver el desarrollo del juicio, las pruebas, los alegatos del fiscal y los suyos, no estoy segura de que el hombre que ha sido condenado fuera el asesino de mi hermana. –Raquel López hizo una pausa esperando la reacción de Ballesteros que permaneció mirándola pensativo–. También hay un detalle que al principio me pasó desapercibido, pero luego he pensado mucho en él. Yo fui la que encontró a mi hermana. –Ballesteros se dio cuenta de que Raquel López hablaba de “su hermana”, como si siguiera con vida, y no del cadáver de su hermana–. Noté algo raro cuando la vi tumbada sobre la cama y al final he sabido lo que era: su ropa. Cuando la encontré sobre la cama aún llevaba puesto el uniforme de enfermera. Mi hermana era demasiado presumida, no le gustaba salir a la calle vestida con el atuendo del trabajo, siempre se cambiaba en el vestuario que tienen las enfermeras, tanto cuando llegaba como cuando se iba. Si tenía turno de mañana, Ana prefería ir al trabajo en autobús. Hay un parking en el hospital, pero no le gustaban los atascos que se forman en Ibiza en las horas punta, cuando va todo el mundo a trabajar o lleva los niños al colegio. Prefería ir en el autobús leyendo. Y, la verdad, no la imagino en el autobús con su uniforme de enfermera.

–Puede ser que saliera con prisa.

–Sí, pero ya me parece que se juntan demasiadas coincidencias. ¿Por qué tenía ese día más prisa que otros?

–Difícil respuesta. Siendo sincero, le diré que yo tampoco creo que mi cliente sea culpable. Hay algunas circunstancias que lo señalan, pero también hay otras muchas que lo exculpan. Tengo la convicción de que no fue él, y, sinceramente, esto no se lo estoy diciendo como abogado defensor, se lo digo fuera del escenario del juzgado, como podría decírselo a un amigo.

–Sí, pero entonces surge una pregunta evidente: si su cliente no fue el autor, ¿quién la mató? ¿Otro ladrón? No sé, es todo muy confuso.

–Lo cierto es que la Guardia Civil no investigó otras posibilidades. Ellos tenían a su culpable y ahí se acabó la investigación, solo trataron de recoger pruebas que lo condenaran. Y creo que no fueron demasiadas. Muchos detalles no encajan. Y ahora se añade el de la ropa que vestía su hermana, que también da que pensar.

–¿Cree usted que realmente confesó porque le ofrecieron droga?

–Sí, creo que ocurrió tal como lo contó Eduardo Ribas.

–¿Y no le parece que es casi delictiva la actuación de la Guardia Civil?

–Bueno, es todo complejo. Por una parte sí, por otra no. Los policías y guardias civiles están acostumbrados a tratarse con maleantes que, si tienen algo de sentido común o de experiencia, lo van a negar todo. Tienen que ser más astutos que los delincuentes si quieren pillarlos y a veces les ponen trampas que cruzan la línea de lo legal. Creo que ellos creen actuar bien, el caso es que confiese, pero luego se pueden dar situaciones como la del crimen de Cuenca.

–¿Qué crimen?

–El crimen de Cuenca. A lo mejor eres demasiado joven y no has oído hablar del caso –dijo Ballesteros pasando inconscientemente al tuteo–. Hicieron una película y todo. Se considera uno de los errores judiciales más graves ocurridos en España. Esto ocurrió a principios del siglo XX. Un pastor desaparece de su pueblo justo cuando acaba de vender un rebaño de ovejas. Sus familiares lo tienen claro, piensan que alguien le mató para robarle y culpan de ello a otros dos pastores, que son los últimos que afirman haberlo visto con vida. El caso se archiva porque no queda suficientemente justificada la perpetración del delito. Pasan un par de años y llega un nuevo juez que decide reabrir el caso y encontrar al culpable a toda costa. Ordena a la Guardia Civil que detenga a los dos pastores sospechosos y que los torturen hasta obtener su confesión. El caso es que los detienen, los someten a todo tipo de vejaciones, privaciones y torturas y finalmente ellos confiesan haber asesinado al individuo desaparecido. Los juzgan y los meten en la cárcel. No sé cuánto tiempo después, diez o doce años, el párroco del pueblo recibe la solicitud de un certificado de bautismo del desaparecido, que vivía en un pueblo vecino y lo necesitaba para casarse. Y, lógicamente, se dieron cuenta de que estaba vivo y habían condenado a dos personas inocentes por un asesinato inexistente. En fin, que si este buen hombre no se hubiera casado o le hubiera dado un infarto dos meses antes, nadie se habría dado cuenta del error.

“Y, volviendo a lo que íbamos, yo creo que el juez que ordenó a los guardias civiles que torturaran a los dos pastores, lo hizo pensando que realmente ellos eran los culpables y que había que conseguir su confesión a toda costa y que nadie se confiesa culpable si realmente no lo es. O sea, que subestimaba de lo que eran capaces los métodos de tortura de la Guardia Civil. Ahora, evidentemente, son más sutiles, como ofrecerte droga”.

Ballesteros notó que su relato había despertado el interés de aquella mujer.

–Yo recuerdo un caso más reciente, ocurrió hace catorce o quince años, entonces yo estaba estudiando la carrera. No recuerdo muy bien los detalles, creo que se trataba de una chica que fue asesinada y condenaron a una señora que había sido amante de la madre de la chica –Raquel pensó si no recordaría este caso precisamente porque tenía un tinte lésbico.

–Sí –asintió el abogado–, te refieres al caso de Rosa Bonet. Fue juzgado por un tribunal popular. Todos los medios de comunicación señalaban como culpable a la amante de la madre y el jurado la condenó, evidentemente sin ninguna prueba de cargo. Se pasó más de un año en la cárcel hasta que detuvieron a Marc Garfield, un asesino en serie, y comprobaron que el ADN que habían encontrado en la escena del crimen de Rosa coincidía con el de Marc Garfield. En este caso, evidentemente, también el fiscal tuvo mucha culpa, al sostener una acusación sin suficientes pruebas y añadir la puntilla para convencer a un jurado que ya estaba contaminado por el juicio previo que habían hecho los medios de comunicación.

–Desde luego, pone los pelos de punta que todavía hoy, en pleno siglo XXI, puedan ocurrir estas cosas.

–Ya, y lo triste es que habrá habido casos de personas inocentes que hayan sido condenadas injustamente y hayan cumplido la pena completa. Cuando ya se ha condenado a alguien, se deja de investigar y se tiene que descubrir la verdad por pura casualidad, como en los casos de los que hablamos. Una carta remitida al cabo de los años, restos de ADN de un delincuente fichado. Pura casualidad. –Ballesteros hizo una pausa–. ¿Te apetece beber algo?

–Un café con leche, a ver si entro en calor. ¡Vaya tiempesito que tenemos! –dijo la joven frotándose las manos y mirando hacia los cristales de la puerta de entrada.

La socorrida mención al tiempo, que sacaba de sus casillas al abogado, en labios de aquella mujer no le sonó mal, incluso le pareció natural. Levantó una mano para llamar la atención del camarero y le pidió el café con leche en voz alta.

–¿Y qué opinan tus padres?

–A ellos no les he dicho nada de lo que pienso. No quiero preocuparles. Creo que realmente les da igual si condenan al señor que han juzgado hoy o a otro, lo único que sienten y que no tiene remedio es la muerte de mi hermana y ningún juez le puede devolver la vida. Yo sí quiero estar segura de que el asesino de mi hermana paga por lo que ha hecho, quiero verlo en la cárcel. No se ofenda, pero creo que la Policía ha dedicado su tiempo a demostrar la culpabilidad del señor Ribas y usted lo ha empleado en intentar demostrar su inocencia, pero nadie se ha preocupado de buscar a otro posible culpable.

–Realmente, buscar criminales no es mi trabajo.

–¿Y si es la mejor manera de demostrar la inocencia de su cliente? Y, a estas alturas, quizá la única.

–Bueno, la Guardia Civil ya ha dado por cerrado el caso, o sea que no van a hacer nada para buscar a otro posible culpable. Si queremos investigar, tendremos que hacerlo por nuestra cuenta, deberíamos contratar a un detective privado. Y, aunque parezca increíble, no conozco a ninguno en la isla de Ibiza. Quiero decir que no conozco ninguno que me parezca buen profesional –matizó el abogado–. En un par de casos tuve que recurrir a los servicios de un investigador privado y los dos me parecieron unos chapuceros.

Raquel López reflexionó un momento antes de decir:

–Yo conozco a uno, un antiguo compañero del colegio, con quien también coincidí en la Facultad de Psicología de Valencia.

–¿Y cómo ha acabado trabajando de detective después de estudiar Psicología?

–¿Y por qué no? No todo es tan exacto en la vida como estudiar Derecho y trabajar de abogado. Además, Zarco era un experto en adivinar los asesinos en las películas. Cuando llevabas diez minutos en el cine con él viendo una película de suspense, Zarco ya sabía el desenlace.

–No estoy seguro de que el don de adivinar los asesinos de las películas se pueda incluir en un currículum. Y desde luego, yo no iría al cine con él. Vaya pelma.

–También se puede ver desde otro punto de vista, como que se trata de una persona inteligente. Y le puedo garantizar que también es honrado.

–Eso ya es mucho en los tiempos que corren. En fin, ya veremos. La vida no es como las películas, no siempre se descubre al culpable. ¿Tienes hijos? –preguntó Ballesteros, aunque él mismo sabía que la pregunta que quería hacerle era si estaba casada o tenía pareja, si también volvía a Ibiza en el avión de las 21:05 y si quería compartir una cena con él aquella noche.

–No –respondió Raquel secamente, como si quisiera proteger su intimidad. Ballesteros le parecía un hombre atractivo, pero ella necesitaba algo más que atracción para liarse con un hombre unos cuantos años mayor que ella. Y sabía que la mezcla de los asuntos profesionales con los personales era una combinación tan explosiva como la nitroglicerina, cualquier movimiento en falso hacía saltar todo por los aires.

–Yo tengo una niña de dieciséis años –dijo Ballesteros–. En realidad ya es una adolescente y últimamente no nos llevamos muy bien.

–Me tengo que ir –respondió Raquel a la vez que cogía su bolso colgado de uno de los brazos de la silla–. Mis padres y yo cogemos el avión de las siete y cuarenta y se me está haciendo tarde. Mañana hablaré con Zarco y le diré que vaya a verlo si no le importa, para que le proporcione los detalles del caso.

–Me parece bien. –Ballesteros sacó una tarjeta de visita de su cartera y se la entregó a la joven–. Puede pasar por mi despacho a partir de las nueve. Ahí tiene mi dirección y teléfono.

El abogado se quedó sentado apurando su vaso de whisky y vio en el espejo situado en la pared del fondo del local cómo Raquel recogía su paraguas y salía por la puerta sin girar la cabeza. Se sentía un poco incómodo con la situación. ¿Por qué coño le había empezado a hablar de su hija en un tímido intento de llevar la conversación al terreno personal? Raquel se habría llevado una imagen equivocada. Precisamente Ballesteros, después de su ruptura con Yolanda y unas cuantas relaciones apasionadas y tormentosas con mujeres siempre diez años más jóvenes que él, estaba atravesando una fase en la que el sexo no era una de sus prioridades vitales. No se impresionaba fácilmente por unas piernas o unas tetas bonitas o unos labios sensuales, pero Raquel tenía ese plus indefinible que hace que nos atraiga otra persona. Desde luego, también debía ser diez o doce años menor que él.

Alex Zarco se sorprendió tanto como se alegró de recibir la llamada de Raquel López Demichellis, a quien recordaba como un mito de belleza de la Facultad de Psicología de Valencia, una divina. El asombro de Alex Zarco aumentó hasta el infinito cuando ella le explicó de manera sucinta que quería contratar los servicios de Zarco & Cía. para investigar la muerte de su hermana y le citó en el bufete de Ballesteros para el día siguiente a las diez de la mañana. Él insistió en quedar a las nueve y media en un bar cercano y tomar un café antes de acudir al despacho del abogado.

Zarco había tenido conocimiento de la muerte de Ana López Demichellis por los periódicos y la televisión. No era habitual un homicidio en Ibiza y los medios de comunicación habían recogido ampliamente las noticias sobre el crimen y el posterior juicio cuya sentencia se había dado a conocer ese mismo día. Zarco sabía que habían condenado a diez años de prisión al drogadicto responsable de la muerte de la chica y no veía claro qué pretendía Raquel que investigara.

Alex Zarco y Raquel López eran de la misma edad y habían compartido aula en el colegio, pero no habían trabado amistad hasta que ambos coincidieron en la Universidad de Valencia, en el primer curso de la carrera de Psicología, cuyo estudio Raquel compaginaba con el de Derecho. La afinidad que dio origen a su amistad podía encontrarse en las tendencias sexuales de ambos: la homosexualidad de él y la bisexualidad de ella. Ambos se apartaban de la regla imperante, creando ese vínculo que une a los individuos que se separan de lo considerado “normal”. Porque, a pesar de que, a finales del siglo XX, la sociedad española había evolucionado hacia una mayor tolerancia, lo cierto es que no había cambiado tanto como para que gays y lesbianas estuvieran en pie de igualdad con los heterosexuales. Raquel había contribuido en gran medida a una de las decisiones cruciales de Alex Zarco: la de abrir la puerta del armario, ya que Zarco realmente aún no había salido de este incómodo mueble y exclusivamente se había sincerado con Raquel una noche en la que, contra su costumbre, él había bebido dos cervezas y el alcohol había desatado la lengua de Zarco, en un discurso que por momentos resultaba coherente y en ocasiones era completamente absurdo, y le había revelado no solamente sus inclinaciones sexuales sino también sus miedos y vergüenzas. Raquel había respondido a la sinceridad de Zarco con confidencias que no había hecho nunca a sus amigas y lo cierto es que se sintió aliviada. A ella le agradaba el desinhibido e infantil sentido del humor de él y se sentía relajada en su compañía. Zarco se dejaba utilizar por guapos estudiantes que se acercaban a él como medio de llegar a Raquel. Tras acabar la carrera, ella se fue a Madrid a estudiar oposiciones para el cuerpo de gestión de Hacienda y, tras aprobarlas, se había instalado a vivir definitivamente en la capital. El primer año se telefonaron un par de veces, pero después perdieron el contacto y Alex no había tenido noticias de ella hasta la llamada telefónica de la víspera.

Alex Zarco era lo que, utilizando un anglicismo que se ha popularizado entre la gente de habla hispánica, se denomina un friqui. Aunque le producía enorme placer comprar ropa tan a menudo como se lo permitía su economía, durante los meses de otoño, invierno y hasta bien entrada la primavera se cubría con una gabardina gris de corte anticuado, heredada de su padre, fallecido dos años antes, y lucía en su cuello un pañuelo de seda, a modo de corbata, en lo que pensaba un

detalle si no de elegancia, sí reivindicativo de su personalidad. No escatimaba el uso de colonia. Le gustaba la sensación de limpieza que le proporcionaba el perfume y cada mañana, antes de salir a la calle, se rociaba con el pulverizador de *Eau Sauvage*.

De físico poco agraciado, entrado en carnes e incipiente calva prematura, a sus treinta y tres años aún era virgen. Había reconocido su homosexualidad latente a Raquel en una noche de confidencias inspiradas por el alcohol y la necesidad de desahogo, pero como él mismo decía “era un homosexual de revista”, lo que no significaba que pudiera ocupar las portadas de las revistas gays sino que no había llegado a mantener relaciones sexuales con un ser humano de carne y hueso, tan solo había aliviado su libido contemplando revistas en las que aparecían fotografías de efebos depilados y enormes penes.

Alex Zarco practicaba kárate desde los veinte años y aunque no tenía la precisión en los golpes, ni la agilidad, ni la rapidez de su admirado Bruce Lee, a base de entrenar seis horas semanales durante doce años en la Sociedad de Artes Marciales y Deportivas (SAMYD), había obtenido el cinturón negro en la modalidad de Kárate Do. El local de la SAMYD estaba en una planta baja. Tenía un tatami azul y un espejo en la pared del fondo y era concurrido por lo que Zarco consideraba gente normal, de entre la que quedaban excluidos los pandilleros, matones y porteros de discoteca, que por lo general se decantaban por el *kick boxing*. Para obtener el cinturón negro no hacía falta levantar el pie hasta la altura del codo, bastaba la concentración, coordinación y equilibrio que Zarco había conseguido con una perseverancia de años. Nunca había empleado sus técnicas de karateca en una pelea, ni siquiera recordaba haber tenido peleas pasada la adolescencia. Aparte de ser un sistema de defensa personal, el kárate tiene como objetivo la formación del carácter y la búsqueda del equilibrio físico y mental, y su práctica había dado a Alex Zarco confianza y seguridad en sí mismo. Además, sí lo había utilizado en sueños. Desde la niñez, Zarco había padecido pesadillas en las que se veía perseguido o atacado por algún desconocido, pero al empezar a practicar artes marciales estos sueños angustiosos desaparecieron. Si en una pesadilla se le presentaba un desconocido con aviesas intenciones, Zarco le propinaba un *tsuki* (puñetazo directo) en la cara o un *mawashigueri* (patada circular) en el costado y lo dejaba grogui.

El tópico que dice que el primer objetivo de los estudiantes de Psicología es diagnosticarse a sí mismos era completamente cierto en el caso de Alex Zarco. En tercer curso llegó a la conclusión de que su carácter apocado se debía en parte a la influencia de sus padres, que apenas se relacionaban con el mundo exterior, así como a su baja autoestima; unos meses después se dio cuenta de que su autodiagnóstico no le servía absolutamente de nada, ya que como él mismo había observado, los humanos somos prisioneros de nuestro carácter y no podemos realizar grandes cambios. Nadie puede dejar de ser miedoso, tímido o irritable a voluntad. Ni siquiera podemos elegir nuestros sentimientos. El libre albedrío era una quimera en un universo regido por infinitas relaciones de causa y efecto. Raquel le animó a realizar el doctorado o, al menos, a escribir un ensayo con sus teorías. “El único problema es que yo solo conozco un caso: el mío”, respondió Zarco. “¿Cuántos casos te crees que conocían Freud o Jung antes de comenzar? Los suyos propios. Solo tienes que escribir tu caso y luego sustituyes el *yo* por *el paciente*”.

Tras licenciarse en Psicología no realizó el doctorado, ni escribió el ensayo. En la primavera de 2003, sufrió una crisis nerviosa aguda que provocó su internamiento en un centro de salud

mental durante largos meses. Después de recibir el alta médica, sustituyó la celda del hospital por su propia habitación en casa de sus padres. Su misantropía fue en aumento y se refugió como un ermitaño en su cuarto. Sólo salía de su casa los lunes, miércoles y viernes para acudir a clases de kárate. Sus padres le cubrían las necesidades básicas de techo y comida, y, si podían, sus caprichos. Era hijo único y, aunque tenían un modesto vivir, sus progenitores hacían sin pestañear cualquier sacrificio que pudiera contribuir a la felicidad de su vástago. Alex Zarco pasaba los días y parte de las noches encerrado en su habitáculo, leyendo novelas de detectives y de misterio y ninguna actividad le producía tanta satisfacción como esta lectura. Los libros los tomaba prestados de la biblioteca de Can Ventosa, que se hallaba cerca del gimnasio donde recibía clases de Kárate. Había leído prácticamente todo lo publicado de este género en lengua española: autores británicos, como Agatha Christie (quizá su preferida), autores norteamericanos, españoles, escandinavos (que tanto habían proliferado en los últimos años), suramericanos, italianos, belgas, franceses, suizos, finlandeses, griegos, y de algún otro país.

Una tarde en la que, mientras releía una novela protagonizada por Hércules Poirot, la añoranza de vivir una aventura en la Inglaterra de la primera mitad del siglo XX entre la clase alta le sacudió con fuerza, a Zarco le sobrevino la idea, como una inspiración, de que podía convertir su vida en una novela en la que él fuera el protagonista. Y así decidió dedicar sus esfuerzos y parte de los ahorros de sus padres a convertirse en detective privado.

Zarco estudió a distancia y aprobó sin mucho esfuerzo los exámenes para obtener el Diploma Universitario en Investigación Privada, que le habilitaba para el ejercicio de la profesión de detective. También obtuvo el permiso de armas permitido a los escoltas privados. Cumpliendo las leyes españolas, fuera del ejercicio de la función de escolta no podía llevar ninguna arma y debía depositarla para su custodia en un establecimiento autorizado al efecto, por lo que optó por agenciarse en el mercado negro una pequeña pistola Glock 17, de 9 milímetros, cuyo modelo ya no se fabricaba, junto a una caja de munición. Guardaba la pistola descargada sobre el armario de su habitación. No la sacaba de su domicilio pero le daba cierta sensación de tranquilidad saber que estaba allí para el caso de una emergencia que pudiera sobrevenir.

Obtenido el diploma que lo acreditaba como detective privado, creó una página web anunciando los distintos campos que investigaba la agencia de detectives Zarco & Cía. e insertó un anuncio en el Diario de Ibiza publicitando sus servicios. El único componente de la agencia de detectives Zarco & Cía. era Alex Zarco, que había puesto la adenda a su apellido para dar sensación de profesionalidad y porque le gustaba la americanada, que, aparte de ser abreviatura de “compañía”, recordaba a la *Central Intelligence Agency*. Con más preparación teórica que práctica en la realización de seguimientos y en métodos de investigación, inició su andadura en la profesión de detective, equipado con una cámara fotográfica réflex digital y una cascada *scooter*, que en otro tiempo fue roja y ahora exhibía un descolorido color ocre debido a la acción del sol. Durante sus primeros encargos frecuentemente perdía al sujeto a quien seguía y reiniciaba el seguimiento al día siguiente. Si la persecución devenía excesivamente complicada y demasiado difícil para llevarla a buen fin, sacaba un par de fotos del individuo de turno en cualquier situación inocua y decía al cónyuge celoso (la inmensa mayoría de sus clientes entraban dentro de este perfil) que en su investigación no había descubierto ninguna evidencia de que hubiera otra persona en la vida de su pareja, afirmación que siendo en sí misma cierta no era un reflejo de la

realidad en todos los casos. Su primer cliente fue una mujer madura, dueña de un pequeño supermercado de barrio, que sospechaba que su marido la engañaba.

Zarco se limitó a pedirle un duplicado de las llaves del coche de su marido y le preguntó a qué hora salía él de casa para dirigirse al trabajo. A la mañana siguiente, a las 8:15, Zarco comenzó el seguimiento del automóvil por las calles de Ibiza hasta que entró en un edificio de cuatro plantas habilitadas para el estacionamiento de vehículos, cercano a su lugar de trabajo, una prestigiosa gestoría. Zarco aparcó su moto en la calle y entró en el garaje por el acceso para los peatones. Encontró el coche en la segunda planta, estacionado entre una columna de cemento y otro automóvil. Abrió la puerta del vehículo utilizando la llave que le había dejado su cliente y colocó una grabadora que se activaba con la voz (comprada por ciento veinte euros que le había prestado su madre) bajo el asiento del conductor. Había pensado que las personas que tienen alguna conversación que esconder, obviamente no realizarían una llamada telefónica desde su centro de trabajo, donde pueden ser escuchados por un compañero; ni desde su casa, donde les pueden oír sus parejas o hijos. Tampoco realizarían la llamada desde la calle, en donde no podían prever con quién se cruzarían. Zarco dedujo, tras discurrir largamente, que el lugar en el que una persona se siente protegida y a salvo y segura de no ser escuchada es en el interior de su coche. Desde luego, se podía haber limitado a dejar la grabadora a la esposa y darle las instrucciones para colocarla, pero esto implicaba un posible error por parte de ella y, aunque saliera bien la maniobra, minimizaría la labor del detective, así que colocó él mismo la grabadora. La dejó enganchada debajo del asiento durante un par de días y luego acudió a recogerla de la misma manera que la había colocado, utilizando el duplicado de la llave del vehículo. Tuvo suerte en el primer intento y descubrió una conversación del marido con su amante a la salida del trabajo. Él decía que había quedado con unos amigos para cenar, de esta manera se cubría las espaldas ante su esposa y justificaba su salida nocturna, y que intentaría escaparse de ellos sobre las doce y acudiría a la casa de la amante. Zarco escuchó la cinta con euforia por el triunfo, por el engaño descubierto y alegría por la mujer que lo había contratado, quien por fin descubriría la verdad. El detective se citó con ella en el supermercado que la mujer regentaba, veinte minutos antes de la hora de apertura al público, y conectó la grabadora, apretando el botón de reproducción, satisfecho de sí mismo, de su inteligencia y astucia. Sin embargo, la expresión compungida en la cara de la dueña del supermercado al escuchar la melosa voz de su marido conversando con su amante le hizo recordar a Zarco que ni el dinero ni el conocimiento proporcionan la felicidad. En especial este último.

Paulatinamente le fueron llegando encargos de esta índole, de algún marido celoso que quería espiar a su mujer o de alguna esposa celosa que quería espiar a su marido, o de algún jefe que quería pillar in fraganti al empleado que había cogido una baja injustificada, o también de padres que querían saber dónde iba su joven hijo por las noches y en qué compañías y si bebía o consumía drogas. Nunca había investigado un caso de asesinato, ni siquiera un desfalco. Aunque sus simples y rutinarios casos no se podían comparar con las investigaciones de cualquiera de sus héroes de novela, le gustaba su profesión y la tarea de vigilancia solitaria encajaba con su carácter retraído. En cierta manera, mientras espía a sus objetivos, se hallaba en contacto con el mundo a la vez que su ocultación le hacía sentirse seguro y a salvo. La gente le inspiraba aversión, consideraba que la mayoría de las personas eran egoístas, ignorantes y dañinas. Solo tenía que conducir su motocicleta durante media hora por las calles de Ibiza para comprobar cómo se le

cruzaban los coches saltándose todo tipo de señales de stop y ceda el paso, como si no le vieran venir o no les importara que un motorista tuviera preferencia. Especialmente le producía rechazo cuando el infractor conducía un todoterreno. La ley del más fuerte. Y del más cazurro. Continuamente intentaba mentalizarse para que este tipo de comportamientos no le perturbara. Recurría a la filosofía budista para intentar recobrar la calma y que no le afectase la agresividad y la energía negativa que se desprendían de este tipo de acciones. Sin embargo, no siempre lo conseguía. También se decía que los humanos simplemente éramos así de imbéciles, lo que lo corroboraba la despreocupación generalizada por las tareas de reciclaje. La gente no era consciente de que uno de los mayores problemas y peligros a los que se enfrentaba la humanidad era el deterioro del medio ambiente, y, para colmo, justificaban su actitud insolidaria diciendo que era una tontería separar el plástico, el vidrio y el papel, ya que luego los servicios municipales lo arrojaban todo junto al mismo vertedero. En fin. No había perdido la costumbre de buscar calificativos para sí mismo y ahora se autodefinía como “un lobo solitario”, aunque evidentemente esta metáfora no era de cosecha propia.

Poco a poco y sin desánimo perfeccionó sus métodos. Con las retribuciones por sus trabajos, alquiló un piso con tres habitaciones que le servía de vivienda y de despacho y fue adquiriendo un equipo de cámaras fotográficas con potentes teleobjetivos, micrófonos que podían captar la voz a cientos de metros, cámaras de vigilancia del tamaño de un botón, *software* espía para introducirse en ordenadores, en fin, una panoplia de artilugios que colocados en el sitio adecuado hacían el trabajo por sí solos. Cumpliendo estrictamente las leyes y el código deontológico de la profesión, el espionaje de una persona únicamente estaba permitido en vías y locales públicos. Sin embargo, la naturaleza de las investigaciones que le encargaban le obligaba a saltarse estos límites espaciales al tiempo que la legalidad. ¿Quién iba a fotografiar o a filmar a una mujer o marido adúltero con su amante en un parque público? Lo lógico y habitual es que se encontraran en la intimidad de un domicilio o en la habitación de un hotel, lejos de miradas ajenas. Cuando Zarco entregaba informes y fotografías que invadían la esfera privada, tomadas en un domicilio particular, se cuidaba de decir a sus clientes que las fotos las había sacado un colaborador. En estos casos tampoco entregaba facturas cuando le pagaban sus servicios, para que no pudieran vincularlo con esta vulneración de la privacidad ajena que podría acarrearle la pérdida de su licencia. De esta manera, no solo infringía flagrantemente varios artículos de la Constitución española que garantizan el derecho a la intimidad, al honor, a la propia imagen, al secreto de las comunicaciones y a la inviolabilidad del domicilio, sino que también defraudaba al fisco al no entregar factura, ni cobrar IVA, ni declarar la totalidad de sus ingresos.

Aunque podía ser acusado de tenencia ilegal de armas, delitos contra la intimidad de las personas, infracciones a la Hacienda Pública, y no siempre había sido sincero con sus clientes, la gente que lo conocía consideraba a Zarco una persona honrada.

Zarco llegó al bar del hostel El Parque, sito en la frontal de la plaza con el mismo nombre, quince minutos antes de la hora a la que se había citado con Raquel. Aunque había dejado de llover, el cielo estaba cubierto de nubes grises, casi negras, y las luces de la terraza y del interior del bar estaban encendidas. Se quitó la gabardina, se sentó a una mesa y pidió al camarero un Cola Cao con la leche bastante caliente y un cruasán, que comió con fruición empapándolo previamente en el caliente líquido. Se limpió la boca y manos con varias servilletas de papel y giró la cabeza a la

vez que Raquel cruzaba la puerta de entrada. Enseguida reconoció sus ojos y sus llamativos labios. Le pareció más guapa que diez años atrás y, desde luego, mucho más elegante. Observó cómo algunos hombres del bar la miraban con mayor o menor disimulo mientras ella se acercaba. Se levantó para recibirla y se saludaron con dos besos en las respectivas mejillas. Raquel percibió el agradable olor que emanaba Zarco y recordó su afición al uso de perfumes.

–¡Cuánto tiempo! –exclamó Zarco.

–Y que lo digas. ¡Vaya alegría verte!

–¿Qué es de tu vida? ¿Te has casado? ¿Tienes hijos? –Zarco lanzó una andanada de preguntas.

–Ni lo uno ni lo otro, ni siquiera tengo novio. ¿Y tú? Ahora también os podéis casar vosotros.

–Pues no me desagradaría el matrimonio, pero no he encontrado al hombre adecuado. Para ser sincero, ni siquiera he encontrado uno que fuera inadecuado. Tú estás estupenda, divina.

–No exageres. Tú tampoco has cambiado mucho.

–¿En serio? –preguntó Zarco sorprendido–. Dime la verdad, ¿no me ves algo estropeado? Con más grasa y menos pelo –sentenció y resoplando añadió–: Podía ser al revés.

–De verdad, te veo bien. Es cierto, con menos pelo, pero hoy en día te lo rapas del todo y vas de lo más moderno.

–Bueno, siento lo de tu hermana –dijo Zarco, recordando súbitamente el asunto que les había traído allí–. ¿Qué tal te encuentras tú?

–Por suerte o por desgracia, todo se supera. Cuando la encontré muerta fue un *shock*. No te puedo describir lo que sentí. Tan de sopetón. La maldad humana aterra. –Raquel hilvanaba frases inconexas–. Algunas personas, desde luego, son monstruos. No recuerdo una sensación de tristeza y una impotencia mayor en mi vida. Las únicas muertes hasta entonces de familiares cercanos habían sido la de mi abuelo y un tío, pero en circunstancias normales, por enfermedades y a edades avanzadas. No lo pasé ni la mitad de mal. Ahora ya han transcurrido siete meses y lo llevo mejor, al final siempre sobrevivimos, no podemos vivir con una pena constante.

–Te entiendo perfectamente. Mi padre murió hace dos años y es lo más duro que me ha ocurrido. Al principio pensé que no lo iba a superar nunca, pero, como dices tú, el tiempo lo cura todo, o casi todo. –Zarco hizo una pausa breve antes de proseguir–. Claro que las circunstancias de la muerte de tu hermana también fueron especiales. Lógico que sufrieras por partida doble. ¿Qué es eso que me dijiste por teléfono sobre investigar su muerte? ¿No han condenado ya a un tipo? Y, por cierto, ¿cómo sabías que yo trabajaba de investigador privado?

–Son muchas preguntas seguidas. Sabía que te dedicabas a la investigación privada porque me lo dijo mi hermana. Creo que vio un anuncio en el diario y dedujo que eras tú. Zarco no es un apellido común y tú siempre habías hablado de que te encantaría ser investigador privado. Nosotros lo veíamos como la típica fantasía adolescente, pero ya veo que se ha convertido en realidad.

Raquel recordó en ese momento que su difunta hermana también le había referido, sin entrar en detalles, el ingreso de Zarco en un centro de salud mental en Palma. Siempre tuvo comportamientos extravagantes y antisociales, que le hacían rehuir el trato con la gente. Tenía una alta capacidad intelectual y una nula habilidad social. En sus tiempos de estudiante, ella tenía dudas de que Zarco pudiera encontrar un trabajo por su incapacidad para relacionarse con gente y trabajar en equipo. Se alegraba de que hubiera hallado un modo tan original de ganarse la vida y acorde con su carácter e imaginación. Detective privado. Miró con atención a su amigo sin hallar

en sus gestos o su mirada un indicio de deterioro psíquico y prefirió no preguntarle acerca de su enfermedad y su experiencia en el psiquiátrico en su primer encuentro. Surgirían ocasiones más adelante.

–¿Qué piensas Raquel?

–Perdona, Alex, estaba pensando en mi hermana.

–Imagino que hablar de ella te traerá recuerdos. En fin, cuéntame qué es lo que queréis tú y el abogado.

Raquel explicó sucintamente los entresijos de la investigación y del juicio sobre la muerte de su hermana, la dudosa confesión de Eduardo Ribas, la falta de pruebas sólidas, las incongruencias puestas de manifiesto por el abogado y el hecho de que su hermana apareciera con su uniforme de enfermera.

–No creo que el hombre al que han juzgado y condenado sea el asesino –prosiguió Raquel–. Hay muchas cosas que no tienen sentido. Por eso vamos a ver ahora al abogado. Él te dejará el atestado que hizo la policía y te explicará lo que se dijo en el juicio, para que te hagas una idea. Si después de tus investigaciones llegamos a la conclusión de que el tal Ribas fue el asesino, pues nada, ya está en la cárcel. Si no es así, habrá que intentar encontrar al culpable.

–No va a ser fácil. Ocurrió hace siete meses y las pruebas físicas que pudiera haber entonces, huellas u otros restos, se habrán perdido. ¿A ti qué tal te va en Hacienda? Lo último que supe es que habías aprobado las oposiciones.

–Sí, hace ya bastantes años. De hecho hace dos años ascendí a inspectora por promoción interna.

–¿Te gusta tu trabajo?

–En general puedo decir que sí. Tiene sus momentos. En cierta manera, haces de detective, rastreando posibles fraudes. Ahora mismo, tengo un caso interesante. Difícil pero interesante.

–Me dejas intrigado...

–Ya, pero no puedo contarte más. La discreción forma parte esencial de nuestro trabajo. Incluso creo que te he dicho demasiado.

–Raquel, chica, no has dicho nada de nada. No te vuelvas paranoica.

–¿Os apetece un café? –preguntó Ballesteros. Al otro lado de la gran mesa de roble del despacho del abogado se hallaban sentados, en cómodos sillones de cuero, Raquel y Alex Zarco. Ambos negaron con la cabeza.

–Acabamos de tomar uno –se justificó Zarco.

Ballesteros sacó un fajo de folios fotocopiados de uno de los cajones y se lo extendió a Zarco. Los folios estaban agujereados y unidos por un fástener de metal dorado.

–Aquí está el atestado de la Guardia Civil y el acta del juicio. Si quiere también están grabadas en vídeo las sesiones del juicio, pero he repasado el acta y está recogido lo sustancial.

–No me hables de usted –protestó Zarco.

–Vale, es la costumbre. ¿Has investigado anteriormente algún homicidio?

–Sí, en un par de ocasiones –mintió el detective–. En una llegué a la conclusión de que había sido una muerte accidental. En la otra me encargaron investigar la desaparición de un hombre de negocios y descubrí que se lo habían cargado. –Envalentonado por lo bien que le estaba saliendo la mentira, decidió adornar su invención y añadió–: Fue un caso que salió en la prensa.

–¿Quién era el empresario?

–No puedo decir nada. Secreto profesional. Supongo que tú como abogado lo comprenderás.

Una sombra de sospecha sobre la veracidad del detective cruzó la mente de Ballesteros, que decidió concederle el beneficio de la duda.

–¿Tienes pensado ya por dónde vas a iniciar la investigación?

–Primero leeré bien el atestado, para ver lo que hizo la policía. Evidentemente la investigación tendrá que empezar por el entorno personal y profesional de... –Zarco dudó entre decir la víctima o la fallecida en presencia de Raquel, finalmente se decantó–: ...la hermana de Raquel. En la mayoría de los casos de muerte de mujeres, el culpable pertenece al entorno familiar o afectivo de la víctima.

–Sí, pero en estos casos no se suelen tomar molestias de intentar disimular el crimen aparentando un robo –replicó Ballesteros.

–Cierto. Como he dicho, antes de empezar tengo que revisar el atestado y el acta del juicio concienzudamente. ¿Tu hermana tenía pareja o algún ex? –preguntó Zarco dirigiéndose a Raquel.

–No, actualmente no estaba con nadie. Sí que ha tenido varias relaciones. Su último novio fue un médico que trabajaba en su mismo hospital con el que estuvo saliendo un par de años. Parece que se aburrieron y lo dejaron. Aunque no lo conocí personalmente, no creo que sea sospechoso. No imagino a Fran como un acosador. Además, si hubiera sido este el caso, mi hermana me lo habría contado. No nos veíamos muy a menudo, pero al menos una o dos veces al mes hablábamos por teléfono.

–Igualmente iré a verle –dijo Zarco–. De paso preguntaré al personal del hospital e intentaré reconstruir qué hizo tu hermana ese día y quién fue la última persona que la vio. El problema es que ha pasado bastante tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermana?

–Pues la última vez que nos vimos fue por Navidad, la Navidad de dos mil once. Ana y mis padres vinieron a Madrid a pasar una semana y celebramos juntos la Nochebuena y la Nochevieja.

–¿Pero no fuiste tú quien encontró el cuerpo?! –preguntó Ballesteros sorprendido.

–Casualidades de la vida. Llegué aquella mañana a Ibiza a visitar a la familia y pasar unos días con ellos. No tuve tiempo de ver a Ana con vida. En realidad, vine para encontrar el cuerpo de mi hermana. A veces, el destino nos reserva jugarretas desagradables.

Los viernes por la tarde Ballesteros no iba a su bufete y se quedaba en casa trabajando. Vivía en un dúplex en el centro de Ibiza. En el piso de abajo había una cocina, un salón-comedor, un lavadero y un pequeño aseo. En la planta superior había tres dormitorios, dos baños y una habitación habilitada como estudio, en donde Ballesteros pasaba la mayor parte del tiempo trabajando. Los ventanales del salón daban a una céntrica avenida y a los edificios que había al otro lado, por lo que solía tener las cortinas cerradas para preservar su intimidad. A su exmujer le había correspondido el domicilio familiar, un gran chalé cerca de playa d'en Bossa. Ballesteros había decidido trasladarse a vivir al centro de Ibiza tras su divorcio, principalmente pensando en su hija Julieta, que no tendría que estar dependiendo de que la llevaran en coche para quedar con sus amigos. Julieta llegó puntual, a las diez de la noche, tal como habían quedado. Llamó al interfono y Ballesteros le abrió la puerta automática de la entrada y se quedó aguardando con la puerta del apartamento abierta. Julieta le saludó con un "hola papá", exento de alegría y le dio dos besos en la mejilla con un aire de indiferencia que dolió a Ballesteros, aunque seguía el patrón de conducta esperada. Subió corriendo por las escaleras a su habitación y desde allí vociferó.

–¿Qué hay para cenar?

–Pizza.

–Bien –dijo ella sin entusiasmo, a pesar de que era una de sus comidas preferidas.

“Al menos”, pensó aliviado Ballesteros, “no ha dicho “¡otra vez pizza!” o “siempre lo mismo”, o alguna salida de este cariz”.

–Me ducho y bajo a cenar –gritó Julieta.

Tras el ritual de la ducha, bajó corriendo las escaleras, formando un estruendo con sus pisadas sobre los escalones de madera que molestaba a su padre, quien no dijo nada para evitar enfrentamientos inútiles. Prefería reservar sus recriminaciones para asuntos de mayor importancia. Se sentaron a cenar frente al televisor que estaba emitiendo un interesante documental sobre la Segunda Guerra Mundial. Ballesteros recurrió a algún tópico para entablar conversación, le preguntó a su hija qué tal iba con los estudios y con las amigas, a lo que ella respondió escuetamente.

–¡Pobrecillos! –exclamó Julieta al ver la transformación de un bullicioso y próspero barrio judío de Varsovia en un gueto que, tras un intento de sublevación, quedó reducido a un montón de escombros. Muchos judíos se suicidaron y algunas mujeres, al resultar capturadas por los soldados de las SS, detonaban granadas que llevaban escondidas bajo las ropas. Los supervivientes fueron enviados a un campo de exterminio, que los alemanes denominaban eufemísticamente campos de trabajo.

Ballesteros pensó que los tiempos habían cambiado y que ahora los israelitas eran los que masacraban sin misericordia a los palestinos, cosa que tampoco comentó en voz alta y dejó a Julieta con su tristeza por el pueblo judío mientras subía a su habitación.

El teléfono fijo sonó con estruendo y Ballesteros dio un respingo. Se levantó para coger el aparato inalámbrico y vio en la pantalla que la llamada provenía de casa de Yolanda, su exmujer. No le telefoneaba habitualmente y supuso que sería para recordar algo a Julieta.

–Dime –respondió Ballesteros acercándose el teléfono al oído.

–Hola Raúl, ¿qué tal estás? –Sin esperar respuesta prosiguió–: ¿No has notado nada raro en Julieta?

–La verdad es que no. Bueno, conmigo no es muy simpática. No habla mucho, pero supongo que eso forma parte de la adolescencia. Al menos, eso quiero creer.

–Yo la veo muy rara, especialmente los fines de semana. El otro día le noté un aliento a alcohol que echaba para atrás. ¿Te ha contado que ha suspendido un examen? Y tampoco me gustan esas dos amigas con las que va, con sus *piercings* y esos pelos teñidos. Además, son un año mayores que Julieta, son las repetidoras de su curso, o sea lo peorcito de su clase. Y ¿ves la ropa que le ha dado por ponerse a tu hija?, parece una pordiosera.

–Creo que estás exagerando un poco. Al fin y al cabo son crías. Yo también me dejé el pelo largo con dieciséis años y fíjate ahora: de traje y corbata. –Ballesteros sabía que aquella actitud suya de ponerse de ejemplo ante su exmujer no le reportaría ninguna simpatía. Se le había escapado. Habían llegado a un punto en que dijera lo que dijera él, irritaría a su ex, al igual que ella le irritaba a él. Intentó encaminar nuevamente la conversación hacia su hija–. Se nos ha olvidado ya lo que es la adolescencia y la juventud. La mayoría de los jóvenes de su edad beben un poco el fin de semana. Incluso bastante más jóvenes. Y lo de suspender una asignatura, tampoco es tan dramático. Es la primera vez que suspende algo y por eso nos sorprende, pero estoy seguro de que al final de curso lo sacará todo con buenas notas. No hace falta que saque todo sobresaliente.

–Sí, pero a ti no te ha dicho lo del suspenso.

–Yo no lo veo raro, no me ha contado lo del suspenso de la misma manera que no me cuenta casi nada de su vida.

–¡Raúl, como la mayoría de los hombres, parece que no te enteras de la mitad de la película! –gritó Yolanda dando un tono despectivo a sus palabras.

Ballesteros pensó que no había tardado en salir ese feminismo latente en Yolanda y la manía de generalizar. ¿Por qué no se limitaba a decir que él, Raúl Ballesteros, no se enteraba de nada? No. No solo le atacaba como individuo sino como género. No tenía escapatoria por el hecho de ser hombre. Pensó contestar de forma diplomática, políticamente correcta, sin embargo, algo en su interior se sublevó.

–¡Y tú, como la mayoría de las madres, tienes una tendencia innata al melodrama! –respondió alzando la voz.

–Sí, te ha quedado una frase muy bonita, con un lenguaje muy florido, pero no deja de ser una gilipollez machista. ¡Estamos hablando de tu hija!

Ballesteros pensó que ella había comenzado con las odiosas generalizaciones y que él había caído en la trampa de entrar en un juego que sabía perdido de antemano. Intentó retomar la conversación.

–Yolanda, me preocupo por mi hija. Si viera que está mal, haría algo, pero la veo perfectamente. Sí, ha suspendido una asignatura, y no creo que sea para tanto.

–Hazme solo un favor –respondió cortante Yolanda–. Si sale el sábado, mira qué tal llega a casa, si la ves rara... Por si ha bebido o se ha tomado alguna otra cosa.

–Lo haré, no te preocupes.

Ballesteros colgó el teléfono y pensó que su mujer padecía el mal de madre, como antiguamente se denominaba a la histeria. En cierta manera le reconfortaba esa preocupación exagerada de Yolanda por el bienestar de su hija, aunque la desmesurada preocupación llevaba a su exmujer en bastantes ocasiones a sacar las cosas de quicio. Aún así, decidió ejercer como padre y hablar con Julieta. Ballesteros subió las escaleras y se quedó en la puerta de la habitación de su hija, que estaba abierta. Julieta estaba tumbada sobre la cama escribiendo un mensaje en su teléfono móvil.

—¿Podemos hablar?

Julieta le miró con cara de pocos amigos.

—¿De qué quieres hablar?

—Tu madre me ha dicho que has suspendido una asignatura.

—Sí, he sacado un cuatro en Historia.

—¿Y eso? Es la primera vez que suspendes.

—¡No es para tanto! Este examen solo lo aprobaron cinco en toda la clase...

—¿Fue muy difícil?

—Sí, bastante. Además a la profe nadie la entiende cuando explica. ¡Es una amargada de la vida!

—Espero que en junio apruebes todo. Ya no te queda mucho para empezar la universidad y hoy en día hay mucha competencia para estudiar algunas carreras...

—Yo no voy a estudiar. ¡Quiero ser escritora!

—Para ser escritora también hace falta estudiar. ¿Crees que los escritores son ignorantes?

—Lo que hace falta es viajar mucho y tener una vida emocionante.

—Sí, desde luego, viajar nos enseña, pero hay escritores que no han salido de su casa y han escrito grandes obras.

—¿Sí? ¡Dime uno! —retó Julieta. Su padre, como de costumbre, hablaba como si fuera el guardián de la verdad, como si supiera todo sobre escritores y literatura, cuando no sabía nada del tema. Desde que tenía uso de razón, Julieta sólo había visto a su padre leer libros de Derecho y el periódico. ¿Qué coño sabía él de literatura?

Ballesteros intentó pensar en un escritor con una vida sedentaria y poco emocionante, el típico intelectual que apenas saliera de la biblioteca. Él no era un gran lector y todavía menos conocía datos biográficos de los escritores. Pensó que Juan Ramón Jiménez sonaba bastante aburrido. ¿No era este el que se pasó la vida encerrado en su torre de marfil?

—Pues, por ejemplo, Juan Ramón Jiménez.

—Ya, pero yo me refería a escritores actuales, no a esos de otra época. Yo quiero ser una escritora como Luisa García. —Ballesteros no había oído hablar de esta escritora, pero no podía rendirse tan fácilmente. ¿Acaso no era especialista en buscar argumentos que absolvieran a sus clientes? No podía consentir que una cría de dieciséis años le derrotara en una discusión.

—¡El caso es que para todo hay que estudiar y aprender! ¿Te imaginas a un escritor con faltas de ortografía o que no sepa dónde está Perú?

—Papá, si no te importa, tengo que contestar un mensaje —dijo Julieta, a la vez que cogía el teléfono móvil entre ambas manos y comenzaba a teclear con los pulgares a una velocidad de vértigo. Ballesteros siempre había dicho a su hija que lo importante era ser feliz y que debía elegir una profesión que la motivara sin pensar en el dinero que pudiera ganar. Le había

aconsejado que escogiera cualquier profesión excepto la abogacía, pero lo de ser escritora le parecía lo mismo que querer vivir sin trabajar. Es cierto que algunos escritores podían vivir de su obra, pero se podían contar con los dedos de una mano. Intentó tranquilizarse diciéndose a sí mismo que aún quedaba un año para que su hija terminara el bachillerato y que podía cambiar de opinión. ¡Escritora! ¡La leche!

El sábado por la tarde, el estrépito de las pisadas de Julieta bajando las escaleras del dúplex, sacó a Ballesteros de su escasa atención por la película que ponían por cuarta o quinta vez en la televisión.

–He quedado con mis amigas. Luego cenaremos en una pizzería –dijo Julieta a su padre. Se había pintado los labios y una ligera sombra azul en los párpados. A Ballesteros no le hacía ni pizca de gracia que su hija se maquillase, pero de nuevo se mordió la lengua para evitar enfrentamientos inútiles.

–Necesitarás dinero...

–Con veinte euros me llega.

–Te doy treinta, pero no hace falta que te lo gastes todo hoy –dijo Ballesteros, a la vez que cogía su pequeño monedero de cuero de la estantería del salón y sacaba un par de billetes–. ¿Llevas el móvil?

–Claro.

–Vale, pues procura no quedarte sin batería y si quieres que te recoja en algún sitio me llamas. Si no, a la una en casa. ¿Vale?

–Mamá me deja hasta las dos y media. Y todas mis amigas se quedan hasta esa hora.

Ballesteros dudó si su hija le estaba diciendo la verdad. Aún así, tras unos segundos de vacilación, consintió sus peticiones.

–Vale, a las dos y media.

Aquella tarde Ballesteros no tenía ganas de trabajar ni de beber y el peso de la soledad le cayó de repente. Se sintió deprimido. Había triunfado en su profesión, ganándose el respeto de sus colegas; estaba bien situado económicamente; tenía suficiente vida social y una hija guapa e inteligente. No obstante, su profesión lo agobiaba, los eventos sociales a los que asiduamente era invitado le aburrían, consideraba a la gente que le rodeaba frívola e insustancial, todo el santo día preocupada por el dinero y las apariencias. Y él no se sentía muy diferente de ellos. Lo quisiera o no, formaba parte de esa capa de la sociedad formada por nuevos ricos y profesionales de éxito. Solo podía aplicar el término amigo en toda su extensión a Paco. Y, para colmo, su guapa e inteligente hija le trataba con una indiferencia hiriente. La vida le pareció una puta mierda. ¿Tan mal se lo había montado para lamentarse así? Ballesteros sentía por primera vez que se iba haciendo viejo. Le preocupaba el inexorable paso del tiempo que iba mellando sus facultades físicas y acercaba el desenlace final. Hacía casi un año que necesitaba gafas para leer y cada día cobraba consciencia de que de aquí nadie sale vivo. Estos pensamientos no le habían preocupado anteriormente y ahora tenía que realizar esfuerzos para evitarlos. Por un instante se le pasó por la cabeza telefonar a Paco para tomar una copa y charlar. Desechó la idea rápidamente. Paco debía estar con Tanya, su musa moscovita. Paco y él cumplirían los cuarenta y seis ese mismo año, pero Paco parecía diez años más joven y Ballesteros pensó que el hecho de no trabajar y salir con una

belleza rusa que no había cumplido los treinta, eran dos factores que contribuían al rejuvenecimiento. No hacía falta cirugía estética o cremas reparadoras del cutis, simplemente bastaba con que te cuidara una voluptuosa jovencita y no dar ni un palo al agua, porque lo de pintar, desde luego no era un trabajo.

En ese momento, decidió hacer la llamada que realmente deseaba hacer y había estado postergando toda la tarde. No tenía nada que perder y siempre podía utilizar la excusa de la investigación que se traía entre manos. Además, qué cojones, Raquel había buscado su ayuda, y no al revés. Cogió el teléfono e hizo la llamada. Oyó la voz de Raquel al otro lado de la línea.

–Diga...

–Soy Raúl.

–Ya. Tengo grabado tu número.

–Me gustaría comentarte algunas cosas del asunto.

–Bien, me puedes decir...

–Preferiría que quedáramos en algún sitio.

–Hoy no me va bien, pero si es algo importante me lo puedes decir por teléfono –insistió Raquel.

–No, en realidad no es nada importante, simplemente ¿crees que Zarco es competente? –preguntó, para justificar su llamada–. No sé, quiero decir que con el aspecto que tiene, con ese pañuelo de seda y la gabardina... ¡Vaya, que parece un colombo gay!

–¿Colombo? –preguntó Raquel con extrañeza y Ballesteros vio con evidencia que pertenecían a dos generaciones distintas. Raquel no había oído hablar de Colombo ni del crimen de Cuenca, de la misma manera que él desconocía a la mayoría de cantantes y actores que embelesaban a los jóvenes de ahora.

–Colombo era un detective de una serie antigua. Lo he dicho porque usaba una gabardina parecida a la de tu amigo

–Por otro lado, eso que dices sobre ser gay –Raquel hizo una pequeña pausa pensando qué decir–: ¿No has oído que ser gay es cosa de hombres? En cualquier caso, Alex es amanerado, pero yo creo que es más asexual que homosexual. –Raquel carraspeó aclarándose la garganta y en un tono grave preguntó–: ¿Tú no serás un homófobo, de estos que piensan que los homosexuales son desviados o cosas por el estilo? ¿Verdad?

–No, claro que no. No era mi intención ofender a Zarco –se justificó el abogado–. Me refería únicamente a su capacidad profesional. Y, con sus pintas estrafalarias, si tiene que seguir a alguien, desde luego no va a pasar desapercibido.

–A lo mejor es su estrategia. Si se quita el pañuelo y la gabardina

¿Tú crees que lo reconocerías? Al final nos fijamos en lo superfluo de las personas y no en lo esencial.

–Bueno, puede que tengas razón. Vamos a ver qué pasa. Se hizo un silencio que rompió Raquel.

–Si te apetece, podemos quedar otra tarde.

–Perfecto, te llamo una tarde que no tenga mucho lío en el trabajo.

–O te llamo yo.

Ballesteros se sirvió un whisky con hielo y encendió un cigarrillo. Abrió el ventanal del salón para que se fuera el humo del tabaco y sintió el aire frío de la tarde. Al menos no llovía. Aplastó

la colilla del cigarrillo contra el cenicero y dio el último sorbo de whisky.

Raquel había dejado abierta la puerta, le había dicho “podemos quedar otra tarde”. Por otro lado, también le había dicho que llamaría ella, lo que podía significar indirectamente que la joven prefería que él no insistiera demasiado. Ballesteros se desvistió, se metió bajo la ducha y sintió la cálida agua resbalar sobre su cuerpo.

Alex Zarco cruzó la puerta principal del hospital Can Misses, se dirigió hacia la pared en la que había colgado un pequeño artilugio de color rojo y arrancó un trozo de cinta de papel con un número que indicaba su turno. En la pantalla se reflejaba el 57 y el tenía el 78, debía esperar que pasaran veintiuna personas antes que él. Había tres chicas jóvenes detrás de un largo mostrador y no tardó mucho en aparecer su número en la pantalla. Zarco se acercó a la joven pelirroja que le atendió con cara inexpresiva.

–Buenas, mi nombre es Alex Zarco y soy detective privado. Estoy investigando la muerte de una enfermera que ocurrió hace siete meses. Me ha contratado la familia. No sé si recuerda el caso o si conocía a la chica...

–Sí lo recuerdo, claro, y conocía a la chica de vista, pero aquí no puedo atenderle. ¿No ve la cantidad de gente que hay sacando turno? Debería hablar con el director.

–¿Hace usted pausa para el almuerzo?

–Sí, sobre las once.

–¿Le importa que la invite a almorzar?

–He quedado con una compañera.

–Si no le importa a ella, podemos almorzar los tres juntos. Entre ustedes dos, seguro que me proporcionan información valiosa.

La chica pelirroja dudó un momento. Tal vez resultara interesante y divertido hablar con el detective.

–*Okay*, a las once en la cafetería Albatros. Está saliendo a la izquierda, en la acera de enfrente.

En la cafetería Albatros reinaba el bullicio. Los dos camareros que atendían a la clientela desde detrás de la barra no daban abasto para servir. Zarco y las dos jóvenes cogieron en la barra sus respectivos Cola Cao y cafés y los platos con el almuerzo y ocuparon una mesa con tres sillas vacías a su alrededor y sobre la que había tazas, platos y vasos usados. Zarco recogió la vajilla usada y la llevó a la barra. Pagó la cuenta y le pidió el tique al camarero para incluirlo en los gastos de la investigación. La chica pelirroja de la recepción se llamaba Luci y le presentó a su amiga Rosa, que también trabajaba en las oficinas del hospital. El detective les informó sobre el objeto de la entrevista.

–¿Conocíais a Ana López?

–De vista, sí –dijo Luci–. Pero en este hospital trabajan cientos de personas, hay más gente que en algunos pueblos. Nos conocemos de hola y buenos días, pero poco más.

–Además, aquí tenemos una especie de sistema de castas –intervino Rosa poniendo énfasis–. Los especialistas se relacionan con los especialistas, los médicos de familia con los médicos de familia, los anestesistas entre sí, el personal administrativo con sus colegas. Y así funciona casi todo el mundo.

–Te has olvidado del personal de limpieza –puntualizó Luci con ironía.

–No te rías, Luci, sabes que no exagero.

–Ya lo sé, chica, no te enfades. También me parece lógico que todos nos relacionemos con quien trabajamos más de cerca. Y no es tan radical como lo pintas. Muchos médicos se relacionan con sanitarios o personal administrativo.

–Claro, si la enfermera o auxiliar está buena, se puede relacionar con cualquiera, pero tú sabes que hay bastante clasismo entre los médicos.

–¿Recordáis haber visto a Ana López el día antes de su fallecimiento? –preguntó Zarco intentando reconducir la conversación.

Las dos jóvenes negaron con la cabeza.

–Lo único que puedes comprobar es el registro de entradas y salidas, para ver a qué hora entró y a qué hora se fue –respondió Rosa.

–¿Y quién me puede facilitar ese registro?

–Supongo que tendrás que hablar con el jefe de personal o el director.

–¿No sabéis si tenía alguna amiga íntima o algún amigo o novio aquí en el hospital?

–Yo la veía a menudo con otra enfermera que trabaja en urgencias. Se llama Teresa, pero no sé el apellido –dijo Luci.

–Unos meses antes iba mucho con un médico un poco estirado, pero hacía tiempo que no los veía juntos...–terció Rosa.

–¿No me podéis dar más datos de Teresa o del médico?

–¡Buf! –suspiró Rosa–. No nos conocemos tanto. Aquí hay más gente que en algunos pueblos...

Sí, aquello era más grande que un puñetero pueblo, pensó Zarco, y empezó a dudar de que pudiera sacar algo en claro preguntando a médicos, enfermeras y recepcionistas. Seguro que había alguien con quien la fallecida mantuvo una relación más estrecha en el hospital, compañeros, jefes, amigos, alguien con quien mantuviera un trato cotidiano.

–¿Ella trabajaba en urgencias? –preguntó Zarco, aunque ya sabía la respuesta afirmativa–. ¿A quién puedo preguntar allí?

–Deberías preguntar a la gente de su turno –dijo Luci–. También son bastantes y se van cambiando los turnos para coger días libres. El último día que estuvo Ana, creo que trabajó en turno de mañana.

–Sí –confirmó Rosa–. En el periódico publicaron que había muerto por la tarde. Yo pensé que acabaría de llegar a su casa cuando se encontró con el ladrón... Si quieres saber con quién le tocó trabajar, tendrías que conseguir los turnos de ese día. No sé si después de tanto tiempo los conservarán. ¿Qué clase de asuntos investigas?

Zarco, en tono modesto, les contó alguno de los casos de secuestro y de asesinato que había resuelto, incluido el del empresario desaparecido que había salido en la prensa. No dio muchos detalles y, por supuesto, no desveló ningún nombre.

–Gracias, por vuestra ayuda –dijo el detective. Sacó un par de tarjetas de visita de su cartera–. Os dejo una tarjeta por si recordáis algo, cualquier cosa... O por si un día necesitáis la ayuda de un detective. Una última pregunta: ¿Sabéis si Ana López solía salir del trabajo vestida con el uniforme?

Las dos jóvenes se miraron con una expresión de burlona incredulidad.

–¡Raro! –exclamó Luci–. No son muchas las enfermeras que lleguen o salgan del trabajo con uniforme. Son bastante presumidas.

—¡Menudas son! —sentenció Rosa.

Zarco y Raquel López paseaban por el paseo marítimo con las manos en los bolsillos de sus respectivas gabardinas y el cuerpo encogido por el frío. De vez en cuando se cruzaban alguna persona practicando *footing*.

–No va a ser fácil. En el hospital trabajan cientos de personas, es más grande que un pueblo –Zarco repitió la cancioncilla que le habían recitado aquella mañana–. Lo único que han podido decirme las chicas de la recepción, y eso que parecen un poco cotillas, es que tu hermana estuvo saliendo con un médico y que tenía una amiga que se llama Teresa y que trabajaba con ella en urgencias. Pero no han podido darme muchos datos. ¿Tú no tendrás el teléfono del antiguo novio o de esta Teresa? Podríamos pedir las listas de médicos y enfermeras del hospital, pero nos llevaría tiempo conseguirlas y examinarlas.

–Sé que el novio se llamaba Fran, y mi hermana tenía una agenda en la que apuntaba los teléfonos. Perdió una vez el móvil y consecuentemente todos sus contactos, por lo que tenía la costumbre de que, cada vez que incluía un contacto en su teléfono, lo apuntaba también en su agenda manuscrita.

–Hoy pierdes el móvil y parece que te quedas solo en el mundo.

–Tengo la llave de la casa de mi hermana, podemos ir a ver si encontramos la agenda.

–Sí, de paso podemos echar un vistazo... –Zarco omitió decir “a la escena del crimen”.

Subieron al Opel Corsa que había alquilado Raquel para su estancia en Ibiza y condujo hasta la casa de su hermana. El último tramo no estaba asfaltado y condujo lentamente intentando sortear los socavones que había provocado la lluvia en el camino de tierra. Aparcó en un pequeño descampado frente a la verja metálica que daba al patio de la casa. Abrió el candado y empujó una de las hojas de la verja.

–Solo he venido una vez desde que murió mi hermana –dijo Raquel, a la vez que introducía la llave en la cerradura de la puerta–. Bueno, dos veces, una el día que la encontré y otra vez que vine a limpiar y a ordenar un poco. También avisé a un cerrajero para que colocara cerraduras nuevas en la puerta principal y en la puerta de la terraza. Mis padres no han querido venir. No quieren enfrentarse a los recuerdos. La casa estará casi como cuando vivía mi hermana. Supongo que deberíamos dar sus ropas a Cáritas y vender la casa.

–Debe ser duro para vosotros.

La casa estaba ordenada. En la planta baja había un pequeño recibidor, un pequeño salón y una cocina con barra americana amueblados completamente con enseres de IKEA. Sobre una mesa de diseño sencillo, ubicada junto a una pared, Zarco vio un moderno flexo metálico y un ordenador portátil.

–¿Era de tu hermana el ordenador?

–Sí, claro –mientras hablaba, Raquel abría y cerraba los cajones de la librería y examinaba los estantes...

–¿Y por qué no se lo llevó el ladrón? Es un Apple, de lo mejorcito, y parece nuevo –dijo Zarco como si pensara en voz alta. Se acercó a la ventana, subió la persiana y apartó un poco una cortina translúcida. Al otro lado de la calle, detrás de una hilera de arbustos simétricamente

recortados, se veía una piscina con el agua cristalina a pesar de que corría el mes de enero—. ¿No oyeron ni vieron nada los vecinos?

—Las dos casas de al lado suelen estar vacías. Sus propietarios vienen a pasar algún fin de semana o en época de vacaciones.

Zarco subió al piso superior, en el que estaba el dormitorio en el que había aparecido el cadáver de Ana López. Como el resto de la casa, estaba limpio y ordenado. Echó un vistazo al cuarto de baño. No se veía nada fuera de lugar. Habían transcurrido ocho meses desde la fecha del crimen y en ese tiempo habían limpiado y ordenado la vivienda y cambiado la cerradura forzada. Difícilmente se podría encontrar alguna pista del asesino, pensó mientras bajaba lentamente las escaleras.

—¡Creo que la tengo! —gritó Raquel desde el piso de abajo—. Sí, esta es la agenda. Hace falta ver si están todos los teléfonos apuntados.

Abrió la libreta con tapas coloreadas y examinó la letra F. Encontró un apunte con el nombre de Fran, seguida de un número de teléfono móvil. Luego procedió a examinar la T y encontró dos asientos con el nombre de Teresa, uno de ellos decía *Teresa profe*, así que, el teléfono de la amiga de su hermana debía ser el que figuraba como *Teresa* a secas.

—Estos dos teléfonos deben ser los de Teresa y Fran —dijo Raquel mientras los grababa en la memoria de su móvil. Zarco también procedió a copiarlos en el suyo.

—Creo que sería mejor si me acompañaras a visitarlos. Seguro que estando tú presente se muestran menos desconfiados. Por experiencia, sé que la gente es reservada cuando habla con un investigador privado. Al fin y al cabo, todos tenemos algo que ocultar.

¿Te encuentras con ánimos para acompañarme?

—¡Uf! Esto me está haciendo revivir muchos recuerdos y sentimientos, pero si crees que es mejor, te acompañaré a hablar con ellos.

—Prefiero que llamemos primero a su amiga. Así cuando hablemos con el ex de tu hermana, tendremos una idea de él. ¿Puedo llevarme el ordenador?

—¿Y eso?, ¿se te ha estropeado el tuyo?

—¡No seas mala Raquel! —protestó Zarco—. Tengo un conocido que lo puede piratear. Tal vez encontremos algún indicio de lo que hizo tu hermana en los últimos días. También sería interesante que me facilitaras su dirección de correo electrónico.

—Puedes cogerlo. Todo sea por descubrir al cabrón que la mató, pero no me gusta espiar la intimidad de nadie y menos la de mi hermana.

—No te preocupes, a nuestro *hacker* solo le interesa sortear los obstáculos y entrar en el ordenador y el correo de tu hermana. Una vez que lo consigue no le importa lo que haya. Es algo así como si te desnudas delante de un ciego.

—Ya, pero tú y yo sí que poseemos el don de la vista y escarbaremos en la intimidad de Ana y sus posibles secretos.

Teresa vivía en la calle de la Virgen, al pie de la muralla que rodeaba Dalt Vila, el casco antiguo de la ciudad. Era un piso antiguo reformado con tabiques de pladur y cuyos inconfundibles muebles de IKEA se asemejaban a los de la casa de Ana, en la que habían estado una hora antes. El conjunto resultaba moderno y agradable. Estaba atardeciendo y Teresa encendió una lámpara de pie situada en una esquina del salón. Las dos mujeres se sentaron en el sofá y Zarco ocupó un incómodo puf enfrente de ellas.

–Me acuerdo mucho de tu hermana –dijo Teresa–. Resulta increíble lo que le ocurrió. Es la típica noticia que escuchas en las noticias de la tele, pero que siempre les pasa a los demás. No crees que a ti te pueda tocar tan de cerca una cosa tan horrible.

–Ya, erais muy buenas amigas. Yo también me acuerdo mucho.

–Por teléfono me has dicho que queráis hacerme unas preguntas, aunque no sé si voy a poder ayudaros.

–Queremos averiguar qué le ocurrió realmente a mi hermana.

–Pero ya han celebrado el juicio y han condenado a ese yonqui.

–Sí, pero no estoy segura de que fuera él. Ni su abogado tampoco. La policía no investigó apenas.

–La última mañana que pasó Ana en el hospital, ¿trabajasteis las dos juntas? –intervino Zarco.

–Sí, teníamos el mismo turno.

–¿Recuerdas cuándo fue la última vez que la viste?

–No con exactitud, debió ser a media mañana. Luego la estuve buscando y no la encontré. Había un paciente en la UVI que le tocaba vigilar a Ana y que falleció. Fui a buscarla para comunicárselo y que diera ella el parte, pero no la encontré. Eso debió ser sobre las dos de la tarde.

–¿No se habría ido ya? –preguntó Zarco.

–No creo. Salimos a las tres. Y si hubiera tenido que irse, me habría avisado a mí o a otra compañera para que la cubriéramos.

–¿Tuvo algo que ver la falta de Ana con el fallecimiento del paciente?

–No, seguro que no. Lo recuerdo perfectamente. Era un hombre al que habían encontrado en la calle con tres tiros en el cuerpo. Cuando lo trajeron parecía casi muerto, pero las balas no habían tocado ningún órgano vital ni ninguna arteria importante y, después de la operación, parecía que iba a recuperarse, pero luego pudo sobrevenir una mala reacción a los medicamentos o una depresión respiratoria por la anestesia. En nuestro trabajo todos los días vemos cosas así...

–¿Hicieron la autopsia?

–Creo que no, que no se consideró necesario, pero no lo puedo asegurar.

–Intenta hacer memoria, por favor. La última vez que viste a Ana aquella mañana, ¿qué hora sería?

–Sobre las doce o doce y media. Vi que iba caminando junto a un médico...

–¿Sabes el nombre del médico?

–No. Era la primera vez que lo veía, por eso me fijé. Caminaba raro, como si cojeara, aunque no estoy segura, y tenía cara de mala uva, aunque esto también es normal en nuestro trabajo. Mucha responsabilidad y mucho estrés.

–Cojeando y con cara de mala uva. ¿No sería el doctor House? –Zarco se arrepintió de sus palabras a la vez que brotaban de su boca–. Perdonad, ha sido una broma estúpida. Decías que no le conocías...

–No. Somos mucha gente trabajando en el hospital. A veces llega personal nuevo o vienen médicos de otros hospitales o de Sudamérica. Es imposible conocer a todo el mundo.

–¿Sabes algo de Fran, el ex de Ana?

–No, él trabaja como médico también en la UVI pero desde que cortaron, Ana procuraba, en la medida de lo posible, no coincidir con él. Creo que Fran no trabajaba aquella mañana.

–¿Y qué relación mantenían Ana y Fran?

–Inexistente. Desde que cortaron apenas les vi cruzar dos palabras. Hola y adiós, y poco más. Educados pero fríos.

–¿Él se tomó bien su separación?

–Si le afectó, no lo parecía. Ana fue la que tomó la iniciativa de cortar porque no veía mucho interés por parte de él. Fran prefería pasar el fin de semana jugando al pádel o viendo un partido de fútbol con los amigos antes que compartirlo con Ana. A ella le gustaba ir de excursión o pasar los días libres haciendo un pequeño viaje, y, a él, estas cosas le interesaban poco o nada. Eran muy diferentes y supongo que ambos se cansaron de esperar a que el otro cambiase. Después de cortar, Ana muchas veces decía que no sabía cómo había podido aguantarlo casi dos años...

–¿Ana tuvo alguna otra relación después de Fran?

–Creo que se veía con alguien, pero no hablaba de ello. Yo lo deduje por pequeños detalles: cambiaba de habitación cuando le sonaba el móvil, a veces hacíamos planes que rompía a última hora diciendo que estaba cansada o excusas similares. Yo hice mis cálculos y supuse que debía verse con alguien del trabajo, quizá con algún hombre casado, pero esto es mera especulación.

–¿Recuerdas quién era el médico encargado de la UVI el día que desapareció Ana?

–Sí, claro. Al día siguiente ella no vino a trabajar ni avisó de que no iba a venir y el doctor Valdés vino cabreado a preguntarme. Era la primera vez que Ana faltaba al trabajo sin avisar y, bueno, luego se supo por qué no pudo venir...

–¿Sabes si Ana tenía algún enemigo, alguien que la tuviera entre ceja y ceja?

–No. Ana caía bien y se hacía querer. Tenía muy buen trato con los enfermos, no se quejaba del trabajo y si podía te echaba una mano. Antes cada enfermera de cuidados intensivos teníamos al cargo a tres pacientes; ahora, con eso de los recortes, cada una nos ocupamos de cuatro. –Hizo una pausa, reflexionando–. Como en todos los sitios, siempre hay gente envidiosa. Hay gente que no lleva bien ver a una chica joven, guapa y sonriente, pero si te refieres si tenía algún enemigo capaz de cometer un crimen, te digo rotundamente que no.

–¿Ni siquiera Fran?

–No. Desde luego no me lo imagino poniéndose agresivo. Además, para que Fran hubiera sentido odio hacia Ana o celos, tendría que haber habido previamente unos sentimientos intensos y, como os he dicho, creo que no había nada de eso por parte de ninguno de los dos.

–Teresa, siento haberte sometido a este interrogatorio –se disculpó Zarco–, pero quisiera pedirte un favor más.

–Si puedo ayudar en algo.

–Podías intentar hablar con tus compañeras, las que estuvieron en el turno cuando desapareció Ana, y averiguar quién fue la última que la vio, a qué hora, con quien iba...

–Lo intentaré, claro.

–Gracias, Teresa –dijo Raquel. Se acercó a ella y le dio dos besos de despedida.

–Si quieres que quedemos un día, llámame. Intentaré preguntar a mis compañeras a ver si puedo averiguar algo, aunque voy a parecer un poco entrometida.

El doctor Álvarez, Fran para los amigos, citó a Raquel y Zarco en la cafetería del club de tenis. El detective hubiera preferido entrevistar al ex de la difunta en su propia casa para hacerse una idea acerca de su personalidad. Pensaba que se puede trazar el perfil de una persona observando el estado de su domicilio, los muebles y utensilios, el orden o desorden, la limpieza o suciedad reinante, el contenido de la nevera, los libros o DVD que ocupan las estanterías o la falta de ellos. Sin embargo, Fran los había citado en el club de tenis alegando que aquella tarde tenía un partido de pádel que acabaría a las ocho. También era comprensible que prefiriera preservar su intimidad y entrevistarse con dos desconocidos fuera de su casa.

Fran llegó a la cafetería recién duchado, con el pelo mojado y peinado hacia atrás. Aparte del camarero, eran las únicas personas en el local.

–¿Eres Raquel? –preguntó Fran sonriendo–. No sabía que Ana tuviera una hermana tan guapa.

–Hemos venido a hablar de un tema serio –atajó Zarco.

–Solo era una frase amable...

“Una frase de don Juan cutre”, pensó Raquel. La primera impresión no había sido buena y se preguntó qué había visto su hermana en aquel pardillo con sonrisa de anuncio de dentífrico. Era guapo, pero no lo suficiente para aguantar más de un año con él. Nadie es tan guapo.

–¿Tienes inconveniente en responder a unas preguntas acerca de Ana López? –preguntó Zarco–. Evidentemente no estás obligado a contestar.

–No tengo ningún inconveniente –respondió con la misma sonrisa.

–¿Cuándo viste a Ana por última vez?

–Pues nos vimos por el hospital, uno o dos días antes de que desapareciera.

–¿No la viste el día que desapareció?

–No. Ha pasado bastante tiempo, pero, después de lo que ocurrió, me acordaría.

–¿Recuerdas lo que hiciste ese día?

–Es difícil. Como he dicho, ha pasado mucho tiempo. Trabajé en el turno de noche. Entramos a las once y no recuerdo gran cosa, un día normal, supongo.

–¿Y recuerdas dónde estabas entre las tres y las cuatro de la tarde?

–¿Soy sospechoso? –preguntó riéndose abiertamente.

–No. Simplemente queremos atar todos los cabos, para descubrir qué pasó exactamente. ¿Sabes si Ana tenía enemigos, si debía dinero o algo fuera de lo normal?

–No conozco nada que se saliera de lo normal en su vida. Era la normalidad personificada, buena chica, no creo que nadie conocido fuera capaz de atacarla de ese modo.

–¿Sabes con quien salía Ana últimamente?

–Pues la verdad es que no. Ni siquiera sé si salía con alguien.

La conversación no daba más de sí y Zarco y Raquel se despidieron de Fran con una fría cortesía. Se dirigieron al aparcamiento y subieron al coche de Raquel. Los cristales del automóvil estaban ligeramente empañados por el contraste entre el calor del interior del vehículo y el frío del exterior. Atravesaron la avenida España y pasaron por Vara de Rey. Las tiendas y locales comerciales habían bajado sus persianas metálicas y apenas se veían transeúntes por las calles.

–¡Este tío es gay! –dijo Zarco.

–Alex, ya estamos. ¿Y los piropos y miraditas que me echaba?

–Todo pose. Éste no ha salido del armario y hace ver como que es muy machito, pero yo noto en seguida cuando a uno le gusta más el pepino que la lechuga.

–Lo del pepino es muy gráfico, pero ¿la lechuga?

–Es una frase.

–Ya, vosotros tenéis muchas frases. También decís que el tío que no es gay es porque no lo ha probado. O sea, que el que lo prueba porque lo prueba y el que no lo prueba, también.

–Sea gay o no, lo que está claro es que no parece nada sospechoso.

–O es un actor consumado o un hombre inocente –sentenció Raquel–. Nadie puede hacer el gilipollas con tanta naturalidad. Al final, la respuesta más evidente será la verdadera, o sea que el tipo al que han condenado va a ser el culpable.

–Desde luego, es una posibilidad. Básicamente hay tres motivos para asesinar a alguien: por dinero, por venganza y lo que se denomina crimen pasional. El caso de tu hermana no parece encajar en ninguno de ellos, o sea que puede ser como dijo la fiscal en el juicio, un crimen accidental. El hombre entró a robar, algo se torció y acabó matando a tu hermana.

Aparcaron el coche en una calle cercana a la casa de los padres de Raquel.

–Te acompaño hasta el portal –dijo Zarco.

–No sé si estamos perdiendo el tiempo y energías con esta investigación.

–¿Tan pronto te desanimas? Yo creo que hemos hecho avances. El primero, que descartamos a su ex, que normalmente es el sospechoso número uno. En segundo lugar, de lo que llevamos averiguado hasta ahora, sabemos que la última persona que vio a tu hermana fue Teresa, sobre las doce y media, y que se dirigía al ascensor con un médico al que Teresa no conocía, pero que tendremos que averiguar quién era e interrogarlo.

–¿Crees que lo vamos a encontrar? ¿Un médico desconocido con cara de avinagrado?

–Cosas más difíciles se han hecho –dijo Zarco con optimismo. Aquella investigación le estaba subiendo los niveles de adrenalina–. Después de las doce y media, Teresa ya no encontró a tu hermana a pesar de que la estuvo buscando, por lo que podemos conjeturar que quizá tu hermana tuvo que ir a su casa por alguna razón, pero pensaba regresar pronto al hospital y por ese motivo no se cambió. Se puso un abrigo encima del uniforme y ya está.

–Ya, pero si volvió a las doce y media a su casa, o pongamos la una, esa tendría que ser la hora del fallecimiento y no las tres. ¿Qué ocurrió entre esas dos horas?

–De momento es difícil saberlo. Por otro lado tenemos al paciente al que habían pegado tres tiros, que murió en el hospital y al que cuidaba tu hermana. Dos muertes violentas en Ibiza en menos de veinticuatro horas... ¡Hum! –exclamó Zarco sin concluir su razonamiento.

–¿Crees que tendrá algo que ver?

–Pues no lo sé, pero habrá que investigarlo. No es normal que a alguien le peguen tres tiros. Sería alguien relacionado con el mundo de la droga o de la prostitución y esta gente no se anda con tonterías.

–Ya, pero ¿por qué vas a matar a la enfermera que lo cuida? No le veo ninguna lógica.

–Y, por último –remarcó Zarco–, también tenemos que averiguar si las sospechas de Teresa son ciertas y tu hermana se veía con alguien a escondidas.

–No estamos seguros de que exista un amante misterioso –replicó Raquel.

–Ya, pero no perdemos nada por intentar averiguar si existía o no y, en caso afirmativo, descubrir su identidad.

–¿Y cómo vamos a hacerlo?

–No resultará complicado si conseguimos una factura de teléfono de los últimos meses. Si se veía con alguien, alguna vez lo llamaría por teléfono.

–Tienes razón, Alex –dijo Raquel con renovada energía–. Como hemos dicho, tal vez el culpable sea finalmente el hombre al que han condenado, pero al menos quiero despejar todas las dudas. No podría vivir con la incertidumbre de si pudimos hacer algo más.

Ballesteros y Paco Marín bebían cerveza en una concurrida taberna en los alrededores de Vara de Rey. Sobre la mesa de madera había dos botellas de cerveza y una tapa de patatas bravas, cortesía de la casa.

–¿Has oído hablar de Luisa García? –preguntó Ballesteros.

–¿La escritora? Sí, claro.

–¿Y qué opinas?

–He leído un par de libros suyos y me parecen muy buenos. De lo mejorcito que hay en la actualidad.

–¿Y sobre qué escribe?

–¡Joder, Raúl! Vaya interrogatorio. ¿Quieres regalar un libro a alguien o algo así?

–No, simplemente se me ha ocurrido preguntarte. El otro día Julieta me soltó que no quería seguir estudiando y que quería ser escritora. Y me puso como ejemplo a la García esta. ¿Sabes si estudió algo?

–No lo sé –respondió Paco riendo–. Supongo que estudiaría Filología. Escribe muy bien, muy fluido, pero no creo que a ti te gustaran sus novelas.

–De eso estaba casi seguro. ¿Sobre qué escribe?

–Lo que he leído yo, historias de amor, problemas psicológicos y sexo...

–¡Otra neurótica más! ¡Joder! No quiero imaginarme a Julieta en ese plan.

–Aunque te cueste aceptarlo, se va haciendo mayor, dentro de nada es una mujer. Y, por lo que la conozco, me parece bastante inteligente y responsable.

–Sí, hasta ahora ha sido responsable, pero el otro día me soltó eso de ser escritora y ¿qué quieres que te diga? ¡No me hace ni puta gracia!– En su trabajo Ballesteros utilizaba un lenguaje políticamente correcto, y por eso encontraba un relajante placer soltar tacos y palabras malsonantes en sus conversaciones privadas.

Paco no pudo evitar sonreír. A pesar de su perenne amistad, sabía que las inquietudes de Ballesteros no convergían en el mundo del arte. Posiblemente no sabría citar ni una de las obras de Borges y desde luego no distinguiría un cuadro de Picasso de uno de Basquiat, si es que había oído hablar del pintor estadounidense. Sí era un gran aficionado al cine y tenía una variada colección de películas, tanto clásicas como actuales, en formato DVD.

–¿No has dicho tú siempre que lo importante es que sea feliz, que el dinero es secundario? –preguntó Paco en un tono de reproche burlón–. En el trasfondo veo una preocupación por el futuro económico de tu hija.

–No es solo eso. Mientras yo viva, no le va a faltar nada a Julieta, pero es que no me apetece que se convierta en una vaga.

–¡La leche, Raúl! ¡No todos los escritores o pintores son unos vagos! Hay escritores que tienen una jornada de trabajo de diez horas.

–Ya. ¿Y cuántos jovencuelos hay que con la excusa de ser artista, se están tocando los huevos todo el día?

–¿Te refieres a mí? –sonrió Paco.

–Salvo lo de jovenzuelo, la frase, desde luego, se te podría aplicar.

–Raúl, no todos podemos ser abogados o cirujanos. Ni podemos ni queremos, claro. Lo gracioso del caso, y no te ofendas, es que siempre has mantenido una postura tolerante y abierta: que mi hija haga lo que quiera. Ahora te dice que quiere ser escritora y no te parece bien. Si te hubiera dicho que quería ser policía o bombera seguramente tampoco te habría gustado.

–Me estás poniendo unos ejemplos... Y con la crisis que tenemos. ¡Como para no tener estudios y preparación!

–Mejor que no te preocupes, lo más seguro es que, con preparación o sin ella, acabe en el paro.

A Ballesteros le molestaba la arraigada costumbre de Paco de bromear cuando él trataba de mantener una conversación seria. Claro, con la vida resuelta y dedicando el día a practicar deporte, leer y pintar, era normal estar de buen humor y trivializar los problemas ajenos. Paco tampoco tenía hijos y desconocía las cadenas invisibles que genera la paternidad. Decidió incordiar a su amigo.

–Paco, no deberías estar de tan buen humor. ¿No has oído lo del corralito que se avecina en España? Yo en tu lugar escondería algo de dinero debajo de un ladrillo.

–Pues no te creas que no lo he pensado. Lo malo sería que desapareciera el euro y tuviera que convertirlo en pesetas o la moneda que fuere. También he pensado llevar algo a Suiza. ¿Qué cantidad podría sacar del país sin que fuera delito?

–Ahora mismo no lo sé, tendría que mirarlo. Ya te llamo mañana y te lo digo, pero no creo que sea mucha cantidad la que se pueda sacar.

El camarero dejó dos botellas de cerveza sobre la mesa. Los dos hombres cogieron una servilleta, limpiaron la boca de la botella y dieron un sorbo. Ambos conservaban la costumbre de beber a morro de la botella. Ballesteros metió la mano en el bolsillo de su abrigo doblado sobre el respaldo de una silla y extrajo un paquete de tabaco.

–¿Al final lo dejaste? –preguntó mostrando la cajetilla.

–No. Fumo poco, pero sigo. Es jodido esto del tabaco, te engancha y no te suelta.

–¿Te apetece uno?

Salieron a la calle y permanecieron de pie, con los cigarrillos encendidos, junto a una mesa alta con un cenicero en el centro.

–Una de las pocas cosas buenas que hizo el PSOE fue la de prohibir fumar en los locales abiertos al público –dijo Ballesteros–. Beneficia a los no fumadores y a los fumadores, que así fumamos menos. Recuerdo que hasta hace poco se fumaba en los juzgados. No te puedes imaginar la humareda que se formaba.

–También se fumaba en autobuses y aviones, en todas partes. Y, hablando de otra cosa, me dijiste que habías contratado a un detective para investigar el asesinato de aquella enfermera...

–Sí. Ya te expliqué que el caso tiene muchas lagunas. Sinceramente, no creo que Eduardo Ribas, el hombre al que han condenado, sea el culpable de la muerte de la chica. Simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y se topó con un guardia civil ansioso por resolver el caso.

–Hombre, si no es el culpable, el caso no está resuelto.

–Para la Guardia Civil, para los jueces y para la prensa está resuelto.

–¿Y habéis avanzado algo en vuestras investigaciones?

–De momento es pronto. De cualquier manera, el detective que hemos contratado me parece un poco friqui. Lo contrató la hermana de la difunta. En fin, ya veremos que ocurre –Ballesteros apagó el cigarrillo aplastándolo contra el cenicero–. Ya te he dado la vara con los problemas de mi hija adolescente y de mi trabajo, ahora te toca a ti. ¿Qué tal con Tanya?

–Yo digo que es un amor de verano que está durando todo el invierno.

–O sea, que ves fecha de caducidad.

–Pocas cosas hay que sean para toda la vida. De momento, estamos bien.

–¿No habéis hablado de vivir juntos, matrimonio, hijos?

–Pues sí. Ella desde luego quiere tener hijos, aunque no tiene prisa. Y lo de vivir juntos o casarnos, justamente lo hemos hablado hace poco. Me siento muy bien con ella, me hace sentir a gusto, pero a menudo pienso que hay mucha diferencia de edad. ¡Nos llevamos veintiún años, nada menos! Cuando tú y yo éramos más jóvenes y veíamos a un tío casi cincuentón con una belleza rusa o caribeña ¿qué pensábamos? ¡Pues que la tía estaría con él por el dinero o por los papeles, o por ambas cosas! Luego te ocurre a ti y piensas que tú eres diferente, que eres especial. Y a veces puedes meter la pata. Esto del dinero me ha dado muchas comodidades pero me ha vuelto muy desconfiado.

–¡Hombre!, puedes mudarte a un piso baratillo, decirle que te has arruinado, que te queda lo justo para malvivir y a ver qué pasa.

–Y si se queda conmigo, luego ¿qué le digo?, ¿que era una prueba?

–Si te quiere de pobre, no te preocupes que no le molestará que no lo seas realmente.

–La verdad es que muchas veces le doy vueltas al tema. Tengo cuarenta y cinco años, a punto de cumplir cuarenta y seis, y ella tiene veinticinco primaveras. Cuando ella tenga cuarenta, yo tendré sesenta.

–Lo importante es cómo te sientes. No hay que intentar ver el futuro. Lo mismo nos atropella un coche mañana y no cumplimos los cuarenta y seis.

–Ya. ¿Sabes qué me dijo el otro día? Si quería hacer un trío.

–¡Hostias! ¡Un trío! ¿Con un tío o con una tía?

–Con una amiga suya. ¿Te imaginas?

–Es la fantasía sexual de la mayoría de los hombres, pero, si te soy sincero, no me parece una proposición corriente. La sociedad avanza más deprisa que mi capacidad de adaptación o de comprensión. Esta es una generación hedonista: sexo y botellón. Creo que a mí ya me pilla mayor.

–¿Y qué me dices de los *hippies*? Son de los sesenta, la década en que nacimos tú y yo, y ya proclamaban el amor libre. La única diferencia es que antes llevaban camisetas de flores y el pelo largo y ahora visten todos de Zara o Pull and Bear y van depilados de arriba abajo. Antes tomaban LSD y ahora éxtasis.

–Los *hippies* querían cambiar el mundo y los jóvenes de ahora sólo quieren evadirse y pasar un buen rato.

–Desde luego, hablas como hablaban nuestros padres. Te has pasado al otro bando.

–Ya hace años que soy padre. Pero estábamos hablando de ti y de Tanya y hemos desviado la conversación. No te lo tomes a mal, pero yo no me fiaría de una mujer que te propone hacer un trío.

–Como te he dicho, hay que entender que es de otra generación, ella ve con completa naturalidad lo del sexo. Cuando nosotros éramos críos, nos decían que hacerse una paja era

pecado y, si abusabas del vicio, hasta te podías quedar ciego. Hoy en día, si le dijeras eso a un chaval de doce años, se reiría en tu cara.

–Sí, desde luego era una educación bastante represiva en lo sexual y nosotros éramos unos pavos, pero tampoco estoy seguro que el exceso de libertad sea bueno. ¿Nunca se te ha ocurrido que si para ella lo de follar es tan natural es posible que tenga algún lío por ahí?

–Pues ciertamente, sí. Algunas noches la he telefoneado, no muy tarde, claro, antes de las doce y tiene el teléfono apagado y yo me preocupo pensando si estará en casa o no. No tiene teléfono fijo y dice que apaga el móvil cuando va a dormir, para que no la molesten. También viaja mucho, por su trabajo. Cada diez o quince días se va a Madrid o Barcelona, y a veces me como la cabeza. ¿Volvemos adentro?

Los dos hombres ocuparon nuevamente sus asientos junto a la mesa de madera y pidieron dos cervezas al camarero.

–Podías contratar un detective.

–Me parece muy fuerte espiar a tu pareja.

–Enfócalo de otra manera. No la espiarías para descubrir que tiene un amante sino para comprobar que puedes confiar plenamente en ella y ahuyentar el fantasma de los celos.

–Creo que voy a poner en práctica tu primera idea, la de decirle que me he arruinado y que me queda lo justo para vivir.

–Lo dije en broma –se justificó Ballesteros.

Ballesteros se levantó a las siete de la mañana. Venciendo su pereza, se puso un chándal y zapatillas de deporte, bajó a la calle y empezó a correr a paso de trote. Se forzaba a madrugar tres días a la semana para salir a correr. El primer tramo de su carrera resultaba incómodo, debía atravesar varias calles, parándose si encontraba el semáforo en rojo para los peatones y reanudando la marcha cuando cambiaba al color verde. Empezaba a correr a paso lento, calentando. Al llegar al paseo marítimo el recorrido se limpiaba de obstáculos, se tornaba agradable y aumentaba el ritmo de sus zancadas. Invariablemente, comenzaba a sudar a los quince minutos y continuaba la carrera hasta completar la hora. Eran momentos en los que se dedicaba a pensar en sus asuntos personales, lo que le distraía del esfuerzo físico. La idea que le había proporcionado a Paco le parecía excesivo llevarla a la práctica. ¿Fingirse arruinado? ¿Durante cuánto tiempo? Rozaba el ridículo. Entendía los reparos de Paco para espiar a Tanya, sin embargo, Ballesteros nunca había sentido una simpatía abierta por aquella exuberante jovencuela rusa. Era simpática y tenía dos poderosas razones para atraer a los hombres, quizás hasta tres o cuatro poderosas razones que se hacían evidentes a la vista. Ballesteros había percibido miradas insinuantes de Tanya hacia él, diciéndole con los ojos lo buena que estaba ella, y así, pensaba Ballesteros, no se mira al mejor amigo de tu novio, ni a ningún otro hombre. Ciertamente Paco se conservaba bien (para ser casi un cincuentón) y llevaba un estilo de vida bohemio que atraía a cierto tipo de mujer, pero también atraía su desahogo económico, del que Paco no alardeaba pero saltaba a la vista. No sería mala idea investigar a la joven.

Ballesteros sudaba copiosamente cuando volvió a internarse en las calles de la ciudad, de regreso a su ático. Notaba una ligera punzada en las rodillas, una de las mellas que va dejando el paso del tiempo, pensó, como la necesidad de ponerse gafas para leer. Estos dos menoscabos de sus facultades físicas habían llegado de la mano, al pasar la frontera de los cuarenta y cinco. Esprintó cuando se acercaba a su casa, dando rápidas zancadas hasta casi perder el aliento en los últimos metros. Se detuvo respirando entrecortadamente y estiró los gemelos apoyando la planta del pie en la base de una farola y haciendo una especie de palanca con la pierna. Imaginó la ducha que lo esperaba y se sintió de buen humor, como siempre que acababa de correr.

A la misma hora en la que Ballesteros corría por las calles de Ibiza, Paco Marín se hallaba frente al caballete. Se había levantado con cansancio y una ligera resaca y no había realizado su matutina sesión de pesas en el gimnasio que había instalado en una de las habitaciones de su casa de campo. Había desayunado un café con leche y una tostada con mantequilla y mermelada de naranja amarga y se había dirigido a su estudio a pintar. Le gustaba aquella hora de la mañana en la que la civilización y su maquinaria aún no se han despertado y predomina el silencio y la calma. Había preparado varios colores sobre un gran plato de plástico que usaba como paleta y empezó a embadurnar el pincel y extender el material acrílico sobre el lienzo con gestos rápidos y espontáneos. Trataba de llenar el cuadro de colores vivos y pinceladas variadas: largas, cortas, anchas, estrechas, espesas, diluidas. A veces también dejaba chorrear la pintura o utilizaba la espátula. Quería que el cuadro fuese una amalgama de colores y un amasijo de formas y texturas. Durante sus sesiones de pintura tenía la mente en blanco de los problemas cotidianos. Se olvidaba

de la crisis que asolaba al país, del paso del tiempo, de sus recelos sobre Tanya, de la degradación del medio ambiente y del egoísmo, la maldad y la ignorancia humana...

Hizo una pausa, se preparó un café con leche, prendió un cigarrillo y con la taza en una mano y el cigarrillo en la otra contempló satisfecho su obra. Sabía por experiencia que esa satisfacción era engañosa y pasajera y que, a menudo, el inmenso placer que le proporcionaba la visión de un cuadro recién terminado se transformaba en frustración cuando lo contemplaba al día siguiente.

Mientras daba una calada al cigarrillo, le vino a la mente la imagen de Tanya caminando desnuda por la terraza de la habitación del hotel al amanecer, después de la primera noche que pasaron juntos. Le incomodó un poco aquella actitud que él consideró impúdica. “Después de todo”, pensó “soy de la misma generación que Raúl y quizá no seamos tan diferentes”.

Tanya y él se habían conocido una mañana a finales de mayo en el aeropuerto de Ibiza. Ambos habían llegado en el vuelo de Iberia procedente de Barcelona y estaban junto a la cinta transportadora esperando sus respectivas maletas. Ella vestía unos vaqueros y una camiseta blanca ajustada que resaltaba sus atributos. Eran los únicos dos pasajeros que esperaban la maleta, a pesar de que con ellos habían viajado otras cincuenta personas. Paco miró el monitor que indicaba claramente que allí se recogerían los equipajes del vuelo, pero le extrañaba que no hubiera gente alrededor de la cinta por la que habían de aparecer las maletas, salvo él y aquella atractiva joven que estaba a su lado y en la que ya se había fijado en la cabina del avión, así que le preguntó si ella también esperaba la maleta del vuelo procedente de Barcelona. La joven asintió con una sonrisa y comenzaron a charlar. No recordaba los temas de la conversación, pero sí que fue un diálogo fluido y ameno, como si fueran viejos amigos. Él se ofreció a llevarla hasta la ciudad en su automóvil, que estaba aparcado en el recinto del aeropuerto y ella aceptó alegremente.

Esa misma noche quedaron para cenar en un restaurante japonés y después alquilaron una habitación en el Gran Hotel e hicieron el amor. Paco no acostumbraba a llevar a una mujer a su chalé en la primera cita y con Tanya no hizo excepción. Él recordaba nítidamente la imagen del cuerpo desnudo de Tanya perfilándose con la luz del amanecer. Caminaba descalza por la terraza de la habitación del Gran Hotel, con el teléfono móvil pegado a la oreja.

¿A quién habría telefoneado a esa hora? Era la primera vez que le sobrevenía este pensamiento, al cabo de siete meses. Paco estaba seguro de que había sido ella la que había telefoneado, ya que de otra manera habría oído la llamada en el teléfono de Tanya. ¿Por qué se manifestaban de repente estas dudas y se formulaba preguntas? Ahora reflexionaba sobre detalles a los que en un principio, cuando su relación se presumía efímera, no dio importancia. A medida que se iba afianzando la pareja e incrementado su interés por Tanya, veía ciertas actitudes de la joven bajo un prisma de mayor exigencia y no exentos de algún reproche.

Paco había decidido poner en práctica el plan sugerido, quizá bromeando, por su amigo Raúl. No era un plan perfecto y Paco sabía que no resultaría viable prolongar el engaño durante un tiempo dilatado. Sin embargo, podría darle una nueva perspectiva de sus relaciones personales y comprobar hasta qué punto su desahogada situación económica influía en sus amistades. Ni sus dos hermanas ni ninguno de sus amigos, ni siquiera Ballesteros o Tanya, sabía a cuánto ascendía su fortuna en la actualidad. No les había mentado al decir que había cobrado un boleto de lotería, pero no les había dicho la cantidad exacta de millones de euros. Pensó que ahora iba añadir una nueva mentira: la de su bancarrota. Desde luego, no sería el primer agraciado con un premio de

lotería que se arruina al cabo de pocos años. No sonaría descabellado cuando contase a familiares y amigos que había realizado grandes inversiones en terrenos cuando tuvo lugar la famosa burbuja inmobiliaria en España y que, tras la crisis del ladrillo, estos solares con obras paralizadas apenas tenían valor y que, al no poder afrontar los pagos, la propiedad de su lujosa casa, de los terrenos y del resto de sus bienes pronto pasaría a manos del banco.

Sonrió pensando en las reacciones de su entorno. Sus hermanas posiblemente le ofrecerían una ayuda moderada a la vez que le aconsejarían buscar trabajo. Alguna de sus superficiales “amistades” escurriría el bulto, por supuesto. ¿Cómo respondería Tanya? Esta era la gran duda. Desde luego, su plan era bastante pueril e impropio de un hombre que había entrado en la década de los cuarenta hacía varios años. Paco pensaba que su edad biológica no correspondía con su espíritu juvenil. O quién sabe si estaba pasando la raya en la que se retorna a la infancia y uno comienza a comportarse como un niño. Decidió acallar la voz que clamaba en su interior diciéndole que este retorcido montaje era una chiquillada y él había dejado de ser un chiquillo. Le vino a la cabeza un refrán que repetía su madre: “se pillá antes al mentiroso que al cojo”.

Alex Zarco se hallaba en su apartamento, sentado frente a la pantalla del ordenador, bebiendo a cortos sorbos una taza de Cola Cao caliente, mientras que con la mano libre manejaba el teclado. El caso Demichellis, como denominaba él a la investigación en curso, le había sumergido en un estado de hiperactividad tratando de aclarar todos los hechos. Había repasado el atestado de la policía, las diligencias previas incoadas por el Juzgado de Instrucción número 2 de Ibiza y el acta del juicio ante el Tribunal del Jurado, y no había encontrado ningún dato significativo que no le hubieran participado ya el abogado o Raquel. No quería dejar ningún cabo por atar, por insignificante que pareciera. Su cerebro trabajaba a marchas forzadas tratando de encontrar el pequeño detalle que hubiera pasado desapercibido en la somera investigación policial. Hasta el momento, Teresa, la enfermera amiga de Ana, era la última persona que la había visto con vida. Parecía claro que no había testigos del homicidio. En el escenario en el que se produjo la muerte solamente estaban la víctima y el asesino (o asesinos).

¿Acaso no era básico investigar los pasos de la víctima hasta ese momento? El equipo de la Guardia Civil no había seguido esta línea de investigación, posiblemente convencidos de que ya habían detenido al culpable. Partiendo de la premisa de que el asesino pudiera ser otra persona distinta del hombre condenado, solo quedaba un camino: seguir el rastro de Ana hasta el momento de su desaparición. La mayor dificultad estribaba en el largo tiempo transcurrido.

¿Por qué no le habían llamado antes? Claro que Raquel, al inicio de la investigación, no sospechaba que el desarrollo del juicio iba a generar tantas dudas en su cabeza sobre la culpabilidad del detenido y, en cualquier caso, de nada servía lamentarse.

Teresa había manifestado que vio a Ana en compañía de un médico desconocido, sobre las doce y media. Debía esperar que la enfermera indagase entre sus compañeras y comprobar si alguna había visto a Ana con posterioridad. De lo contrario, sería como si se hubiera esfumado del hospital al mediodía para aparecer en la escena del crimen.

También tendría que investigar al paciente fallecido, cuyo cuidado correspondía a Ana. Esta no parecía una línea de investigación que fuera a llevar muy lejos, pero no había más datos a los que asirse. Tampoco es frecuente en Ibiza que aparezca un tipo con tres balas en el cuerpo. Si el tiroteo ocurrió el día anterior a la muerte de Ana, el juzgado en funciones de guardia habría sido el Juzgado de Instrucción número 1 de Ibiza. Zarco era consciente del rechazo instintivo que los funcionarios de los juzgados manifestaban hacia los investigadores privados, por lo que acceder por cuenta propia a las diligencias previas que se hubieran instruido a consecuencia del tiroteo se le antojaba harto difícil.

El detective sentía una ligera animadversión por los abogados en general, a quienes consideraba una caterva de buitres dispuestos a arrojarse a la carroña y enriquecerse con las miserias y desgracias humanas y, a pesar de que reputaba a Ballesteros como el prototipo que encarnaba los vicios y defectos de dicha profesión, decidió telefonarlo para solicitar su colaboración. Le resultaba humillante recurrir a la ayuda del abogado, pero sabía que los letrados tenían fácil acceso a los expedientes judiciales aunque no estuvieran personados en la causa, ya que, en muchos casos, gozaban de la confianza de los funcionarios a quienes trataban diariamente,

o bien podían alegar que estaban estudiando si era procedente su personación como acusación particular y debían consultar el expediente previamente para las comprobaciones oportunas.

En ese mismo instante, el repiqueteo del teléfono fijo cortó sus pensamientos. Lo descolgó y miró la pantalla antes de apretar la tecla para establecer la comunicación. Vio que se trataba de Ballesteros y su rostro se encendió de alegría por aquella casualidad, ya que podía exponer al abogado la ayuda que necesitaba al hilo de la conversación, lo que resultaría menos violento que llamarle y soltarle sus pretensiones a bocajarro.

–Diga.

–¿Hablo con Alex Zarco?

–Soy yo, dime.

–Te llamo por un tema que no tiene nada que ver con la investigación que nos ocupa... Necesito que me recomiendes un detective de confianza para que siga a una persona.

–No fue muy difícil –dijo Raquel exhibiendo unas cuantas facturas de la compañía telefónica Vodafone en la que se detallaban las llamadas realizadas por Ana López y su duración–. Tenía todos los papeles en un cajón y, al parecer, guardaba todas las facturas: teléfono, agua, luz... Lo que puede resultar más difícil es averiguar cuál de los números es el de su misterioso amante.

Zarco cogió la factura correspondiente al período del 14 de febrero al 13 de marzo de 2012, dos meses antes de la muerte de Ana López, y tras un pequeño rastreo señaló un número.

–¿Por qué crees que es ese en concreto? Hay otros números que también se repiten –objetó Raquel.

–Ya, pero he observado que las llamadas a este número de teléfono se suelen hacer a la misma franja horaria, entre las 17:00 y 17:30, y son de corta duración. Por otro lado no hay llamadas a ese número los fines de semana. Lo cual concuerda bastante con la hipótesis de un hombre casado. Le llama a una hora concreta, cuando él sale del trabajo o cuando va a buscar a sus hijos al colegio, qué sé yo.

–Y las llamadas son de corta duración porque se limitaban a quedar para verse –apuntó Raquel.

–Exactamente.

–Y los fines de semana no le llama a la hora convenida porque se rompe la rutina y él puede estar con la familia.

–¡Exacto! –exclamó el detective a la vez que tendía su teléfono móvil a la joven–. Y sólo hay una forma de estar seguros: llamándole.

–¿Y qué le voy a decir?

–Pues la verdad. Que eres la hermana de Ana López y que quieres hablar con él en privado. Si le llamo yo y le digo que soy detective se pondría a la defensiva, tanto si está implicado en la muerte de tu hermana como si no –Zarco insistió en su gesto extendiendo su mano en la que aún sujetaba el teléfono–. Llámale desde el mío. Raquel marcó con rapidez. Escuchó el tono intermitente de la llamada. A la cuarta llamada dudaba que alguien descolgara el teléfono cuando escuchó una voz masculina y grave al otro lado de la línea.

–Si...

–Buenas tardes.

–Buenas tardes –oyó que la voz se había suavizado ligeramente, intentando mostrar esa amabilidad que a Raquel le resultaba tan familiar en el sexo masculino cuando hablaban con una desconocida.

–En fin, no sé cómo explicarlo –comenzó Raquel dubitativa–. Soy la hermana de Ana López y quisiera hablar con usted. Sé que se conocían –aseguró, dando a entender que sabía algo más. Notó un tenso silencio al otro lado de la línea.

–¿Qué es lo que quiere? –respondió el hombre con voz forzosamente tranquila.

–Simplemente, hablar con usted, no le llevará más de media hora.

–Acabo de trabajar a las cinco. Podemos vernos en la cafetería que hay frente al hospital Can Misses a las cinco y diez.

–De acuerdo. Nos vemos allí.

Raquel y Alex Zarco llegaron puntuales a la cafetería del hospital. Ignoraban el aspecto físico del hombre con el que se habían citado, ni siquiera sabían cómo se llamaba. Por el lugar de trabajo habían deducido que se trataría de un médico, aunque también podía ser un enfermero o trabajar en el hospital dedicado a cualquier otra tarea administrativa o de mantenimiento. Zarco, en su fuero interno, estaba seguro de que se trataba de un doctor por el mero hecho de que la difunta hermana de Raquel trabajaba como enfermera. La relación médico-enfermera era un arquetipo, al igual que la de jefe-secretaria o piloto-azafata, y el detective pensaba que los humanos seguimos inconscientemente ciertos patrones de conducta que acaban convirtiéndose en clichés. Sentado a una de las mesas de la cafetería vieron a un hombre rechoncho con prominente papada. Raquel lo rechazó instantáneamente, no se imaginaba a su hermana disfrutando de una noche de amor con aquél hombre. La mirada de la joven se dirigió hacia la puerta al tiempo que entraba un atractivo hombre de tez morena que debía andar por la mitad de la treintena. Tenía un cuerpo delgado y nervudo, ojos oscuros y penetrantes y pelo negro cortado a cepillo. Sí se imaginaba a su hermana con aquél hombre. A medida que éste se acercaba, Raquel permaneció mirándolo fijamente mientras Zarco se quedaba en segundo plano pidiendo un par de cafés a la camarera. El hombre se dirigió hacia donde estaba ella, que lo recibió con una sonrisa de reconocimiento, dándole a entender que no se equivocaba. El tendió su mano a la joven a modo de saludo.

–¿Es usted la hermana de Ana?

–Sí, soy Raquel. ¿Y usted?

–Roberto Gomis. Se parece usted a su hermana.

–Sí, creo que tenemos un parecido. –Girándose cogió a Zarco de un brazo y presentó a los dos hombres–: Álex Zarco, Roberto Gomis.

–No entiendo –dijo Roberto Gomis, dirigiéndose a Raquel e ignorando la mano abierta que le tendía Zarco en forma de saludo–. Creía que íbamos a hablar usted y yo solos.

–Quizá no he sido muy clara, pero le aseguro que tenemos nuestros motivos. Estamos investigando la muerte de mi hermana y Alex es el detective que he contratado. Por eso tenía que estar presente. No queremos molestarle ni buscarle complicaciones

–Realmente no sé en qué puedo ayudarles –contestó enojado.

–¿Cuánto duraba la relación entre usted y mi hermana?

–Pues llevábamos viéndonos seis o siete meses antes de que ocurriera... antes de su fallecimiento.

–¿No fue a la policía tras la muerte de Ana?

–No lo consideré necesario. Yo no sabía nada del atraco que había sufrido ni podía ayudar de ninguna manera.

–¿No pensó que podían encontrar algún objeto suyo o ropa en casa de Ana y que esto podría hacerle sospechoso?

–Yo no tenía nada que ocultar, salvo lo que se refiere a nuestra relación y creí que eso no le interesaba a nadie. –Hizo una breve pausa para dar un sorbo a la botella de agua que le había traído la camarera y continuó–: No sé si saben que estoy casado y tengo dos hijas de cinco y siete años. Pensé que si venía la policía a verme, les contaría la verdad, pero yo no estaba dispuesto a ir a la policía.

–Claro –dijo Zarco con retintín. Roberto clavó sus ojos en él y su rostro demudó, adquiriendo una expresión crispada al tiempo que la sangre se concentraba en sus mejillas enrojeciéndolas repentinamente. Parecía dispuesto a golpear al detective en cualquier momento.

–¡Usted no tiene ni idea! –espetó alzando la voz–. Yo no podía hacer nada para ayudar a Ana. Después de que falleciera no tenía ningún sentido airear nuestra relación. Era algo que no le importaba a nadie más que a ella y a mí. Ni siquiera a vosotros os importa.

–No se enfade –intervino Raquel intentando rebajar la tensión que estaba adquiriendo la conversación–. Lo que es cierto es que los policías que se encargaron del caso no investigaron demasiado.

–¡No entiendo qué están buscando ustedes! –exclamó Roberto, cuya voz había subido varios decibelios, dirigiéndose a Raquel–. La Guardia Civil detuvo al autor del robo y de la muerte de su hermana. Sé que es duro aceptar la muerte de un familiar, pero es la única forma de superarla. Es muy humano crearse fantasmas y perseguirlos, se puede utilizar el ansia de venganza para paliar el dolor, pero no pueden ir atacando a la gente con acusaciones.

–Nadie le ha acusado a usted.

–El señor detective ha usado un tono de voz que no me ha gustado en absoluto –Roberto Gomis miró el reloj de pulsera–. Por cierto, me tengo que ir. Tengo otras cosas que hacer. Si se les ocurre algo en lo que pueda ayudarles, me lo dicen –dijo con una forzada amabilidad–. Ya les digo que no tengo ninguna información que pueda interesarles.

–¿Quería usted a mi hermana? ¿Estaba enamorado?

Roberto Gomis recordó la atracción física que sentía por Ana, al tiempo que cogía su abrigo. Ana tenía un cuerpo bien formado, delgado pero con curvas en los lugares apropiados. Su cuerpo fue lo primero que le atrajo de ella, pero había algo más, una simpatía mutua. Habían coincidido alguna vez en el ascensor o en los pasillos del hospital y la conversación había fluido entre ellos de forma natural, sin la incomodidad que a veces sentimos con los desconocidos con quienes forzamos una conversación rutinaria exenta de ganas de comunicarnos. Había simpatía y Roberto comenzó a notar que la chica se sentía atraída por él, lo que aumentó su deseo. Acabaron en la cama en su primera cita. Ella sabía que él estaba casado y que quería a su mujer y a sus hijas y que no tenía intención de divorciarse. Él nunca le mintió ni le hizo falsas promesas. Había sido una relación pasional y sexual y, en cierta manera, afectiva, pero no había existido amor por su parte.

–No es algo que pueda interesarles a ustedes –respondió Roberto Gomis dirigiéndose hacia la puerta de salida.

Una vez estuvo fuera del local, Zarco se dirigió a la camarera.

–¿Conoce al hombre que estaba aquí con nosotros?

–Le conozco de vista, viene frecuentemente. Es de un grupo de médicos que viene cada día. Clientes habituales. El doctor Gomis es un cirujano plástico que goza de bastante buena reputación, según se comenta por aquí.

–¿Hacen operaciones de cirugía estética en Can Misses? –preguntó Zarco extrañado.

–Creo que son operaciones de cirugía estética pero por razones de salud, en casos de accidentes o cosas así –puntualizó la camarera–. No porque alguien quiera ponerse una nariz más bonita o unas tetas más grandes.

–¡Ah!

–Ya ven, llevo trabajando aquí once años y una aprende hasta de medicina. ¡Y de psicología ni les cuento! Cuando veo entrar a un cliente ya sé si me va a pedir un café, una Coca-Cola o un whisky doble.

Aquella mañana Ballesteros acudía a la sede del Juzgado de Violencia sobre la Mujer número 1 de Ibiza para asistir a un detenido, acusado de un delito de malos tratos en el ámbito familiar, que había solicitado expresamente sus servicios, renunciando al abogado del turno de oficio. En contra de la opinión profana, el abogado de oficio no era un sinónimo de justicia gratuita. Si el acusado tenía unos ingresos superiores al doble del salario mínimo interprofesional, lo que equivalía a ingresos que sobrepasaran los mil trescientos euros mensuales, debería costearse el abogado. Solo en el caso de que sus ingresos fueran inferiores, lo que ocurría frecuentemente en el ámbito de los delincuentes comunes, se les otorgaba el beneficio de la justicia gratuita.

Los juicios rápidos no se celebraban en la sala de audiencias. Se tomaba declaración al perjudicado, al acusado y a los posibles testigos en torno a la mesa de un funcionario que transcribía lo que iban diciendo en su ordenador, bajo la supervisión del Juez. Después los autos pasaban al fiscal que decidía si formulaba escrito de acusación. Si el acusado reconocía los hechos y se conformaba con la pena solicitada por el representante del Ministerio Fiscal, la pena se reducía en un tercio. Si no se alcanzaba la conformidad, la causa era derivada al Juzgado de lo Penal que por turno correspondiera, a fin de celebrar nuevo juicio.

Ballesteros entró en el edificio de los juzgados de Ibiza y subió las escaleras hasta la primera planta donde estaban las oficinas del Juzgado de Violencia sobre la Mujer y preguntó por el funcionario encargado de la tramitación de las diligencias urgentes. Una chica regordeta le informó que el expediente lo llevaba una compañera suya que acababa de salir a desayunar. Ballesteros aceptó la explicación con actitud estoica. Sabía por experiencia que era inútil pedir a otro funcionario que le dejara ver el expediente, porque se escudaría en cualquier excusa para no entregárselo y él se forjaría fama de pesado. También sabía por experiencia que el desayuno se podía alargar hasta los tres cuartos de hora e incluso la hora. Los funcionarios gozaban de mala fama y mala prensa, pero si la gente de la calle supiera el funcionamiento real de la Administración de Justicia, los ciudadanos se negarían a pagar impuestos, habría manifestaciones, motines, pensó Ballesteros. El incumplimiento de la jornada laboral de siete horas y media era generalizado, con la anuencia de los secretarios judiciales que eran los encargados del control y jefatura del personal y que en la mayoría de los casos hacían la vista gorda para evitar enfrentamientos con los funcionarios. Ciertamente el gobierno de Zapatero en el año 2010 les había bajado el sueldo y el gobierno de Rajoy les había confiscado la paga extra las Navidades pasadas. En apenas dos años y medio habían perdido un quince por ciento de su poder adquisitivo, lo que tampoco le parecía bien a Ballesteros. Debían cobrar el salario que les correspondía, pero también trabajar las horas que les correspondía. Recordó el encargo que le había encomendado Zarco y, para aprovechar el tiempo hasta que regresara la funcionaria en cuestión, se dirigió a las oficinas del Juzgado de Instrucción número 1, situado dos plantas más arriba. Tras una pequeña búsqueda, el tramitador localizó el número de diligencias previas que correspondía a los autos incoados a consecuencia del asesinato a tiros ocurrido en mayo de 2012. Sacó el expediente del archivo y se lo entregó a Ballesteros. El abogado lo hojeó rápidamente y sacó fotocopias del atestado. Leyó la parte dispositiva del auto que concluía el expediente y que tenía fecha de

septiembre de 2012. Las diligencias se habían archivado provisionalmente por falta de autor conocido. Agradeció la amabilidad del funcionario y regresó al Juzgado de Violencia sobre la Mujer.

Le desagradaban los asuntos judiciales en los que se veía envuelta una pareja rota, ya fuera una denuncia por malos tratos o un divorcio contencioso. En su dilatada experiencia en el ejercicio de la abogacía no había visto odios más intensos ni enemigos más acérrimos que los antiguos cónyuges, especialmente cuando entraba en escena una tercera persona. A menudo, a una de las partes le costaba reintegrarse a la vida social, que se había ido reduciendo a medida que se alargaba el matrimonio. Que la expareja rehiciera su vida junto a otra persona mientras el otro se sumía en la soledad, resultaba insoportable hasta el extremo. Y del dolor nacían las ganas de dañar al otro. Y así se formaba una bola de nieve que bajaba rodando la pendiente e iba haciéndose mayor. La exmujer, por lo general, utilizaba a los hijos como arma, no respetando el régimen de visitas que le correspondía al padre y no permitiéndole ver a los niños según lo acordado, lo que constituía una falta de incumplimiento de las obligaciones familiares. El exmarido dejaba de pagar la pensión alimenticia, lo que constituía un delito de impago de pensiones. Cierto que también había divorcios de mutuo acuerdo y separaciones amistosas, pero en estos casos no se necesitaba un abogado y, si intervenía, era únicamente por imperativo legal.

La funcionaria, que ya había vuelto del desayuno y estaba detrás de su mesa, entregó el expediente a Ballesteros. El abogado dio un rápido vistazo a los autos y comprobó aliviado que su cliente no había prestado declaración en la comisaría de Policía.

Leyó detenidamente la denuncia de la perjudicada. Según la versión de la mujer, doña María José Zapata, ella y el acusado (Derek Neumann, de nacionalidad alemana) habían contraído matrimonio en Ibiza, en el año 2004 y tenían dos hijos comunes de seis y cuatro años, ambos varones. En el último año se habían producido discusiones tanto entre marido y mujer, como entre marido y la madre de la mujer, por la afición de Derek a la bebida, y entre María José y la madre de Derek, debido al “marcado carácter alemán de la suegra”, sin más especificaciones, como si fuera evidente que entre ambas nacionalidades resultara inevitable el conflicto y las desavenencias y sin concretar en qué consistían éstas, y siempre según la versión de María José Zapata. Las disputas entre el matrimonio y las madres de ambos habían aumentado progresivamente, alcanzando su clímax cuando Derek recibió una oferta de su compañía para trabajar en una sucursal de Barcelona, con un sustancioso incremento en su salario, a lo que se opusieron tanto María José como la madre de esta. En las Navidades recién pasadas habían tenido lugar varias fuertes discusiones, surgiendo por primera vez la palabra divorcio. De hecho, María José visitó a una abogada para que le informara sobre los requisitos, trámites y consecuencias.

Finalmente, en el día de ayer, 16 de enero de 2013, sobre las 22:30 horas, Derek había llegado tambaleándose a su domicilio, su mujer le recibió en actitud belicosa, echándole en cara lo mal marido y padre que era, amenazándole con solicitar el divorcio y exhortándole para que se marchara del hogar familiar. Derek, sin inmutarse, incluso con una tonta sonrisa de borracho, fue a la cocina y descorchó una botella de vino. Esta indiferencia, acrecentó el enfado de María José, cuyo único medio de desahogo era su mordaz lengua, así que intensificó el tono de los insultos, llegando a lo soez y, viendo que lo de ser considerado mal padre y mal marido, no molestaba ni ligeramente a Derek y que tampoco le hacía perder la sonrisa la amenaza del divorcio, pasó a atacar su hombría, aludiendo tanto al tamaño del pene como a sus escasos conocimientos sobre el

cuerpo de la mujer. María José sabía que estas palabras ofendían tanto a un alemán borracho como a un español sobrio, y viceversa. Derek, preso de la ira, reaccionó llamándola “zorra asquerosa” y diciéndole que estaba hasta los cojones de ella y de su puta madre. María José se dejó llevar por la indignación, la impotencia y la rabia, y arreó un sonoro bofetón a su marido, que respondió con un sopapo que dejó el carrillo de la esposa enrojecido y tumefacto. Ella, tras reponerse de la parálisis producida por la sorpresa y el susto, cogió su teléfono móvil y se encerró en la habitación de sus hijos, aún sumidos en un profundo sueño. Derek se sirvió otra copa de vino tinto y se sentó a la mesa de la cocina.

Tres cuartos de hora después, sonó el timbre de la puerta. Derek se hallaba en el lavabo cepillándose los dientes y pensó que a aquellas horas de la noche solo podía llamar la bruja de su suegra que aparecía avisada por María José, y continuó con su higiene dental. Para su sorpresa oyó una voz masculina y la de su mujer. Se enjuagó la boca de pasta dentífrica y salió del cuarto de baño. Se encontró frente a dos agentes de la Policía nacional que le miraban fija y seriamente y, sin apartar la mirada, uno de ellos le informó que se iba a proceder a su detención acusado de un delito de malos tratos y que tenía derecho a guardar silencio, a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable y a designar abogado. Mientras un agente le enumeraba sus derechos, el otro le hizo girarse llevando las manos a la espalda y le aprisionó ambas muñecas con las esposas. Derek no podía pensar con claridad. “Ha sido solo una bofetada floja”, dijo.

Ballesteros examinó el parte de lesiones elaborado por el servicio de urgencias que recogía un escueto texto: “Contusión en pómulo izquierdo. Refiere agresión”. El informe forense no añadía gran cosa, en lo que a efectos penales interesaba. Matizaba que la herida había precisado una única asistencia para su cura y no había necesitado tratamiento médico o quirúrgico posterior, cifrando la sanación en un período de dos días no impeditivos. Dicho llanamente, se trataba de una contusión leve.

La versión que Derek refirió a Ballesteros en el calabozo del juzgado, difería en pequeños detalles insustanciales de la versión de su mujer, coincidiendo en lo esencial y jurídicamente relevante. Derek hablaba un perfecto español, lo que quedaba de manifiesto en el ágil uso de los tacos y solo un ligero acento al pronunciar las erres, las ges y las jotas, delataba su condición de extranjero.

—Antes de contestar a las preguntas del juez, tienes que tener un par de cosas claras —dijo Ballesteros, intentando aleccionar a su cliente—. En primer lugar, tienes que negar cualquier palabra o acto que pueda incriminarte. Cuando te pregunten si insultaste a tu mujer, niégalo, o, como máximo, reconoce haberle llamado egoísta o interesada o algo por el estilo, que no sea propiamente un insulto. Y lo más importante: cuando declares ante el juez tienes que negar haber golpeado a tu mujer. Ya la ha examinado un médico y el forense y ha emitido un parte de lesiones, por lo que tienes que reconocer que se produjo el golpe, pero tienes que negar la intencionalidad. Di que ella te pegó un bofetón y que al intentar sujetarla para evitar que ella te siguiera agrediendo la golpeaste en la cara “sin querer” —Ballesteros enfatizó las últimas palabras.

—No entiendo nada. ¿No puedo contar lo que pasó? Ella me insultó y yo la insulté, ella me dio un bofetón y yo le di otro. Ya sé que no está muy bien, pero no creo que sea para tanto.

—¡El caso es que sí es para tanto! En el mejor de los supuestos y si las lesiones de tu mujer, como parece ser, no revisten ninguna gravedad, lo mínimo que te puede caer por pegarla es una pena de prisión de seis meses a un año. No tendrías que cumplirla porque no tienes antecedentes y

solicitaríamos la suspensión condicional de la pena. Pero, a partir de ese momento, sí tendrías antecedentes y, lo que es peor, tu esposa podría solicitar medidas civiles y una orden de alejamiento, y, si el juez la concede, no podrías volver a tu casa.

–¿Y ver a mis hijos?

–Sí que podrías verlos, pero no vamos a llegar a este extremo. Tú haz lo que te he dicho.

–¿No entiendo las leyes españolas! Y a ella que también me pegó y me insultó ¿qué le ocurrirá?

–Pues, como mucho se le podrá imputar una falta y, si la considerasen culpable, habría de pagar una pequeña multa, sobre ciento ochenta euros. Pero ella aquí es la víctima y tú el acusado. Tienes que tener en cuenta que se trata de una ley hecha para proteger a la mujer.

–Y si miento ¿no cometeré perjurio?

–No. Como imputado, conforme a la Constitución española y las leyes procesales, tienes derecho a no decir la verdad. Otra cosa es que el juez y la fiscal creen tu versión. Son importantes dos cosas: la primera y fundamental, que niegues haber insultado a tu esposa o haberla golpeado intencionadamente; la segunda, que mantengas la calma. No levantes la voz ni te irrites, por muy borde que se ponga la abogada de tu mujer.

Derek Neumann miró al abogado con intranquilidad. Parecía no compartir los consejos que le estaba dando. Ballesteros desconocía la legislación alemana contra los malos tratos en el ámbito familiar, en caso de que en aquél país tuvieran legislación específica para proteger a las mujeres maltratadas y no aplicasen las leyes comunes.

En el foro de la práctica judicial, la famosa Ley Orgánica 1/2004 de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, era considerada nefasta, además de inútil. El legislador había diseñado una ley para aplicar a los maltratadores, pero no había previsto que se podía aplicar a cualquier hombre que en un momento de ofuscación pudiera insultar o, en palabras de la ley, “amenazara de forma leve” a su pareja o expareja. La Ley y los Juzgados de Violencia sobre la Mujer no habían servido para disminuir el número de víctimas mortales por una sencilla razón: la mujer que reunía el perfil de maltratada no acudía a los tribunales o a la comisaría a denunciar. Jueces, fiscales y abogados echaban pestes sobre la ley en privado, pero no se atrevían a protestar públicamente contra la misma. Tan solo una magistrada catalana había expresado abiertamente sus quejas ante los medios de comunicación y había sido duramente criticada por asociaciones feministas y partidos políticos.

Ballesteros sabía que su cliente, además de la legislación, tenía en contra la presión mediática sobre los jueces. Un pensamiento pendía como espada de Damocles sobre los fiscales y los jueces de violencia a la hora de decretar la prisión o la libertad provisional de un presunto maltratador: “Si lo dejo libre y mata a su mujer, mañana mi nombre aparecerá en todos los periódicos y me nombrarán en todos los telediarios”. Por esta razón, en caso de duda, los fiscales y jueces no aplicaban la presunción de inocencia sino la prisión provisional.

Las estadísticas demostraban que en el año 2007 se habían producido más de 41.000 denuncias por malos tratos. De éstas, casi 4.000 habían sido retiradas por la propia denunciante. Sólo 5.000 de los procedimientos judiciales incoados habían terminado por una sentencia, y, de éstas, el veinte por cien eran absolutorias. Había 4.000 sentencias condenatorias con penas de diferente magnitud.

¿Qué pasaba con los 37.000 procesos (detrás de los cuales había 37.000 hombres) que concluyeron por un auto de sobreseimiento o una sentencia absolutoria? Evidentemente había que perseguir y condenar a los maltratadores, pero la ley del péndulo no era un buen modelo. El legislador español, con buena voluntad pero poco acierto, había diseñado una legislación que permitía cazar moscas a cañonazos, sin importar los daños colaterales. Y los sucesivos gobernantes no se habían atrevido a tocar esa ley, por miedo a la presión mediática y popular.

El pensamiento de Ballesteros volvió a concentrarse en el hombre que tenía delante. Derek Neumann no presentaba un buen aspecto. Sus ralos cabellos estaban despeinados y en su globo ocular se marcaban unas venas rojas que le daban aspecto de loco. Desprendía un ligero hedor, mezcla de sudor y alcohol. Ballesteros no podía evitar que le aflorara la vena de chovinismo cuando se encontraba con un extranjero afincado en Ibiza y que consideraba (y posiblemente con razón) que en su país todo funcionaba mejor. La pregunta que surgía en su mente para formular a estos extranjeros descontentos era la siguiente: ¿Si no te gusta España ni los españoles qué cojones haces viviendo aquí y no en Alemania o en Francia donde todo funciona a las mil maravillas? Sin embargo, sabía que no se ganaría la confianza de su cliente manifestando sus pensamientos en viva voz y suavizó su discurso.

—Mira Derek, nosotros, los españoles, tenemos nuestros defectos y nuestras virtudes. Puede que seamos un país de pandereta y que nuestros políticos sean ineptos y corruptos, pero estás viviendo aquí y tienes que aceptar las cosas como son.

A Ballesteros le vino a la mente el chiste que definía el cielo como un país gestionado por alemanes, los suizos administrando las finanzas, con cocina francesa, moda italiana y los españoles organizando las fiestas. Luego estaba el infierno: un país gestionado por españoles, administrado por italianos, con cocina inglesa, moda alemana y los suizos organizando las fiestas. Guardando el chiste dentro de su cabeza, volvió a preguntar a Derek Neumann si tenía clara la declaración que debía prestar. El súbdito alemán afirmó con un leve movimiento de cabeza.

La esposa, María José Zapata, estaba sentada frente a la mesa del funcionario, entre su abogada y Ballesteros, quienes ocupaban sendas sillas. El funcionario había tecleado en el ordenador los datos de la denunciante y le había informado de su derecho a personarse en la causa como acusación particular y que María José había decidido ejercer. Detrás del funcionario, vigilando la pantalla del ordenador y de pie, se hallaba el magistrado-juez que informó a María José de su obligación de ser veraz y advirtiéndole de las penas con las que el Código Penal castigaba el falso testimonio. Seguidamente le preguntó si se ratificaba en su denuncia ante la comisaría de policía, a lo que ésta contestó afirmativamente. Reconoció haber propinado una bofetada al acusado como respuesta a los insultos de *él* (como llamaba a su marido). Luego *él* la había agredido. El magistrado le preguntó si se sentía amenazada y si solicitaba una orden de alejamiento, a lo que respondió que sí.

La abogada de María José, a quien Ballesteros conocía superficialmente y consideraba una picapleitos, no formuló preguntas.

Ballesteros recordó a María José que había prestado juramento de decir verdad y le preguntó si en alguna ocasión anterior se había producido una agresión por parte del señor Neumann. Ella contestó que no, que era la primera vez, aunque dijo que habían existido malos tratos psicológicos en forma de insultos y vejaciones.

–Preguntada para que diga si ha puesto con anterioridad alguna denuncia –dijo Ballesteros.

–No.

–¿Y no es más cierto que usted había consultado a una letrada para que le informase sobre el procedimiento de divorcio? –preguntó Ballesteros.

–Señoría –dijo la abogada de María José–, esta pregunta no viene al caso. Estamos juzgando unos malos tratos que ocurrieron en el día de ayer, no es relevante si mi defendida había buscado información sobre el divorcio.

–Señoría –intervino Ballesteros–, a mi cliente se le están imputando delitos graves, no solo por su penalidad sino por todas las consecuencias que se derivan, además del desprestigio social, y tengo la sospecha de que la denuncia puede estar motivada por otras finalidades y no por los presuntos malos tratos.

El magistrado concedió la palabra a Ballesteros, con la admonición de que no se apartara de los hechos y el abogado formuló nuevamente la pregunta.

–Diga si es cierto que consultó a un abogado para que le informara sobre el procedimiento de divorcio.

–Sí, es cierto. Consulté a la señora Torres.

–¿Y le informó su abogada de que con una denuncia por malos tratos, podía obtener el alejamiento de su marido y el divorcio en pocos días?

–¡Señoría! –bramó la letrada–. ¡Esto son injurias!

–Letrado –dijo el magistrado con severidad, dirigiéndose a Ballesteros– céntrese en los hechos que se le imputan a su cliente. No intente elaborar teorías de la conspiración.

–Disculpe, señoría, y también la letrada si la he ofendido –dijo Ballesteros con falsa contricción–. Haré una última pregunta: ¿Cree que el señor Neumann la golpeó intencionadamente, con el propósito de hacerle daño?

–¡Estoy segura!

–Y si, como usted afirma, tenía ganas de hacerle daño ¿por qué razón cree usted que no la golpeó una segunda vez? ¿Salió usted corriendo?

–No salí corriendo y desconozco por qué no me golpeó una segunda vez. Fui al dormitorio de mis hijos, cerré la puerta y llamé a la Policía. Él se quedó bebiendo en la cocina.

Ballesteros recabó el testimonio de la médica forense, a quien formuló una única pregunta: ¿podía determinarse si la ligera contusión en el pómulo de la víctima había sido debida a un golpe intencionado o pudiera haberse producido de manera accidental? La forense contestó que la contusión no tenía entidad suficiente para dictaminar de manera rotunda en uno u otro sentido.

Por último declaró el imputado, Derek Neumann, que se ciñó a los consejos de su abogado, es decir, mantuvo la calma en la declaración y mintió como un bellaco, afirmando tajantemente que el golpe a su mujer se había producido de forma involuntaria, al intentar agarrarla para que no le agrediera.

La fiscal no vio indicios para mantener la acusación y pidió el sobreseimiento de la causa. La abogada de la acusación particular mantuvo la imputación de un delito de malos tratos y solicitó la imposición de la pena de un año de prisión. Ballesteros solicitó el plazo de un día para presentar escrito de defensa y se señaló la fecha de la vista del juicio oral ante el Juzgado de lo Penal número 1, para dos días después. Derek Neumann fue puesto en libertad provisional sin fianza a la espera de la celebración del juicio, estableciéndose una orden de alejamiento a cien metros de su

mujer, de los lugares que ella frecuentara, así como de su vivienda y la prohibición de comunicarse con ella por cualquier medio.

Zarco preparó una taza de Cola Cao, se sentó a la mesa de su despacho y se enfrascó en la lectura detenida de las fotocopias que le había entregado Ballesteros iluminadas por la potente luz del flexo. Comenzó a leer con lentitud, no quería que se le pasara el menor detalle por alto. En la madrugada del día 1 de mayo de 2012, cerca del polígono industrial de la carretera de San Antonio, se había encontrado el cuerpo de Santiago Cañas con tres disparos a quemarropa en el plexo solar. Se hallaba inconsciente y milagrosamente vivo. Su coche, un BMW todoterreno fue encontrado aparcado a pocos metros de donde se hallaba el herido. El interior del vehículo estaba en orden, al parecer el asaltante no había buscado nada dentro. Todo indicaba que había sido un ajuste de cuentas. Según la familia, amigos y vecinos de Santiago Cañas, este no tenía ningún enemigo conocido ni estaba envuelto en negocios turbios. Había cumplido los treinta y seis, estaba casado, tenía un trabajo bien remunerado en una empresa hostelera de Ibiza y una casa cuyo crédito hipotecario estaba prácticamente pagado. Investigaciones posteriores revelaron que la mañana anterior al tiroteo había sacado cincuenta mil euros de su cuenta en la Caixa. Las escasas pistas señalaban una *vendetta*, lo que contrastaba con la personalidad que perfilaban sus conocidos.

Al borde de la muerte, Santiago Cañas fue trasladado en ambulancia al hospital Can Misses, donde le operaron de urgencia para extraerle las balas alojadas en su pecho. Los disparos le habían partido el esternón y una costilla, pero no habían dañado ningún órgano vital. La operación se desarrolló con éxito y los cirujanos manifestaron su confianza en la recuperación del paciente. A la mañana siguiente se encontró el cuerpo de Santiago Cañas sin vida sobre la camilla en la unidad de vigilancia intensiva. El informe de la autopsia señalaba como causa de su muerte “parada cardiorrespiratoria”, lo que Zarco tradujo en que el fallecimiento fue debido a que se le había parado el corazón y había dejado de respirar, lo que le pareció una perogrullada. Aquella misma mañana desapareció la enfermera encargada de su cuidado y posteriormente fue encontrada muerta en su casa víctima de un atraco. ¿Casualidad?, se preguntó Zarco. Y se respondió a sí mismo diciendo que tenía que haber una conexión. No solo se trataba de dos muertes violentas ocurridas en Ibiza en un intervalo de menos de veinticuatro horas, lo que desbarataba todas las estadísticas sobre el índice de criminalidad en la isla. Además había existido una relación enfermera-paciente entre Ana López Demichellis y Santiago Cañas. No podía tratarse de una mera coincidencia. Por primera vez, Zarco tenía el pleno convencimiento de que ambas muertes estaban relacionadas, lo que excluiría como autor del crimen al ladrón toxicómano al que habían condenado y cuyo nombre no recordaba en aquel momento. La Guardia Civil no había investigado la posible conexión entre los dos crímenes. En el atestado instruido por la muerte de Ana no se hacía referencia al tiroteo ni al posterior fallecimiento de Santiago Cañas. Desde luego, no había ninguna pista que los relacionara y podía ser una hipótesis gratuita, pero Zarco tenía la certeza de que existía la conexión. El detective comprobó que ambos atestados habían sido elaborados por el equipo de la Policía Judicial de la Guardia Civil, el cuerpo encargado de investigar los crímenes importantes de la isla que tuvieran lugar fuera de la propia ciudad de Ibiza, cuya competencia se atribuía a la Policía Nacional. En ambos casos el instructor había sido el sargento Juan Ferrando.

En fin, resolver un caso de asesinato era el desiderátum profesional de Zarco. El detective comenzó a fantasear: resolvería los dos asesinatos en los que habían fracasado las fuerzas de la policía ibicenca, su nombre saldría en la prensa, le harían entrevistas, crecería su prestigio como detective y la demanda de sus servicios se incrementaría, contrataría ayudantes... Antes, claro, debería resolver el caso o los casos. Zarco aplicaba el método del célebre detective de la ficción Hércules Poirot, consistente en hacer trabajar las células grises de forma correcta, a lo que añadía el sistema cartesiano, que partía de la duda metódica, es decir, dudar de las apariencias e ir a los hechos que no ofrecían dudas y a partir de ahí, con ayuda del intelecto bien aplicado, llegar a conclusiones irrefutables. Los hechos estaban ahí, solo hacía falta ver su desarrollo lógico. En primer lugar había que averiguar si Ana López Demichellis y Santiago Cañas, habían tenido relación de cualquier tipo previamente al día en el que este fue ingresado en el hospital.

Buscó en el expediente el domicilio y teléfono móvil de la viuda de Santiago Cañas y lo apuntó en un papel que se metió en el bolsillo trasero del pantalón. Apuró el último sorbo de Cola Cao, cogió la gabardina del perchero de la entrada y salió a la calle.

Miró la hora en el reloj de su teléfono móvil. Marcaba las 16:44. Decidió presentarse en el domicilio de la viuda, en lugar de llamar por teléfono. Desde luego, podía llevarse el chasco de que estuviera trabajando y no la encontrara en su casa, pero también sabía que la gente era más propensa a rechazar a alguien que se anunciara por teléfono diciendo que era detective privado que si se lo encontraban cara a cara. Se enrolló el pañuelo al cuello, se enfundó los guantes, encajó el casco integral en su cabeza y arrancó la *scooter*.

A pesar de ir abrigado, el aire helado se colaba a través de sus ropas. Era un invierno frío y las temperaturas rondaban los cero grados centígrados. Zarco soportaba mejor este frío que el asfixiante calor del mes de agosto. En invierno se podía abrigar para combatir las bajas temperaturas. En verano no había escapatoria, pues aunque saliera a la calle en pantalón corto y camiseta de tirantes, el sudor pronto perlaba su rostro y su cuerpo, empapándolo con una incómoda sensación pegajosa. Llegó a la calle Baleares, aparcó la moto entre un vehículo y un contenedor de basura, guardó el casco debajo del sillín y pulsó una vez el botón del interfono que correspondía al domicilio de Isabel González, la viuda de Santiago Cañas. No obtuvo respuesta. Dejó transcurrir un breve lapso de tiempo y apretó la tecla del interfono por segunda vez. Al cabo de un instante oyó una voz distorsionada por el interfono, ligeramente metálica y adormecida.

–Diga... –dijo sin mucho entusiasmo.

–Buenas tardes. ¿Es usted doña Isabel González?

–Sí y no quiero comprar nada ni recibir propaganda.

–No se trata de nada de eso –explicó Zarco, quien entendía el rechazo a todo tipo de propuesta comercial. Hoy en día nadie se libraba del acoso continuado de las diferentes compañías telefónicas o de seguros–. Quería hablar del fallecimiento de su marido...

–¿Quién es usted?

–Mi nombre es Alex Zarco, soy detective privado y estoy investigando un caso que pudiera estar relacionado con la muerte de Santiago Cañas. –No obtuvo respuesta y prosiguió–: ¿Podría subir y hacerle un par de preguntas?

Por toda contestación oyó el zumbido del portero automático de la puerta de entrada.

Zarco salió del ascensor y encontró a Isabel González esperándolo en el umbral de su vivienda, con la puerta abierta. La saludó tendiéndole la mano y repitiendo su nombre. Ella le

tendió una mano flácida. Era una mujer enjuta y de ojos claros, que arreglada podría resultar atractiva, sin embargo, saltaba a la vista que aquella mañana no se había esmerado en acicalarse. El pelo alborotado y las profundas ojeras manifestaban cierta dejadez, que se veía confirmada al acercarse a la mujer y percibir su aliento alcohólico. La mujer invitó a pasar a Zarco y lo condujo a un amplio salón. Hizo ademán para que ocupara uno de los dos sofás. Le ofreció una bebida que Zarco rechazó y ella se sirvió una copa de vino tinto y se llevó un cigarro a los labios. El detective observó que sobre la mesita había un cenicero rebosante de colillas. Sin embargo, no era el momento oportuno para hacer comentarios antitabaco.

–Usted dirá –dijo Isabel González, ocupando el sofá enfrente de Zarco.

–Como le he dicho, querría hacerle algunas preguntas acerca de la muerte de su marido.

–De su asesinato –puntualizó la mujer.

–Sí, sobre su asesinato. No sé si sabrá que la enfermera que lo cuidaba también fue asesinada el mismo día que murió su marido. La familia me ha contratado para investigar su muerte y sospecho que puede tener alguna relación con lo que le ocurrió a su marido.

–Sí, el asunto de la enfermera lo leí en la prensa y pensé que Ibiza estaba perdiendo la paz y tranquilidad que tanto nos gustaba a los que vivimos en la isla. Sin embargo, si según usted, las muertes están relacionadas, ¿qué se supone?, ¿que el delincuente que mató a la enfermera mató también a mi marido?

–Es algo más complicado, nuestras investigaciones nos hacen suponer que quizá el hombre al que condenaron por matar a la enfermera sea inocente, al menos del homicidio. ¿Sabe si su marido conocía a la enfermera? Me refiero a si la conocía antes de ingresar en Can Misses.

–No. Hasta donde yo sé, no llegó a conocerla. Mi marido estuvo anestesiado el corto tiempo que sobrevivió en el hospital. O sea que no pudo tener ninguna comunicación con esa enfermera.

–¿Le dijo el cirujano cuál había sido la causa final de la muerte de su marido?

Isabel González dio una calada a su cigarrillo y expulsó el humo lentamente antes de contestar.

–Mi marido entró muy grave en el hospital, como supongo que sabrá, con tres tiros en el pecho. Sin embargo la operación, al parecer, fue un éxito. El cirujano, al terminar, se mostraba muy optimista, incluso llegó a decir que lo peor ya había pasado. Y usted sabe que no son propensos a dar falsas esperanzas a los familiares. No obstante, a la mañana siguiente falleció. La autopsia no señaló una causa concreta. El forense dijo que falleció por una depresión respiratoria que pudo haber sido provocada por la anestesia o que su corazón no aguantó el postoperatorio.

–También leí en el atestado que su marido había sacado cincuenta mil euros del banco aquella mañana. ¿Sabe para qué sacó este dinero?

–¡La primera sorprendida fui yo cuando vi el extracto del banco! –extendió la mano sujetando el cigarrillo entre los dedos índice y pulgar y escarbó entre la montaña de colillas del cenicero para aplastarlo contra el fondo–. Desde luego, yo no sabía que iba a sacar este dinero. No me dijo nada, y lo normal era que me avisara, porque tarde o temprano yo lo iba a saber. La cuenta de la Caixa era común y cualquier día de estos yo vería que había sacado los cincuenta mil euros.

–¿La policía encontró algún rastro de esta cantidad?

–No encontraron nada ni me dijeron nada al respecto. Les dije que mi marido podía haber sido víctima de una extorsión, es muy sospechoso que el mismo día que le pegaron tres tiros sacase esta cantidad de dinero, pero creo que la Guardia Civil prefería la hipótesis de que Santi estaba

mezclado en asuntos de drogas o de juego. El dinero lo necesitaría, según sus sospechas, para comprar droga o para jugárselo en el casino. –Zarco miró a la mujer sin decir nada.

Él también habría apostado por estas hipótesis de la Benemérita, ya que si Santiago Cañas estaba siendo chantajeado, como mantenía la viuda, no habría tenido sentido matarlo y acabar con la posible fuente de ingresos del chantajista. La mujer hizo una mueca exagerada de decepción al recordar la actitud de los guardias civiles y continuó hablando–: Lo curioso es que el oficial que dirigía la investigación fue muy amable en el primer encuentro que tuve con él. Santi todavía estaba con vida y el guardia civil parecía más interesado en su recuperación que otra cosa.

–Supongo que se refiere al sargento Ferrando.

–Sí, creo que se llamaba así, aunque no se lo puedo asegurar.

–¿En qué trabajaba su marido? –preguntó Zarco, aunque sabía que era un mandamás en una cadena hotelera. Pretendía que la mujer le diera detalles del trabajo del difunto.

–Era gerente de la cadena de hoteles Ibinat. Por su trabajo tenía que viajar bastante a la península para asistir a ferias sobre turismo o reuniones con empresarios y políticos. Lo gracioso, si puede decirse así, es que tenía pánico al avión. Siempre iba en barco hasta Denia o Barcelona y luego en coche hasta donde fuera: Sevilla, Madrid o cualquier otra ciudad.

–Lo comprendo perfectamente –dijo Zarco que no se sentía nada seguro cuando volaba–. Lo raro no es tener miedo al avión, lo raro es que esos artefactos que pesan toneladas y llenos de gente se mantengan en el aire. ¿Su marido llevaba su propio coche en el barco?

–Al principio llevaba su coche, pero desde hace un año prefería alquilar uno.

–¿Notó algo extraño en su marido en los últimos tiempos antes de su muerte?

–No. Tenía sus altibajos, como todo el mundo, pero nada fuera de lo que consideramos normal.

–¿Consumía alguna droga, aunque fuera esporádicamente?

–No, ya le dije a la policía que no. Bebía los fines de semana y alguna vez se había hecho alguna raya de coca en alguna fiesta, pero de uvas a peras... En una Nochevieja o en un cumpleaños especial, cosas así. Y siempre nos han invitado, ni Santi ni yo hemos comprado nunca coca.

Isabel González se sirvió otra copa de vino tinto y encendió otro cigarrillo.

–Desde que murió Santi casi no me cuido –dijo levantando ambas manos, mostrando la copa de vino en la izquierda y el cigarrillo en la derecha–. Bebo y fumo mucho. Al final todos pagamos nuestros errores y nuestros pecados, pero precisamente Santi nunca hizo daño a nadie. Incluso después de muerto ayudó a la gente.

–¿Qué quiere decir?

–Lo que ha oído. Que hasta su muerte sirvió de ayuda a alguien. Santi era donante de órganos. El tiroteo no le dañó órganos vitales, así que supongo que alguna persona vivirá hoy gracias a su corazón o a sus pulmones, o habrá recuperado la vista. ¿Ve? Yo no soy como él. No me atrevo a donar mis órganos. Supongo que debo ser supersticiosa o simplemente insolidaria con el dolor ajeno.

Zarco no hizo comentarios. No hacía falta haber estudiado psicología para ver que aquella mujer se hallaba sumida en una depresión de la que intentaba evadirse con la automedicación del alcohol. Él no podía hacer o decir nada para ayudarla. Se levantó, tendió la mano a Isabel González y se despidió. Camino de su casa le vino a la cabeza la última frase de la mujer. Había

dicho algo así como que todos pagamos por nuestros pecados y que su difunto marido no tenía cuentas pendientes. Zarco pensó en un primer momento que se trataba de una generalización como otras tantas, o fruto de su estado depresivo, pero también podía tener una referencia real y aludir a un hecho concreto, algún pecado por el que ella tuviera que pagar. La frase se introdujo en su cerebro y le persiguió durante el resto del día, rondando como un buitre al acecho que no se decidía a descender sobre su presa.

Estaba anocheciendo. El reloj de pared del despacho de Raúl Ballesteros marcaba las dieciocho horas y cuarenta minutos cuando sonó su teléfono móvil. Leyó el nombre de Raquel en la pantalla de su iPhone. No esperaba que la joven le telefonara, más bien había imaginado un largo peregrinaje antes de su primera cita. La llamada podía estar motivada por algún detalle relacionado con el caso que estaban investigando, aun así estaba impaciente por oír la voz de Raquel. Apretó el botón del móvil para establecer la comunicación y moduló la voz aparentando tranquilidad.

–Diga...

–Hola, soy Raquel. ¿Puedes hablar o estás ocupado?

–Estaba haciendo un escrito de defensa para un juicio que tengo dentro de un par de días –el abogado quería aparentar hallarse ocupado, lo que, aparte de ser cierto, daba una mejor imagen que la ociosidad–, pero puedo hablar tranquilamente.

–¿Tienes algún plan para esta tarde?

–No, ninguno –dijo, pensando que si hubiera tenido algún plan lo habría pospuesto.

–¿Te apetece que quedemos?

–Pues sí, estaría bien. Si te parece bien podemos quedar para ir a cenar. –Ballesteros repasó mentalmente los restaurantes que podían estar abiertos un día de enero entre semana en Ibiza. Pensó en el Ama Lur, pero se dijo que era un restaurante demasiado sofisticado para una primera cita. Lo ideal sería un local sencillo y, a la vez, con buen ambiente y buena cocina. Pensó en el bar San Juan, donde servían comida casera a precios irrisorios, pero recordó que allí te hacían compartir mesa con otros comensales y él no quería la cercanía de oídos ajenos, menos en una primera cita, donde se titubea, se hacen preguntas para conocer a la otra persona y donde uno se precia vanamente de las virtudes propias. Se percató que no conocía los gustos culinarios de Raquel.

–¿Qué tipo de comida te gusta?

–La verdad es que todo.

–Pues podíamos quedar en Ses Canyes para tomar un aperitivo y luego ir a cenar al restaurante indio de la avenida España.

–Perfecto.

–¿Quedamos a las nueve en Ses Canyes o es muy pronto para ti?

Las nueve le pareció bien a la joven. Los días de enero eran cortos y el frío del invierno y la pronta caída de la noche no la estimulaban para salir de casa a una hora más tardía. Las nueve era la hora justa. Raquel apretó el botón de su teléfono móvil para cortar la comunicación y pensó si no se había precipitado al telefonar a Ballesteros. Él podía sacar conclusiones equivocadas, como cualquier hombre. Por otro lado no era un jovencuelo con la obsesión por el sexo haciendo sinapsis en todas sus neuronas. Y también estaba claro que la investigación de la muerte de su hermana creaba un vínculo entre ellos que justificaba cualquier encuentro. No debía preocuparse por anticipado. Ya vería cómo transcurría la velada. Raquel no había vuelto a tener una cita con un hombre desde su última y malograda relación sentimental con Rafa, un guaperas narcisista y

machista del que había estado enamorada. A veces se preguntaba si aquello que había sentido se podía llamar amor. Había leído demasiado sobre el amor y el arte de amar. Para ella, el amor verdadero era el amor desinteresado, cuando deseas el bien para otra persona, no poseer a esa persona. Intentó recordar qué cualidades le habían atraído de Rafa y no pudo. Le sobrevinieron su imagen más reciente: su porte engreído, sus aires de sabelotodo siendo bastante inculto, su afán de controlarla, las discusiones, el acoso a que la sometió después de la ruptura. Había volcado su odio en ella, haciéndoselo sentir. Recordó los mensajes remitidos a su móvil, cargados de rencor y llenos de insultos. Por suerte todo había acabado. El odio inicial que él había prendido en el corazón de ella tras su ruptura, se había mitigado hasta convertirse en una fría indiferencia. Desde entonces, Raquel había tenido algún escarceo sexual, siempre con mujeres y siempre superficial y de corta duración. No quería involucrarse sentimentalmente. Prefería relaciones fugaces con mujeres porque eran más orgullosas que los hombres. Quizá la propia inseguridad femenina les impedía lanzarse a tumba abierta declarando su amor como hacían algunos hombres, a quienes tenías que repetir la palabra “no” cien veces para que les entrara en sus entendederas. En cualquier caso, ella se inclinaba por la sutileza femenina, fruto o no de la inseguridad, antes que por el cansino acoso masculino derivado de la cabezonería de ese género. ¿Qué gilipollas había patentado la idea de que las mujeres cuando decían “no” querían decir “tal vez sí”? Ella, cuando decía “no”, quería decir simplemente “no”. Ahora le resultaba ridículo recordar sus celos por Rafa al inicio de su relación, su dependencia emocional cada vez que él se ausentaba o que no contestaba sus llamadas de teléfono, la aversión que sentía cada vez que, después de su ruptura, la pantalla de su móvil le indicaba que había recibido un mensaje remitido por aquel capullo presumido que no sabía aceptar que lo dejaran. Habían pasado del amor al odio y del odio a la indiferencia en poco más de seis meses.

Aunque desde la adolescencia había luchado contra los modelos de la educación imperante, alguno de ellos había calado hondo en Raquel. En las sociedades occidentales se había patentado un modelo de vida feliz en el que uno de los ingredientes necesarios para alcanzar la completa dicha era vivir en pareja y ella, siguiendo inconscientemente este patrón, siempre había fantaseado con encontrar su pareja ideal. Tras su ruptura con Rafa, había descubierto que la soltería proporcionaba una libertad, tranquilidad y un plácido goce de los que no estaba dispuesta a abdicar y que eran muy difíciles de compaginar con la vida en pareja.

De Ballesteros le había atraído su desenvoltura en la sala de justicia. La mezcla de aplomo y consideración hacia el resto de intervinientes en aquella representación judicial. Parecía un hombre inteligente, aunque su experiencia le recordaba que la yuxtaposición del adjetivo *inteligente* al sustantivo *hombre* no se encontraba fácilmente.

Se pondría ropa informal, unos vaqueros y un jersey de lana.

Ballesteros llegó puntual al bar Ses Canyes, un local de diseño moderno con las paredes forradas con placas de cemento y metal. Miró a su alrededor y vio todas las mesas ocupadas, se sentó en un taburete cerca de la barra y pidió una cerveza de botella. Dio un par de sorbos cortos directamente del morro de la botella. Cinco minutos después, Raquel franqueó la puerta del bar. Se dieron un ligero beso en la mejilla a modo de saludo. Ballesteros le ofreció su taburete y acercó otro para él. La joven se quitó la cazadora de piel y Ballesteros no pudo evitar dirigir una fugaz mirada a sus prominentes pechos que se marcaban en el jersey de lana. Al momento elevó la vista hasta los ojos de Raquel que no demostraban haberse percatado del desliz del abogado. Los ojos de la chica eran más claros vistos de cerca y su mirada suave y tranquila. Ballesteros se percató de que no llevaba los labios pintados ni maquillaje o, al menos, no lo parecía. Ella pidió una caña y levantó la copa a modo de brindis antes de dar un sorbo.

–¿Has averiguado algo?– preguntó Raquel.

–Pues lo único que sé es lo que me ha contado Zarco, que la última persona que vio a tu hermana fue una enfermera amiga suya y que, al parecer, iba en compañía de un médico.

–Sí, yo estaba con él cuando nos lo contó Teresa.

–Lo cierto es que he cambiado de opinión respecto a Zarco. Es un poco extravagante, pero quizá lo juzgué mal.

–Suele pasar con Alex. En la facultad era el raro de la clase. Siempre lo ha sido. También en el colegio. Su madre lo vestía con pantalones de tergal en lugar de vaqueros o pantalones de pana, que es lo que llevábamos la mayoría y eso hacía que el resto de los críos le dejaran un poco de lado. Yo hablaba con él de vez en cuando porque me daba pena, pero pronto descubrí que era muy inteligente. A veces nos dejamos guiar por la primera impresión y las primeras impresiones pueden ser engañosas.

Ballesteros pensó que no sabía nada sobre la vida de Raquel, ni su estado civil, ni su profesión, pero resultaba de una brusquedad absurda preguntarle a bocajarro si estaba casada o a qué se dedicaba.

–Si no lo supieras, ¿qué profesión dirías que tengo? –preguntó Ballesteros.

–Abogado.

–Lo tenías fácil. ¿Se nos nota en la cara? Bueno, si tuvieras que decir otra.

La joven se puso la mano en la barbilla y su cara adoptó expresión de meditación.

–Mmm... Pues diría que eres banquero, o policía.

–¡Joder! ¡La *crème* de la *crème*! ¿No podías haber dicho piloto de avión, profesor, músico, científico o algo parecido? ¿Tanta pinta de cabrón tengo?

–Bueno, no es por la pinta de cabrón, al contrario creo que tienes pinta de buena persona, aunque serio. Supongo que es porque vas bien vestido y quizá un poco clásico. Desde luego no diría que eres batería de un grupo de rock.

–En fin, no sé si lo has arreglado o has acabado de estropearlo –sonrió el abogado a la vez que hacía un gesto al camarero para que le sirviera otra cerveza. Vio que la copa de Raquel estaba casi sin tocar y no pidió para ella–. Yo diría que tú eres psicóloga.

–Creo que te comenté que había estudiado Psicología, pero no ejerzo de psicóloga. No lo adivinarías nunca.

–¿No serás abogada también?

–No, pero no está muy lejos: soy inspectora de Hacienda. Y sí que estudié Derecho, a la vez que Psicología, o sea que ya ves que lo de abogado no era ningún insulto.

–¡Joder!

–Usas mucho esa palabra.

–En fin, sólo cuando me llevo alguna sorpresa, pero es que en cinco minutos me has sorprendido varias veces. ¿Y qué piensas de los abogados?

–¿Como inspectora de Hacienda o como mujer? –Sin esperar su respuesta continuó–: Como inspectora de Hacienda, te diré que creo que es una de las profesiones que más defrauda. Antes era la hostelería pero desde que inventaron la declaración por módulos ya no necesitan defraudar. Como mujer, salvo en mi época de estudiante, no he conocido a demasiados para tener una opinión formada. ¿Has reservado mesa?

–Sí, a las nueve y media. Aún faltan veinte minutos.

Ballesteros dudó un momento. Aunque la joven despertaba su curiosidad, no quería entrar a saco en temas personales, ya irían saliendo en la conversación sin necesidad de forzarlos. En su juventud había sido tímido con las mujeres y, paradójicamente, para luchar contra su timidez, cuando le gustaba una chica se comportaba de forma imprudente y temeraria con ella, intentando disimular su carácter retraído. Con los años había aprendido que algunas mujeres aprecian más la timidez que la bravuconería y prefería esperar el momento adecuado antes de dar el primer paso.

–Algo hemos avanzado en la investigación –dijo Ballesteros cambiando de nuevo el tema de conversación–. Ahora sabemos quién fue una de las últimas personas que vio a tu hermana.

–Lo cierto es que los guardias civiles no investigaron nada de nada. Ni siquiera hablaron con el ex de mi hermana, ni realizaron averiguaciones sobre su entorno social. No sé cómo trabajan los policías y no sé si se ciñen a algún protocolo en las investigaciones, pero creo que no fueron muy diligentes, no movieron un dedo para resolver el caso.

–Ellos ya habían detenido al presunto autor. Y ahí se paró todo.

–Seguro que si se hubiera tratado de la hermana de algún policía, se habrían esforzado más.

–Será mejor que nos olvidemos del pasado. Para la Guardia Civil y para los jueces es cosa juzgada, un caso cerrado. Si queremos conseguir que se vuelva a revisar, tendremos que conseguir alguna prueba nueva.

Las paredes del restaurante estaban cubiertas con grandes telas de colores decoradas con típicos dibujos de elefantes y templos indios. Una luz tenue iluminaba el local. Ballesteros colgó su abrigo en el perchero de la entrada y se ofreció para colocar a su lado la cazadora de Raquel. Había mesas a ras de suelo con cojines alrededor para sentarse en cuclillas, lo cual en opinión de ambos era de una exótica incomodidad a la hora de comer. Eligieron una mesa con la típica silla con cuatro patas. Leyeron la carta y pidieron para compartir un pan indio de queso, un plato de pollo Tandoori y un arroz basmati con verduras. Ballesteros eligió una botella de vino tinto reserva. El camarero vertió un poco de vino en la copa de Ballesteros. Él la miró al trasluz, sin dar demasiada importancia al ademán, como si se dedicara habitualmente a la cata de caldos. Dio un ligero sorbo del rojizo líquido, paladeó y asintió dando el visto bueno.

–No me ponga mucho –dijo Raquel al camarero que había comenzado a servir su copa.

–Raquel, creo que el vino es esencial para saborear bien la especiada comida india.

–Ya, pero no me gusta beber mucho, prefiero tener la mente clara. Sé en qué país vivo y también en el resto de países que conozco, excepto en los países árabes, el alcohol forma parte de la vida social, pero yo tengo motivos casi personales para no beber.

–¿Motivos personales?

La joven permaneció unos segundos en silencio, dudando si responder a la pregunta sinceramente.

–Pues la verdad es que mi ex bebía en exceso –dijo–. Al principio yo también bebía ocasionalmente, fueron días de vino y rosas, como la película. Pero me fui dando cuenta de que él no tenía freno o no quería frenar. Siempre era buen momento para tomar un vino o una copa. A la hora del aperitivo, en la comida, antes de la cena, en la cena, después de la cena. Hasta que una mañana me lo encontré preparándose un cubata. Fue entonces cuando decidí romper nuestra relación. No creas que soy mojigata. También me he corrido algunas juergas, pero la bebida me parece un autoengaño, una evasión. La gente no encuentra en su vida diaria motivos para ser feliz así que se cascan un par de cubatas y se sienten alegres, hasta eufóricos. Me parece una salida muy fácil.

–Visto así, quizá tengas razón –accedió Ballesteros al tiempo que se llevaba la copa de vino a los labios y decidía aprovechar la ocasión para indagar en la vida de Raquel–. ¿Rompiste hace mucho con tu novio?

–Hace unos meses, pero ya es agua pasada. Y la verdad, no creo que valga la pena hablar de él. Cuéntame algo de ti, ¿tienes algún caso interesante entre manos? Respetando el secreto profesional, claro.

–Pues la verdad es que tengo un presunto caso de malos tratos, que creo que es solo presunto, pero con las nuevas leyes todos los maridos y novios denunciados son culpables hasta que se demuestre lo contrario.

Ballesteros percibió un cambio en la expresión de Raquel, como si se hubiera puesto en guardia ante una amenaza.

–¿No crees que se deba proteger a las mujeres? –preguntó en tono irónico.

–Desde luego que hay que proteger a las mujeres y a todas las personas que sean víctimas de algún delito, pero no creo que el camino sea a base de hacer sospechosos a todos los hombres –respondió Ballesteros con vehemencia–. Las leyes actuales están pensadas para aplicarlas a maltratadores, pero en la práctica se aplican a cualquier persona a quien su pareja le ponga una denuncia y me parece que se han salido las cosas del tiesto.

–Yo creo que si de esta manera se logra salvar alguna vida, valdrá la pena.

–Ya, y si prohibiéramos usar los coches no habría accidentes de circulación –respondió Ballesteros ligeramente irritado y consciente de que la conversación no iba por buen cauce a la vez que sabía que el tema le exasperaba. Más de una vez se había visto envuelto en este tipo de discusiones en la que se sentía un paladín de la razón luchando contra una enorme campaña mediática. Aunque el fin de la ley era loable, los medios jurídicos eran desproporcionados e inútiles. Y no iba a morderse la lengua–: Lo curioso del caso es que la mayoría de víctimas mortales nunca han ido a poner una denuncia. Precisamente el perfil de la mujer maltratada es la que sufre el maltrato y no se atreve o no sabe salir de la situación. Es decir, que las mujeres que

realmente necesitan la protección no denuncian y las que tienen un día un cabreo ocasional con su pareja, le ponen una denuncia y al tipo se lo llevan detenido.

–No podemos cambiar la sociedad de repente, es algo lento, pero yo creo que se ha dado un paso. Además las mujeres llevamos muchos siglos de discriminación, así que si los hombres tenéis que estar diez o veinte años discriminados no me parece algo exagerado.

–No creo que sea la solución. Es lo mismo que decir que como los negros han estado discriminados durante siglos en los Estados Unidos ahora sería justo hacer leyes para discriminar a los blancos.

–Creo que tú y yo no nos vamos a poner de acuerdo en ningún tema.

–Pues es lo que parece –dijo Ballesteros, intuyendo y lamentando que la noche no acabaría de la manera que él había esperado. La conversación sobre su caso, que había derivado en una generalización sobre los malos tratos y los defectos que él apreciaba en las leyes que regulaban este tipo de delitos, había abierto un abismo infranqueable entre él y la joven. Raquel le recordaba a Yolanda, su ex, con aquel feminismo latente y aquella coraza contra las imaginarias agresiones machistas que veían por doquier. Reconocía como un gran defecto suyo aquella manía de intentar salir victorioso en cada discusión, exponiendo sus argumentos con una vehemencia que rayaba en el amedrentamiento de su interlocutor.

¿Por qué no se limitaba a escuchar a los demás, en general, y a Raquel aquella noche? Oír lo que otras personas pensaban y verbalizaban y no tratar de imponer sus criterios y opiniones. Se dijo a sí mismo que, precisamente en aquel tema de los malos tratos y su regulación legal, él, como la gran mayoría de los profesionales que lidiaban cada día con la realidad de los juzgados, tenía una opinión sustentada en unos pilares de mayor fundamento que la mayoría de la gente, cuya principal fuente de información provenía de las noticias tremendistas y sesgadas que emitían en los telediarios, el incesante bombardeo mediático que, gota a gota, como el agua, taladra la piedra y conforma la opinión común. Según los telediarios en España los problemas que acuciaban al país en la segunda década del siglo XXI se podían reducir a cuatro: la corrupción política, el número de parados, los malos tratos y la alineación del Real Madrid y del Barça para el partido del domingo. ¿Acaso ya no eran problemas el SIDA, la contaminación o el cambio climático? Recordó aquel proverbio árabe que decía: “no digas todo lo que sabes porque el que dice todo lo que sabe dice lo que no conviene”. Hubiera preferido que aquella cena con Raquel transcurriera por cauces armoniosos, sin embargo, había metido la pata hasta el fondo y no podía dar marcha atrás. Desde luego, Raquel le recordaba a Yolanda y, para ser justos, con su ex había compartido momentos gratos, divertidos y hasta mágicos... al menos al principio–. ¿Qué te parece el pan indio?

–Está riquísimo –contestó Raquel cortando un trozo de torta con la mano y llevándoselo a la boca.

Cuando acabaron la cena, Ballesteros se empeñó en acompañar a la joven hasta su casa. Ella rechazó el ofrecimiento, diciéndole que no se preocupara por ella, que estaba acostumbrada a andar sola por la calle. El abogado insistió y ella acabó cediendo. En el fondo, apreciaba aquellas galanterías trasnochadas. Caminaron por las calles apenas transitadas. Al cruzar la avenida de Bartolomé Rosselló se les acercó un hombre de raza árabe con un fajo de periódicos bajo el brazo, ofreciéndoles uno. Ballesteros lo rechazó maquinalmente sin apenas prestarle atención.

–¿Cómo se le ocurre vender periódicos a las doce de la noche en pleno invierno?! –exclamó perpleja Raquel.

–Debe estar desesperado.

Ballesteros permaneció pensativo mientras llegaban al portal de la chica. Tendió su mano hacia la joven, a modo de despedida y esbozó una forzada sonrisa. Ella ignoró el gesto y le dio un beso en la mejilla que pilló desprevenido al abogado. Raquel sonrió levemente al ver la expresión de sorpresa dibujada en el rostro de él. Al fin y al cabo resultaba una buena compañía, hasta cierto punto.

Ballesteros emprendió camino de vuelta a su casa. Aquél hombre vendiendo periódicos en las calles vacías a medianoche le había provocado desasosiego. Un hombre que habría llegado a España buscando un futuro, es decir, un trabajo mal pagado y que ni siquiera había encontrado; aquel hombre estaría en una situación económica límite, tendría que salvar la barrera económica y cultural de un país occidental, un hombre que trataba de salvar su dignidad vendiendo periódicos en lugar de limitarse a mendigar. Quizá tuviera mujer e hijos. Y él lo había ignorado como quien esquivaba un pequeño y molesto obstáculo. Apenas había mirado a la cara a aquella persona. Aceleró su paso y giró en una calle buscando el emplazamiento del árabe. No lo vio en la avenida Bartolomé Rosselló y siguió callejeando a paso acelerado. Al cabo divisó a lo lejos la figura de un hombre bajo y entrado en carnes, caminando ligeramente encorvado. “Oiga, oiga”, gritó mientras se dirigía a su encuentro. El hombre permaneció mirándolo inexpresivo. “Deme un par de periódicos”, pidió Ballesteros a la vez que abrió su billetero y sacaba un billete de cincuenta euros. Una expresión de sorpresa se plasmó en el rostro del árabe y se excusó diciendo que no llevaba cambio. “Es para usted”, insistió Ballesteros. El hombre cogió el billete con incredulidad y lo guardó en el bolsillo del pantalón, a la vez que en un chapucero español agradecía con toda su alma aquel gesto y el billete que lo acompañaba. Besó la mano del abogado diciéndole: “Dios dé lo mejor a usted y la familia de usted, todo lo bueno del mundo”.

La mañana del jueves 17 de enero, Alex Zarco recibió la visita de Xicu, el especialista en informática al que había encomendado el examen del ordenador de Ana López. Xicu era un *hacker*, un pirata informático, que colaboraba frecuentemente con el detective. Las instituciones públicas eran reacias a facilitar voluntariamente datos de los usuarios a terceras personas, pero Xicu sabía saltar los filtros y medidas de seguridad y colarse tanto en los archivos del Ayuntamiento como en los ordenadores de los particulares. El método más sencillo para colarse en un ordenador ajeno consistía en mandar un mensaje trampa a la dirección de correo electrónico y en el momento que el sujeto lo abría, Xicu entraba en el otro terminal, pudiendo ver todos sus datos e incluso operar. También podía entrar enviando una petición de amistad al Facebook, de tal manera que cuando la otra persona rechazara la petición le diera acceso a su ordenador. Era un juego de niños (a la vez que un delito) entrar en ordenadores de particulares y solo un poco más difícil resultaba acceder a los datos de los archivos públicos que no tenían grandes medidas de seguridad.

Con esta actividad abiertamente ilegal, Xicu había ayudado a Zarco en incontables ocasiones. Ambos justificaban su flagrante infracción de las leyes diciendo que nunca utilizaban la información obtenida para otros fines que los intereses de sus clientes, por lo general un marido o esposa engañados.

Por deformación profesional y desconfianza en el secreto de las comunicaciones, Xicu raramente utilizaba el teléfono móvil o el ordenador para comunicarse con Zarco, salvo en caso de extrema urgencia. Se presentaba en el apartamento del detective sin previo aviso.

–Xicu, ¿no duermes? Son las ocho y media de la mañana –dijo Zarco.

–Imaginaba que estarías despierto. Y me dijiste que querías la información cuanto antes –Xicu extendió el ordenador portátil que había pertenecido a Ana López Demichellis–. Puedes entrar en el ordenador y en el correo electrónico de la muerta. Estas son las contraseñas de su ordenador y de su correo electrónico –dijo Xicu satisfecho, tendiéndole un trozo de papel.

–No sé cómo lo haces. Averiguar las claves de un ordenador.

–La informática, como todo lo humano, tiene sus puntos flojos, pero entenderás que guarde el secreto.

–Lo entiendo, claro –Zarco hizo una pausa–. Si te doy un nombre y un apellido, ¿puedes descubrir todo lo que haya de esta persona en Internet?

–Me tendrías que dar algún dato más para acotar y poder individualizarlo. Con un nombre y un apellido pueden salir cientos de personas.

–Se llama Roberto Gomis, trabaja de cirujano plástico en el hospital de Can Misses y vive en la isla de Ibiza. Es lo único que sé.

–Con estos datos tengo suficiente. Sacaré su número de DNI y a partir de ahí puedo conseguir mucha información. ¿Qué te interesa? ¿Propiedades, cuentas bancarias?

–Todo lo que puedas conseguir. Desde luego no estaría mal conocer su patrimonio, sus movimientos de cuenta o de tarjetas de crédito, vehículos. Pero también me interesa información personal.

Solo sé que está casado y tiene dos hijas. Me gustaría conocer su entorno familiar y de amigos. Sus tendencias políticas, si las tiene, en fin, todo lo que puedas.

–Esto te costará más que entrar en el ordenador de la muerta. Sabes que si un día me pillan, me empapan. Y lo cierto es que no se me ocurre otra forma de ganarme la vida.

–Podías montar una tienda de informática, reparar ordenadores, ese tipo de cosas.

–Eso sería como decirle a Picasso que se dedicara a pintar paredes.

–Tienes razón. Y yo perdería a mi colaborador más importante –aduló Zarco–. Por el dinero no te preocupes –añadió pensando que la minuta se la pasaría a Raquel y a Ballesteros–. Si logro resolver este caso, habrá un antes y un después en la agencia “Zarco y Cía.”. Y tú sabes que no te van a pillar.

–Nunca hay que confiarse, Alex. Si hasta ahora no me han pillado es porque siempre voy con pies de plomo. Cada día hay más *hackers* que se venden, pasan al otro lado y hacen de corsarios contra nosotros los piratas.

–Los que llaman *whitehat*.

–Sí, también se hacen llamar samuráis. Unos capullos que han vendido su alma al corrompido sistema político y económico que nos manipula, y, para colmo, se las dan de héroes.

–No todo el mundo puede ser un antisistema como tú.

–Alex, no te rías, estoy hasta los huevos de tanto capullo y tanto politiquero. Nos están jodiendo por todos los lados, recortes en pensiones, recortes en sanidad, en justicia, en educación. ¿Qué implica esto para los políticos? Simplemente ahorro. Para la gente implica una peor atención sanitaria, menos ayudas para los más desfavorecidos y una educación más deficiente de la que teníamos. Sin embargo, llevan años hablando de suprimir cargos políticos y concejales y nunca lo llegan a hacer. Parece ser que los políticos producen un mayor beneficio en la sociedad que los médicos y profesores...

–Ya sé que tienes razón, Xicu...

–Y para colmo, los medios de comunicación nos hacen quedar como insolidarios a los que estamos en contra del sistema –Xicu continuó con su discurso encendido y que ya conocía el detective–. Nosotros queremos una democracia real. Una democracia en la que las cuestiones importantes para los ciudadanos se sometan a referéndum y que los políticos estén obligados a cumplir sus programas y sus promesas electorales. Dicen que si no votas no puedes quejarte, pero ¿de qué te sirve elegir a un político que una vez en el poder hace lo que le viene en gana? Donde dije “digo” digo “Diego”. Yo no quiero votar al PP o al PSOE o a cualquier otro partido que acepte estas reglas del juego impuestas por ellos, yo quiero cambiar las reglas.

–Ya, por eso te dedicas al pirateo –dijo Zarco, intentando cambiar la conversación o, al menos, que su amigo finalizara la perorata antisistema. Cierto que sin Xicu, gran parte de sus investigaciones se verían abocadas al fracaso, y prestarle un poco de atención de vez en cuando era un precio pequeño por sus servicios.

–Por eso y porque me gusta lo que hago. Un día entraré en los ordenadores de algún jefe de gobierno y sacaré a la luz todos los entresijos de cómo nos manejan entre los americanos, los alemanes y las multinacionales. Si un gobierno espía a millones de ciudadanos, lo justifican aduciendo razones de seguridad nacional y pamplinas por el estilo. Si yo entro en el ordenador de otra persona me pueden meter unos años en el trullo. Ya ves, así están las cosas.

Zarco se alegró cuando Xicu salió de su apartamento. Por un lado, resultaba agotadora su cháchara antisistema que ya había escuchado anteriormente; por otro lado, tenía curiosidad en escudriñar la información que pudiera contener el ordenador de Ana López. Conectó el aparato a la red eléctrica y pulsó el botón de encendido. Apareció ante él una casilla en blanco con una pequeña raya vertical parpadeando. Introdujo la clave facilitada por Xicu y se desplegaron ante él una serie de iconos. El detective los examinó detenidamente. No sabía qué buscaba. Quería acaparar la mayor información sobre la víctima y sus amistades y contactos. Abrió el archivo de imágenes y revisó una serie de fotos de Ana López. Algunas parecían haber sido tomadas en el extranjero, durante algún viaje. En otras aparecía con amigas. En alguna de ellas se veía a Ana junto a Fran, su último novio conocido. En ninguna de ellas encontró al doctor Gomis. ¿Habían evitado las fotografías por ser huellas del adulterio o habían sido borradas con posterioridad? De momento era una pregunta sin respuesta, como muchas otras.

Entró en el correo electrónico de Ana utilizando la contraseña que también le había proporcionado Xicu, pero tampoco encontró información relevante. No almacenaba cientos de mensajes, al parecer le gustaba borrar los correos ya leídos. Uno de ellos procedía sin duda del doctor Roberto Gomis. La fecha del correo era de 14 de enero de 2012, unos meses antes de la muerte de la chica. Lo abrió y leyó una extensa misiva en la que Gomis hablaba de sus sentimientos en un tono romántico sin caer en la ñoñería. Zarco reconoció que la carta le había gustado y que Gomis sabía cómo engatusar a una mujer. Leyó algún que otro correo, especialmente los remitidos por hombres, buscando algún amante despechado que no hubiera encajado la ruptura. Si acaso los hubo, no enviaron mensajes o fueron borrados por Ana. Xicu podía recuperar los mensajes eliminados, pero Zarco sopesó la posibilidad de que quizá tampoco aportaran una información valiosa. Después de dos horas y media ante el ordenador, se dio por vencido. Si alguien tenía un motivo para matar a la chica, no lo había revelado en la red informática.

Zarco salió a la calle y subió a su viejo coche, un Volkswagen Polo, heredado de su padre y que pronto cumpliría veinte años. Condujo hacia la ronda de circunvalación y enfiló hacia la carretera de Santa Eulalia. Aunque la palanca de cambios y el volante tenían la rigidez propia de un coche viejo y el cristal de las ventanillas se subía y bajaba girando una manivela, el motor aún funcionaba con la precisión de un reloj suizo: arrancaba a la primera, consumía poco combustible y pasaba la ITV con facilidad. En dos ocasiones se había dejado las luces del vehículo encendidas y había agotado la batería. El problema se solucionó llamando al teléfono de asistencia en carretera de su seguro y una grúa acudió en su auxilio, dándole la descarga de electricidad necesaria para arrancar el motor. Desde entonces, cada vez que aparcaba el Volkswagen, volvía al cabo de unos minutos para girar la palanca que accionaba la luz y asegurarse de que no las había dejado encendidas. Alguna noche, a punto de dormirse, le había asaltado esta duda, se había levantado de la cama y bajado a la calle, cubriendo su pijama con una gabardina, para comprobar que las luces del vehículo estuvieran apagadas. Al menos, pensaba Zarco en los momentos de optimismo, no había vuelto a quedarse sin batería por tercera vez.

Conducía fijándose en las matrículas de los coches que se iba cruzando en la carretera. Tenía la superstición de que si veía matrículas que contuvieran más de un 4 tendría suerte durante el resto del día. No recordaba el origen de esta creencia en la suerte que le podía deparar cruzarse con el número 4, ni tampoco por qué había elegido esta cifra. Simplemente el 4 era su número de

la suerte. Se cruzó con una furgoneta cuya matrícula era 1444, no se fijó en las letras, y su humor mejoró. Hoy podía ser un gran día.

Veinte minutos después llegó a la entrada del puesto de la Guardia Civil de Santa Eulalia, salió del vehículo, estiró de las solapas de su gabardina a fin de alisarla y subió los cuatro escalones que daban acceso a una pequeña oficina en la que se encontró a un distraído joven uniformado de verde, que reaccionó con sorpresa al ver aparecer a Zarco. Tras un breve tanteo sobre el objeto de la visita del detective, el número de la Guardia Civil se avino a dar aviso al sargento Ferrando. Salió de su habitación y regresó al cabo de unos minutos anunciando a Zarco que el sargento le recibiría. Hizo un ademán con la mano para que le siguiera y le acompañó hasta el pequeño y desordenado despacho que ocupaba el suboficial. Ferrando aguardaba de pie, saludó con un “buenos días” e invitó a Zarco, con cortesía protocolaria, a ocupar un asiento frente a él, al otro lado del pequeño escritorio. Zarco reconoció la foto del guardia civil que había salido publicada en el Diario de Ibiza el día anterior. Había sido condecorado por una actuación de salvamento ciudadano. Un joven se había roto una pierna practicando escalada por la zona de Atlantis. El helicóptero de salvamento podía acercarse lo suficiente para lanzarle un cabo con un arnés, pero el joven estaba paralizado por el miedo. Según el redactor del periódico, el sargento se había descolgado por una pared vertical hasta donde se hallaba el herido y le había acoplado las correas. Una actuación heroica.

–Soy el sargento Ferrando –se presentó escuetamente y modulando un tono amable en su voz, preguntó–: ¿Es usted detective?

–En efecto, lo soy. Mi nombre es Alex Zarco.

–No es mi costumbre recibir a investigadores privados, pero me ha dicho el guardia que posee usted alguna pista sobre el asesinato del polígono y tampoco me vendrá mal conocer la visión de alguien fuera del cuerpo. ¿Es usted ibicenco?

–Sí, nací en la isla, aunque mis padres son de un pueblo de Sevilla. Usted tampoco es de aquí –afirmó Zarco, en lugar de preguntar abiertamente.

–No, soy de Cullera, en la provincia de Valencia. Hace ocho meses pedí traslado a Ibiza. Se vive bien aquí. Además, en barco, en un par de horas te plantas en Denia y, en avión, en una hora estás en Barcelona, Madrid o cualquier sitio de la península.

–Desde luego, aunque alguna de la gente que viene de fuera se llega a agobiar. Eso de tener que coger avión o barco para salir les hace sentirse como prisioneros. O sea, que usted llegó prácticamente para comenzar a investigar los asesinatos.

–Realmente, así fue. Estaba en el destacamento de Denia, pero necesitaba un cambio y se me ocurrió venir a la isla. Al poco de llegar, me encontré con la oleada de robos y luego con el tiroteo.

–El sargento Ferrando se incorporó ligeramente en la silla, avanzando el cuerpo hacia el escritorio–. El guardia me ha informado que trabaja usted para el abogado Ballesteros y que poseía información sobre el asesinato del polígono.

–Bueno, es cierto en parte. De momento, la única pista que poseo es sobre el otro asesinato, el de la enfermera.

–¡¿Qué cojones?! ¡Ese caso está cerrado! –dijo el sargento alzando la voz–. ¿No se ha enterado de que se celebró un juicio no hace mucho y que han condenado a un hombre como autor del homicidio?

–Es cierto, pero le quería exponer mi teoría. ¿No le parece extraño que se cometan dos asesinatos en Ibiza con una diferencia de apenas veinticuatro horas? Y, para más inri, la enfermera asesinada era la encargada de cuidar al hombre tiroteado, es decir, las dos personas muertas tuvieron un contacto, aunque fuera fugaz.

–Detective, creo que por este camino, esta entrevista va a ser una pérdida de tiempo para ambos. Le recuerdo que al autor del crimen de la enfermera se le condenó, entre otras cosas, porque confesó, aunque luego lo negara en el juicio –dijo el teniente mirando fijamente a Zarco y endureciendo la expresión de su cara. Zarco recordó que, en el juicio, Eduardo Ribas manifestó haber confesado a cambio de droga y había señalado a Ferrando como autor de este chantaje. Había metido la pata. Defender la inocencia de Eduardo Ribas llevaba implícita una acusación a los métodos del sargento de la Guardia Civil. Había entrado como un elefante en una cacharrería y no sabía cómo reconducir la situación.

–Tal vez tenga usted razón –concedió Zarco–. ¿Me puede decir algo del otro asesinato, el del tiroteo del polígono?

–La verdad es que averiguamos poca cosa –respondió el sargento, recobrando la calma–. Intentamos seguir las vías habituales, es decir, ver si tenía algún contacto con mafias de droga o algún negocio turbio, pero parecía estar limpio. También investigamos el entorno familiar y de amistades y no descubrimos nada. Y ahí se acabó todo, llegamos a una vía muerta. Salvo que nos llegue algún soplo o se produzca algún descubrimiento imprevisto, será un caso sin resolver. Sí, quizá sea raro que se cometan dos crímenes en un par de días, pero, a veces, se dan estas casualidades.

–La esposa me contó que, la mañana que mataron a su marido, había sacado cincuenta mil euros de su cuenta. ¿Se ha averiguado algo de ese dinero?

–Ni rastro. No sabemos si era para comprar algo o para pagar una deuda o un chantaje. No sé, ya le digo que el muerto parecía estar limpio: ni drogas, ni juego, ni otro vicio conocido. –El sargento hizo una pausa y un ademán abriendo las manos en gesto conciliador–. Por cierto ¿cuál es la información, la pista, que ha dicho que tenía sobre el asesinato de la enfermera?

A Zarco le extrañó la pregunta. ¿No acababa de decirle aquel guardia civil, en tono imperativo, que el caso estaba cerrado? Intentó que la sorpresa no se reflejara en su rostro y habló con fingida modestia:

–No es gran cosa, en realidad. Creo que encontré a la última persona que habló con Ana López, una amiga suya que trabaja también de enfermera. Al parecer, la mañana que desapareció, vio salir a Ana con un médico al que no conocía, a partir de ahí nadie, que yo sepa, volvió a verla con vida. Podía haber sido una pista, pero estando cerrado el caso como ha dicho usted, no hay mucho que rascar.

–Cierto, Zarco, no pierda su tiempo y dígame al abogado que no pasa nada por perder un caso, que no todos sus clientes van a ser inocentes o a salir absueltos. Y déjenos los asesinatos a los profesionales –dijo con un tono de suficiencia que molestó a Zarco.

El detective bajó con desgana los escalones que conducían al descampado destinado a aparcamiento. La conversación con el suboficial de la benemérita le había afectado. Diariamente intentaba mentalizarse para no dejarse influir por las actitudes negativas de otras personas. Su ánimo no podía verse menoscabado por la actitud jactanciosa de un guardia civil o de cualquier otro individuo que fuese por la vida avasallando a los demás con su chulería. Debía alcanzar la iluminación budista y elevarse a un nivel en el que la negatividad de los agentes externos no pudiera afectarle. Sin embargo, aunque se repetía a sí mismo esta letanía con insistencia, le hervía la sangre cada vez que se topaba con un perdonavidas. Por desgracia encontraba impresentables a diario. Y si no se los cruzaba por la calle, aparecían cuando encendía el televisor. Aún le quedaba un largo camino para alcanzar la sabiduría y la inmunidad.

Se disponía a abrir la puerta de su coche perdido en sus reflexiones cuando oyó una voz a sus espaldas que pronunciaba su nombre.

–¡Alex!

Se giró y vio a un guardia civil uniformado que se dirigía hacia él. Era el cabo Riera. Lucas Riera había sido vecino de Zarco durante muchos años y, siendo niños, habían compartido juegos en la calle.

La familia de Lucas se mudó a Sant Jordi y aunque los jóvenes perdieron el trato diario, quedaban los rescoldos de una vieja amistad y de una simpatía recíproca. Lucas siempre exhibía un semblante sonriente, de ahí que los amigos le conocieran con el sobrenombre de Lucas Riera o Riese. Se acercó a Zarco y le estrechó con fuerza la mano a la vez que le palmeaba el hombro.

–¿Qué te trae por aquí? –preguntó Lucas–. No te habrán puesto una multa.

–No, nada de eso. He venido para hablar con el sargento.

–¿Y qué tal? No es mal tipo, pero tiene un carácter de perros.

–Creo que ha sido correcto, casi amable diría yo. Hasta el final de la conversación, en el que he notado un tono de superioridad y de menosprecio hacia el prójimo, en este caso, yo.

–Pues si ha sido así, no sabes la suerte que has tenido. No sé si se quedará mucho tiempo en la isla, pero la verdad es que nos lleva de puto culo. Piensa que esto es el ejército en tiempo de guerra. –Zarco observó que Lucas no había perdido la sonrisa ni para quejarse–. Le hemos tratado de insinuar que en Ibiza las cosas son diferentes, más relajadas. ¡Hasta la Guardia Civil es más relajada! Pero no, este es de la antigua escuela. ¡Eso sí, los tiene bien puestos! No sé si viste el artículo que salió en el periódico hace un par de días. El tipo se descolgó por una pared y salvó a aquel turista. Si no llega a aparecer el sargento, el guiri se queda allí. ¡Y le hizo soplar a un juez! –exclamó admirado.

–Leí lo del salvamento, pero lo de la prueba de alcoholemia al juez, ¿dónde fue?, ¿aquí, en Ibiza? –preguntó Zarco incrédulo.

–No, cuando estaba en Denia. Se dice que, en cierta manera, tuvo que venir a Ibiza a raíz del incidente.

–La verdad es que me sorprende que un guardia haga soplar a un juez –Zarco empezaba a sentir cierta admiración por Ferrando. Una cosa es mostrarse inflexible con un ciudadano de a pie

y otra diferente mantener esa actitud con un juez.

–Sí, por eso digo que el tipo tiene huevos. Tampoco fue así, por las buenas, es una historia larga. Su novia sufrió un accidente, justo antes de venir a Ibiza. Ella cruzaba una calle por un paso de cebra, un coche dobló una esquina a gran velocidad, se la llevó por delante y se dio a la fuga. La hipótesis que se barajaba era que el conductor habría bebido y huyó del lugar para que no le hicieran el control de alcoholemia. Ya sabes que si no conduces beodo, un accidente de tráfico o un atropello, como máximo, sería una falta de imprudencia. El caso es que el sargento Ferrando es miembro de la Policía Judicial, se dedica a investigaciones un poco peliagudas, pero al poco de sufrir su novia el accidente, comenzó a acompañar de vez en cuando a la patrulla que hace los controles de alcoholemia. Supongo que para intentar encontrar al responsable del atropello. Su novia sólo recordaba que el coche que la embistió era un todoterreno de color blanco. ¿Sabes que coche conducía el juez?

–¿Un todoterreno color blanco?

–Con ese poder de deducción, llegarás lejos –bromeó Lucas–. El caso es que lo paran, el conductor baja muy tranquilo y, con voz algo trabada, se identifica como juez de uno de los juzgados de Denia. Hasta ahí todo normal. El caso es que Ferrando le dice, de forma muy ceremoniosa: “Señoría, es un control rutinario, sería tan amable de soplar en el alcoholímetro”. Ahí se ve que explotó la cosa. El juez contestó con violencia diciendo que no iba a soplar, que no sabían con quién estaban hablando, en fin, las cosas que se dicen. El sargento le dijo que, si se negaba a realizar a la prueba de alcoholemia, ya sabría que se le podía imputar un delito de desobediencia. La cosa fue de mal en peor. El juez comenzó a decir que él no tenía que obedecer a la Guardia Civil sino que al revés, la Guardia Civil estaba para obedecerle a él. Inmovilizaron el vehículo. El juez llamó a un taxi y Ferrando elaboró un atestado donde recogía la negativa a realizar la prueba de alcoholemia y en la hoja de sintomatología, donde se describe el aspecto externo del conductor, lo puso a caldo: andar deambulante, habla pastosa, actitud agresiva. A la mañana siguiente, Ferrando no fue recompensado. El comandante del puesto lo llamó aparte y le dijo que había recibido una llamada del juez quejándose del trato recibido y, según había manifestado, iba a poner una querrela contra Ferrando imputándole no sé qué delito contra el honor y de abuso de autoridad. El caso es que, al no haber realizado la prueba, solo era la palabra de Ferrando contra la del juez, y ya sabes.

–También estaban los otros miembros de la patrulla.

–Ya, pero obligarlos a declarar en contra de un juez era meterlos en un marrón. Ferrando apechugó con el conflicto en el que él solo se había metido.

–¿Y qué pasó?

–Pues imagínate. El atestado desapareció y tanto el juez como el sargento se olvidaron del asunto, o hicieron como si lo olvidaran. Desde luego, Ferrando no se lleva bien con el poder judicial. ¿Tú has visto alguna vez a un juez que le condenen por conducir bajo la influencia de bebidas alcohólicas? ¿Crees que ningún miembro de la carrera judicial ha conducido alguna vez borracho? Así están las cosas. Desde luego, si un juez comete un delito grave, vamos a por él, ¡solo faltaba!, pero en este tipo de chorradas, hacemos la vista gorda.

–Eso ya se sabe. Lo que no entiendo es que a Ferrando se le fuese la olla de esa manera. Es decir, si todos somos iguales ante la ley, cumplía su deber, pero si tienes unas pocas tablas, ya sabes cuando toca hacer la vista gorda.

–El caso es que su novia, desde el atropello, va en silla de ruedas –dijo Lucas a modo de explicación–. Y parece ser irreversible.

–¡Vaya historia! ¿El juez tuvo algo que ver con el atropello de la novia de Ferrando? Lo digo, por la similitud del coche.

–No. Se trataba de una simple coincidencia, hay muchos todoterreno de color blanco. Aun así, el sargento lo investigó, pero el juez tenía una buena coartada, estaba en Madrid en un cursillo el día del atropello. Y tú, ¿qué te traes con el sargento? Si se puede preguntar.

–Claro, faltaba más. He venido a hablar de un par de asuntos que estuvo investigando el año pasado. ¿Tú sabes algo del asesinato de la enfermera o del tipo que encontraron cosido a tiros en el polígono hace unos ocho meses?

–Bueno, al que se cargó a la enfermera lo pillamos y del otro no logramos encontrar al asesino ni el motivo. Para mí que fue la esposa. Cuando se cargan a alguien sin motivo aparente, el asesino siempre es alguien del círculo cercano. Las estadísticas no fallan. Seguro que la mujer contrató a un sicario para que le pegara cuatro tiros. Ella hereda lo poco o mucho que tuviera el difunto y le queda vía libre para largarse con su amante.

–¿Y los cincuenta mil pavos que sacó el muerto de su cuenta esa misma mañana? ¿Cómo lo explicas?

–Para pagar al asesino. Hay algunas mujeres muy retorcidas. Ella sabía que si el mismo día que muere su marido u otro día próximo, ella acude al banco y saca cincuenta mil euros, todas las sospechas recaerían sobre ella, así que engatusaría al marido con cualquier cuento para que sacara él el dinero.

–Parece un poco enrevesado, pero cosas más raras se han visto. Y, cambiando de tema, ¿crees que tu sargento es capaz de hacer chantaje a la gente para que confiese un crimen?

–¿Qué quieres decir?

–Si es capaz de ofrecer droga a un yonqui para que admita haber cometido un delito.

–Alex, esto es delicado. Tratamos diariamente con lo peorcito de la sociedad y nosotros, aunque alguien lo dude, somos los buenos. No te niego que alguna vez presionemos a algún sospechoso para que largue, pero te puedo asegurar que no cruzamos la raya

–Lucas Riera hablaba de forma atropellada.

–No te ofendas, Lucas –dijo Zarco, pensando que el cabo se había salido por peteneras y no había respondido claramente a su pregunta. También era consciente de que no convenía insistir.

–Alex, no me ofendo, pero estoy hasta los huevos de la imagen que tiene la gente de nosotros. ¿Qué creéis? ¿Que tenemos una sala de tortura para hacer confesar a la gente? Lo que no sabes es que el sargento, con todo lo capullo que pueda parecer, también es un profesional como la copa de un pino. Cuando investigaba los robos de Cap Martinet, incluso inhaló cloroformo para ver sus efectos.

–Bueno, también lo podía haber comprobado dándole el cloroformo a un gato o a un perro. Esa es la forma científica de experimentar.

–Quería comprobar por sí mismo el tiempo en que tardaban las víctimas en recuperarse y consecuentemente el tiempo del que disponía el ladrón para desvalijar la casa. Ya te digo, un profesional. Como el Mourinho, puede caer bien o mal, pero la profesionalidad no se la quita nadie.

–¿Cómo quién?

–Se me olvidaba que no te gusta el fútbol. Mourinho es el entrenador del Real Madrid.

–¡Ah! Sí, he oído algo. Como para no oír hablar del Madrid o del Barça. Cada día hablan más de veinte minutos en los telediarios. Gracias Lucas, tengo que irme, me alegro de verte. Dales recuerdos a tus padres.

–Se los daré. También dale recuerdos a tu madre.

Zarco entró en el vehículo y bajó la ventanilla. Oyó la voz del sargento Ferrando: “¿De qué hablaba usted con el detective sarasa? No oyó la respuesta del cabo Riera. Arrancó el vehículo y salió del aparcamiento. “Así son los héroes de hoy en día”, pensó Zarco, “salvando a escaladores, haciendo la prueba de alcoholemia a jueces y, en el fondo, unos gilipollas homófobos”.

Ballesteros desayunó un zumo de naranja, café con leche y cruasán, según su rutina matinal, en una cafetería situada en los alrededores de su despacho y se encaminó hacia su bufete con un incipiente dolor de cabeza. Últimamente tenía problemas para conciliar el sueño. A menudo se despertaba a las cuatro o las cinco de la mañana y no conseguía volver a dormirse. Permanecía dando vueltas en la cama en una especie de limbo, sin la energía necesaria para levantarse y sin el cansancio suficiente para dormir. Aquella mañana se celebraba la vista oral contra Derek Neumann, por los presuntos malos tratos. Era un caso sencillo, que no requería mucha preparación previa. Si su cliente seguía sus instrucciones y declaraba no haber tocado a su mujer, saldría libre. No había pruebas, solo dos versiones contradictorias. Las lesiones no tenían suficiente entidad y no quedaba de ninguna manera probado que las hubiera causado su defendido intencionadamente. El fiscal, si no había cambiado de criterio en los dos días transcurridos, no presentaría cargos y únicamente se enfrentaría a las imputaciones que realizara la abogada de la acusación particular. Entró en su despacho, sacó una caja de aspirinas efervescentes, disolvió un comprimido en un vaso de agua y observó el chisporroteo de las burbujas gaseosas en el líquido. Hacía tiempo que no se planteaba dilemas morales cuando aleccionaba a un cliente para que mintiera en juicio. Constituía el derecho del imputado (“derecho a no declararse culpable y a no declarar contra sí mismo”, como recogía la Constitución) y el trabajo de un buen abogado estribaba en emplear todos los recursos a su disposición para buscar la absolución o la sentencia más favorable para su defendido. Además, en aquél caso, el reconocimiento de los hechos por parte del señor Neumann llevaría a una sentencia condenatoria y a la adopción de unas medidas desproporcionadas. Derek Neumann no era un maltratador, o no lo era más que su esposa. Ambos habían mantenido un forcejeo en un momento de ofuscación, la diferencia estribaba en que a él le podían caer nueve meses de prisión, además de medidas de seguridad y medidas civiles que regularían en un futuro la relación entre él y sus hijos.

Su secretaria golpeó suavemente con los nudillos en la puerta y, sin esperar respuesta, como era costumbre, entró en el despacho del letrado con un gran sobre beis que dejó encima de la mesa.

–Lo ha traído una mujer esta mañana.

Ballesteros lo observó con curiosidad. No llevaba ningún membrete ni identificación del remitente. En la cubierta podía leerse el apellido del abogado, escrito con un grueso rotulador negro. Lo abrió, rasgando la solapa, y constató que provenía de la investigadora que había contratado a recomendación de Zarco, para vigilar a la novia de Paco. Era un informe de aproximadamente veinte folios unidos por una espiral de alambre y con cubiertas de plástico transparente. No esperaba encontrar nada desacostumbrado y comenzó a ojear las páginas, hasta que un párrafo llamó su atención y comenzó a leer atentamente el contenido. Su faz paso de la sorpresa inicial al pasmo. Su semblante reflejaba consternación cuando acabó la lectura e introdujo el expediente en el sobre. No había imaginado encontrar una información tan desconcertante y conturbadora de su ánimo.

Zarco había dispuesto en una de las paredes de su despacho una pizarra acrílica en la que iba anotando nombres, fechas y gráficos con rotuladores de varios colores. Por un lado, en rojo, se veía el curso de los acontecimientos en la muerte de Ana López Demichellis. En azul había trazado el esquema de la muerte de Santiago Cañas. Ambas líneas, azul y roja, convergían en un punto en el tiempo y en el espacio: la mañana del 2 de mayo de 2012 en el hospital Can Misses de Ibiza. Esa mañana fallece el hombre tiroteado y desaparece Ana López, la enfermera encargada de su cuidado. Ambos sucesos ocurrían en el hospital y en la misma fecha. No podía ser coincidencia. En la pizarra había una frase subrayada junto al nombre de la viuda de Cañas: “oculta algo”. ¿Qué podía ocultar? No creía que la versión de su amigo, el guardia Riera, que la señalaba como culpable fuera acertada. No. Ciertamente que en el círculo de familiares cercanos se podía encontrar a los autores de multitud de homicidios, pero no veía a la viuda de Cañas contratando un sicario para pegarle tres tiros a su marido. Había visto el dolor y la desesperación en los ojos y en el rostro de aquella mujer. Escondía algo, pero no era una asesina. Otro nombre aparecía en un recuadro: el doctor Roberto Gomis. Hasta el momento era el único que tenía relación directa con el hospital y con Ana López.

Nada le vinculaba a Santiago Cañas. Él no lo operó y no parecía que se conocieran. Era el eslabón que rompía la cadena incriminatoria contra el médico. No veía ningún móvil que indujera al doctor Gomis a disparar sobre Cañas. ¿Descubrió que este y Ana López eran amantes y los mató en un raptó de celos? Era pura especulación. Tampoco existía el menor indicio de que la enfermera conociera a su paciente moribundo antes de que fuera ingresado en el hospital. El insistente repiqueteo del timbre de la vivienda interrumpió las divagaciones del detective. Se dirigió a la puerta de entrada con un creciente enfado. Quienquiera que estuviera apretando el interruptor tenía mucha prisa. No creía que ningún vendedor hiciera su aparición de una manera tan abrupta y escandalosa, a la vez que contraproducente para provocar una actitud receptiva en el morador de la casa. El gesto de Zarco se suavizó al abrir la puerta y ver ante él a Raquel López, que sin saludar ni esperar una frase de bienvenida entró agitada en el piso.

—¡Vaya prisas! —exclamó Zarco— ¿Te ocurre algo?

—¡Pues sí! He recibido una llamada de Teresa, la enfermera amiga de mi hermana con la que estuvimos hablando el otro día...

—Sí —interrumpió Zarco—, la recuerdo perfectamente.

—Estaba muy nerviosa, me ha llamado por teléfono hace media hora, más o menos, y me ha dicho que había reconocido al médico que vio en compañía de mi hermana el día que desapareció del hospital.

—¿Y de quién se trata?

—No le dio tiempo a explicarse. La conversación se cortó. Traté de llamarla tres o cuatro veces pero no coge el teléfono. Había pensado pasar por su casa a verla. Por eso he venido antes a verte, para que me acompañes.

—No creo que sea una excusa suficiente para aporrear mi timbre.

–Perdona, Alex. Me he puesto nerviosa, he comenzado a imaginar desgracias y cosas raras. Y después de la muerte de mi hermana, supongo que estoy sensible con todo lo que, de alguna manera, está relacionado con ella.

–No te preocupes, estaba bromeando... Cada vez que mi madre se retrasa cuando va al mercado o a misa pienso que puede haber tenido un accidente. Me pongo las botas y vamos a ver a Teresa.

Mientras Zarco se calzaba unas raídas botas de cuero y se anudaba los cordones, Raquel se asomó a la puerta del despacho del detective y miró estupefacta la pared del fondo en el que se veía una pizarra garabateada con trazos azules y rojos y con nombres, números y flechas que iban de un lado a otro. Alrededor de la pizarra había decenas de recortes de periódico.

–Vamos –dijo Zarco poniéndose su gabardina y enrollándose una gruesa bufanda alrededor del cuello.

Salieron a la calle. Aunque las temperaturas eran bajas decidieron coger la *scooter* para desplazarse más rápido. Desde luego, Zarco prefería la moto como medio de transporte en la ciudad. Eliminaba posibles atascos, zigzagueando entre los coches, encontraba aparcamiento en la puerta de los lugares y apenas consumía gasolina. El tráfico circulaba lento por las calles de la ciudad y Zarco serpenteaba entre los vehículos guiando la moto con pericia. Su ropa no repelía la fría humedad que reinaba en el ambiente y esta se colaba a través de las pequeñas rendijas de las mangas y se filtraba por los jerséis de lana. La visera de plástico de los cascos tampoco cerraba herméticamente y el frío se abría paso por los resquicios golpeando el rostro de los jóvenes. Al llegar al final de la avenida España, se detuvo ante el semáforo en rojo. Enfrente de ellos contemplaron distraídamente el reloj digital que se erguía como una gran T en la cabecera del paseo de Vara de Rey. Señalaba las 19:45. El semáforo cambió al verde al tiempo que el termómetro sustituía la hora por la temperatura: 5 grados centígrados. Enfiló hacia el puerto, cruzó la barrera de acceso y aparcó en los alrededores del casco viejo. Zarco y Raquel bajaron de la moto y guardaron los cascos en la cavidad debajo del sillín. Raquel se frotó ligeramente los brazos y los muslos para quitarse el frío. Las calles peatonales del casco viejo estaban desiertas, lo que contrastaba enormemente con el bullicio del verano en el que la isla se abarrotaba de gente variopinta proveniente de lugares de todo el mundo. A Zarco le gustaba la calma del invierno. Durante los meses de estío, las hordas de turistas asolaban Ibiza en la busca ávida de las tres eses (*Sea, Sun and Sex*), a las que el detective añadía las tres D (*Discos, Drinks and Drugs*). Ciertamente, la economía de la isla se basaba casi exclusivamente en el turismo, por lo que había que considerarlo un mal necesario y, por suerte, la temporada alta se reducía a los meses de julio y agosto. En septiembre, aunque todavía permanecían abiertos todos los bares y tiendas y aún se veían turistas, ya empezaban a disminuir en número. En octubre desaparecían los invasores y la mayoría de los locales cerraban sus puertas, lo que era especialmente apreciable en la zona del puerto y el casco viejo, por la que el detective caminaba en estos momentos junto a su amiga.

Desde la calle vieron que la luz del piso de Teresa estaba encendida. Era un pequeño bloque de dos plantas, con dos viviendas en cada una de ellas. La puerta del portal estaba abierta. Subieron las escaleras hasta el segundo piso y llamaron al timbre. No obtuvieron respuesta ni escucharon ningún movimiento en el interior. Tras una breve espera, Zarco pulsó de nuevo el botón del timbre con mayor intensidad. Raquel le hizo un gesto para que no se excediera. “A lo

mejor está en el baño”, dijo. Al cabo de un rato Zarco repitió la operación dejando su dedo índice sobre el pulsador un rato largo.

–Es imposible que no nos haya oído –dijo Zarco–. A ver si ha venido a visitarla su novio y están en plena faena.

–No digas bobadas, me ha llamado ella hace poco más de media hora.

–Podías llamarla a su móvil.

Raquel rebuscó en su bolso, sacó su teléfono y marcó el número de Teresa. A los pocos segundos oyeron un sonido de llamada que provenía del interior del piso. Zarco y Raquel se miraron.

–Su teléfono está sonando –dijo la muchacha– ¿Qué hacemos?

–Puede que haya salido de repente y se haya dejado el teléfono móvil en casa.

–Alex, empiezo a estar preocupada. Desde que se cortó la llamada, he intentado comunicarme con Teresa y no he podido. La luz de la casa está encendida y su móvil dentro. Creo que puede haber sufrido algún tipo de accidente, una caída o qué sé yo.

–Si quieres podemos entrar.

–¿Sí?

–Salvo que haya cerrado con llave, no es muy difícil abrir una puerta como esta. Desde luego, estaríamos entrando en una casa ajena sin el permiso de su dueño, lo que puede ser un allanamiento de morada.

–Si puedes abrir la puerta, ¡ábrela! Yo me hago responsable. Si se lo explicamos a Teresa, lo entenderá.

Zarco sacó su DNI de la billetera y lo introdujo por la rendija que quedaba entre la puerta y el marco, a la altura de la cerradura. Manipuló el documento plastificado, moviéndolo hacia arriba y hacia abajo en busca del pestillo. Notó que topaba con la pieza metálica y empujó su DNI para introducirlo como una cuña y separar el pestillo de la placa perforada. Tras un par de intentos fallidos notó que el DNI entraba con facilidad, empujando el muelle hacia dentro del armazón de madera, y la puerta quedó abierta. Raquel lo miró asombrada.

–No sabía que fuera tan fácil abrir una puerta –susurró Raquel–. Creía que esto de abrir puertas con DNI era una leyenda urbana. A partir de ahora echaré siempre el cerrojo cuando salga de casa.

–Harás bien –respondió Zarco bajando el tono de la voz y empujando suavemente la puerta que se abrió sin hacer ruido.

Zarco entró primero. Cruzó el pequeño vestíbulo en el que había un perchero de pared con un par de abrigos colgados de sus ganchos. La puerta del salón estaba abierta y la luz encendida. Dio unos pasos sigilosamente y entró en la habitación. Vio el cuerpo de Teresa tumbada boca arriba sobre la alfombra, con los ojos abiertos y una gran mancha de sangre que empapaba su pijama y se expandía sobre su torso.

–No entres, Raquel –dijo extendiendo su brazo para evitar que la joven cruzara la puerta del salón.

–¿Qué pasa?

–¡Está muerta! ¡La han cosido a puñaladas!

–¡Dios mío! ¡Si he hablado con ella hace un momento! ¡Alex, marco el número de emergencias!

–Un momento, Raquel. Avisaremos a la policía, pero primero debemos pensar qué vamos a decir. ¿Qué les decimos? ¿Que hemos forzado la puerta y nos hemos encontrado el cadáver? Ya sabes que los detectives privados no gozamos de mucha popularidad entre los polis.

–Alex, no lées la cosa. Yo me hago responsable. Y, visto lo visto, creo que estaba justificado que abriéramos la puerta. No vamos a complicarnos diciendo que la encontramos abierta u otra mentira.

–Tienes razón. Además podríamos entorpecer el esclarecimiento de los hechos. Llama al 091, son los nacionales. Ya veremos cómo salimos.

La patrulla del 091 llegó quince minutos después. Zarco había tenido tiempo de curiosear por la habitación. Sabía que, en cuanto llegaran los policías, no tendría oportunidad para husmear. Se enfundó los guantes que usaba para conducir la moto, gruesos y que no hacían fácil la manipulación, para evitar dejar huellas en la escena del crimen. Junto al cadáver de Teresa vio una navaja ensangrentada que el asesino habría abandonado a propósito para no ensuciar sus ropas ni salir con ella a la calle. Supuso que no encontrarían huella alguna en el arma homicida. A su lado el teléfono móvil de la joven con alguna salpicadura de sangre. La televisión estaba encendida y se veían imágenes sin voz y sobre la mesita de centro estaba el mando a distancia. La esquina junto al sofá la ocupaba una mesita auxiliar sobre la que reposaba una lámpara y en la balda inferior se veían varios periódicos ordenados. Echó un vistazo. Eran ejemplares del Diario de Ibiza de días atrasados. El detective entró en la cocina y abrió el armario colocado bajo la encimera y echó un vistazo al cubo de basura. Restos de envoltorios y vegetales. Nada fuera de lo normal. Salvo el arma homicida, el asesino no había dejado ningún rastro.

Cuando llegó la patrulla de la Policía Nacional, Zarco y Raquel esperaban cautelosos en el recibidor. Los policías, jóvenes, altos, anchos de espaldas y con el pelo corto, les tomaron sus datos de filiación y les preguntaron de forma oficiosa si conocían a la víctima y cómo habían encontrado el cadáver. Los ojos de ambos agentes se apartaban fugazmente del rostro de la joven para dirigirse furtivamente a otras partes de su agraciada anatomía. Raquel, consciente de las miradas que de refilón le echaban los policías, les contó lo ocurrido, omitiendo las pesquisas realizadas por Zarco.

Una hora más tarde llegaron a la escena de crimen la magistrada del juzgado de guardia y la médica forense. En esta ocasión fue la jueza quien inspeccionó de arriba abajo a los jóvenes policías y también a Raquel y a Zarco. Era una mujer atractiva que apenas sobrepasaría la treintena. Sus ademanes denotaban la autoridad impertinente y sin disimulo de quien está acostumbrada a ser obedecida. Dirigiéndose a Zarco y a Raquel, la magistrada dijo, con un tono que no admitía réplica, que se fueran a su casa y que debían acudir a la mañana del día siguiente al juzgado de guardia, a fin de tomarles declaración en debida forma como testigos.

Raquel y Zarco salieron del inmueble y se dirigieron a recoger la moto. El detective le preguntó a la joven si se encontraba bien. Ella respondió afirmativamente y preguntó:

–¿Has visto de qué manera nos miraba la jueza?

–Sí. A mí, como si fuera un bicho raro, y a ti calibrando si estabas más buena que ella, lo que, por otra parte es cierto.

–Una tipa un poco borde.

–También te miraban los maderos, no sé si te has dado cuenta.

–Ya, pero ellos miraban de una manera más inocente, por decirlo de alguna manera. Enseguida se podía saber lo que estaban pensando. Sin embargo, no tengo ni idea de lo que pasaba por la cabeza de esa mujer.

–Espejito, espejito, ¿quién es la más guapa del reino? –bromeó Zarco y cambiando de tono, añadió–: Te llevaré a casa, no quiero que vayas sola después de lo que acabamos de ver.

Subieron a la moto y emprendieron el camino. En la avenida del Puerto, pararon ante un semáforo con la luz roja y Zarco, a través del retrovisor, vio un coche blanco que se detuvo detrás de ellos. ¿Se estaba volviendo paranoico o acababa de ver aquél vehículo aparcado en el puerto cerca de su moto? El semáforo cambió al verde y Zarco señaló con el intermitente un giro a la izquierda. Comprobó que el coche blanco también realizaba la misma maniobra. Decidió hacer una prueba definitiva y, conduciendo despacio, giró a la derecha, otra vez a la derecha y nuevamente a la derecha, dando la vuelta a la manzana.

–¿Qué haces Alex? –gritó Raquel levantando la visera del casco para que la pudiera oír.

–Raquel, tranquila, pero creo que el coche que va detrás nos está siguiendo. Acabo de hacer una maniobra absurda, dando la vuelta a la manzana, y sigue detrás. No mires y agárrate bien.

Aceleró la moto y se dirigió hacia la avenida Bartolomé Rosselló, la más transitada a aquellas horas y donde podrían dar esquinazo a su perseguidor. Cuando llegaron al final de la bocacalle que desembocaba en la avenida, Zarco comprobó con desánimo que el tráfico era escaso y un coche que circulaba por la avenida se acercaba hacia la bocacalle en la que se habían detenido ellos, cortándoles el paso e impidiéndoles la maniobra de salida. Decidió arriesgarse y giró el puño del acelerador. La moto cruzó los dos carriles de la avenida. El vehículo que circulaba por la vía principal frenó bruscamente e hizo sonar el claxon con estridencia. Zarco, con la adrenalina subiendo a su cerebro, hizo un gesto levantando el brazo con la palma de la mano abierta, a modo de disculpa y echó un vistazo atrás. El coche que los seguía se había detenido dejando paso al vehículo con preferencia. Zarco realizó un par de maniobras sin pensar donde estaban y aparcó la moto, con un giro brusco, detrás de un gran contenedor de basura. Esperaron unos segundos y el coche no apareció.

–Creo que le hemos despistado –dijo Zarco.

–¿Estás completamente seguro de que iba detrás de nosotros?

–Segurísimo, Raquel, he dado la vuelta a la manzana y el coche nos ha seguido.

–¿Has visto la matrícula?

–No, imposible. Lo veía por el retrovisor y veía sus focos y poco más. Ni siquiera sé si lo ocupaba una sola persona o iban más en el interior del coche. Lo único que he visto es que era de color blanco y grande, tipo monovolumen.

–Alex, estoy asustada. Me da miedo volver a subir en la moto.

–Lo entiendo. Podemos llamar a un taxi.

–No. Tengo otra idea –dijo sacando su teléfono móvil y marcando el número de Ballesteros.

Ballesteros no había tenido lo que se dice un buen día. La mañana transcurrió según lo planeado. El juicio contra Derek Neumann había discurrido por los cauces previstos, la acusación particular no aportó ninguna prueba nueva y el Ministerio Fiscal solicitó la absolución del acusado, a cuya petición se adhirió el letrado de la defensa. La acusación particular solicitó la imposición de una pena de nueve meses de prisión y el acuerdo de medidas de alejamiento. La experiencia de Ballesteros le decía que, si el fiscal no solicitaba condena, resultaba difícil que la jueza la concediera. Todo indicaba que la balanza de la justicia se inclinaría a favor de su cliente. Sin embargo, no estaba tranquilo desde que leyera el informe de la agencia de detectives que había contratado para seguir a Tanya. El juicio concluyó a las 13:30. Se dirigió a su casa y comenzó a preparar unos espaguetis con ajo y guindilla. Puso abundante agua a hervir en una olla, descorchó una botella de vino tinto y se sirvió un generoso vaso. Cuando el agua llegó al punto de ebullición echó un puñado de sal y sumergió los espaguetis. Siempre le había gustado cocinar y creía tener mano para ello. Le vinieron a la cabeza recuerdos de su época de estudiante, cuando compartía un piso en Barcelona con Paco y Joan, y en el que era habitual el plato que estaba preparando. Una comida de fácil preparación, barata y deliciosa.

Peló y cortó tres dientes de ajo en finas láminas que puso a freír en una sartén junto con una guindilla. Escurrió el agua de los espaguetis, los sirvió en un plato y volcó sobre ellos el sofrito de ajo y guindilla. Espolvoreó con queso parmesano rallado. Ya estaba listo. Cogió unos espaguetis con la punta del tenedor y los enrolló antes de llevárselos a la boca. Realmente era una comida sencilla y sabrosa. Yolanda, su ex, le había dicho en muchas ocasiones que si abría un restaurante triunfaría.

Había pasado una mala noche y se notaba cansado. En contra de su costumbre, decidió echar una siesta tumbado a lo largo del sofá, escuchando las noticias del telediario de fondo. Aunque el vino le había provocado modorra no pudo conciliar el sueño. Se sentía inquieto por el contenido del informe y porque no sabía si había obrado bien encargando el espionaje de Tanya. “Realmente, lo hice porque no esperaba encontrar nada”, se justificaba. “Como el que nota una molestia y acude al médico esperando que le diga que su desazón es inocua y que está perfectamente sano. Lo malo es cuando uno va al médico con una pequeña molestia y le diagnostican un cáncer”. ¿Acaso no quedaba plenamente justificada su desconfianza y la contratación de un detective por el contenido del informe? ¿Acaso Paco no iba a montar un absurdo paripé fingiéndose arruinado?

A media tarde se dio una ducha para despejarse. Se vistió, telefoneó a su secretaria para decirle que no pasaría por el bufete y se encaminó al nuevo piso alquilado por su amigo Paco, sito en un edificio de la calle General Gotarredona, próximo al domicilio de Ballesteros. Era un piso pequeño, con un salón separado por una barra americana de una cocina de dos metros cuadrados. Una puerta junto al sofá daba al dormitorio y dentro de este, cruzando otra puerta, se accedía al baño. La superficie habitable no pasaría de treinta metros cuadrados. Por lo demás, la edificación no tendría más de diez años y el piso presentaba un aspecto limpio y confortable, aunque Ballesteros supuso que, acostumbrado a su lujosa casa de campo, la estancia de su amigo en aquel

inmueble no se alargaría mucho. Paco estaba sentado frente a un lienzo de tamaño intermedio que reposaba en el travesaño del caballete, colocado en un rincón del salón. A sus pies tenía una caja de cartón sin cubierta en la que se amontonaban los tubos de acrílico y, a su lado, varios recipientes de cristal llenos de agua en los que se veían sumergidos pinceles de distintos tamaños, con las cerdas dentro del agua y el mango apuntado hacia afuera.

Paco se sorprendió al abrir la puerta y encontrar en el umbral a Ballesteros, quien no acostumbraba a romper su rutina de la tarde dedicada en exclusiva a su trabajo. Supuso que se debía a la curiosidad por ver su alojamiento.

–¡Raúl, vaya sorpresa! –exclamó divertido.

–No está mal el pisito, salvo por las dimensiones. Aquí no duras ni una semana.

–Puede que tengas razón –admitió Paco–. ¿Te apetece una cerveza?

–Bien. ¿Cuánto pagas por esto?

–Cuatrocientos euros –respondió Paco mientras abría la puerta de la nevera y sacaba dos botellas de cerveza. Las destapó y ofreció una a su amigo–. No está mal para ser Ibiza.

–Desde luego, yo no creía que quedara nada por menos de seiscientos. Ni siquiera un apartamento en miniatura. ¿No echas de menos tu casa?

–Pues sí. Aparte del espacio, aquí tampoco hay calefacción central y se nota. Y luego está la asistenta, que tampoco viene y ya me había olvidado de lo que era barrer y fregar el suelo. Por eso está bien que sea pequeño, hay menos para limpiar.

–¿Y qué le parece a Tanya?

–La verdad es que no tengo queja. Incluso me siento un poco gilipollas por todo este montaje que he organizado. No es propio de un hombre maduro.

–No te hagas ilusiones, tú no eres un hombre maduro. Salvo por la edad, claro.

–Es un dato importante. Bueno, como te iba diciendo, estoy encantado con Tanya. Le dije que me había arruinado y que en adelante tendría que renunciar a mi casa de campo y demás comodidades y, ¿sabes qué me respondió?, que no me preocupase, que saldríamos de esta. En fin, no salió huyendo, creo que incluso me presta más atención. Por eso me siento tan bobo, avergonzado de mí mismo.

Ballesteros dirigió su mirada hacia el sobre marrón que había dejado sobre una pequeña mesa. No cabía duda de que su amigo estaba enamorado y el contenido de aquel sobre podría romper en pedazos sus ilusiones y quién sabe si su amistad. Se preguntó a sí mismo qué preferiría él si estuviera en el lugar de Paco y la respuesta rotunda fue que él elegiría saber la verdad. Habló con voz vacilante:

–Paco, encargué a una detective que siguiera a Tanya y descubrió cosas que no te van a gustar.

–¿Una detective? –preguntó Paco con incredulidad, intentando asimilar la información–. ¡Te has pasado, Raúl! ¡Has caído muy bajo! Y, de paso, me has hecho caer bajo a mí. ¿Qué has descubierto? ¿Que tiene un amante o un hijo del que no me ha hablado?

–Bastante peor. Creo que es una aprovechada. Al día siguiente de que le dijeras que habías tenido que vender la casa fue al registro de la propiedad y verificó que aún estaba a tu nombre. Así que sabe que no te has arruinado. Y eso no es todo. El fin de semana pasado, ¿recuerdas su viaje a Madrid?, pues allí se vio con un hombre y no era su amante, era su cliente. Tanya trabaja como *escort*, de acompañante. Al parecer, el que la contrató es un señor bastante mayor con el que salió a cenar en un prestigioso restaurante. Cuando acabaron, él la acompañó a su hotel y se

despidieron. Ángela, la detective, hizo indagaciones en la agencia para la que trabaja Tanya y le informaron de que también ofrecían servicios sexuales de todo tipo.

–¡Joder, Raúl! Siempre crees que sabes más que los demás y que eso te permite juzgarlos. No sabes nada de Tanya. La miseria que ha vivido en su infancia y cómo los hombres, desde que tenía quince años, se han intentado aprovechar de ella. Pues sí, puede que haya tenido que trabajar de chica de compañía para salir adelante. Sin embargo, tú te crees mejor que ella porque tienes un lujoso bufete y un estatus social, pero tú, a tu manera también te prostituyes. ¿Qué es peor para la sociedad, acostarse con un pobre hombre o hacer lo posible para que un criminal esté en la calle?

–¡Joder, Paco! ¡No es lo mismo redactar un escrito de defensa que hacer una mamada!

–Tú pones tu inteligencia y tu trabajo al servicio de la peor chusma de este país. Defiendes a todo tipo de delincuentes sabiendo que son culpables, gente que ha jodido la vida a otras personas.

–Puede que tengas razón, no me siento muy orgulloso de mi trabajo, pero ¡joder! ¡Tanya es una puta!

–Y tú no eres un santo. La verdad es que no sé en qué se basa nuestra amistad –dijo Paco esforzándose en mantener la calma–. Creo que tú y yo no tenemos nada en común, salvo una juventud que hemos intentado alargar. Eres un poco cuadrulado. No te interesa el arte ni otra cosa que no sea tu trabajo. A veces, leer algo que no sea el código penal nos ensancha la mente y nos ayuda a entender a los demás. Nos hace más humanos.

Ballesteros pensó que por muchos ensayos y novelas que leyera no podría entender a su amigo. Los puntos de vista de ambos diferían en bastantes temas, lo que no había impedido que perdurase su amistad a lo largo de los años. En política, él simpatizaba con la derecha, mientras que Paco era de izquierdas. En religión, él era católico creyente aunque no asistía a misa, Paco iba del agnosticismo al ateísmo. Él se sentía español, Paco ciudadano del mundo. A él tampoco le interesaba la pintura que era la pasión de su amigo, ni la filosofía ni la literatura, actividades que consideraba pérdidas de tiempo. Y él había intentado ayudar a Paco con la mejor intención, movido únicamente por su afecto y el miedo a que Tanya fuera una aprovechada, como todo parecía indicar. Un hombre maduro y con dinero junto a una jovencita extranjera despampanante era una mala combinación. Y él no se consideraba machista ni xenófobo, ni que tuviera otra clase de prejuicios, simplemente las cosas eran así. Y encima, una puta. El colmo de los despropósitos. Le podía reprochar a Paco que él tampoco estaba seguro del amor de su novia; en caso contrario, no habría fingido una ruina económica, pero su amigo hacía oídos sordos y alargar la discusión no les iba a conducir a buen puerto. Paco había ido al médico para que le dijera que su salud era de hierro y no quería ver el informe que le revelaba lo contrario.

Ballesteros se levantó, cogió su abrigo y se dirigió hacia la puerta.

–Paco, no sé lo que piensas, pero he intentado que vieras las cosas tal como son. He intentado ayudarte, pero ya eres mayorcito y responsable de tus decisiones.

–Llévate esto –dijo Paco tendiéndole el sobre marrón. Ballesteros lo cogió en silencio y se dirigió a la puerta.

Paco entró en el dormitorio, sacó una gran maleta de la parte superior del armario empotrado y la colocó abierta sobre la cama. Lentamente comenzó a coger los pantalones de las perchas y a colocarlos sobre el fondo de la maleta. Había decidido volver a su casa y a su vida. Se sentía nervioso. Raúl y él habían mantenido discusiones en el pasado, pero ninguna tan violenta como aquella ni por temas tan serios. Le dolía que su amigo hubiera espiado a Tanya, era como si se hubiera colado en el dormitorio de ella, como si hubiera profanado un templo. Cierto que habían hablado de la posibilidad de contratar a una agencia de detectives mientras tomaban unas cañas, pero un amigo no podía decidir por su cuenta espiar a la novia de otro. Raúl le había dicho que Tanya trabajaba para una agencia de acompañantes y posiblemente incluyera relaciones sexuales en sus servicios. Le reconcomía que ella no se hubiera sincerado con él. Tampoco él había sido totalmente sincero con ella. ¿Acaso existe la sinceridad completa? Todos nos guardamos secretos, miedos, errores. Nadie desnuda su alma sin reservas. Ni ante nuestro mejor amigo, ni ante nuestra pareja, ni ante nuestro confesor o nuestro psiquiatra. Lo único que importaba es que él amaba a Tanya y estaba convencido de que ella le correspondía. Cierto que había veinte años de diferencia. Quién sabe si la joven buscara en él la figura del padre que no tuvo. Uno podría volverse loco intentando encontrar motivaciones psicológicas para cada sentimiento.

Sin la atadura de un horario fijo de trabajo y con el suficiente dinero en el banco, tenían la posibilidad de hacer las maletas esa misma noche y viajar a Sudamérica o perderse en alguna isla del Pacífico. Instalarse en un lugar desconocido y empezar desde cero. Debía hablar con ella, aunque no sabía bien qué le diría. Su falsa ruina económica la podía justificar diciendo que había sido una pequeña broma para su familia y amistades. No le contaría que Raúl había encargado a una agencia de detectives que la vigilaran. Entonces cayó en la cuenta que iba a comenzar su presunta nueva etapa de madurez con nuevas mentiras. Nosotros mismos nos complicamos la existencia, pensó. Tal vez la sinceridad esté sobrevalorada.

Ciertamente, sabía poco del pasado de Tanya. Había nacido en Moscú en 1986, cuando Rusia aún formaba parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, antes de que se disolviera a principios de los noventa. La infancia y adolescencia de Tanya transcurrieron en una convulsa década en la que Rusia renegó de su pasado socialista y se llevó a cabo la mayor privatización de la historia. Nació una nueva clase de ricos y también se extendió la pobreza a muchos ciudadanos que carecían de los servicios gratuitos que anteriormente suministraba el Estado. El Estado soviético había sido un padre tiránico, trataba a sus hijos con disciplina férrea pero también se ocupaba de mantener las condiciones mínimas de trabajo, alimentación, sanidad y educación. Cuando desapareció, el capitalismo sustituyó al socialismo y muchos ciudadanos no supieron adaptarse a las nuevas condiciones del mercado laboral. La empresa estatal en la que habían trabajado durante décadas los padres de Tanya pasó a manos privadas y ellos fueron despedidos junto con otros dos mil trabajadores. No tenían ni un rublo guardado, ya que su salario no les había permitido ahorrar y tampoco habían podido imaginar que el todopoderoso estado soviético que les proporcionaba trabajo y cuidaba de ellos les abandonaría algún día. Por otro lado, la inflación estaba descontrolada y los precios aumentaban de un día para otro. En la década de los

noventa, se incrementó la tasa de suicidios en Rusia hasta situarla en el segundo lugar del podio mundial, detrás de Groenlandia. La familia de Tanya, como otros miles de familias rusas, se vio abocada a la indigencia. Finalmente, el padre encontró trabajo como ayudante en un camión de recogida de basura. Él se encargaba de colocar el contenedor en los enganches del camión para proceder al volcado de los residuos en la tolva.

Tanya no tuvo una infancia feliz. Aunque sus padres nunca la maltrataron físicamente, salvo algún esporádico cachete, tampoco recibía cariño. Por las mañanas, asistía a la escuela de secundaria y por las tardes ayudaba en casa a limpiar y realizaba los encargos y tareas que le encomendaba su madre. Cuando Tanya cumplió quince años, encontró un trabajo de dependienta en McDonald's y dejó los estudios oficiales, aunque continuó estudiando español a distancia. Su bisabuela por la línea materna había sido española y el castellano se había transmitido a través de las generaciones hasta la joven. Su gran fantasía consistía en ir a España, un país de clima cálido y gente alegre.

Su padre falleció una noche al bajar del camión de basura por el lado equivocado. Un coche que pasaba a gran velocidad lo arrolló provocándole la muerte. Su madre fue indemnizada y le quedó una pensión que le permitía vivir con modestia.

Este sería el compendio de lo que Paco sabía acerca de la infancia y la familia de Tanya. Cuando cumplió veinte años realizó su sueño de venir a España y se instaló en Madrid, donde trabajó como traductora de ruso durante un año y medio, antes de afincarse en Ibiza.

Paco escuchó el sonido familiar de los engranajes de la cerradura cuando se giraba la llave. Tanya apareció en la puerta con aquella sonrisa que iluminaba cualquier habitación.

—¿Qué haces? —preguntó la joven señalando la maleta que aún permanecía abierta sobre la cama—. ¿Cambias otra vez de casa?

Se acercó a Paco y le besó en los labios.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él.

—Claro.

—Tienes que ser sincera.

—Bueno, eso dependerá de la pregunta, pero lo intentaré —Tanya se sintió ligeramente intranquila. Paco estaba dando demasiados rodeos para hacer una pregunta. ¿Por qué no se limitaba a preguntar sin tanto preámbulo?

—¿Qué piensas de nuestra relación? Quiero decir si crees que tiene futuro. Tú eres una mujer guapa y casi veinte años más joven. Por un momento Tanya se sintió aliviada, como si hubiera pendido sobre ella una grave amenaza y, de pronto, se hubiera despertado del sueño y hubiera comprobado que todo había sido una pesadilla. Miró directamente a los ojos de Paco, sin adornar su cara con una mueca que exagerase sus sentimientos, para que el viera que estaba siendo sincera, si acaso la sinceridad pudiera apreciarse a simple vista.

—Realmente, Paco, me extraña un poco la pregunta. Creo que los dos estamos bien juntos. Llevamos casi un año y la verdad es que no había planificado el futuro. A veces pienso que me gustaría casarme y tener un hijo, pero también estoy bien así y no tenemos prisa. Entre tú y yo hay una diferencia de edad, pero yo no me veo con un hombre de menos de treinta, con sus bobadas y fantasmadas.

¿Sabes lo que me gustó de ti? Pues que, a pesar de que se notaba que vivías bien, que debías de tener dinero, cosa que podía verse con tan solo entrar en tu casa de campo o en tu ático, nunca

presumiste de nada ni hablaste de dinero. No soporto a la gente que se pasa el día hablando de lo que gana, de sus negocios, sus inversiones y que, encima, creen que te impresionan por el número de ceros que tiene su cuenta corriente. A ti, realmente no te importa. Tienes una vida cómoda. Me dijiste que te tocó la lotería, pero no te has dejado arrastrar por el consumismo. Tienes un coche sencillo, vistes de forma sencilla. Creo que, en cierta manera, lo que me sedujo de ti fue tu sencillez, que en ningún momento trataras de impresionarme. Y creo que eso es lo que a la gente, a tus amigos, les gusta de ti, que eres tú mismo. Y no pienses que estoy diciendo una estupidez, porque la gente nos pasamos el tiempo intentando dar una imagen, queremos ser aceptados por los demás y muchas veces tomamos el camino equivocado para ello.

Paco se sintió conmovido por las palabras de Tanya. Realmente la amaba. Quizá fuera el momento de desnudarse, de ser realmente él mismo. Él no le había confesado sus miedos, sus inseguridades, sus celos. Él también había fingido, intentando mostrarse más fuerte de lo que era.

—¿Quieres casarte conmigo?

Tanya dudó unos instantes, intentando adivinar si se trataba de una broma. Miró a Paco y supo que él hablaba en serio.

—Te noto un poco raro, Paco. ¿Crees que nos conocemos lo suficiente para casarnos?

—Te conozco mejor de lo que imaginas. Y tienes razón en que estoy un poco raro, esta tarde he tenido una discusión con Raúl.

Ballesteros atravesó el lujoso vestíbulo de su edificio, con las paredes y el suelo forrados de mármol blanco y apretó el botón de llamada del ascensor. Se sentía mal por su discusión con Paco. Su amigo estaba enamorado y el amor no atiende a razones. Nunca hasta entonces se había planteado el significado de esa frase que dice que el amor es ciego. Es ciego y sordo. El timbre de su teléfono interrumpió sus pensamientos anunciándole que tenía una llamada entrante. Lo sacó del bolsillo de su abrigo y vio en la pantalla el nombre de Raquel.

–Hola –dijo en un tono neutro.

–Raúl, estoy con Zarco en un portal en la calle Juan de Austria. ¿Podrías venir a recogernos? – Raquel hablaba con frases cortas y atropelladas–. Es importante. Ha habido un nuevo asesinato. De una amiga de mi hermana. Y creemos que alguien nos sigue.

–¿Un asesinato? ¿Os siguen? –preguntó Ballesteros intentando digerir la información–. No entiendo nada. ¿Habéis llamado a la Policía?

–No. ¿Qué les íbamos a decir? Creemos que un coche blanco nos está siguiendo. ¿Puedes venir? Por favor, estoy asustada.

–Voy para allá, cojo mi coche y en cinco minutos estoy en esa calle. ¿Os habéis fijado en el número del portal?

–No. Es un portal que hay en el centro de la calle, junto a unos contenedores de basura.

–Salgo para allá. Cuando esté cerca de los contenedores, haré sonar el claxon con un par de pitidos breves.

La calle Juan de Austria quedaba cerca de casa de Ballesteros. Bajó en ascensor hasta el parking subterráneo, subió a su coche y entró en la calle indicada unos minutos después, conduciendo el automóvil lentamente. Un coche cruzó por una avenida perpendicular a bastante velocidad. Ballesteros no distinguió el color del vehículo en la distancia, pero estaba seguro de que no se trataba de un turismo blanco. Aminoró la velocidad hasta casi quedar parado al acercarse a los contenedores de basura y de reciclaje. Enfrente vio un portal con las luces interiores apagadas y en donde no se veían figuras humanas. Detuvo el vehículo e hizo sonar dos veces el claxon con dos golpes breves sobre el centro del volante. La voluminosa figura de Alex Zarco surgió del portal, miró hacia ambos lados de la calle y gesticuló con la mano dirigiéndose hacia la puerta de cristal de la entrada. Raquel salió y se dirigió con rápidas zancadas hacia el vehículo aparcado. Zarco y ella ocuparon el asiento trasero.

–¡Vámonos! –apremió la joven con nerviosismo.

–Tranquila –respondió Ballesteros–. Ya nos vamos. No he visto ningún vehículo sospechoso de camino. El garaje de mi edificio está cerca de aquí. Si queréis podemos ir a mi casa y me contáis lo que ha ocurrido. ¿Os parece bien?

–Sí –respondió Zarco–. Allí estaremos seguros.

Ballesteros tostó unas rebanadas de pan, ralló tomate en un cuenco y puso sobre la mesa un plato con jamón serrano cortado en finas lonchas y varias clases de queso. En otro plato sirvió salmón y arenque ahumados.

–¿Os apetece un vino tinto? –preguntó. Zarco se decantó por una cerveza sin alcohol y Raquel por una Coca-cola *light*, lo que al abogado le pareció una aberración gastronómica. Acompañar un jamón ibérico o un cabrales con una Coca-cola era como beber un vaso de leche con una paella.

Entre bocado y bocado, Zarco y Raquel relataron los acontecimientos de aquella movida y trágica tarde. Cómo Raquel recibió la llamada de Teresa y luego no pudo contactar con ella pese a que la telefoneó con insistencia. Cómo fue a buscar a Alex Zarco y cómo entraron en el piso de Teresa y encontraron su cadáver. Y cómo se dieron cuenta de que un coche los seguía cuando salieron de la casa en la que se había cometido el crimen.

–¿Estáis seguros de que os seguía? ¿No sería una simple coincidencia?

–No era coincidencia –terció Zarco–. Hice una maniobra a propósito, dando una vuelta completa a la manzana y el coche permanecía detrás. No sé el motivo ni lo que buscaba, pero seguro que venía detrás de nosotros.

–Lo lógico es pensar que se trate del asesino de Teresa –opinó Raquel–. Nos vería salir del piso y nos siguió para averiguar algo de nosotros.

–A lo mejor dio la vuelta a la manzana porque estaba buscando aparcamiento –apuntó Ballesteros sin mucha convicción, tratando de buscar una explicación alternativa.

–Lo que está claro –intervino Zarco hablando con rotundidad– es que el asesinato de Teresa está relacionado con el de tu hermana y, según creo, con el de Santiago Cañas. Teresa te llamó –continúo Zarco dirigiéndose a Raquel– porque había recordado algo. Ella fue la última persona, hasta donde sabemos, que vio a tu hermana con vida. Tal vez vio en el hospital al hombre que acompañaba a tu hermana el día de su desaparición, pero no entiendo de qué manera lo supo el asesino. Si consideraba a Teresa una amenaza para su impunidad podía haberla matado mucho antes, no tiene lógica que esperase más de siete meses.

–Quizá ignoraba que le había visto con mi hermana y Teresa dijo o hizo algo que le hizo sospechar. –Raquel hizo una pausa y añadió–: Tengo miedo.

–No todos los días se encuentra un cadáver y luego le persiguen a uno por las calles de Ibiza –dijo Zarco intentando quitar hierro al asunto.

–¿Queréis quedaros a dormir aquí? –ofreció Ballesteros–. Solo hay dos dormitorios, pero el sofá es cómodo y nos podemos apañar.

Raquel aceptó la invitación. Estaba asustada. Muchas veces había sentido miedo en su vida. Había sido una niña asustadiza que necesitaba tener encendida la luz del pasillo para dormir hasta los diecisiete años. Había sentido miedo caminando por alguna calle desierta a altas horas de la noche o en muchas otras circunstancias. Pero aquellos eran miedos producto de su imaginación o del instinto de conservación que nos hace ser precavidos. En esta ocasión se trataba de un asesino real que andaba suelto y había matado aquella misma tarde.

Ballesteros fue a la habitación de su hija y buscó un pijama de invierno para ofrecerle a Raquel.

–Es de mi hija –dijo tendiendo la prenda a la joven–. Es casi de tu estatura. Y creo que en el cajón de su cuarto de baño encontrarás algún cepillo de dientes nuevo. Si quieres quedarte tú –continúo dirigiéndose a Zarco– te puedo dejar también algún pijama. Puedes dormir en mi habitación y yo me quedo en el sofá.

–Tienes todo previsto –dijo Raquel cogiendo el pijama. Se sentía relajada en extremo después del cúmulo de emociones sumadas durante el día–. Muy bonito el pijama y parece calentito.

–Yo no me quedo –rechazó el detective–, prefiero dormir en mi cama. Gracias de todos los modos por el ofrecimiento.

Zarco pidió un taxi por teléfono que lo recogió enfrente del portal y lo llevó a su domicilio. Miró a ambos lados de la calle cuando salió del vehículo. No se veía a nadie. No sabía hasta qué punto su perseguidor los conocía a él y a Raquel. Podía pensar que ellos sabían más de lo que sabían, pensó mientras introducía la llave en la cerradura del portal y abría. Entró con rapidez y empujó la puerta para dejarla encajada sin esperar a que funcionara el muelle de cierre automático. Subió las escaleras con grandes pasos que abarcaban dos escalones y entró en su piso. Dio dos vueltas al cerrojo de la puerta de entrada y fue a su dormitorio. Colocó una silla junto al armario, se subió a ella y barrió con la mano el techo del armario hasta topar con un par de cajas de cartón. Las cogió, se sentó en el borde de la cama y abrió la primera. Era una Glock antigua en excelente estado de conservación, prácticamente nueva. Extrajo el cargador de la culata. Tenía capacidad para 17 cartuchos. Abrió la otra caja, saco un puñado de balas y las introdujo en el cargador, llenándolo hasta la mitad. Permaneció unos segundos mirando la pistola que tenía en la mano. Sosteniendo el arma, Zarco supervisó el resto de dependencias de la casa para cerciorarse de que nadie hubiera entrado y le estuviera esperando. Abrió con cautela la puerta de la cocina y la empujó hasta que tocó con la pared, asegurándose que no se ocultara alguien detrás, y encendió la luz. Miró en su estudio y en el baño. Volvió a su dormitorio y miró debajo de la cama, donde sólo encontró sus viejas zapatillas para estar en casa. Guardó la pistola en el cajón de la mesilla de noche. Ahora se sentía más seguro. Si alguien relacionado con el crimen de Teresa y, presumiblemente, con los asesinatos de Ana López y Santiago Cañas, los había seguido aquella noche era porque se estaban acercando. Aunque Zarco no acababa de ver ninguna luz que le indicara el final del camino. De momento, solo encontraba un punto en común entre las tres víctimas: el hospital Can Misses. Las dos chicas asesinadas trabajaban allí como enfermeras y el hombre tiroteado había fallecido en la unidad de vigilancia intensiva.

Estaba amaneciendo cuando Zarco entró en el vestíbulo del hospital, iluminado por una intensa luz blanca que lanzaban los tubos fluorescentes. Se sentía cansado y con ojeras y, como siempre que entraba en un sanatorio, la cercanía de la enfermedad y de la muerte le puso de mal humor al recordarle su condición de simple mortal que, tarde o temprano, acabaría en una cama de aquel establecimiento o de otro parecido. Intentó desterrar estos pensamientos y se dirigió al mostrador de la recepción. No estaba ninguna de las chicas con las que habló la primera vez. No podía recordar el nombre, pero debía haberlo apuntado. Sacó una pequeña agenda del bolsillo interior de su gabardina y miró las anotaciones correspondientes a unos días atrás. En la página correspondiente al 12 de enero aparecían apuntados los nombres de Lucía Torres y Rosa Guasch, administrativas de Can Misses. Se acercó al mostrador y se dirigió a una mujer entrada en años.

–¿Conoce usted a Rosa y a Luci? –preguntó el detective intentando aparentar familiaridad con las dos chicas, como si se tratase de buenas amigas.

–Sí, las conozco –contestó la mujer– ¿Qué quería usted? –Zarco tuvo la sensación de que la mujer se ponía a la defensiva, como si sospechara que él tratara de sacar un trato de favor por su amistad con las chicas. Trato que aquella mujer dejaba patente que no le iba a conceder.

–Pues, simplemente quería hablar con ellas. Soy detective y estoy investigando el asesinato de Ana López, no sé si lo recuerda y posiblemente también el que ocurrió ayer, el de Teresa Marí.

–¡Dios mío! –exclamó la mujer–. ¡Lo he leído en el diario! Aquí no se habla de otra cosa. ¡Dos enfermeras muertas! ¿Cree que se trata de un asesino de enfermeras?

–No. No se preocupe por eso, no le puedo desvelar detalles, pero las investigaciones demuestran que no se trata de un asesino en serie. Dudo mucho que vaya a morir ninguna otra enfermera –afirmó Zarco con más convicción de la que tenía en su fuero interno.

–Menos mal. Quiero decir que vaya pobrecitas las dos, pero al menos es un alivio que no siga con otras chicas del hospital. ¿Está usted seguro?

–Totalmente. ¿Conoce usted a un médico que se llama Roberto Gomis? –preguntó el detective.

–Sí, claro. Es un cirujano.

–¿Sabe dónde podría encontrarle?

–Tiene la consulta en la segunda planta.

–Gracias. ¿Podría decirme a quién puedo pedir información sobre Teresa Marí?

–Pues podría preguntar al director, o al jefe de personal, aunque no sé si le podrán atender. Su despacho está en la planta baja, siguiendo aquel pasillo –dijo señalando un largo pasillo con innumerables puertas en cada uno de los lados.

Zarco no sacó nada en claro. Tanto el director como el jefe de personal le dijeron que estaban muy ocupados y que no tenían ninguna información relevante. El jefe de personal le dijo que hablara con el delegado sindical, que conocía todos los entresijos del hospital y disponía de más tiempo para atenderle. Se encaminó hacia la oficina del delegado sindical y leyó un aviso escrito a mano en un folio sujeto a la puerta con dos tiras de celo: “He tenido que ausentarme por causas de trabajo. Para cualquier consulta llame al 698508525”.

Se dirigió a la segunda planta y al doblar la esquina de un pasillo se topó con el doctor Roberto Gomis que llenaba un vaso de plástico en una máquina con un depósito de agua. La cara del doctor reflejó desagrado cuando se cruzó con la mirada de Zarco.

–¿Qué quiere? –espetó.

–¿Podía hablar con usted un momento? Supongo que ya se habrá enterado que ayer asesinaron a otra enfermera de este hospital.

–Sí, las malas noticias viajan a la velocidad de la luz. Lo que no entiendo es por qué viene a verme a mí. ¿Cree que la he matado yo?

–Quería ver si usted podía darme alguna información.

–¡Esto pasa de la raya! El otro día accedí a verles a usted y a la hermana de Ana por pura cortesía, pero que se presente aquí de sopetón para preguntarme por una pobre chica a la que acaban de matar, me parece que roza el absurdo, por no hablar de acoso. Usted no es policía ni nada parecido. No puede presentarse aquí a hacerme preguntas. Le está sacando los cuartos a la hermana de Ana aprovechándose de su estado emocional que le obliga a hacer algo por la fallecida, aunque sea a título póstumo y, como no hay nada que hacer ya, su mente ha fabulado la existencia de un asesino al que hay que descubrir. –Zarco se sintió cohibido, consciente de que no podía obligar a aquél médico prepotente a mantener una conversación. Decidió lanzar un órdago. Aquello funcionaba en las películas y estas muchas veces se basaban en la realidad.

–Parece que tenga usted algo que ocultar.

–Mire, deje de tocarme los huevos o le pondré una denuncia por acoso –respondió el médico dando media vuelta y alejándose. Zarco pensó que la gente no tomaba en serio a un detective privado, los consideraban unos entrometidos. Le hubiera gustado convertirse en Philip Marlowe en aquél momento, dar una réplica adecuada y cortante, llena de amenazas implícitas. No se le ocurrió nada y optó por irse del hospital. Sus esperanzas de obtener alguna información útil en aquel sitio habían sido escasas y, vistos los resultados, su visita había sido una completa pérdida de tiempo y de autoestima. Estaba llegando a un punto muerto. Aquél puñetero hospital era el punto de unión entre las tres víctimas. El único sospechoso, el doctor Roberto Gomis, quizá tuviera motivos para matar a Ana, pero no veía la relación con los otros dos asesinatos. Una persona “normal” podía cometer un asesinato en un momento de ofuscación, de odio o de miedo, pero tres asesinatos era algo complejo, se salía de las normas y señalaba la presencia de una organización criminal o, al menos, de un asesino profesional.

Presentía que estaba cerca de una información importante si sabía ordenar los datos de que disponía y que se amontonaban dispersos en su cerebro. Realmente la vía que le hubiera permitido establecer alguna conexión entre ellos parecía haberse esfumado con la muerte de Teresa. El hecho de que les hubieran seguido a él y a Raquel la noche anterior significaba que el asesino no se sentía seguro. ¿Con qué propósito les había seguido? ¿Para averiguar algo sobre ellos o con alguna otra intención? No podía saberlo, por eso se había preparado para la peor de las opciones, pensó al tiempo que comprobaba su Glock que descansaba en el bolsillo interior de su gabardina. De pronto recordó que había una frase que le rondaba la cabeza desde que la oyera, un par de días atrás. La había escuchado de boca de la viuda de Santiago Cañas, sin darle importancia, pero había enraizado en su cerebro hasta producirle la necesidad de aclararla. ¿Qué había dicho exactamente? ¿Que todos debemos pagar por nuestros pecados o nuestros errores pero que su

difunto marido no había cometido ninguno? Algo así. Si no había sido su marido quien cometió el error, solo quedaba una explicación: ella tenía que expiar algún pecado.

Ballesteros se levantó, entró en el cuarto de baño al que se accedía directamente desde su dormitorio, echó un rápido vistazo a su rostro en el espejo y se metió en la ducha. Abrió el grifo y dejó correr el agua para que se calentara. Había dormido bien y se sentía descansado. Se había despertado a las 4:10 según observó en el reloj digital que descansaba sobre su mesita. No obstante, en contra de su hábito de permanecer en vela, había retomado un sueño profundo a los pocos minutos.

Mientras se duchaba pensó fugazmente en Raquel que dormía en la habitación de al lado. Le halagaba que hubiera pensado en él la noche anterior, cuando se hallaba en un apuro. No estaba seguro si la persecución que le describieran la joven y Zarco había ocurrido realmente o había sido fruto de una crisis paranoica generada por el descubrimiento del cadáver de una persona conocida. La noche anterior, Ballesteros y Raquel habían mantenido una corta y amigable charla antes de acostarse. Las tensiones surgidas la última vez que cenaron juntos parecían haberse desvanecido. Sin embargo, Ballesteros no sabía de qué manera podían haberle afectado a la joven los hechos vividos aquella misma tarde y no hizo ningún intento de acercarse a ella ni dejó caer ninguna insinuación antes de que se fueran a la cama. Cada uno a la suya.

Recordó su discusión con Paco y reconoció con remordimiento que su amigo llevaba parte de razón, no se podía ir espiando a la gente sin más ni más. Ballesteros se repetía a sí mismo que no lo había hecho por curiosidad morbosa sino para proteger a Paco. Si no hubiera aflorado ningún trapo sucio en la vida de Tanya, él no habría dicho nada, habría roto el informe y olvidado el asunto. Tras descubrir que Tanya se dedicaba a la prostitución o a una de sus variantes, sintió la obligación moral de contárselo a su amigo. Aquella había sido su manera de razonar. El tiro le había salido por la culata, como suele decirse, y había abierto una profunda grieta en su amistad. Hasta la tarde en la que discutieron, él no había visto lo obvio: Paco estaba enamorado como un adolescente. Lo único que podía hacer era dejar pasar el tiempo y esperar que las aguas desbordadas volvieran a su cauce.

Ballesteros salió de la ducha, se secó y se puso una camisa limpia y traje oscuro. No solía usar corbata. Raquel no había dado señales de vida, la puerta de su habitación estaba cerrada y supuso que seguiría durmiendo. No corría ningún peligro allí, ni creía que la joven sintiera miedo cuando despertara. Cogió un bloc de notas y escribió con un bolígrafo: “Buenos días Raquel: He tenido que ir al trabajo, puedes prepararte desayuno con lo que encuentres en la nevera y armarios. He preparado café, lo puedes calentar en el microondas. Si necesitas cualquier cosa, llámame. Un saludo. Raúl.” Cogió su abrigo y se dirigió a su bufete.

Aquella mañana no tenía ninguna vista señalada ni le correspondía el turno de guardia y se dedicó a repasar algunos asuntos pendientes. Antonio Torres, el procurador con el que solía trabajar, le llamó a media mañana para comunicarle que le acababan de notificar la sentencia del juzgado de lo penal en el asunto de malos tratos contra Derek Neumann. Le anticipó el fallo por teléfono y le dijo que se dirigía a su despacho para llevarle copia de la sentencia. La jueza había declarado la absolución del acusado.

La resolución no era firme y cabía que la abogada de la mujer interpusiera recurso de apelación; no obstante, con el fallo en la primera instancia favorable y sin la acusación del fiscal, era improbable que la Audiencia Provincial revocase la sentencia y también que la letrada que defendía a la presunta víctima fuera tan temeraria de interponer el recurso. Ballesteros telefoneó a su cliente y le comunicó el resultado favorable a la vez que le aconsejaba que recurriera a la vía civil para interponer una demanda de divorcio y, si era posible, de mutuo acuerdo.

–¿Qué quiere decir de mutuo acuerdo? –preguntó Derek Neumann.

–Pues simplemente que tu mujer y tú os ponéis de acuerdo en quién se queda en el hogar familiar y quién se va, a quién de vosotros se atribuye la guarda y custodia de los niños, que normalmente será a ella; la pensión que tendrás que pasar a los niños y los días que ellos estarán bajo tu cuidado –explicó Ballesteros de la forma más sencilla que supo.

–¿Y si yo no le quiero pasar ninguna pensión a ella?

El abogado percibió que su cliente hablaba con la lengua trastabillada y lo atribuyó a una ingesta de alcohol matutina. No resultaba precisamente el remedio para calmar los nervios. Sin embargo, no dijo nada, él era simplemente su abogado, no su médico ni su consejero espiritual.

–Mira, Derek, la pensión no será para ella, será para tus hijos y te repito que lo mejor es que lo hagáis de mutuo acuerdo. El resultado al final va a ser muy parecido y os vais a ahorrar un año de pleitos y gastos de abogados y procuradores. Lo mejor es que olvides lo que ha pasado y que en el futuro podáis solucionar los temas hablando. Será lo mejor para vosotros y también para los niños.

–¿¿Cómo me voy a olvidar que he pasado una noche en la cárcel y que me han llevado a juicio como maltratador?! La sentencia ha dicho que soy inocente, pero seguro que a algún conocido que hable con mi mujer le quedará la sospecha de que yo sea un maltratador de mujeres. Eso no se arregla con una sentencia. ¿No la puedo denunciar yo a ella por haber puesto una denuncia falsa? En Alemania...

Ballesteros tuvo la tentación de colgar el teléfono. Sabía que la guerra de la pareja acababa de empezar y le desagradaban los conflictos conyugales. A su cliente no le bastaba haber sido declarado inocente, quería vengarse de su mujer, arruinarle la vida.

–Derek, date por contento –le cortó el abogado–, podía haber sido mucho peor. Intenta relajarte y no empeores las cosas. Ya sé que el sistema penal español no es el mejor del mundo. Posiblemente en Alemania sea mejor. En Alemania casi todo es mejor, pero estamos en España.

–Sí. Estoy pensando volver a mi país. Y para el divorcio, ¿serás tú mi abogado?

–No. No me dedico a asuntos civiles. Te recomendaré uno de confianza. Tengo que dejarte. Ya hablamos en otro momento.

Ballesteros se sentía cansado de Derek Neumann, de sus clientes en general y de su profesión. Aunque en las películas de tema judicial, el abogado era la estrella que conseguía la absolución de su cliente con un demoledor alegato final, en el escenario de la justicia española el abogado era el último mono. En las declaraciones en comisaría, estaba supeditado a las directrices de los policías y, en los juzgados, estaba sometido a las reglas escritas y no escritas que imponían jueces, secretarios y funcionarios. Sin contar las pretensiones absurdas de muchos clientes, quienes creían que por el hecho de pagar la minuta tenía que ceñirse a sus instrucciones, como si fuera un decorador de interiores que realiza una reforma por encargo. No existía la figura del abogado rebelde que se enfrentaba al aparato judicial esgrimiendo la Constitución y las leyes. Su

trabajo principal lo realizaba en su bufete o en su casa, repasando la jurisprudencia y los pormenores del caso, los fallos y defectos en la investigación que podían significar la ilegalidad de alguna prueba contra sus clientes y, consecuentemente, la absolución de estos. Únicamente en el juicio oral tenía el letrado algún protagonismo. Cierto que cobraba más en un día normal de trabajo que lo que ganaban policías, funcionarios y jueces juntos, y esto compensaba en parte el estrés al que estaba sometido. También generaba envidias y ansias de desquite entre muchos de los actores del teatro de la justicia.

Por otra parte, el Derecho le gustaba. Aún con los defectos que siempre tendrían las leyes, como cualquier otra cosa hecha por el hombre, consideraba que la humanidad había avanzado hacía una mayor justicia y equidad. Se había abolido la esclavitud, las mujeres tenían los mismos derechos que los hombres (al menos legalmente), las guerras habían disminuido (al menos en los países occidentales), había una mayor tolerancia hacia los inmigrantes, homosexuales y resto de minorías. Incluso había un presidente negro en Estados Unidos, cosa absolutamente impensable cinco décadas antes cuando los blancos tenían bares y autobuses de línea exclusivos para no mezclarse con los negros. Y en todo este proceso de avance consideraba que las leyes habían tenido un papel decisivo. Sí, el Derecho le gustaba, lo que no soportaba era la gente con la que tenía que tratar: clientes coléricos, funcionarios apáticos y jueces endiosados. Necesitaba unas vacaciones. Miró el calendario y contó que quedaban casi siete meses para que llegara el mes de agosto.

Zarco mojó una galleta en la taza de Cola Cao y se la llevó a la boca cuando el sonido del interfono le sobresaltó. Dirigió una rápida mirada al reloj de la cocina colgado en la pared para cerciorarse de la hora y comprobó que indicaba las doce y veinte. A aquellas horas de la noche sólo una persona podía presentarse sin previo aviso en su domicilio: Xicu. Y eso también significaba que tenía alguna información importante. Descolgó el telefonillo y preguntó mecánicamente quién era aunque conocía la respuesta.

–Ábreme –era la voz de su amigo.

–¿Crees que son horas?

–¡Los genios nunca dormimos!

–Los genios dais la lata –respondió Zarco al tiempo que apretaba el botón del portero automático para abrir la puerta del edificio. Sabía que detrás de la fachada de genio que pretendía dar su amigo se escondían multitud de complejos y que su incapacidad para encontrar un trabajo normal le había conducido a volcarse en el mundo de la informática. En cierta manera, Zarco se veía reflejado en Xicu: los dos eran solitarios, misántropos y dedicados a profesiones (si podía calificarse así la forma en la que ambos se ganaban la vida) que se salían de los márgenes habituales. Fue a su habitación, cogió la Glock y la dejó en un cajón de la cocina.

Xicu subió las escaleras a grandes zancadas y en menos de un minuto se presentó en el segundo piso, en el que se hallaba la vivienda y despacho del detective. Entró en el apartamento y se dirigió a la cocina, donde encontró a Zarco dando un sorbo de su taza.

–¿Te apetece un Cola Cao? –preguntó el detective–. Yo tomo uno cada noche, antes de ir a dormir.

–No, gracias, solo he venido a traerte la información que buscabas. Luego iré a dormir. Llevo casi 48 horas sin pegar ojo, lo que quiere decir que te va a costar novecientos eurazos.

–¿Por un día y medio de trabajo?

–Hay gente que gana eso en una hora.

–Y otros no lo ganan en un mes.

–Alex, no regatees. Dijiste que era muy urgente y te he traído todo lo que buscabas en un tiempo récord. Correo electrónico del médico y de su mujer, tarjetas, cuentas bancarias y claves para acceder. Incluso podrías sacarle los novecientos euros a él para pagarme. Y sabes que es precio de amigo.

–Lo sé, Xicu. Estaba bromeando. Ahora no tengo en metálico, te lo doy mañana –el detective visualizó su cuenta en el banco en la que tenía poco más de mil euros. Al día siguiente le diría a Xicu que le pagaría su trabajo en dos plazos, o le pediría a Raquel un anticipo de sus honorarios. Ninguna de las dos opciones le resultaba agradable pero todavía menos la de quedarse en números rojos. Aunque últimamente había realizado varios encargos que le habían reportado los consiguientes emolumentos, se había comprado un sofisticado ordenador y algún artilugio espía que le habían dejado la cuenta con el saldo justo para los gastos mensuales. Todavía estaban a mitad de mes y la cuota de la hipoteca no se la pasarían hasta primeros de febrero. Antes de quince días necesitaba ingresar alguna cantidad.

–No hay problema –dijo Xicu tendiéndole un folio lleno de apuntes–. Aquí tienes las direcciones de correo electrónico del médico y de su mujer y sus claves. También sus cuentas bancarias. Se accede con el número de DNI y la clave que te he apuntado. Ahí podrás entrar como si fueras el propio usuario y también podrás ver los movimientos de sus tarjetas. Procura no hacer muchas consultas porque queda grabada la última visita y se pueden dar cuenta de que alguien ha entrado. Si tienes que ver sus cuentas, entra una sola vez y, si puede ser, a altas horas de la madrugada, para estar seguro de que él o ella no se conecten. En su correo hazlo de la misma manera, intenta sacar toda la información que puedas con una única visita. En Facebook, Twitter, y demás redes sociales no he entrado, son foros públicos y creo que tú buscas alguna información que no esté a la vista de todo el mundo. Si tienes alguna duda, llámame.

–Lo que no acabo de entender es que pueda acceder a las cuentas del banco. ¿Puedo hacer algún traspaso?

–Lo normal es que para realizar un traspaso el banco utilice medidas de seguridad adicionales, como enviar una contraseña al teléfono móvil que tenga registrado. En cualquier caso, si lo hicieras, te pillarían. Si traspasas dinero a una cuenta tuya, por poner un ejemplo, sería muy fácil de rastrear. En un par de horas podrían detenerte. Únicamente valdría la pena hacer una transferencia por un importe muy grande a una cuenta tuya en el extranjero y subirte a un avión nada más hacerlo. En cualquier caso, supongo que los bancos tendrán mecanismos de alerta para verificar los movimientos de grandes cantidades de dinero. En resumen, que será mejor no intentes sacarle dinero al médico. Te cogerían a ti y luego a mí.

–No te preocupes, Xicu, no tenía intención de hacer un traspaso a mis cuentas, era simple curiosidad por saber dónde están los límites para invadir la vida ajena. Hoy en día, tenemos acceso a casi todo a través de estos artefactos –dijo Zarco señalando la pantalla de su ordenador personal.

Se despidió de Xicu y miró impaciente el reloj de la cocina. Señalaba las doce y cuarenta minutos. Se preparó un café soluble con bastante azúcar a fin de despejarse y se sentó frente a la televisión. Su cuerpo no estaba habituado a la cafeína y sabía que un solo café le mantendría despierto toda la noche. Debía esperar hasta las dos y media o tres para poder entrar en el correo y en las cuentas de Roberto Gomis y de su esposa, María Ribas. Además, para mantener los márgenes de seguridad, debía entrar una sola vez en cada correo y en cada cuenta, según le había indicado Xicu. Así que calculó que podría pasearse por los campos informáticos de aquel matrimonio durante tres horas y media, desde las dos y media hasta las seis de la mañana. No creía que nadie madrugara tanto, salvo que padeciera insomnio.

A las dos de la mañana, Zarco, aburrido por las espera y por la programación de televisión, a la vez que impaciente por franquear la intimidad informática de Roberto Gomis, decidió no posponer el momento de conectarse. No cumplir el horario que se había fijado no era la actitud de un buen profesional, pero como se decía a sí mismo a menudo, los humanos somos humanos. Mientras tecleaba la contraseña para colarse en la cuenta del banco de Roberto Gomis, se preguntaba si realmente funcionaría. En su fuero interno aún no acababa de creer los milagros que obraba Xicu, a pesar de haber visto los suficientes en los años que duraba la colaboración entre ambos. Apretó la tecla “Intro” y contempló maravillado como accedía a las cuentas del cirujano plástico. A primera vista no vio nada extraño. El saldo reflejaba poco más de 30.000 euros en una cuenta corriente y una hipoteca en la que faltaba por amortizar 52.336’54 euros. Entró en el

detalle de las compras y pagos hechos con la tarjeta y tampoco vio ningún gasto fuera de lo común: un vuelo a Madrid, dos noches de hotel, varios cargos de una estación de servicio, alguna compra. Zarco se sintió decepcionado. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Un pago con la tarjeta que tuviera como concepto “asesino a sueldo”? En cualquier caso, pensó el detective, no habría de examinar las cuentas actuales, sino los gastos que hiciera en la fecha de los dos primeros asesinatos, a primeros de mayo del pasado año. Cabía una posibilidad remota de rastrear sus pasos a grandes rasgos. Un pago hecho en un establecimiento cercano al lugar en el que dispararon contra Santiago Cañas o cerca de la casa en la que mataron a Ana López y a una hora coincidente, podía situarlo en la escena de los crímenes. Tras varios intentos logró encontrar el camino para abrir el extracto bancario correspondiente al mes de mayo de 2012. Tampoco descubrió nada. Los gastos normales de hipoteca, recibos y poco más. Intentó ver los movimientos de la tarjeta de crédito durante ese mes, pero no encontró la manera de hacerlo.

Abrió la página de Yahoo y entró en el correo. Escribió el nombre del usuario, robertogomis33, y tecleó la contraseña que le había facilitado Xicu. El detective comenzaba a desanimarse. Tal vez la información que hallara resultase tan infructuosa como la encontrada en el ordenador de Ana López. Además tendría que justificar ante Raquel y Ballesteros un gasto de novecientos euros y un delito contra el secreto de las comunicaciones a cambio de ninguna información útil. En la bandeja de entrada se indicaba que había cuatro mensajes sin leer, dos de ellos parecían propaganda de empresas farmacéuticas y otros dos, con los nombres de Josu Zulaika y Joan Vives, parecían de amigos. En cualquier caso, si hubiera mantenido algún contacto extraño en los últimos tiempos podía perfectamente haber borrado los mensajes. Una pequeña pestaña en el margen izquierdo indicaba que no había algún contacto de la agenda conectado en aquel momento. Zarco se sintió nervioso. Solo faltaba que alguno de los amigos de Roberto Gomis estuviera conectado a aquellas horas y viera que su correo estaba activo y quisiera chatear con él. En ese caso, debería desconectarse rápidamente. Abrió algunos de los mensajes recientes dirigidos a particulares y no descubrió nada importante. El doctor Gomis parecía asiduo a una página de contactos con mujeres pero nada lo relacionaba con crímenes o actividades ilegales. Fue retrocediendo páginas hasta llegar a correos enviados en abril de 2012. No encontró ninguno dirigido a Ana López. A primeros de mayo encontró uno que titulaba: “un éxito”. Lo abrió y comenzó a leer. Parecía dirigido a un amigo personal y le decía que el trasplante de riñón de su mujer había sido un éxito, que había que esperar el postoperatorio para que no hubiera rechazo y que tal vez pudiera su mujer verse por fin libre de la esclavitud que suponía diariamente la máquina de diálisis a la que tenía que conectarse. La fecha del correo era de 5 de mayo. Zarco levantó la vista para dirigirla a la pizarra de plástico en la que había ido apuntando con rotuladores de colores los hechos relevantes de su investigación y vio que todo arrancaba el 2 de mayo, la fecha en la que murieron Santiago Cañas y Ana López. Recordó el rostro compungido de la viuda de Santiago Cañas mientras le decía que su marido era donante de órganos. Hizo una foto a la pantalla de ordenador y seguidamente imprimió el correo remitido por el médico. Por otro lado, Teresa había sido la última persona que vio a Ana López con vida y dijo que ésta iba en compañía de un médico. Todo encajaba.

Ballesteros y Raquel López miraban fijamente a Zarco que sonreía con un aire de triunfo que trataba de disimular. A pesar de que el detective no había dormido, rebosaba vitalidad. Raquel y Zarco se hallaban sentados en los sillones de cuero y al otro lado de la elegante mesa de roble del bufete estaba el abogado.

–He descubierto la conexión –dijo Zarco con calma.

–A ver, Alex, eso me has dicho por teléfono, ¿puedes darnos más detalles y decirnos qué has descubierto?

Ballesteros permaneció en silencio esperando la explicación del detective.

–Lo intentaré –respondió Zarco mirando alternativamente a Raquel y al abogado–. Como sabéis, desde el principio he barajado la hipótesis de que los dos primeros asesinatos tenían que estar relacionados. A la enfermera creo que la mataron con posterioridad porque había visto o descubierto algo. En fin, no podía ser casual la muerte violenta de dos personas con unas horas de diferencia y que, además, esas dos personas hubieran mantenido un contacto, aunque fuera efímero. ¿Cuál era el nexo? El lugar donde habían coincidido estas dos personas: el hospital de Can Misses. Sin embargo, Cañas y tu hermana –dijo mirando a Raquel–, no se conocían, nos faltaba el móvil. Y creo que eso es lo que he encontrado.

No me preguntéis cómo, pero tuve acceso al ordenador del doctor Roberto Gomis, que sabemos que había mantenido una relación sentimental con Ana. El caso es que el doctor Gomis también tiene relación con Cañas: a la mujer de Gomis se le trasplantó el riñón al día siguiente de fallecer Cañas, que era donante de órganos. Así pues, Gomis es el punto de conexión entre Cañas y Ana.

–Eso no demuestra nada –intervino Ballesteros–. Quizá se haya aprovechado de su condición de cirujano para colar a su mujer en la lista de trasplantes, pero de eso a matar a un hombre hay mucha diferencia.

–Puede que no tenga pruebas de lo que digo, y las pocas que tengo no podrían utilizarse en un juicio, pero sabemos dónde tenemos que dirigir la investigación.

–Alex, no te ofendas, pero yo tampoco veo la lógica –dijo Raquel–. ¿Qué pretendes decir? ¿Que el doctor Gomis le pegó tres tiros a ese pobre hombre para que su mujer recibiera un riñón? Me parece un poco exagerado. Y, además, tampoco entiendo por qué iba luego a matar a mi hermana.

–Tu hermana lo descubrió –dijo Zarco, quien comenzaba a notar el cansancio de haber pasado toda la noche frente a la pantalla del ordenador–. Ahora no puedo explicarme correctamente, no he dormido en toda la noche, pero tiene que existir un nexo. No puede ser casualidad la tercera muerte, la enfermera, amiga de tu hermana y que también trabajaba en el hospital. Teresa nos dijo que vio a tu hermana en compañía de un médico el día que la mataron. ¿Quién nos dice que no era Gomis?

–Teresa dijo que vio a mi hermana con un médico con cara de antipático y al que no conocía. Gomis no encaja. Por un lado, no tiene cara de antipático, aunque hay que reconocer que un poco

sí lo es. Por otro lado, lleva trabajando bastante tiempo en Can Misses y en la especialidad de cirugía plástica. Teresa trabajaba en la UVI y lo conocía seguro.

–¿Y qué explicación tienes para los cincuenta mil euros que Cañas sacó del banco aquella mañana? ¿Qué objeto tenían? –preguntó Ballesteros.

Zarco permaneció mirando al suelo pensativo. No tenía respuesta. Era consciente de que se había precipitado elaborando teorías y no había atado todos los cabos. El descubrimiento de una mínima conexión entre el médico y Cañas le había bastado para lanzar una serie de hipótesis sin verificar. Se había dejado llevar por la euforia y por su animadversión hacia el cirujano y no había analizado todos los detalles del asunto. La única hipótesis válida sería la que aclarase todos los pormenores, no bastaba una idea general. Ahora se estaba adueñando de él un bajón de ánimo. ¿Y si no había sido todo más que un cúmulo de casualidades? ¿Y si todo ocurrió como dijo la Guardia Civil? A Cañas lo mató un pistolero profesional y a Ana López un ladrón que entró en su casa.

–Quizá los cincuenta mil no tienen nada que ver con el crimen. Podía tratarse de una pura coincidencia que ese día sacara bastante dinero del banco –protestó Zarco con escasa convicción.

–No tiene lógica –dijo Ballesteros–. En cualquier caso, los cincuenta mil deberían aparecer por algún lado y, hasta el momento, no se sabe qué hizo Santiago Cañas con ese dinero ni el motivo de que lo sacara del banco ese día. Por otra parte, si el doctor pretendía aprovechar los órganos de Cañas, tampoco tiene sentido pegarle tres tiros en el pecho. Según dicen, las balas no le tocaron los órganos vitales de milagro. –En un tono paternalista añadió–: Deberías dormir un poco, luego lo verás todo con mayor claridad.

–Alex, te acompaño a casa –dijo Raquel apoyando su mano en la rodilla del detective.

–Creo que he hecho el ridículo con mis investigaciones –dijo Zarco cariacontecido y pensando que no podría cargar a Raquel y al abogado los novecientos euros que le había pedido Xicu. Y a primeros de mes le pasarían la mayor parte de los recibos: teléfono, hipoteca, seguridad social, etcétera. Se sentía desanimado y agotado. También se sentía molesto por el tono de conmiseración empleado por Ballesteros, tratándolo como a un chiquillo al que el adulto reprende con indulgencia.

–No has hecho el ridículo, Alex –dijo Raquel–. Lo que has averiguado no está nada mal. No veo tarea fácil conseguir tanta información, pero la hipótesis de que un médico mate a tres personas por conseguir un riñón es inverosímil.

–Tenéis razón, me he precipitado, pero estoy seguro que ese médico oculta algo y ha intervenido de forma directa o indirecta en la muerte de Ana –dijo Zarco cabizbajo–. Me voy a dormir unas horas. No hace falta que me acompañes, Raquel, aunque gracias por el ofrecimiento.

A mediodía Ballesteros recibió una llamada de su exmujer. Era extraño que le telefonara por la mañana y presintió que no le iba a comunicar ninguna buena noticia. Ella se lo dijo sin preámbulos. Habían detenido a su hija junto a otros tres chicos y una chica.

–¿No estaba en el instituto? –preguntó Ballesteros.

–Debía estar, pero no, si hubiera estado en el instituto no la habrían detenido.

–¿Y por qué la han detenido? ¿Robo?

–No, estaban fumando porros.

–Eso no es un delito.

–¡Ya saltó el abogado! –Ballesteros hizo un esfuerzo por no replicar. Él tampoco se libraba de los conflictos matrimoniales ni después del divorcio—. No es un delito, pero en lugar de estar en clase estaba en un parque fumando porros.

–Entonces, ¿por qué hablas de detenciones?

–¡Yo qué sé de esto! Los policías locales les han encontrado algo de droga y les han dicho que les iban a poner una multa.

–Sí, eso es cierto, una multa y ya está.

–¿Cómo que ya está?!

–Perdona, pero cuando me has hablado de detención pensé que sería algo peor...

–¿Te parece poco?

–No, desde luego tendremos que hablar seriamente con Julieta. Tiene que pensar qué va a hacer con su vida. Es la puñetera adolescencia.

–Llevamos varios años echando la culpa de todo a la adolescencia. Supongo que nuestra hija también tiene algo de culpa. Y creo que nosotros también –Yolanda remarcó el pronombre “nosotros” de manera que Ballesteros pudiera entender que la primera persona del plural se podía sustituir por la segunda del singular, es decir, “tú”. Tú también tienes algo de culpa. Tú eres el guay, el comprensivo. El abogado se notó a punto de explotar. Aún recordaba su irritación tras la conversación con Derek Newman, un marido cabreado con el que resultaba imposible razonar y ahora sufría en carne propia a una histérica ex.

–Ahora lo importante no es encontrar culpables sino soluciones –dijo esforzándose en controlarse.

–¡Ya estás tú con tus frases! ¡Habla con tu hija!

Ballesteros escuchó con enojo el zumbido intermitente que indicaba que Yolanda había colgado el teléfono sin despedirse y sin darle tiempo a él para decir algo. Yolanda se ahogaba en un vaso de agua, se dejaba llevar por la histeria y exageraba las cosas hasta el extremo y Ballesteros, pese a ser consciente de la situación, no podía evitar que le contagiara su nerviosismo como si fuera una gripe. El abogado, como antídoto contra el virus de la histeria, minimizó el problema. ¿Acaso no había fumado él algún porro de joven? ¿Acaso no era más perjudicial para la salud el alcohol que el hachís? El fumador de porros solía ser una persona relajada y pacífica mientras que el bebedor solía ser eufórico y agresivo. Solo había que mirar las hordas de ingleses borrachos que en verano llegaban a San Antonio y se liaban a destrozar habitaciones de hoteles o a descuajar los

retrovisores de los vehículos. Ballesteros estaba a favor de la legalización de las drogas. Aunque su posición sobre este tema, publicada en una entrevista en el Diario de Ibiza, le había generado discusiones con colegas suyos y críticas por parte de familias de afectados, seguía manteniendo sus convicciones. La historia demostraba que la prohibición no impedía que la gente siguiera consumiendo y sí que generaba mafias que se enriquecían con el contrabando de sustancias prohibidas. El paradigma podía ser la Ley Seca en los Estados Unidos. ¿En qué se basaba el legislador para permitir el juego y el alcohol, que arruinaban vidas y familias, y no permitir el consumo de hachís o marihuana? ¿Acaso no veían los estados que legalizando las drogas acabarían con las mafias y organizaciones de delincuentes que se lucraban con el comercio de sustancias no legales? ¿Acaso no sabían que el tráfico de drogas era el segundo negocio más lucrativo a nivel mundial, después del tráfico de armas, y que su legalización acabaría con la crisis económica de los países occidentales y permitiría un mayor desarrollo en los países del tercer mundo? Evidentemente tendría que hablar con su hija, pero no lo haría como padre autoritario sino comprensivo. Le diría que no veía mal que fumara porros en sus ratos de ocio, los fines de semana. Al fin y al cabo, su hija iba a seguir fumando hachís o bebiendo cerveza aunque él se lo prohibiera. Otra cosa distinta era hacer novillos en el instituto para fumar porros. También le advertiría de los efectos nocivos para la salud tanto del tabaco como de los porros y del alcohol, aunque ya sabía la contestación de su hija (“si es tan malo para la salud, ¿por qué bebes y fumas tú?”) para la que no tendría contestación salvo reconocer que cada uno tiene sus propias contradicciones. Sí, a grandes rasgos, le diría algo de este cariz. Abogado y padre de una adolescente; no se lo deseaba a nadie, salvo a su ex. Volvió a mirar el calendario. Los siete meses que faltaban para sus vacaciones se le iban a hacer muy largos.

Zarco permaneció dos días sumido en una depresión. Se hallaba en el fondo de un pozo en el que había estado muchas veces y, aunque le resultaba un lugar conocido y sabía que saldría de él, en aquellos momentos no veía un resquicio de esperanza. Se sentía inestable y al borde del precipicio. Pasaba horas tumbado sobre la cama de su dormitorio intentando conciliar el sueño sin conseguirlo. Intentó releer una novela de Agatha Christie pero no se concentró en la lectura y después de cinco minutos sin pasar de la primera página dejó el libro sobre la mesita. Ciertamente muchas veces se había sentido deprimido sin motivo aparente. Al fin y al cabo, los humanos tenemos nuestra importante parte de química. Un bajón en los niveles de litio y nos deprimimos. Pero, además de desmoralizado, se sentía humillado. La investigación de los crímenes le había puesto en contacto con el mundo y él no estaba preparado. Ahora se daba cuenta. Su trabajo como detective, hasta el momento, no había requerido relaciones sociales, salvo con el cliente que lo contrataba. Él se limitaba a seguir y espiar a sus objetivos con sofisticadas cámaras de fotos y equipos de grabación, instalaba aparatos de vigilancia en sus domicilios o se colaba en sus ordenadores con la ayuda de Xicu. En estas ocasiones, Zarco permanecía en el anonimato. Los sujetos espiados no conocían su cara, ni siquiera su existencia.

Era invisible y, por ello, inmune. La investigación de los asesinatos le había obligado a enfrentarse con el mundo, con la estupidez, la maldad y el egoísmo humanos. Los miembros del sexo masculino con los que había mantenido contacto, lo habían menospreciado y pisoteado. Comenzando por el sargento Ferrando, un picoletto de la vieja escuela; el idiota presumido de Fran, el ex de Ana; luego el doctor Roberto Gomis, un cirujano altivo y soberbio; también le molestaba la actitud condescendiente de Ballesteros, como si estuviera un escalón por encima de él. Una cuadrilla de homófobos y ególatras.

Por desgracia, sus investigaciones y su fallido intento de resolver el caso no lo habían ayudado. Hubiera supuesto su particular venganza. Meter en la cárcel al cirujano engreído y resolver el caso en el que había fracasado el sargento Ferrando, con todo un equipo de policías y con el respaldo del poder judicial. Y donde también había fracasado el abogado. Pero las cosas no salían tan bien en la vida real como en nuestra imaginación. Intentó recordar los fundamentos de filosofía budista que en muchas ocasiones le proporcionaban paz y serenidad. Ahora se sentía mal por culpa de su ego. Si no diera tanta importancia a su propia persona, los sentimientos de vergüenza y humillación desaparecerían. Al fin y al cabo, Alex Zarco no era más importante para el cosmos que un mosquito o un microbio. Sin embargo, sus reflexiones tampoco le trajeron la calma que buscaba. En ocasiones había estado cerca del nivel de sabiduría que implica la aceptación de todo cuanto existe, incluido uno mismo. Un plano superior en el que se encuentra la felicidad. Sin embargo, las veces en las que había estado a punto de coronar la cima de la montaña, no lo había conseguido, se había dejado atrapar por las pequeñeces diarias que le incubaban sentimientos negativos: el vecino que no saluda cuando te cruzas con él en la escalera, el automovilista que no respeta el paso de peatones, el ciudadano que no recicla la basura, los innumerables casos de corrupción política que aparecían diariamente en los periódicos; todo esto, le provocaba sentimientos de rabia, odio e impotencia que le hacían rodar pendiente abajo y

alejarse de la paz espiritual. Se sentía como Sísifo empujando la piedra montaña arriba, sabiendo que volvería a rodar pendiente abajo. En aquellos momentos querría destruir, cometer un atentado, decirle al individuo que no reciclaba la basura que era un capullo inconsciente e insolidario y al vecino que, como respuesta al cortés y educado “buenos días” de Zarco, respondía girando la cabeza en silencio, gritarle “gilipollas, mamón”. Luego, más sereno, intentaba desechar estos sentimientos negativos. Y en ese movimiento pendular, entre la búsqueda de la serenidad budista y sus arrebatos de agresividad, discurría el día a día del detective. Recordó su internamiento en el hospital, diez años atrás, víctima de una crisis nerviosa. El primer día, lo recluyeron en una habitación acolchada para evitar que se causara lesiones a sí mismo y en los días siguientes lo atiborraron con tranquilizantes que lo mantenían aletargado.

Sin embargo, como afirman los optimistas, cada experiencia adversa aporta un beneficio. Y en aquel recinto lleno de almas en pena que pasaban los días sedados, Zarco descubrió una nueva afición: la lectura de novelas policíacas. Y allí se fragó su idea de convertirse en detective. Ese proyecto de futuro y Agatha Christie le ayudaron a mantener la ilusión, la esperanza y el juicio durante los seis meses que estuvo internado. Desde que le dieran el alta, se había mantenido cuerdo gracias a la práctica del kárate y a la medicación diaria, que junto con su trabajo constituían los tres pilares de su vida. Recordó una frase de su psiquiatra unos días antes de darle el alta: “Si los humanos expresáramos de viva voz todos los pensamientos que pasan diariamente por nuestra cabeza, la gran mayoría estaríamos internados en un psiquiátrico. Todos tenemos ideas raras, miedos, fantasías y locuras. Lo que diferencia a las personas cuerdas es que reprimen estos fantasmas”. Desde luego, Zarco mantenía una lucha diaria con sus espectros y voces interiores, que pugnaban por aflorar. No había eliminado sus propios fantasmas, pero había aprendido a convivir con ellos. Cada noche, antes de dormir, miraba bajo la cama y abría los armarios para comprobar que nadie se había ocultado durante su ausencia. Y cada mañana, antes de salir de casa, escudriñaba la calle, oculto tras la cortina de una ventana, para cerciorarse de que nadie aguardaba su salida. Estos hábitos paranoicos se habían convertido en rutina y los realizaba automáticamente a diario. Pero no les daba mayor importancia, era como quien cuenta los escalones o los pasos que hay desde su portal hasta el coche.

Fue al cuarto de baño, sacó del armario un frasco de cristal marrón, lo abrió girando la rosca y sacó dos pastillas, se las llevó a la boca y las tragó con un vaso de agua. Se miró en el espejo del baño y vio a un individuo descuidado, con el pelo alborotado y ligeramente grasiento, ojeras y barba de tres días. Se afeitó y se metió bajo la ducha. Se secó al calor de la estufa y se puso ropa limpia. Comenzaba a sentirse mejor, como si el agua caliente de la ducha le hubiera quitado la suciedad adherida a su piel y permitiera que su interior respirara con desahogo. Quizá fuera el efecto de la pastilla extra que se había tomado. El caso era que, tras dos días sumergido en las turbias aguas de la depresión, parecía estar saliendo a flote. No se daría por vencido. Aún no había dicho su última palabra. Investigaría a fondo al doctor Gomis. Le faltaba comprobar si conducía un vehículo de color blanco como el que les había seguido a él y a Raquel. También podía comprobar el resto de pacientes que se habían beneficiado de trasplantes con los órganos de Cañas. El reloj de la cocina señalaba las once y media. Volvió a mirar la pizarra de plástico. Ante él aparecían dos opciones: volver a visitar al doctor Gomis y chantajearlo amenazándole con contar a su esposa su relación con Ana López; o visitar a Isabel González, la viuda de Santiago Cañas, al lado de cuyo nombre había envuelto en un círculo trazado con rotulador rojo dos

palabras: “oculta algo”. Abrió el cajón de la mesita, cogió la Glock y la metió en el bolsillo interior de su abrigo. Salió a la calle, se acercó a su moto, se ajustó el casco, se enfundó los guantes y condujo su *scooter* hasta la calle en la que se hallaba el domicilio de la viuda de Cañas. Al menos, era la única persona, junto a Raquel, que lo había tratado con amabilidad en las últimas semanas.

Ballesteros se encontró con un parroquiano inesperado en el bar Ses Botes en el que desayunaba habitualmente. El sargento Ferrando ocupaba un taburete y leía el Diario de Ibiza desplegado sobre la barra. Ballesteros fingió no ver al guardia civil, pidió su acostumbrado zumo de naranja y zanahoria, seguido de un café con leche y unas tostadas con mantequilla y mermelada. Cogió la comanda y se sentó a una mesa.

–Puedo hablarle un momento.

Ballesteros levantó la vista al oír la voz y vio al sargento Ferrando sosteniendo una taza de café.

–¿Qué quiere? –preguntó el abogado con hostilidad. No guardaba rencor al sargento por sus rencillas pasadas, su trato altanero en la comandancia, cuando interrogaron a Eduardo Ribas, o el posible chantaje al que sometió a su cliente para que confesara. Aquello eran gajes del oficio. Cada uno desempeñaba un papel en el teatro de la justicia, ya fuese de policía, juez, fiscal o abogado. Lo que sí molestaba a Ballesteros es que alguien le interrumpiera aquel momento de calma matinal en el que comenzaba a planear la jornada de trabajo saboreando su desayuno y su café.

–¿Puedo sentarme? Es importante.

–Siéntese, pero en breve tendré que ir al despacho. Estoy citado con unos clientes –respondió Ballesteros, que comenzaba a estar ligeramente intrigado por la actitud del guardia civil.

–Lo que voy a decirle no es nada agradable. Se trata de su detective.

–¿Se refiere a Zarco?

–Sí, me refiero a Alex Zarco. Según me dijo le había contratado usted para investigar el asesinato de Ana López. Se ve que usted no quedó satisfecho con el resultado del juicio, lo que puedo entender. ¿Cómo se le ocurrió contratarlo? ¿Lo conocía usted con anterioridad?

–Fue la propia hermana de Ana López quien lo contrató. Se conocían de su época de estudiantes. Pero según me ha dicho, usted no venía a interrogarme sino a informarme de algo.

–Sí. No se impacienta. Hace unos días, el señor Zarco vino a verme al puesto de Santa Eulalia. Lo cierto es que no sé bien qué es lo que quería. No sé si vino a compartir alguna información relacionada con el tiroteo de Santiago Cañas, a intentar que yo le informara de algo o a qué vino. El caso es que no me dio buena espina. Ya sabe, todo eso que se habla del instinto de los policías, de ese sexto sentido que desarrollas después de años conviviendo con psicópatas, asesinos y mentirosos compulsivos. El caso es que hice averiguaciones y el señor Alex Zarco padece de esquizofrenia. Estuvo ingresado más de seis meses en un hospital psiquiátrico de Palma.

–Desde luego, es un tipo raro, pero no creo que fuera capaz de matar a alguien. No sé si Raquel sabrá que estuvo en un psiquiátrico. ¿Hace cuánto tiempo estuvo ingresado?

–Hace ya algunos años. Después de acabar sus estudios universitarios y antes de ponerse a jugar a los detectives.

–Lo que me está contando es sorprendente, pero no veo dónde quiere ir a parar. Zarco puede haber padecido esta enfermedad y estar recuperado en la actualidad y llevar una vida normal o

casi. Capeando el temporal, como intentamos la mayoría.

–Esta enfermedad no se cura, es crónica, además de grave. Y se caracteriza por delirios, alucinaciones y alteraciones de la conducta.

Ballesteros recordó la teoría que les había expuesto el detective unos días atrás, acusando al médico de haber cometido los asesinatos. Sin embargo, no expresó sus pensamientos en voz alta. Prefería dejar hablar al guardia civil.

–Sigo sin ver qué pretende usted –dijo Ballesteros.

–¿No lo ve? Zarco es el asesino de Cañas y, posiblemente, de Teresa. Padece un tipo de esquizofrenia caracterizado por un desdoblamiento de la personalidad. Es el doctor Jeckyll y *mister* Hyde. En su caso es el detective y el asesino. Su sueño era ser un gran detective, no dedicarse a espiar a maridos infieles. Y para ello necesitaba un asesino al que perseguir. Y si no lo había, se lo tenía que inventar.

–¿Quiere decir que mató a Cañas en un ataque de locura?

–Sí, aunque, más que un ataque, yo diría que lo de Zarco es un estado de locura, de enajenación. Creo que es el responsable de la muerte de Santiago Cañas y también de la enfermera a la que apuñalaron hace unos días. Esta mañana solicitaré en el juzgado de guardia una orden de entrada y registro en el domicilio del detective. No sé si encontraremos algo. Posiblemente se haya deshecho de la pistola con la que disparó a Cañas, pero cabe la posibilidad de que la conserve. Este tipo de enfermos pueden ser muy astutos, pero su conducta, en ocasiones, no se ciñe a patrones lógicos. Ven la realidad con un prisma diferente.

–Le agradezco que confíe en mí, sargento. Sin embargo, Zarco parece un tipo inofensivo, incapaz de matar a una mosca, y menos a un ser humano.

–No se fie de las apariencias. Le ingresaron en el psiquiátrico por agredir a sus padres. Y practica artes marciales, es cinturón negro de kárate –Ferrando hizo una pausa y mirando fijamente al abogado continuó hablando–: No le he contado todo esto simplemente para informarle, quiero que vigile al señor Zarco y, si nota algo raro, me avise inmediatamente. Por otro lado, manténgase alerta. Es extremadamente peligroso y no sería descabellado que pudiera matar de nuevo.

–¿Y qué me dice del homicidio de Ana López Demichellis? ¿No cree que pudo cometerlo también Zarco? Parece que los tres crímenes tienen una conexión con el hospital Can Misses.

–El asesinato de Ana López ya está resuelto. El autor, como usted bien sabe, fue juzgado y condenado. Quizá este asesinato inspiró a Zarco el de la segunda enfermera. Creo que esto nos lo tendrán que explicar los psiquiatras.

Ballesteros contempló cómo el sargento salía del bar caminando erguido y la puerta que se cerraba tras él. Telefonó a su despacho y dijo a su secretaria que aplazara las citas concertadas para aquella mañana. Urgía hablar con Raquel. No estaba convencido de que el guardia civil tuviera pruebas sólidas contra Zarco, pero no sobraría informar de sus conjeturas a la joven. Marcó su teléfono y se citaron en una terraza de la plaza del Parque.

A aquellas horas de la mañana los locales abrían sus puertas y había poca gente. Ballesteros informó a la joven de las sospechas del sargento, tratando de reproducir fielmente las palabras de este y sin aportar ninguna valoración propia. Raquel miraba con preocupación creciente al abogado a medida que avanzaba la historia. Ballesteros acabó su relato con una pregunta:

–¿Sabías que Zarco había estado ingresado en un psiquiátrico?

–Sí, lo sabía....

–¡Joder! –interrumpió Ballesteros–. ¿Y no me dijiste nada?

–Fue hace muchos años. Sé que estuvo ingresado. Desde luego no sabía que padeciera esquizofrenia. Pensé que se trataba de una crisis de ansiedad o algo así –hizo una pausa–. Zarco siempre fue especial, por decirlo de alguna manera. En la Facultad de Psicología era el raro de la clase. Yo era su única amiga. No sé si ya te has fijado en que tiene dificultades para comunicarse con la gente, pero, por otro lado, considero que es un hombre cariñoso, honesto e incapaz de cometer un crimen. Sé que lo ingresaron poco después de acabar la carrera. Sin embargo, tiene una mente analítica excepcional y, con todas sus rarezas, ha sido capaz de buscarse una profesión que le encanta. ¿Cuántas personas conoces tú que puedan decir que les gusta su trabajo?

–Un pirómano también puede disfrutar quemando un bosque. El problema puede ser que su trabajo solo sea fruto de su imaginación, o de sus delirios de esquizofrénico. ¿Recuerdas el día que lo llevaste por primera vez a mi despacho y comenzó a fantasear sobre sus casos importantes?

–Puede que sea un poco fantasma, eso lo reconozco –concedió Raquel–. De todas maneras, Raúl, ¿hasta qué punto te merece confianza el guardia civil? En el juicio sobre la muerte de mi hermana, tú mismo le acusaste de haber chantajeado al hombre que detuvieron para que confesara un crimen.

–El exceso de celo puede llevar a algunos policías a tomarse ciertas licencias. Eso no quita que pueda tener razón en este caso.

–Es paradójico que el exceso de celo, como dices tú, les lleve a quebrantar la ley. Yo no me fiaría al cien por cien. Según su versión, Alex pegó tres tiros a ese hombre y, siete meses después, acuchilló a Teresa.

–Justo cuando comenzamos a investigar la muerte de tu hermana.

–¿Y quién mató a mi hermana? ¿El hombre al que han condenado?

–Quizá Zarco también mató a tu hermana. Él te conocía y podía especular que podías contratarlo. O, si no le hubieras avisado tú, tal vez se habría presentado él ofreciéndote sus servicios.

–No puedo creer que Alex tenga alguna relación con la muerte de Ana. –En el rostro de la joven se dibujó una expresión de incredulidad y de preocupación–. Tenemos que aclarar este asunto. Y la única forma es reunirnos tú y yo con Alex. Ni siquiera tenemos la seguridad de que estuviera en Ibiza cuando se cometieron los dos primeros asesinatos.

–Tienes razón, pero yo tomaré precauciones por si las moscas. Si Ferrando tiene razón, Zarco puede ser peligroso. ¿Tienes alguna pistola o algún arma de defensa?

–¡No es muy normal poseer una pistola en este país! Lo único que tengo es un spray de pimienta que compré hace varios años. No sé si estará caducado.

–Yo, en tu lugar, lo probaría. –El abogado reflexionó unos instantes, recordando un detalle que le rondaba la cabeza–. ¿Tú viste el coche que os perseguía hace un par de tardes?

–No lo llegué a ver. Zarco me advirtió que nos seguía un coche y no me atreví a girarme para verlo. Tampoco quería que nuestro perseguidor se diera cuenta de que lo habíamos descubierto.

–O sea, que no lo viste –murmuró Ballesteros.

–¿Qué quieres insinuar?

–Me parece evidente, Raquel. Zarco fue el único que vio ese coche; quién nos dice que no es una invención para desviar las sospechas, o una paranoia de las tuyas.



Alex Zarco aparcó la moto entre dos coches frente al portal en el que vivía Isabel González. Se quitó el casco, volvió a presentarse al interfono como había hecho unos días antes y subió hasta el piso de la viuda de Santiago Cañas. La casa estaba más limpia y ordenada que en la anterior visita del detective y solo un cenicero con algunas colillas y una mediada copa de vino señalaban la decadencia de la dueña.

–¿Ha averiguado algo? –preguntó la mujer. Parecía más sobria, lo que también podía ser debido a que aún no eran las doce del mediodía.

–Algo. ¿Ha visto las noticias en estos últimos días?

–¿Se refiere a la muerte de la enfermera? –respondió ella con otra pregunta.

–Sí.

–¿Y qué tiene que ver eso con la muerte de Santi? No le veo ninguna relación.

–Está claro que tiene que haberla, aunque para ser sincero aún no la he descubierto –el detective pensó que a cada pregunta que le planteaba a la mujer ella le respondía con otras dos. Y ciertamente tenía un pequeño deje en el acento que parecía indicar orígenes gallegos. Alguien dijo que en todas las generalizaciones hay grandes errores, pero, desde luego, también había gran parte de verdad–. ¿Es usted de Galicia?

–Sí. Nací en Ourense, pero de niña vine a Ibiza. ¿Lo dice por el acento?

Zarco pensó que realmente lo había notado por su forma de replicar a sus preguntas con otra nueva pregunta.

–Sí. No se le nota mucho, pero tiene un deje. ¿Su marido también era gallego?

–No. El había nacido en Ibiza. Su familia era de Úbeda, en Andalucía.

–Me dijo que su marido era donante de órganos...

–Sí, lo era.

–¿Sabe usted quiénes fueron los receptores de sus órganos?

–Yo firmé lo que tenía que firmar y ya está. Me parece morboso querer conocer a alguien que tenga un órgano de mi marido. No entra en mis esquemas mentales –Zarco se percató de que la mujer se sentía confiada a su lado y necesitaba desahogarse. Daba la impresión de que se había aislado del mundo y necesitaba tender un puente. Notó cierta corriente de simpatía que emitía aquella mujer hacia su persona y pensó que se trataba del efecto relajante que se producía cuando su interlocutor, ante ciertos gestos del detective que denotaban timidez y retraimiento, como fijar su mirada en el suelo, consideraba hallarse en un plano superior o, cuando menos, libre de amenaza. Zarco era consciente de la conmiseración que provocaba y no le molestaba cuando se hallaba frente a una mujer. Caso distinto era cuando quien le trataba de manera benevolente era un macho alfa, un neandertal o un cazurro, términos que básicamente consideraba sinónimos.

–¿Conoce usted a un doctor que se llama Gomis?

–No, el que operó a mi marido se apellida Arroyo, aunque tampoco estoy muy segura. ¿Le apetece beber algo? ¿Un vino, una cerveza, un vaso de agua? –preguntó la mujer.

–Un vaso de agua estaría bien.

–¿No le importa que fume? –inquirió nuevamente Isabel mientras se dirigía a la cocina y cogía una botella de agua y un vaso que acercó a la mesa a la que estaban sentados.

–Evidentemente está usted en su casa y puede fumar lo que quiera.

–También entiendo que a alguien le pueda molestar el humo del tabaco –dijo mientras llenaba el vaso de agua y se lo ofrecía al detective.

–Gracias. ¿Le puedo hacer una pregunta personal? –dijo Zarco.

–Pregunte. Si considero que es indiscreta no le contestaré –respondió ella mientras vertía vino blanco en un vaso y se lo llevaba a los labios.

–Se trata de algo que dijo usted y que se me ha metido en la cabeza. Le doy vueltas, pero no acabo de descifrarlo. La anterior vez que estuve aquí usted dijo algo acerca de que cada persona paga por sus pecados, pero que precisamente su difunto marido estaba libre de pecado. ¿Qué quiso decir exactamente?

Isabel permaneció un instante en silencio. Su rostro se ensombreció y su mirada se veló. Dio un trago largo de vino blanco.

–No quise decir nada más que eso, que Santi era una buena persona, que no había hecho daño a nadie, al menos a sabiendas –la respuesta sonó en los oídos del detective falsa o como una verdad a medias, lo que también resultaba una mentira a medias. Isabel con gesto nervioso prendió un cigarrillo e inhaló el humo con una profunda calada. Parecía a punto de derrumbarse.

–¿Está segura de que eso es todo lo que quería decir? No quiero ser grosero ni pesado, pero permítame insistir. La impresión que me dieron sus palabras es que la muerte de su marido era el pago por un pecado. Si no fue él...

–¿Usted no ha hecho nada de lo que se arrepintiera alguna vez? ¿Algo que le remuerda la conciencia? –preguntó la mujer con la lengua ligeramente pastosa y esbozando una sonrisa forzada que se quedó en una extraña mueca.

–Claro, uno de mis deseos, que creo que no se cumplirá, sería vivir otra vida para rectificar los errores que he cometido. Algunos de forma voluntaria y otros de forma involuntaria.

La mujer le miró fugazmente, sopesando a aquél individuo que le despertaba compasión al tiempo que daba muestras de tener una aguda capacidad de observación. Ella se sentía destrozada desde la muerte de su marido y había pasado varios meses sometida a una dieta diaria de alcohol y tabaco que había ido en aumento con el paso del tiempo. Estaba a punto de derrumbarse. Quizá necesitaba sacar su veneno, confesar la culpa que la corroía y que no le permitía un minuto de paz.

–Sí, yo tengo varios pecados. Soy una mujer despreciable y cobarde. ¿Sabe? Su idea de volver a vivir otra vez, no me parece mala. Yo me conformaría con poder volver a vivir los dos últimos años...

–Seguro que usted exagera. Nos conocemos poco, pero creo que sé juzgar a las personas y es usted una mujer sensible y honesta –dijo Zarco sabiendo que el halago siempre surtía sus frutos.

–Hasta las mujeres honestas pueden ser deshonestas en ocasiones.

–No creo que sea para tanto.

–¿Pensaría usted que le fui infiel a mi marido?

–Pues yo hubiera jurado que no. Sin embargo, la experiencia me ha enseñado que cualquier persona puede ser infiel si se dan las circunstancias adecuadas, es decir, si encuentra a la persona adecuada en el momento adecuado...

—Él no era la persona adecuada, lo fui yo. Santi y yo llevábamos toda la vida juntos, desde el colegio. Allí nos hicimos novios y nos juramos amor eterno. Nos hicimos adultos y nos casamos. Él había sido el único hombre en mi vida. Cuando cumplí los treinta y tres me cayó encima la idea de que estaba envejeciendo. Empecé a ver las primeras canas que, gracias a dios, se podían teñir, y las primeras arrugas. Conocí a un hombre en el trabajo. Ya le digo, visto con el tiempo, no era gran cosa. Eso sí, muy guapo, atlético, el típico que despertaba comentarios del sexo femenino allí donde fuera. Y lo gracioso es que él empezó a fijarse en mí, a halagarme, a piropoarme. Después de casi quince años de vida en común con Santi, nuestra vida sexual había quedado reducida a la mínima expresión. Sentí la necesidad de experimentar cosas nuevas. Y, ya le digo, él era muy atractivo.

—Hasta aquí, parece una historia de lo más comprensible, no debería culparse por ser humana y tener deseos.

—Puede que tenga razón, pero las cosas se complicaron. Un fin de semana fui con dos amigas a la Península. Ellas iban de compras y yo aproveché para reunirme con mi amante —Zarco se percató de que Isabel omitía el nombre del amante. Las dudas cruzaron la mente del detective. ¿Tendría el amante algo que ver con la muerte de su marido? Al fin y al cabo, aparte del dinero, el impulso pasional era uno de los móviles más comunes para cometer un crimen. ¿Le había hablado ella a la Policía de su amante? Sin embargo, se abstuvo de preguntar y dejó hablar a la mujer—: Una noche, la víspera de regresar a Ibiza, él y yo salimos a cenar en Denia, bebimos bastante vino y nos dirigíamos en coche a un hotel. Yo conducía distraída por el vino, también iba pensando en el cuerpo de mi amante y estaba excitada. De repente, al girar una esquina me topé con una mujer que cruzaba la calle por un paso de cebra. No pude reaccionar y le di un fuerte golpe. Vimos que se quedaba con las piernas en la carretera y el cuerpo sobre la acera. Me entró el pánico. Pensé que si paraba, me harían la prueba de alcoholemia y daría positivo. También Santi se enteraría de que yo estaba con otro hombre. ¿Cómo iba a explicárselo? Mi amante me dijo que nos fuéramos rápido, que pararíamos en una cabina telefónica y daríamos aviso al teléfono de urgencias para que la atendieran rápidamente. En realidad, ya la habíamos atropellado y nosotros no éramos médicos, no podíamos hacer nada. Bueno, podíamos dar la cara, que es lo que habría hecho una persona decente, pero nos entró el miedo y huimos. Sí que paramos en la primera cabina telefónica que encontramos y dimos aviso del accidente para que fuera una ambulancia v—Isabel hizo una breve pausa para llevarse el vaso de vino a los labios y dar una calada a su cigarrillo—. Pensamos que lo mejor era aparcar el coche e ir en taxi al hotel, pero mi amante se dio cuenta de que el coche tenía un ligero bollo en una de las esquinas del morro y que uno de los intermitentes se había roto. ¿Qué explicación daríamos si nos paraba la Policía? Además el coche era el todoterreno de mi marido y también tendría que explicarle a él por qué tenía un golpe, así que decidimos fingir un accidente con otro coche. Pero, claro, podría ser que al conductor del otro vehículo se le ocurriera avisar a la Policía y nosotros queríamos pasar desapercibidos. Así que le dimos un golpe pequeño a un coche aparcado, lo justo para hacerle un pequeño bollo y le dejamos nuestro teléfono de contacto en el parabrisas. Nos interesaba tener una excusa para el caso de que a la mañana siguiente, que teníamos que coger el barco hasta Ibiza, la Policía o la Guardia Civil investigara el accidente. El golpe con el coche aparcado era nuestra coartada. A la mañana siguiente, conduje el todoterreno de mi marido hasta el barco, muerta de miedo. Cualquier gesto de los encargados de ordenar los vehículos en la bodega del buque me parecía sospechoso, pero

no ocurrió nada. Cuando volví a Ibiza le conté a mi marido que había tenido un pequeño accidente. Él dijo que si no había daños personales no tenía ninguna importancia. Además teníamos asegurado el coche a todo riesgo. El propietario del otro vehículo me llamó, me agradeció lo cívica que había sido por no darme a la fuga sin dejarle aviso y dimos parte al seguro.

—¿Sabe que le ocurrió a la mujer que atropellaron?

—No quise saber nada. Estuve un par de días sin ver la televisión ni leer los periódicos por si decían algo. Quería fingir que no había ocurrido, al menos que no me había ocurrido a mí. Quería engañarme a mí misma. Tampoco volví a acostarme con mi amante, quería borrar cualquier cosa que pudiera recordarme lo peor que había hecho en mi vida. Pensé que si no hubiera tenido ganas de follarme a un adonis nada de aquello habría ocurrido. Él intentó que nos viéramos de nuevo pero lo rechacé. Lo cierto es que tampoco insistió mucho, cosa que le agradecí —hizo una pausa para dar un sorbo de vino y prender un cigarrillo—. ¿Sabe lo más curioso del caso? Mi marido lo descubrió.

—¿Que tenía un amante?

—No. Descubrió que el accidente del coche había sido diferente a la versión que yo le di. Un par de días antes de que lo mataran llegó una noche muy serio a casa y me preguntó qué había ocurrido aquél día con el coche. No lo decía en tono de reproche ni me preguntó con quién iba, quería saber qué había pasado realmente. Yo le dije la verdad, es decir, le conté todo tal como se lo he contado a usted, excepto que iba acompañada por otro hombre. Santi, no se lo tomó a mal, me dijo que me tranquilizase, que no pasaría nada. En aquél momento, me sentí tan sorprendida, que simplemente le expliqué lo que había ocurrido, al menos para mitigar la montaña de mentiras que había levantado entre nosotros. Sin embargo, luego le estuve dando vueltas y no lograba saber cómo podía haberlo averiguado varios meses después de que ocurriera el accidente. La única explicación que se me ocurría era que mi amante se lo hubiera contado, ya que nadie más sabía lo del atropello, pero ésta era también una hipótesis rebuscada. No tendría sentido que él fuera a hablar con Santi y le dijera que había tenido una aventura conmigo y que habíamos atropellado a una mujer y huido como ratas. Le he estado dando vueltas desde entonces y todavía no entiendo cómo llegó a saberlo.

—¿Por qué no se lo preguntó?

—No quería sacar el tema. Era algo de lo que me sentía culpable y tampoco sabía si Santi conocía la existencia de otro hombre. Pensé que cuanto menos hablara del asunto correría menos riesgos y también sería más fácil olvidarlo todo por fin.

—¿Les contó a los guardias civiles que investigaron la muerte de su marido la existencia de un amante?

—No. Le puedo asegurar que él no tuvo nada que ver con la muerte de Santi. Para llegar a matar a alguien hay que estar enamorado y ni él ni yo lo estábamos, disfrutábamos del sexo y poco más. No les hablé de él, no quería que mi mierda salpicara la memoria de mi marido.

—¿Cuándo ocurrió el accidente?

—Hará un poco más de un año. Fue a primeros de diciembre de dos mil once, en el puente de la Constitución.

—No se preocupe por lo que pasó, al fin y al cabo fue un accidente.

—Es usted buena persona.

–Cúidese.

Zarco se levantó con movimientos lentos a pesar de que tenía prisa por llegar a su despacho. Necesitaba verificar ciertos datos y contrastar informaciones de fechas. Una vez realizadas estas comprobaciones, si sus sospechas se confirmaban, tendría al asesino. Debía andar con pies de plomo después de su primer fracaso. No parecía serio arrojar acusaciones cada día sobre una persona distinta y, por supuesto, no quería volver a meter la pata hasta el fondo. Si daba otro paso en falso tendría que dejar el caso. No sería capaz de afrontar un segundo error. Pero si a la esposa del sargento Ferrando la habían atropellado durante el puente de la Constitución del año 2011, todo coincidiría por fin.

Raquel salió del ascensor, pulsó el interruptor de la luz de la escalera y se encaminó a la puerta de su vivienda. Metió la mano en el bolso buscando las llaves. Un ligero ruido la alertó de la presencia de otra persona en el descansillo. Levantó la mirada y vio la inconfundible figura de Alex Zarco al fondo del pasillo. Estaba sentado en el segundo peldaño de las escaleras que conducían al piso superior, con la planta de los pies descansando sobre el rellano y los antebrazos apoyados en las rodillas.

–¡Lo tengo Raquel! –dijo al tiempo que se incorporaba y se acercaba a ella.

La joven dio un respingo. Sin sacar la mano del bolso, soltó las llaves y sus dedos buscaron el spray de gas pimienta. Aunque ante Ballesteros había defendido la inocencia de su amigo, este se comportaba de manera extraña. Tenía los ojos brillantes y las pupilas dilatadas, como si estuviera bajo el efecto de alguna droga. ¿Y por qué se presentaba en su casa sin previo aviso? Su tacto reconoció el pequeño envase cilíndrico y con un movimiento imperceptible de sus dedos le quitó la capucha. Lo apretó fuertemente contra la palma de su mano y colocó el índice sobre el botón pulverizador del spray de pimienta.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que tienes? –preguntó, intentando mantener la calma.

–Sé quién mató a tu hermana y cometió los otros dos asesinatos. Estaba equivocado, no fue el doctor Gomis...

–Alex, perdona si te muestro mi escepticismo. Hace unos días acusabas al doctor. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–He hecho nuevas indagaciones y ahora encajan todos los detalles. Sé por qué disparó a Cañas. La muerte de tu hermana y de Teresa fueron daños colaterales...

–Y según tus nuevos descubrimientos, ¿quién es el responsable de los crímenes? –preguntó Raquel admirándose de su tono sereno a pesar del cúmulo de nervios, fruto del miedo, que la embargaban.

–¡El sargento Ferrando!

–¿Te refieres al guardia civil encargado de las investigaciones?

–Sí. Ya sé que puede sonar a disparate, pero déjame que te explique. ¿Quieres que entremos en tu casa?

Raquel dudó un momento. El spray de gas pimienta era su arma defensiva y escudo protector. Si lo soltaba para sacar las llaves podía verse sorprendida por un ataque repentino del corpulento detective y no podría defenderse. Estaba harta de soportar la tensión y la incertidumbre y decidió enfrentarse a su amigo.

–¿Por qué te has presentado aquí en lugar de llamarme por teléfono? –espetó con acritud.

–Podemos tener los teléfonos pinchados –respondió Zarco confuso por la inflexión violenta de la voz de su amiga–. Es un guardia civil, Raquel, ¿no te das cuenta? ¿Qué te ocurre? Te comportas como si no te fiaras de mí, incluso como si me tuvieras miedo.

La joven pensó que la excusa ofrecida por Zarco no carecía de fundamento, pero no quería dar marcha atrás. Si se veía obligada a utilizar el spray o a correr despavorida prefería hacerlo

cuanto antes. Notó que la mano que sujetaba el envase estaba humedecida por el sudor. Decidió mostrar sus cartas para forzar la reacción del detective.

–Ferrando fue a hablar con Ballesteros y le dijo que tú eras el principal sospechoso de la muerte de Cañas y Teresa. También le dijo que te habían ingresado en un psiquiátrico por agredir a tus padres.

Zarco permaneció un instante paralizado, tratando de asimilar la andanada de acusaciones que contenía las palabras de su amiga.

–No ocurrió así. Yo no agredí a mis padres. –Miró a su amiga con ojos suplicantes–. Mis padres trataban de impedirme que saliera de casa, supongo que con razón, y yo les empujé para apartarlos y les produje alguna lesión leve, pero nunca tuve intención de atacarlos.

–Eso no es lo más importante. ¿Qué me dices de las acusaciones de asesinato?

Raquel notó su mano sudorosa sujetando el espray y los dedos agarrotados. No sabía si reaccionaría con suficiente rapidez. Recordó los consejos que le diera el vendedor del espray. A la vez que apuntaba con el pulverizador hacia la cara de su oponente, debía dar un paso atrás y mantener el brazo estirado para evitar que el gas llegara al rostro de ella.

–¿No te das cuenta Raquel? ¡Pretende incriminarme como hizo con Eduardo Ribas! El día que mataron a Teresa, tú llegaste a mi casa y me dijiste que acababas de hablar por teléfono con ella. ¡¿Cuánto tardaste en llegar a mi casa?! Según dijiste, un cuarto de hora. ¿Crees que tuve tiempo de matarla y volver a mi piso para fingir que no ocurría nada?

La joven contempló a su amigo y evocó la tarde que mataron a Teresa. Recordó la llamada telefónica de la enfermera y su súbita interrupción, sus posteriores llamadas infructuosas y su decisión de salir en busca de Zarco. Desde que se cortó su conversación telefónica con Teresa hasta que llegó a casa del detective no pasaron veinte minutos. Él no tuvo tiempo de ir a casa de la enfermera, apuñalarla y regresar. En ese instante, Raquel vio los hechos con otro prisma y se sintió relajada. Las acusaciones de Ferrando y la repentina aparición de Alex en el rellano de las escaleras habían encendido sus alarmas. Ahora comprendía el motivo de las acusaciones del guardia civil. Su amigo era el chivo expiatorio perfecto. Sus antecedentes psiquiátricos y su fragilidad emocional lo convertían en la víctima propicia. Sacó la mano del bolso, se acercó a su amigo y lo abrazó con fuerza. Zarco no estaba adaptado socialmente y su comportamiento con la gente era torpe e inapropiado. Tenía numerosas rarezas, como la de fijarse en el número 4 que aparecía las matrículas de los coches, incluso otras manías que podían calificarse de paranoicas. Sin embargo, no lo consideraba capaz de disparar a un hombre a sangre fría y menos aún de estrangular a su hermana y acuchillar a Teresa. El miedo le había hecho generar fantasmas. Por otro lado, si las acusaciones de Ferrando eran falsas, confirmaban las sospechas de Zarco y convertían al suboficial de la Guardia Civil en el principal sospechoso.

–Alex, no acabo de ver el motivo que pudiera tener Ferrando para matar a mi hermana y Teresa.

–Ya te he dicho que ellas no eran su objetivo principal. Ya te contaré detenidamente. Ahora deberíamos ir a ver a Ballesteros y preparar una estrategia. No va a ser fácil implicar a un guardia civil.

–Ferrando le dijo a Ballesteros que iba a solicitar una entrada y registro en tu domicilio. ¿Crees que puede estar tratando de involucrarte?

–Desde luego, tiene toda la pinta. Tal vez intente colocar en mi piso la pistola con la que disparó a Cañas, o cualquier otra prueba que me señale como culpable.

–¿Y qué podemos hacer?

–Tengo cámaras de vigilancia en todas las habitaciones. Si no se dan cuenta durante el registro y Ferrando intenta poner algún objeto, su maniobra podría volverse contra él. Le saldría el tiro por la culata.

–Esto es una posibilidad remota. Deberíamos adelantarnos a él. Podemos ir a ver a Ballesteros, nos explicas detalladamente lo que has descubierto y le pedimos consejo para impedir la entrada y registro o para estar presentes y vigilar a Ferrando.

Salieron a la calle y comenzaron a caminar a paso rápido. Se presentaron en el domicilio de Ballesteros con el aliento entrecortado por la prisa con la que habían llegado hasta allí. El rostro de Zarco mantenía una expresión seria. Dejó su pequeña mochila sobre una mesa y pidió un vaso de agua al abogado y lo bebió de un trago junto con una pastilla que sacó del bolsillo de su abrigo. Raquel había informado previamente al abogado, en una breve conversación telefónica mientras iban de camino, de que resultaba materialmente imposible que Zarco hubiera matado a Teresa y que este había realizado nuevas y sorprendentes averiguaciones, sin avanzar más detalles.

–¡A ver, explícate! –instó Ballesteros sin ocultar la irritación en su voz. Aunque Zarco no fuera responsable de los asesinatos, como le había asegurado la joven, no variaba el escepticismo del abogado en lo que se refería a su nivel profesional y su capacidad para descubrir a la persona o personas que estaban detrás de los crímenes. Incluso empezaba a dudar de si los hechos declarados probados en la sentencia que condenó a su cliente respondían a lo que ocurrió realmente. Cierto que existían pequeñas contradicciones, detalles que no encajaban, pero la vida no era un puzle perfecto. No todo se podía explicar o comprender.

–Como bien sabéis –comenzó a explicar Zarco pausadamente, tratando de mantener la calma y no aturullarse–, yo trabajaba con la hipótesis de que los tres asesinatos tenían que estar relacionados. Ibiza es una isla en la que se cometen pocos crímenes y dos muertes seguidas eran demasiada coincidencia. Y si contamos la de la última enfermera, ya son tres las víctimas. Lo que desconcertaba era el método empleado. Cada uno de los asesinatos había sido diferente. El primero en un tiroteo. El segundo, un estrangulamiento después de anestesiar a la víctima con cloroformo y con la apariencia de robo. La tercera víctima fue cosida a cuchilladas. En fin, pensé que detrás no había un individuo normal sino que tenía que tratarse de una banda o de un asesino profesional. En esto no iba desencaminado, pero no de la manera que pensáis.

–Por otro lado –prosiguió el detective–, había un único lugar común, que conociéramos, en el que habían estado las tres víctimas: el hospital Can Misses.

–Zarco –interrumpió Ballesteros impaciente–, dinos quién es tu sospechoso y luego explica el curso de tus investigaciones.

–Paciencia –respondió Zarco ignorando la irritación del abogado–. Como os digo, había un lugar común, por eso, en un primer momento, sospeché de Gomis, el médico, pero también había una persona que había tenido relación, al menos, con los dos primeros crímenes: el guardia civil que había investigado los dos asesinatos y se había ocupado de investigar los robos en la zona de Cap Martinet: el sargento Ferrando.

–Zarco, me estoy perdiendo –dijo Ballesteros con vehemencia.

–Raúl, por favor, déjale que se explique –suplicó Raquel.

–Quizá me estoy explicando de una forma embarullada –continuó el detective sin inmutarse–. Intentaré explicar de una forma cronológica cómo ocurrieron los hechos. Hace poco más de un año, durante el puente de la Constitución de 2011, la mujer de Ferrando fue atropellada por un todoterreno blanco que se dio a la fuga. En teoría, no descubrieron quién lo conducía, pero Ferrando sí averiguó la identidad del propietario. No debía ser muy difícil para un agente del grupo de la Policía judicial hacer averiguaciones en los talleres de los alrededores o incluso se podría conocer la marca y modelo de coche con fragmentos del cristal del intermitente que quedaran en el lugar del atropello. El propietario del vehículo causante del accidente no era otro que Santiago Cañas y vivía en Ibiza. Ferrando pidió el traslado y llegó a la isla un mes antes de la muerte de Cañas. Según dicen sus compañeros cambió de destino por presiones de sus superiores tras un incidente que tuvo con un juez. Yo creo que vino en busca de Cañas.

–¿Y por qué no detenerlo? –preguntó el abogado.

–Tú mejor que nadie sabes lo que pasa con algunos delitos. Realmente había habido un atropello por una mera imprudencia y luego una posible omisión del deber de socorro, pero esto último sería muy difícil de demostrar, ya que los autores del atropello no se desentendieron del todo de lo que habían hecho y llamaron a urgencias por teléfono. En cualquier caso, la pena que podría caerles por este delito posiblemente no superaría los dos años de prisión y, careciendo de antecedentes, no entrarían en la cárcel. Esto le parecía poco a Ferrando que veía diariamente a su mujer en una silla de ruedas, con la vida truncada. El caso es que se citó con Cañas y, sin darle tiempo a explicarse, le pegó tres tiros.

–¿Y los cincuenta mil euros que había sacado aquella mañana del banco? –preguntó Ballesteros.

–Esto fue muy hábil. Creo que en cierta manera he conseguido descifrar cómo funciona la mente del sargento. Tenía dos motivos para pedir el dinero: el primero, para desviar las investigaciones; el segundo, conseguir cincuenta mil euros. De hecho, poco después del asesinato de Cañas, el sargento compró un vehículo adaptado para minusválidos que le costaría gran parte de esta cantidad. Ferrando se puso en contacto con Cañas y fingió pedir una compensación por el atropello. Lo curioso es que Cañas no conducía el coche la noche del accidente, lo conducía su mujer. Cañas recordó que, tras aquél viaje, ella le había hablado de un accidente de poca importancia; así que, como prudente hombre de negocios que era, antes de mandar a hacer puñetas al sargento, habló con su esposa quien le confirmó que las acusaciones del guardia civil eran ciertas. Cañas, no le refirió a su mujer el chantaje y tampoco le dijo a Ferrando que él no conducía el todoterreno la noche del accidente. Pensó que pagando cincuenta mil euros el asunto estaría olvidado. Tal vez pensó que debían una compensación al sargento y a su esposa.

–Como buen hombre de negocios –corroboró Ballesteros–. Esto explicaría el primer asesinato, pero no el de las dos chicas.

–El caso es que, milagrosamente, Santiago Cañas no murió de los disparos y fue operado con éxito. Cañas había visto cara a cara a su asesino y Ferrando no podía permitir que se recuperara. Con la excusa de la investigación se presentó en el hospital. La viuda de Cañas me contó que habló con Ferrando y que le pareció preocupado por el estado de su marido. Desde luego estaba preocupado, pero no de la forma que lo interpretó la viuda. En un momento de descuido debió

entrar en la unidad en la que estaba ingresado Cañas, todavía bajo los efectos de la anestesia, y resultaría muy sencillo taponarle la boca con un cojín para ahogarlo sin dejar huellas visibles.

¿Quién iba a suponer que lo habían asfixiado después de ingresar con tres balas en el cuerpo? La parada cardiorrespiratoria se atribuiría a las heridas de bala.

“Y aquí entra en escena Ana. Ella era la encargada del cuidado del enfermo. Debió ver a Ferrando junto a su cama y fue a llamarle la atención. Él se sintió descubierto y que todo su plan se venía abajo y decidió huir hacia delante. Pudo amenazar a Ana con la pistola o identificarse como guardia civil y pedirle que la acompañara, el caso es que salió con ella del hospital”.

“Teresa nos dijo que había visto a Ana acompañada de un médico con cara de mala leche. Que fuera médico lo supuso la muchacha por estar en el hospital o quizá Ferrando llegó a ponerse una bata para pasar desapercibido. El caso es que a quien vio fue al sargento”.

“Por esa época, Ferrando investigaba los robos de la zona de Cap Martinet y había hecho algún experimento con cloroformo. Él sabía el modo de operar del ladrón, sabía cómo entraba a las casas. Nada más sencillo que anestesiarse a la chica y luego estrangularla y apañar la escena del crimen como si se tratara de un robo más de la serie que estaba investigando”.

“Por orden de Ferrando, se intensificaron los controles en la zona de Cap Martinet y detuvieron al hombre que había estado cometiendo los robos. Vosotros mismos me explicasteis cómo se las arregló para forzar la confesión del pobre drogadicto al que detuvo”.

“También resultaba extraño que en estos dos crímenes se hubieran practicado pocas diligencias de investigación. Apenas se interrogó al entorno familiar de las víctimas, aunque fuera para descartar a los parientes cercanos, que suelen ser los primeros sospechosos. Ferrando era el que dirigía estas investigaciones y el más interesado en que no prosperasen y que se cerraran cuanto antes. En uno de los asesinatos, tenía un falso culpable y el otro quedaría sin resolver y abierto a muchas especulaciones relacionadas con hipotéticos ajustes de cuentas o deudas de juego. Era mejor no remover los asuntos y darlos por acabados lo más pronto posible, para evitar posibles riesgos”.

“Luego queda el tercer asesinato, el de Teresa, del que, en cierta manera, soy responsable. ¿Por qué la mató ocho meses después de los dos primeros asesinatos? Simplemente porque, en un primer momento, no sabía que alguien le había visto salir del hospital con Ana López. Hace unos días, muy orgulloso de mí, fui a ver al sargento y le dije que existía un testigo que había visto a Ana acompañada de un hombre la misma mañana de su desaparición y le revelé la identidad de la pobre chica. Él debió sentir miedo de ser descubierto. Había llegado demasiado lejos para volverse atrás y decidió matar a la única persona que podía delatarlo. Y precisamente la foto de Ferrando había salido unos días atrás en el Diario de Ibiza junto a un reportaje sobre el salvamento de un excursionista inglés. Cabía la posibilidad de que la joven lo reconociera al verlo, como parece ser que ocurrió. La tarde en que fue asesinada, Teresa telefoneó a Raquel. Creo que quería contarle que había reconocido al hombre que vio con su hermana el día que desapareció, pero no tuvo tiempo. Lo que no sé es si dispondremos de suficientes pruebas que lo inculpen. El sargento conoce perfectamente los métodos de investigación policiales y habrá sido precavido. No habrá huellas y de haberlas puede aducir que las ha dejado durante la investigación de los asesinatos”.

–Si se sabe a quién hay que investigar –intervino Ballesteros–, siempre se puede encontrar algo. Él se sentía bastante seguro y puede que no haya sido tan precavido. Habría que hacer una

prueba balística de su arma reglamentaria, se pueden investigar sus cuentas para comprobar de dónde salió el dinero para comprar el vehículo adaptado para minusválidos. También conozco a una fiscal a quien puedo plantearle los hechos y decirle que solicite una orden de entrada y registro en su domicilio. Si fue él, como todo parece indicar, lo demostraremos.’

–¡Y por eso quería culparte él a ti de los crímenes! –exclamó Raquel–. Para quitarse el muerto de encima, nunca mejor dicho. Y perdonad que haya hecho un chiste tan malo. Lo que tenemos que evitar a toda costa es que realice la entrada y registro en casa de Alex. ¡Dios sabe de lo que es capaz de maquinarse esa mente retorcida!

Una voz familiar hizo que Raquel, Ballesteros y Zarco se girasen sobresaltados.

–Muy hábil, detective –los dos hombres y la joven se giraron y contemplaron una silueta en penumbra que se recortaba en el vano de la puerta y que reconocieron al instante. La figura dio un paso y la luz de la habitación la iluminó hasta hacer visibles completamente los rasgos del sargento Ferrando. Llevaba una pistola en cada mano, con el cañón apuntando hacia ellos. La primera duda que tuvo Ballesteros era saber cuánto tiempo llevaba escuchando, si habría oído toda la conversación o solo el final. Zarco recordó que había cogido su Glock y la llevaba en el bolsillo interior de su abrigo, que reposaba en el respaldo de una silla y pensó que le iba a resultar complicado coger el arma con disimulo. Si no reaccionaba, aquella podía ser la última noche de su vida.

–Como ven, el señor detective no es el único que sabe abrir una puerta con un carné de identidad –prosiguió el sargento con voz ronca–. Sin embargo, lo cierto es que le infravaloré. No le creí capaz de descubrir nada. Hubiera sido usted un buen elemento para el grupo de la Policía judicial.

–¿Qué va a hacer? ¿Matarnos a los tres? –preguntó Ballesteros con tranquilidad. Él mismo se sorprendía de no sentir miedo. Realmente le importaba tres cojones que le pegaran un tiro. Tan solo sentiría no volver a ver a su hija. El resto de su vida en la actualidad no valía gran cosa.

–No tengo otra salida –dijo Ferrando acercándose a los dos hombres sujetando las pistolas con indolencia, como si estuviera charlando con tres amigos. Raquel permanecía petrificada en el sillón–. Créanme que lo siento, de la misma manera que sentí lo de las dos chicas, pero tengo una esposa inválida a la que cuidar y no me puedo permitir pasar unos años en la cárcel. Únicamente quería matar al hijo de puta que atropello a mi esposa y la dejó tirada como un perro. ¿Saben? Si se hubiera parado, mi mujer no estaría inválida. La dejó en la carretera y otro coche pasó por encima de sus piernas y le causó una lesión en la espina dorsal.

–Desde luego es una historia trágica, pero creo que está salpicando a muchas víctimas inocentes –intervino Raquel.

–Mi mujer también fue una víctima inocente –dijo Ferrando impasible, como si ya hubiera tomado una determinación en la que no cabía la marcha atrás.

–¿Cree que ella estaría de acuerdo con tantas muertes? –preguntó Raquel.

–Ella no se enterará. Los únicos cabos que quedan por atar son ustedes tres y ya he tomado mis medidas. Mañana habrá una entrada y registro en el despacho del detective y posiblemente encuentren algo. Quizá el resto de los cincuenta mil euros. La pistola que llevo en la mano es la misma que utilicé para disparar a Cañas. Cuando lleguen mis compañeros les encontraran a ustedes dos con un par de tiros de esta arma –dijo señalando con la pistola a Raquel y a Ballesteros– y al detective con un par de tiros de mi arma reglamentaria. Diré que llegué tarde

para impedir que el detective los matara y que no tuvo otro remedio que disparar sobre él. No creo que nadie dude de mi palabra.

–Lo llevaba planeando tiempo. Por eso lanzó las sospechas sobre Zarco.

–Muy listo, abogado. Debió dejar las cosas en su sitio. Ya ve lo que pasa por escarbar en las heridas

–¿Sabe lo más gracioso si se puede usar esta palabra después de tantos crímenes? –preguntó Zarco y continuó hablando sin esperar respuesta–: Que todo empezó por un error suyo. El hombre al que mató no conducía el vehículo que atropelló a su mujer.

–Intentas confundirme con un truco barato. Creo que has visto muchas películas de serie B. El todoterreno era propiedad del tal Cañas y cuando le dije que me tenía que pagar cincuenta mil euros a modo de indemnización para olvidarme del asunto, no rehusó.

Zarco recordó que la viuda de Santiago Cañas le había contado que su marido había descubierto la verdad sobre el atropello. Ferrando le había chantajeado y Cañas no negó ser el causante del accidente para proteger a su mujer. Resultaba una triste paradoja que, después de tantas muertes, el sargento no supiera que la autora del atropello, la persona que desencadenó la ola de crímenes, fue la viuda de Cañas.

En ese momento se escuchó nítidamente el ruido metálico de una llave que se introducía en la cerradura y giraba el pestillo. El cerebro de Ballesteros fue el primero en reaccionar alertado por el peligro. La persona que estaba abriendo la puerta del piso era su hija Julieta. Había quedado con ella para soltarle la charla sobre el tema de los porros. Su mente dejó de funcionar con coherencia y sintió miedo. Hasta hace un momento exclusivamente le había preocupado mantener la dignidad ante una muerte que veía cercana. Él ya había vivido bastante, sin embargo su hija estaba empezando a asomarse al mundo. Le daba igual que fumara porros o que quisiera ser escritora o lo que fuera, en ese momento lo único que deseaba es que siguiera con vida. Quizá él no le había mostrado a su hija el amor que sentía por ella. Se mantenía circunspecto en su trato diario, a sabiendas de que a Julieta no le agradaban las muestras de afecto. No obstante, se sentía capaz de realizar cualquier esfuerzo o sacrificio por el bienestar de su hija. Sin pensarlo se abalanzó sobre el sargento Ferrando a la vez que gritaba a pleno pulmón.

–¡Vete, Julieta, vete!

Ferrando estaba a dos metros del abogado y de Zarco, con ambas pistolas dirigidas hacia un lugar intermedio entre los dos hombres. La reacción de Ballesteros le sorprendió; sin embargo, reaccionó con agilidad dando medio paso hacia atrás y descargando un golpe con la culata de la pistola que sostenía en la mano derecha en el rostro del abogado, de cuya nariz empezó a manar abundante sangre al tiempo que Ballesteros se desplomaba contra la alfombra. Raquel permanecía sentada, atenazada por el miedo. Zarco vio su oportunidad de intentar coger su pistola, pero no sabía si le había quitado el seguro y tampoco confiaba en su habilidad en el manejo de armas. Lo que sabía era que, si había que reaccionar, aquél era el momento. Posiblemente no se presentaría una segunda oportunidad. En un santiamén, dio un paso corto y se puso de perfil frente al sargento con un movimiento rápido y ágil a pesar de su cuerpo entrado en carnes. Levantó la pierna encogida, dispuesto a asestar un *Yoko geri* dirigido a la cabeza del sargento. La patada lateral era la preferida de Zarco, la que más había practicado y cuya técnica dominaba, lo que le permitía concentrar en la pierna todo el peso y la fuerza de su cuerpo. El sargento Ferrando después de propinar el fuerte culatazo a Ballesteros, dejándolo semiinconsciente y con el rostro cubierto de

sangre, observó por el rabillo del ojo que el detective había dado una especie de saltito sin adivinar su intención, lo encañonó con la pistola y disparó a la vez que la pierna de Zarco se dirigía hacia él. Aunque el tiempo real de la acción fueron décimas de segundo, la mente de Zarco ralentizó el tiempo agigantándolo. Notó cómo la bala le alcanzaba en la cabeza y se rompía alguna parte de su cráneo. Pensó que iba a morir en un breve lapso de tiempo. Concentró toda su fuerza mental en la patada, esa fuerza que brota de lo más hondo del ser humano y que nos hace superarnos, sacar fuerzas cuando ya no nos quedan, sabedor de que por primera y única vez en su vida había encontrado aquello de lo que el *sensei* le hablara a lo largo de años de entrenamiento, el *Chi*, la energía, la fuerza interior. La pierna de Zarco se desplegó como un látigo y su pie, puesto de canto, impactó con el cuello del sargento aplastándole la tráquea.

La Policía llegó quince minutos después. Julieta había oído claramente la voz de su padre gritándole que se fuera y luego ruido de muebles cayendo y un estruendo que podía ser un disparo. Salió corriendo escaleras abajo y llamó al 091 comunicándoles que había oído disparos en el domicilio de su padre. Se escondió en un portal cercano y a los pocos minutos llegó un coche de la Policía nacional con las luces giratorias del techo encendidas. Ella les indicó el piso y los dos policías subieron con las pistolas desenfundadas. Encontraron la puerta del piso abierta. No se oía ningún ruido. Cruzaron el vestíbulo en dirección al salón cuyas luces permanecían encendidas y encontraron a tres hombres tumbados en el suelo. Raquel había tenido tiempo de vendar la cabeza de Alex Zarco para evitar la hemorragia. También había colocado un cojín bajo la cabeza de Ballesteros que, aunque permanecía grogui, lanzaba quejidos lastimeros que indicaban que estaba vivo. Los otros dos hombres parecían muertos.

Ballesteros se despertó en una cama del hospital Can Misses sin saber dónde se hallaba. Entreabrió los ojos y supo que no estaba en su casa. Las primeras luces del alba se filtraban a través de las láminas de la persiana. Paulatinamente fue tomando conciencia de que se hallaba en un hospital, aunque no recordaba cómo había llegado allí. Pulsó el botón del llamador que había sobre una pequeña mesita y que estaba conectado a un cable. Le dolía la cabeza y estaba desorientado. Comenzó a recordar fragmentos de lo ocurrido. Ferrando los apuntaba a él y a Zarco con una pistola. Su hija abría la puerta. No recordaba nada más. Necesitaba urgentemente saber qué había ocurrido con Julieta.

Apareció una enfermera pulcramente vestida con una falda blanca que se prolongaba en un peto y, debajo, una camisa azul claro. Ballesteros habló apresuradamente.

–¡Oiga, enfermera! ¿Sabe dónde están mis cosas? ¡Necesito mi teléfono!

–Usted, cuando lo trajeron, no llevaba teléfono –replicó la enfermera.

–Ya, pero necesito llamar a mi hija. No sé si le ha ocurrido algo.

–Su hija estuvo aquí con su mujer. Se fueron por la noche, usted estaba dormido.

Ballesteros se relajó. Si Julieta estaba sana y salva, lo demás era secundario. Debía asistir a las clases en el instituto. Y él no debía encontrarse en estado grave.

–¿Qué me ha pasado?

–Recibió un fuerte golpe y tuvo una conmoción cerebral leve. Perdió el conocimiento y tiene una fractura en el tabique nasal, por eso le hemos puesto esa férula sobre la nariz.

Ballesteros se llevó instintivamente la mano a la nariz y palpó una gasa que la cubría y unos trozos de metal a ambos lados del tabique nasal.

–No se lo toque –recriminó la enfermera.

–¿Puedo mirarme al espejo?

Pasadas unas horas, Ballesteros se hallaba plenamente consciente. Únicamente un punzante dolor localizado en un lugar indefinido de su cabeza le recordaba el golpe sufrido, aunque no podía rememorar los detalles. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo escapó de lo que ya daba por una muerte segura? ¿Dónde estaban Raquel, Zarco y Ferrando? Dos hombres con semblante serio entraron en su habitación. Uno vestía un traje de buen corte y el otro el inconfundible uniforme verde exclusivo de la Benemérita.

–Parece que está ya recuperado. Yo soy Joaquín Cardona, comisario de la Policía Nacional – se presentó el hombre del traje y girándose hacia el que lucía uniforme le cedió la palabra.

–Mi nombre es Leandro Villanueva, teniente-comandante de la Guardia Civil. Queríamos hacerle unas preguntas.

–No entiendo –respondió Ballesteros ligeramente confuso. También le resultaba extraño ver juntos a un guardia civil y a un policía nacional. Aunque ambos eran miembros de las fuerzas del orden, pertenecían a cuerpos diferentes y raramente colaboraban, pues cada uno tenía delimitada su competencia territorial–. Yo no sé lo que ha pasado. No lo recuerdo.

–¡Carajo! ¡Un hombre muerto y al final nadie nos va a contar nada! –espetó el comisario.

–En fin, sabemos que usted goza de buena reputación dentro del gremio –terció el teniente de la Guardia Civil. Ballesteros se preguntó si habrían ensayado el papel de poli bueno y poli malo o les salía de forma natural. ¿No sabían que a estas alturas todo el mundo conocía la estratagema? Era como intentar el timo de la estampita–. Cuéntenos lo que recuerde.

–Sí, lo haré con mucho gusto, pero acabo de oír mencionar un cadáver. ¿Quién ha muerto? ¿Zarco?

–No –intervino nuevamente el comisario–. El señor Zarco permanece inconsciente, gravemente herido, pero vive. Ha muerto un suboficial de la Guardia Civil y no alcanzamos a entender qué carajo hacían ustedes y esa joven de Hacienda juntos y qué les llevó a liarse en una refriega. La joven nos ha contado una historia ciertamente difícil de creer y queríamos corroborarla antes de que usted pueda hablar con ella. No se lo tome a mal.

Ballesteros explicó la historia desde el principio, cuando detuvieron a Eduardo Ribas y lo juzgaron y condenaron por el asesinato de Ana López Demichellis, con la indiscutible ayuda de la confesión que había obtenido el sargento Ferrando. Contaba la historia alternando miradas furtivas al rostro de uno y otro policía, intentando descubrir hasta qué punto les sorprendía o les alarmaba su relato. Les contó cómo Raquel, no satisfecha con el resultado del juicio, decidió investigar la muerte de su hermana con la ayuda de Zarco y del propio Ballesteros. Siguió su relato, contándoles cómo Zarco había encontrado una conexión entre el asesinato de la enfermera y el de un hombre tiroteado que fue operado en el hospital Can Misses. Cómo Ferrando continuó su cadena de crímenes y asesinó a otra enfermera, compañera de Ana López, temiendo que le pudiera reconocer. Y, por último, la irrupción del sargento en el domicilio del propio Ballesteros, pistola en mano y con intención de eliminar los cabos sueltos. Los dos mandos de las fuerzas del orden permanecieron impasibles escuchando la narración del abogado, valorando la veracidad de la historia y la credibilidad que les ofrecía el narrador.

–Lo último que recuerdo –finalizó Ballesteros– es que el sargento nos apuntaba con dos pistolas y escuché que mi hija estaba abriendo la puerta de casa.

–Desde el accidente de su mujer, había perdido el norte –dijo el guardia civil–. Pobre mujer, inválida y viuda y la memoria de su marido mancillada.

–Supongo que tendrá pruebas para afirmar lo que dice –el comisario lanzó esta pregunta en forma de afirmación.

–La mayor prueba es que intentó matarnos.

–Pero solo tenemos su palabra y la de la chica para saber si las cosas ocurrieron como ustedes las cuentan. El sargento no puede defenderse.

–El sargento nos apuntó con dos pistolas y, según dijo, una de ellas la utilizó para disparar a Cañas. Supongo que podrán encontrar las huellas del sargento en las dos armas y podrán comprobar que lo que les estoy contando es la verdad.

–Ciertamente se encontraron dos armas y están examinando las huellas –intervino el guardia civil–. Dejemos a este hombre tranquilo –miró al comisario–. Creo que ya ha tenido bastantes emociones. Como ya sabrá, tendrá que declarar ante el juez. –Hizo una pequeña pausa, como si intentara sacar las palabras con dificultad–. Lo que me gustaría es que la prensa no se enterase de los trapos sucios de Ferrando, no quiero añadir más sufrimiento a su viuda.

–De mi boca no saldrá nada, pero tenga en cuenta que habrá que reabrir el caso de Eduardo Ribas, el hombre que fue condenado por la muerte de Ana López, y hay infinidad de personas que tienen acceso a la información, aparte de nosotros: policías, juez, fiscal, funcionarios del juzgado. Incluso mis vecinos pudieron ver algo. En fin, una larga lista. ¿Puedo irme a casa? Tengo unas ganas increíbles de pegarme una ducha y tumbarme en el sofá.

–Si a los médicos les parece bien, por nosotros no hay inconveniente.

A mediodía dieron el alta a Ballesteros. Antes de irse del hospital intentó visitar a Zarco pero las enfermeras no se lo permitieron. Le informaron de que se hallaba ingresado en la UVI en estado de coma. Salió de Can Misses y regresó a su casa. Se dio una larga ducha intentando no mojar el vendaje que cubría su nariz. Se puso un pijama y se tumbó en el sofá. A las dos comenzó a preparar un sofrito de pimiento, cebolla, puerro y alcachofa para cocinar una fideuá de verdura. Mientras removía las hortalizas con una cuchara de madera, calculó que su hija ya habría salido del instituto y marcó su número de teléfono. Mantuvieron una breve conversación. Ella le dijo que iría a visitarlo por la tarde.

Seguidamente telefoneó a Raquel, quien le resumió lo ocurrido cuando él se abalanzó sobre Ferrando y de qué manera Zarco los había salvado arriesgando su vida. Quedaron en verse a la mañana siguiente. Añadió caldo de un envase de cartón, cubriendo las verduras, y cuando el líquido comenzó a bullir vertió los fideos. Los dejó cocer durante 15 minutos hasta que absorbieron el caldo. Retiró la sartén del fuego y la tapó con papel de periódico. Mientras reposaba la fideuá conectó la televisión y prendió un cigarrillo. Era la hora que las cadenas de televisión nacionales dedicaban a la emisión de las noticias. No le gustaba ninguna de ellas. A todas se les notaba su tendencia política a favor o en contra del actual gobierno. Aunque la postura política de Ballesteros se situaba en el lado conservador, hacía tiempo que estaba desengañado de la casta de los políticos, tanto de un signo como de otro. No había buenos y malos. Todos eran malos. Ningún partido político era inmune a la lacra de la corrupción. Fue cambiando el canal hasta que apareció una atractiva mujer que iba comentando con aire serio y pretendida naturalidad las noticias de aquél día. Comenzó a oír el repetido soniquete que se producía al menos una vez por semana: “Otra nueva víctima de la violencia machista...”. Intentó evadirse de la noticia, aunque dejó sintonizado el canal en el que emitían el telediario. Se dirigía a la cocina cuando una palabra captó toda su atención: Ibiza. La locutora había mencionado la isla de Ibiza. Se volvió hacia la televisión y comprobó que estaban emitiendo imágenes del centro de Ibiza. En ese momento la reportera entrevistaba a un vecino, que afirmaba que el marido era una persona muy agradable y que nunca se hubiera imaginado que fuera capaz de hacer lo que había hecho. El presunto culpable, como lo calificó la locutora, era un súbdito alemán. Ballesteros pulsó el botón rojo del mando para apagar el televisor. No quiso escuchar el nombre del presunto uxoricida. Deseó que no se tratara de Derek Neumann y de hecho creía que de haber sido detenido ya le habría telefonado. Una vez más, demasiadas coincidencias. Imaginó al alemán estrangulando a su mujer o tirándola por la ventana. No había escuchado los detalles. Definitivamente la vida era una puta mierda. Por eso envidiaba a Paco. Para él parecían no existir los problemas que tenemos los humanos, las preocupaciones, la depresión. Vivía en un estado de felicidad que resultaba insultante. Le desconcertaba que alguien pudiera escapar de los problemas de la vida cotidiana que nos atenazan y, frecuentemente, nos ahogan; sin embargo, a su desconcierto se unía el afecto por el amigo y se alegraba de que tuviera esa coraza protectora. Pensó que, por mucho que nos afanemos y luchemos, quizá la felicidad se reduzca a la suerte, lo que los antiguos místicos atribuían a un don divino. Paco sencillamente había nacido con suerte. ¿Dónde se escondía la

suerte? ¿La encontrabas un día y ya te acompañaba toda la vida como una amante fiel? Buscó su teléfono y revisó las llamadas perdidas. No encontró ninguna de su amigo.

Tapó la fideuá con papel de aluminio y se sentó en la terraza, contemplando la calle. No tenía apetito. Apagó el móvil para evitar la posible llamada de Derek Neumann, aunque no había escuchado su nombre en la televisión y no tenía la certeza de que fuera el uxoricida. “El presunto uxoricida”, corrigió con una sonrisa cínica. Había decidido tomarse unos días de descanso. La nariz rota le proporcionaba la excusa perfecta. Podía ir a Menorca y relajarse en una isla que aún conservaba la belleza natural y no había sido tan edificada como Ibiza ni la habían cruzado con macrocarreteras. Podía ir a pescar a una cala virgen y si el tiempo lo permitía tumbarse un rato al sol. Pescar, un paseo, una visita al pueblo por la noche para cenar, tal vez conociera a alguna bella mujer. O bien podía llevar su coche en el barco hasta Denia y conducir por la península sin rumbo fijo, bien en dirección Norte o en dirección al Sur, parando a comer o a dormir en cualquier pueblo pequeño y agradable. La única idea que tenía clara en su cabeza era que necesitaba un descanso y que para conseguirlo debía salir de Ibiza. En la isla lo ataba el trabajo con sus múltiples complicaciones. A sus preocupaciones cotidianas, ahora se añadía el tiroteo en el que había intervenido y que no tardaría en llegar a los medios de comunicación con todos los detalles. Pensó que sin cambiar mucho en apariencia, su personalidad había evolucionado. Veinte años atrás hubiera considerado el hecho de convertirse en un centro de interés mediático como un trampolín en su carrera, ahora solo le suponía una molestia y un estorbo, prefería el anonimato a la fama, su ambición se había transformado en deseo de soledad.

Alguien, no recordaba quién, dijo que lo peor que le puede ocurrir a nuestros deseos es verlos cumplidos y a Ballesteros esta frase siempre le había parecido una tremenda chorrada pretenciosa. Ahora comenzaba a entender el sentido de la sentencia: mientras nuestros anhelos no se cumplen mantenemos una ilusión; en el momento en que se realizan, el tren de la fantasía se detiene y nos quedamos vacíos en la estación, esperando que llegue otro deseo que sustituya al anterior y nos proporcione motivación y fuerza para continuar. En sus años de estudiante, el sueño de Ballesteros era convertirse en un gran abogado y, a ese empeño, había dedicado sus energías y su tiempo. Inacabables jornadas de estudio y de trabajo sin desmayo que se prolongaban hasta entrada la madrugada. Ahora gozaba de prestigio entre sus compañeros de profesión y entre los jueces y magistrados, sin embargo, echaba de menos aquella obsesión suya que le invadía recién levantado y le daba energía durante toda la jornada. Ahora se daba cuenta de que prefería al abogado bisoño e ilusionado que fue un día, en lugar del letrado autocomplaciente en que se había convertido.

El timbre del interfono cortó sus pensamientos autocríticos y casi autodestructivos. Le extrañó que Julieta llegara tan pronto, aunque ciertamente era la persona a la que más deseaba ver en ese momento. Sin embargo, no era su hija quien había apretado el botón de llamada.

Ballesteros abrió la puerta de entrada, la dejó entornada y esperó en el umbral. Oyó los ruidos del motor y los engranajes del ascensor hasta que se detuvo en su piso. La puerta se abrió automáticamente y apareció su amigo, o ex amigo, Paco Marín. Se dirigió hacia él con una media sonrisa de circunstancias que el abogado no supo cómo interpretar. Paco le tendió la mano con indolencia y Ballesteros se la estrechó sin efusión. Ninguno de los dos hombres quería mostrar alegría.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó Paco–. Te he llamado por teléfono pero lo tenías apagado o fuera de cobertura.

–Sí, lo he apagado, quería descansar un poco. Y respondiendo a cómo me encuentro, podría decir que, dadas las circunstancias, bien.

–Por lo que he leído en el diario, estuviste a punto de morir.

–La prensa siempre exagera para vender periódicos.

–¿No es cierto que el detective está en coma?

–Bueno, eso parece. Le han realizado una operación complicada. Tenía un tiro en la cabeza y habrá que esperar. Dicen que las próximas veinticuatro horas serán claves. Desde luego, pinta mal.

¿Te apetece tomar algo? Si no has comido, tengo una fideuá recién hecha. Se me ha ido el apetito después de cocinarla.

–Ya he comido. Si tuvieras un té –sugirió Paco.

–Perfecto, pero si no te importa, prepáralo tú. Tengo un ligero dolor de cabeza. Ya sabes dónde está la vajilla y el agua. Las bolsas de té están en el armario de la derecha. Hazme uno para mí también, *sisplau*.

Paco Marín se dirigió a la cocina. Puso agua a calentar en un cazo y cogió dos tazas en las que colocó sendas bolsas de té rojo.

–Si estás cansado, me voy –dijo levantando la voz para que su amigo le oyera desde el salón.

–No, me alegro de que hayas venido. Siento lo que hice. Sabes, Paco, he estado repasando mi vida y creo que la he desaprovechado totalmente. ¡He cometido tantos errores!

–Todos cometemos errores –respondió Paco, al tiempo que depositaba las tazas en la mesita del salón y ocupaba un sofá frente a Ballesteros–. El hecho de reconocerlo creo que ya dice bastante a favor tuyo. Es más difícil reconocer una metedura de pata que cometerla.

–Te pasas toda la vida aprendiendo y nunca es suficiente.

–Bueno, cuéntame toda esta historia.

–¿Recuerdas que te conté que estábamos investigando el caso de Eduardo Ribas y que habíamos contratado a un detective un poco raro? Ese fue el comienzo.

Ballesteros explicó toda la investigación desde el principio, sin omitir nada. La descripción que hizo de Raquel López Demichellis delató la atracción que sentía hacía la chica. “La putada”, continuó el abogado, “es que discutimos en nuestra primera cita. Además por una chorrada. Y, bueno, también tiene sus defectos: acompaña el Jabugo y el Cabrales con Coca-cola *light*, pero eso se lo podría casi perdonar”.

–¿Cómo se te ocurre discutir en vuestra primera cita?

–¡Ya ves! ¡Salió el puñetero tema de la ley contra los malos tratos!

–Ya sé que crees que es una ley mal hecha, pero no entiendo cómo puedes acabar discutiendo de esto con una chica atractiva.

–Ya, mi intención no era discutir, pero si criticas la ley parece que seas un machista y estés a favor de los malos tratos. A los políticos les interesa más lo políticamente correcto que la verdad. Y, por desgracia, estamos en sus manos. Hoy ha habido un nuevo caso en Ibiza, lo que aviva el fuego. Y para colmo de los colmos creo que era cliente mío. No estoy seguro de que fuera él porque no he acabado de escuchar la noticia. Si pudiera me iría de España a un país civilizado, a Suiza, por ejemplo.

–En todos los sitios cuecen habas –sentenció Paco usando una de esas frases vagas que se pueden utilizar en multitud de ocasiones–. ¿Y crees que se podrá revisar el caso del hombre que condenaron por el asesinato de la enfermera?

–Será complicado, pero posible. Lo condenaron injustamente.

–La verdad es que se podría escribir una novela con esta historia.

## EPÍLOGO

Así surgió la idea de escribir esta crónica que estoy a punto de terminar. Tras mi visita a Raúl sucedieron hechos relevantes que afectaron a alguno de los protagonistas de esta historia y que debo dar a conocer antes de concluir el relato. El más destacado fue la recuperación del detective. Tras varios días en coma, Alex Zarco abrió los ojos una mañana y se reintegró al mundo de los vivos. No sufrió graves daños cerebrales y recuperó el habla y la capacidad motora, lo que, considerando la gravedad de la herida, superó las expectativas de los médicos.

Aunque las fuerzas del orden, especialmente la Benemérita, intentaron que no trascendiera la implicación del sargento Ferrando en las tres muertes ocurridas en Ibiza durante el último año, finalmente acabó saliendo a la luz y se descubrieron todos los entresijos del caso, lo que dio una publicidad inesperada a la agencia de detectives Zarco & Cía. y encumbró a su único miembro. El detective estuvo convaleciente unos cuantos meses antes de recobrar totalmente las fuerzas. Durante este tiempo no paró de sonar su teléfono. Recibía llamadas de periodistas que querían conocer de primera mano la investigación, de conocidos y desconocidos curiosos y de gente que quería contratar los servicios de la agencia Zarco & Cía. En su estado de postración, decidió emplear a un par de ayudantes a fin de poder atender a la avalancha de clientes. Demandaban sus prestaciones no sólo desde Ibiza sino desde Madrid, Barcelona y otras ciudades españolas. A la vista de la prosperidad de la agencia, instaló la sede en un local independiente de su domicilio, en un edificio dedicado a oficinas en el centro de Ibiza y contrató a un atractivo secretario para atender el teléfono y recibir las visitas. También contrató a Xicu, el pirata informático, a jornada completa y con dedicación exclusiva. De esa manera, Zarco se aseguraba la disponibilidad del “genio” y la imposibilidad de que le contrataran otros despachos de detectives. Xicu, al principio remolón a trabajar como asalariado, accedió tras estudiar los pros y contras: perdía libertad pero se aseguraba unos importantes ingresos mensuales y pensó que, pasados los treinta años, la seguridad es un valor tan importante en la vida de un individuo como la libertad. Por otro lado, seguiría dedicándose a la actividad que le gustaba (el pirateo informático) con plena autonomía. Ahora adquiriría total sentido el nombre “Zarco & Cía.”.

El recurso que interpuso Ballesteros para que se revisara la condena de Eduardo Ribas fue admitido a trámite y prosperaron sus pretensiones y, aunque con la lentitud característica del funcionamiento de los engranajes de la maquinaria de la justicia, finalmente salió en libertad. Ballesteros también reclamó para su cliente una indemnización de medio millón de euros por el mal funcionamiento de la Administración de Justicia y los daños y perjuicios causados a Eduardo Ribas. Esta petición fue rechazada en primera instancia, entendiéndose que se había celebrado un juicio con todas las garantías constitucionales y que el fallo había sido congruente con los datos de los que se disponía en ese momento. Finalmente, agotados ya los recursos legales, el Tribunal

Supremo estimó la reclamación, aunque cifró en seis mil euros el importe de la indemnización que el Estado debería abonar a Eduardo Ribas por pasar un año y veintidós días en prisión.

Las relaciones entre Raúl Ballesteros y su hija Julieta mejoraron con una rapidez sorprendente. Podría atribuirse a que Julieta, habiendo visto de cerca la posibilidad de perder a su padre, se diera cuenta de sus verdaderos afectos hacia él; tal vez la conmovió que arriesgara su vida para salvarla a ella; quizá fuera sencillamente cuestión de madurez biológica, dejando atrás el inconformismo y la rebeldía de la adolescencia. Carece de importancia y hasta de sentido buscar el origen de los sentimientos, siquiera para un escritor diletante como quien les habla. Julieta se mostraba abierta y amable con su padre, y él sentía el cariño de una hija que creía haber perdido irremisiblemente. Julieta había descartado su pretensión de convertirse en escritora y mantuvo con su padre una charla sobre su futuro profesional. Ballesteros la aleccionó para que realizara estudios universitarios y escogiera una carrera que realmente le atrajera, ya que posiblemente dedicamos más tiempo en la vida al trabajo que a la familia, amigos o aficiones. La única profesión que no le aconsejaba, basándose en su propia experiencia, era la de abogada y, menos aún, la de abogada criminalista. Unas semanas más tarde, Julieta le dijo a su padre que había decidido estudiar Derecho y especializarse en la rama penal.

Una noche Raúl Ballesteros nos invitó a Tanya y a mí a cenar en su casa. Tanya no sabía que Raúl la había espiado y yo no pensaba contárselo nunca. También vino Raquel. Fue una cena agradable. Raquel era una joven muy atractiva, aunque mantenía un porte serio, que yo identifiqué con estiramiento. Tal vez hiciera buena pareja con Raúl. Por un momento miré a las dos chicas y pensé que Raúl y yo habíamos tenido suerte. Quién nos iba a decir en nuestra época de estudiantes, en la que apenas ligábamos, que a los cuarenta y cinco estaríamos compartiendo la cena con dos jóvenes tan llamativas y sensuales. De haber podido vernos en el futuro sentados a aquella mesa, habríamos tenido más paciencia. Tanya y Raquel se cayeron bien al instante y comenzaron a hablar con fluidez. Raquel relajó su porte estirado y se mostró locuaz y afable. Acabamos la cena ligeramente achispados y Tanya y yo nos fuimos, para dejarlos a solas y porque también teníamos nuestros planes para aquella noche. Al menos, yo los tenía.

—No entiendo nada —me dijo Raúl al día siguiente—. Estuvimos muy bien, creo que había atracción entre nosotros. La acompañé a su casa y nos besamos al despedirnos. Sin embargo, hoy la he llamado y no ha cogido el teléfono y luego le he mandado un *whatsapp* y no lo ha contestado. Y he comprobado que los ha leído.

—No sé, tal vez quiera estar a solas.

—Paco, yo entiendo que quiera estar a solas o que haya quedado con alguien, pero por lo menos debería contestarme, digo yo. No sé qué pensar, lo mismo la decepcioné anoche por no insistir.

—No lo creo. Si realmente le gustas, incluso le habrá parecido original.

—¿Quieres decir raro?

—No, para nada. Casi elegante, diría yo.

—Lo dices para que no le dé vueltas al asunto.

—Lo digo en serio —respondí.

Tres días más tarde, volvieron a quedar. En esta ocasión fue Raquel la que telefoneó a Raúl. Él estaba molesto con ella por no haberle cogido el teléfono, aunque ella sí le había mandado un mensaje disculpándose al día siguiente. A pesar de su enfado, Raúl aún se sentía fuertemente atraído y decidió volver a verla. Estuvieron cenando en Cana María y cuando la acompañó a su casa, volvieron a besarse. Esta vez Raúl insistió en quedarse con ella, al fin y al cabo ya no eran chiquillos. Ella lo rechazó con suavidad y él se marchó a casa sonriendo.

Raúl no quería mostrarse impaciente y esperó unos días antes de telefonarla de nuevo. Ella no respondió a la llamada. El comportamiento de Raquel lo descolocaba. Él no entendía la actitud de la chica y no tenía carácter ni edad para este tipo de juegucitos. Si ella no le respondía sus llamadas o *whatsapps*, él no lo intentaba una segunda vez. Tal vez ella esperaba mayor insistencia por parte de él o tal vez estuviera como una regadera.

A Tanya le caía bien Raquel y entre ellas creció una gran amistad en poco tiempo. Se veían varias veces por semana. Yo evitaba contárselo a Raúl para no avivar su obsesión y tampoco le contaba a Tanya las rarezas de su nueva amiga.

Una noche, Tanya llegó a casa después de haber pasado la tarde con Raquel. Me miró con semblante serio y me dijo que teníamos que hablar. El preámbulo despertó mi inquietud. En unos segundos cruzaron por mi mente varios oscuros augurios. Sin embargo, la apariencia serena de Tanya me tranquilizó por un momento; luego lo vi con claridad: estaba enferma.

–Paco, tengo que decirte algo –repitió.

–Bueno, dímelo. Me estás poniendo nervioso –respondí tratando de no mostrarme brusco.

–Perdona, pero no resulta fácil. –Hizo una pausa–. Me voy.

–¿Te vas? ¿Qué quieres decir? ¿A dónde? ¿Te vas a Rusia? ¿Te vas de esta casa? –Yo estaba irritado.

–Lo segundo. Quiero que nos tomemos un tiempo...

–Por experiencia sé que esa frase quiere decir que hemos terminado. No acabo de entenderlo, creía que nos queríamos. –Una posible explicación cruzó mi mente como un latigazo–. ¿Hay otra persona?

–Sí, hay otra persona.

–Supongo que más joven que yo –repliqué dolido y con cierta dosis de victimismo.

–Sí, es más joven, pero la edad no tiene nada que ver. Tú y yo hemos estado muy bien juntos, la diferencia de edad nunca me ha importado. El único que le da importancia eres tú.

Pensé que eran palabras para no hacerme daño. Su teoría de la edad era muy romántica, pero, a fin de cuentas, se iba con algún treintañero.

–¿Lo conozco? ¿Puedo saber quién es?

–Sí, la conoces, es Raquel. Estamos enamoradas. Ambas lo supimos en el momento que nos vimos por primera vez, cenando en casa de Raúl. Paco, a ti te he querido y, en cierta forma, siempre te querré, pero mis sentimientos hacia Raquel son más fuertes.

Permanecemos en silencio. Traté de asimilar la noticia. Tanya me había dado pistas de sus inclinaciones sexuales que yo no había sabido interpretar porque me resultaba difícil entender la bisexualidad. Mi egocentrismo, pensar que el resto de humanos viven y sienten de la misma forma que yo, me había conducido a grandes equivocaciones a lo largo de mi vida. Esta era una.

–Voy a recoger algunas ropas y el cepillo de dientes y un par de cremas. –dijo–. Mañana vendré a buscar el resto de mis cosas. ¿Quieres que te devuelva la llave ahora?

–No. Llévatela. Si cuando vengas a recoger tus cosas, no estoy, déjala encima de la mesa y cierra con un golpe.

–Iremos a vivir a Madrid. Si vas algún día por allí, espero que vengas a visitarnos –me besó en la mejilla y se encaminó lentamente al dormitorio.

Nada es permanente. La vida es un cúmulo de sensaciones. Ni siquiera nosotros somos los mismos de un año a otro, de un día a otro. Había amado a Tanya, lo mismo que había amado anteriormente a otras mujeres. Sabía que con el tiempo olvidaría a Tanya, de la misma manera que había superado otros sinsabores a lo largo de mi existencia. Salí a la terraza y contemplé las estrellas que se veían nítidamente. Una brisa cálida me envolvió. Recordé los versos de Antonio Machado, desordenadamente: “todo pasa y todo queda”, “caminante no hay camino, se hace camino al andar”, “y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar”.

La voz de Tanya desde el interior llamó mi atención. “Paco, me voy”. Entré nuevamente a la casa. Ella estaba junto a la puerta principal con una pequeña maleta.

–Mañana vendré a recoger mis cosas –me recordó.

–Cuando quieras –respondí.

Se acercó y me abrazó. Permanecimos unos segundos abrazados. Luego salió de la casa. La contemplé desde la puerta de entrada. Subió a su coche, arrancó y comenzó a conducir sin mirar hacia mí.

–Ya te dije que aquella propuesta de hacer un trío no era normal –me dijo Raúl Ballesteros mientras comíamos en la terraza del Club Náutico de Ibiza. Corría el mes de mayo y era un día soleado–. Viendo el lado positivo, te diste cuenta de que no estaba contigo por la pasta.

–Ya. Y realmente prefiero que me haya dejado por otra mujer que no por un hombre. También prefiero que se vayan a vivir a Madrid, creo que será más fácil olvidarla. Hacen buena pareja. Dos chicas jóvenes y guapas. Y nosotros dos carrozas. Más de lo que pensamos.

–Es cierto –reconoció Raúl–. Nos estamos quedando atrás. Y, cambiando de tema, ¿sigues escribiendo la novela?

–Estoy a punto de acabarla.

## **AGRADECIMIENTOS**

Si me decidí a enviar esta novela a una editorial fue, en gran parte, motivado por los amigos y familiares que la leyeron y me animaron a hacerlo. Por ello, quiero dar las gracias: a mis hermanas (Bárbara, Carolina, Patricia y Pilar), a María Alzira Abad, a Pedro Basurko, a Maica Delgado, a Luis García, a Antonio Martín, a Alberto Prats, a Maglo Ripoll, a María Paz Samper, a Marta Terán, a Josu M. Zulaika y, muy especialmente, a Rita y Milena Prats, por los muchos momentos felices que compartimos durante años.

## **El caso Demichellis**

© De la obra: Francisco Marín